

Norberto Codina
Nicolás Hernández Guillén

**ASOMO DE LA VOZ VENEZOLANA
DE NICOLÁS GUILLÉN**
Apuntes a su identidad latinoamericana




MONTE ÁVILA
EDITORES LATINOAMERICANA

**Asono de la voz venezolana
de Nicolás Guillén**

(Apuntes a su identidad latinoamericana)

Norberto Codina
Nicolás Hernández Guillén

Asono de la voz venezolana
de Nicolás Guillén

(Apuntes a su identidad latinoamericana)



MONTE ÁVILA
EDITORES LATINOAMERICANA

1.^a edición en Monte Ávila Editores Latinoamericana, 2023

*Asomo de la voz venezolana de Nicolás Guillén.
Apuntes a su identidad latinoamericana*

© Norberto Codina

© Nicolás Hernández Guillén

EDICIÓN Y CORRECCIÓN

Héctor González

IMAGEN DE PORTADA

Desconocido. Casa Natal de Nicolás Guillén, Camagüey, Cuba.

Diario La Nación.

DIAGRAMACIÓN

Sonia Velásquez

© MONTE ÁVILA EDITORES LATINOAMERICANA C.A., 2023

Centro Simón Bolívar, Torre Norte, piso 22,
urbanización El Silencio, Municipio Libertador,
Caracas 1010, Venezuela.

Teléfono: (58-212) 485.0444

HECHO EL DEPÓSITO DE LEY

Depósito Legal: DC2023001400

ISBN: 978-980-01-2389-8

PALABRAS AL LECTOR

*Vine Caracas, de mi amargo suelo,
para traerte una canción, revuelta
con el azul que Cuba da en su cielo...*

FRAGMENTO DEL SONETO «DESPEDIDA A CARACAS»

Mi abuelo fue un hombre muy impaciente, «desesperadito» decía mi abuela, e impaciente estaba aquella mañana de noviembre de 1945, en que partió finalmente a Venezuela.

Desde principios del año varias veces había sido anunciada su inminente llegada a Caracas y otras tantas no había resultado. Tal vez comenzaba a sentir ya la cercanía del ridículo, como signo de su proyectado recorrido sudamericano y el ridículo no lo toleraba. Pero tenía, además, junto a importantes motivaciones profesionales, numerosas razones, de afecto, de querencia, esperando por él. Y es que la complicidad, el conocimiento y el cariño recíprocos databan de mucho tiempo antes. Los avatares de la política y la simpática curiosidad que despertaba la Isla entre los venezolanos, habían hecho llegar hasta La Habana a numerosos intelectuales y artistas, que encontraron en Guillén anfitrión amable, dispuesto y conocedor de la ciudad y el alma habaneras: López Méndez, que pintaría su primer retrato al óleo, en una imagen de joven, como

era entonces, sereno y ensoñador, que complacía a Guillén, recibió en cambio, cálida y alegre compañía durante sus largos días habaneros. La dictadura del general López Contreras trajo a La Habana a Miguel Otero Silva. Sus días de exilio fueron tal vez menos duros, por los buenos amigos que hizo entonces, Guillén el primero, que no el único, porque su simpatía y su generosidad le abrieron amplio campo entre los intelectuales y artistas que daban vida a la bohemia de la ciudad. A Andrés Eloy le conocería en la circunstancia solemne de una peregrinación a la tumba del escritor y diplomático Alfonso Hernández Catá, pero no tardarían en encontrar ambiente más alegre y propicio para soldar amistad, amigos, versos y tragos mediante.

Esto explica, que Vicente Gerbasi, también huésped de Guillén en La Habana, de vuelta a sus lares, no dudara en calificarlo de cónsul espiritual de los venezolanos.

Súmese a esto, que en 1937 había conocido en México a Jóvito Villalba, a quien le hiciera una extensa entrevista sobre la situación política en la hermana nación, la cual incluimos al principio del capítulo de sus crónicas sobre Venezuela.

La visita de Nicolás Guillén a Venezuela era una consecuencia inevitable, casi un corolario de su larga y fraterna relación con grandes protagonistas de la cultura de esa nación.

A comienzos del año 1945, Otero Silva, por entonces copropietario y jefe de redacción del diario *El Nacional* había aceptado la propuesta de Guillén para publicar una crónica semanal, bajo el título *Semanario Habanero*.

La misiva de aceptación contenía también una invitación para visitar Venezuela, que le hacían el periódico y la Asociación de Escritores Venezolanos. Nicolás aceptó de muy buena gana la invitación y comenzó los preparativos para su viaje. Finalmente llegó a Caracas, el 20 de noviembre de ese año.

Su estancia allí fue prolongada. Si costó trabajo que llegara, seis meses costó que se marchara. Durante esos meses, inició sus colaboraciones en *El Nacional*, casi completó la colección de poemas que integrarían su libro *El son entero*, y recorrió exhaustivamente la extensa geografía venezolana, conociendo gentes y lugares, diciendo su poesía y compartiendo sus ideas. Su compromiso ya fue definitivo.

Con la excepción de Alejo Carpentier, no hay en la cultura cubana de la primera mitad del siglo xx, una figura que haya tenido una relación con Venezuela toda, comparable a la que tuvo Nicolás Guillén.

Por eso es en cierto modo sorprendente su larga ausencia, sobre todo en las últimas décadas, del panorama editorial venezolano.

Había en Caracas gran expectativa por la llegada de Guillén, incentivada seguramente por las reiteradas posiciones de su arribo y aunque el momento preciso del mismo sorprendió a casi todos sus amigos, Miguel, que, si estaba informado, Gerbasi, Andrés Eloy y otros, se encargaron rápidamente de movilizar a intelectuales, artistas y al público caraqueño en general para conocer y agasajar a Nicolás Guillén.

Sus primeros días allí fueron de una actividad frenética. Se sintió muy a gusto, emocionado por la calidez y simpatía que encontró en todas partes y como era habitual en él, le escribió profusamente a Rosa Portillo, su esposa, sobre todo lo que le ocurría, o casi todo.

Alguna de las crónicas enviadas al periódico *Hoy*, permiten apreciar esas primeras impresiones que le produjo la vida intelectual en Caracas la intensidad que percibe y las tendencias predominantes. Claro, en un tono más comedido y reflexivo como correspondía a un texto que sometería al gran público.

Otra de las crónicas recoge las impresiones que la orográfica Caracas le provoca. Ello unido al carácter abierto y jaranero, la afición por la guasa de que hacen gala los caraqueños y la musicalidad de su hablar le recuerdan a Santiago de Cuba. Tal vez hayan contribuido a esa asociación, el que Guillén conociera Santiago, ya disfrutando de un sólido prestigio en el ámbito nacional y que, salvando las distancias, las circunstancias en que conoció esa ciudad y el recibimiento que le tributaron los santiagueros fuesen similares.

El monte Ávila fue su visión preferida en Caracas, sustanció una crónica, tituló dos, una de ellas con el Orinoco como protagonista y está referido en los tres sonetos que escribió en Venezuela.

Las otras crónicas firmadas allá tienen por escenario el estado Zulia: Lagunillas, el lago Coquibacoa, Maracaibo. Allí como en todos los sitios que visitara en Venezuela, fue objeto de múltiples atenciones, incluso de

funcionarios de la compañía a cargo de las explotaciones petroleras en el Coquibacoa. Apreció la grandeza tecnológica que se le mostraba, pero se encargó también de visitar los sindicatos y su entrenada sensibilidad le permitió apreciar la dimensión plena del paradójico drama que fundía tanta riqueza y tan poco bienestar.

Siete textos poéticos escribió Guillén en Venezuela: los tres sonetos en que se habla del Ávila, a los que ya me he referido; un poema son que apareciera inicialmente con el título «Son», pero que al incorporarlo en el poemario *El son entero* se transformaría en «Son venezolano»; «Barlovento», un intenso poema en vertiginosos pentasílabos, sobre los terribles condiciones de vida de los negros de esta ciudad, tan parecidos en la miseria de su estar y en su ser a los negros cubanos de entonces; cuatro décimas, glosando una de las populares cuartetas de las «Coplas del amor viajero» de Andrés Eloy, que tituló simplemente «Glosa» y un poema de amor dedicado a Rosa Portillo, que titulara «Rosa tú, melancólica».

Para suerte de mis lectores, el análisis de los textos poéticos, rebasa por completo mis posibilidades. Me limitaré a tomar en préstamo una observación de Keith Ellis, uno de los más importantes estudiosos contemporáneos de la obra guilleneana llena de perspicacia y agudeza sobre «Son venezolano». Ellis observa en el poema que Guillén, tan celoso con la soberanía de su voz poética, cede por vez primera la palabra a otro sujeto lírico.

*¡Cante, Juan Bimba,
yo lo acompaño!*

A luz de los procesos políticos, económicos y sociales, que tienen lugar hoy en nuestra América, la solidaridad y fraternidad que caracterizan las relaciones entre venezolanos y cubanos cobran un singular valor premonitorio estos versos.

«Semenario Habanero» recoge, en mi opinión, una parte importante del mejor periodismo de Nicolás Guillén. En grandes trazos, sería posible hablar de tres zonas temáticas en los textos que publicó en esa sección: protagonistas de la cultura cubana, en un gesto de homenaje, a la vez que acción contra el desconocimiento mutuo que padecíamos y lamentablemente aun padecemos; rápidas estampas, apenas pinceladas, de la vida cotidiana en la ciudad; en la última zona estaría también el homenaje y la intención de dar a conocer, pero ahora dirigido a importantes figuras de la cultura latinoamericana.

No sé con cuanto rigor le reclamaría el redactor jefe, atenerse al espíritu de la sección, pero sí sé del interés de Guillén por dar a conocer la obra, las realizaciones, de los grandes intelectuales y artistas latinoamericanos. No solo desde las páginas de *El Nacional*, sino desde toda tribuna adecuada y disponible. Estaba además en una buena posición para hacerlo, porque en sus largos e intensos recorridos tuvo ocasión de conocer personalmente a muchos de ellos. Ese es el caso del pintor Cándido Portinari, para muchos el fundador de la pintura contemporánea en Brasil, a quien le unió una profunda amistad.

Su galería de personalidades de la cultura cubana es interesante, no solo por la exquisita prosa, literaria

en verdad, con que la erige, sino también porque permite apreciar el ancho y hondo contenido que entrañaban para él estas nociones. Allí aparece Manuel Corona, humildísimo y genial trovador, que dio forma sensual y romántica a los sueños de tantos en las primeras décadas del siglo pasado. Está también Rómulo Lachatañeré, pionero entre nosotros en los estudios de las religiones surgidas en el mismo bullón donde africanos y españoles, aunque llegados allí de distinto grado, dieron lugar en pie a la cultura nacional de los cubanos.

Y está Carlos de la Torre, el gran malacólogo cubano admirado por Pablo Neruda, de inmensa modestia y larga sabiduría.

Me atrevería además a decir que, al conformar su catálogo, lo hacía Guillén convencido de que la admiración y el respeto que anhelaba para su pequeña isla, en aquel entonces solo podría lograrse, apelando a la honda riqueza de su cultura, diversa y múltiple.

Guillén, además de una sensibilidad especial para advertir el ridículo, tenía un gran sentido del humor. Más aun, creía que era imposible llegar a un sentido culto, inteligente y elegante de la vida, sin el humor.

Las estampas habaneras de esta compilación, están recorridas por ese sentido del humor.

Su mirada crítica va recorriendo el devenir de la ciudad. Se detiene a mirar el estado lamentable del tranvía, convertido en móvil y múltiple silla eléctrica, pero solo el tiempo necesario para advertir la ciudad llena de pasquines y burlarse de la propaganda electoral.

En otro momento notará el enojo de sus conciudadanos, estafados por una falsa celebridad, hábilmente vendida por un maestro en la curiosidad.

Pero junto a la invitación a la sonrisa, Guillén no pierde ocasión de convocar al deber ser. Y pude ser serio, muy serio, si es necesario denunciar que el racismo le negó «una mínima pieza» de un hotel a Josephine Baker o que el legado de algún presidente, está hecho de engaño y corrupción.

Las páginas de *El Nacional* acogieron también entre 1948 y 1953 algunos de los poemas que luego conformarían *La paloma de vuelo popular*. La relación incluye la «Elegía a Jacques Roumain», una de las grandes elegías de Guillén y sin dudas uno de sus grandes poemas. La publicación de este poema en el diario, el 20 de junio de 1948, fue casi coincidente con la aparición del poema en una *plaque* de la colección «Yagruma» de la imprenta de Félix Ayón. Me gustaría pensar que Otero Silva estaba en La Habana por esos días que participó en las jornadas que precedieron la impresión de la *plaque* y que la llevó con él a su regreso a Venezuela.

Entre los poemas publicados en este lapso de tiempo hay dos poemas de amor, que esperarían hasta 1964, para conformar alguna colección: «Elegía casi nocturno», publicado en 1948 y «Un poema de amor» publicado en 1953. Ambos habían sido escritos en La Habana, en los años respectivos en que tuvo lugar su publicación.

Los dos fueron incluidos en el cuaderno de poesía número 6, de la colección *La Tertulia*, que dirigía el poeta

Fayad Jamis, publicado en 1964, bajo el título *Poemas de amor de Nicolás Guillén*.

Debo comentar que, de los trece poemas de Nicolás Guillén, inobjetablemente comprendidos en la relación del poeta con Venezuela, cuatro son poemas de amor. Pero no simplemente poemas de amor. Cualquier antología de textos de la poesía amorosa de Nicolás Guillén, probablemente incluiría tres de ellos: «Glosa», «Rosa tú, melancólica» y «Un poema de amor».

¿El azar concurrente? Tal vez. Solo conozco las circunstancias del poema dedicado a mi abuela, pero le escuché a él más de una vez decir, que solo es posible escribir sobre lo que se ha vivido. Por otra parte, sé que mi abuelo tenía un profundo sentido de la justicia, aunque tal vez sería mejor decir equidad, en el contexto que quiero referir. Cuando en algún asunto no había actuado bien se apresuraba a actuar para compensar, equilibrar, de algún modo lo que había hecho. «Glosa» y «Rosa tú, melancólica» fueron escritos con poco tiempo de diferencia. ¿Habría tenido que ver con su sentido de la equidad? ¿Cuántos poemas quedó a deber?

El triunfo revolucionario de enero de 1959 hizo posible el regreso del poeta. Sus amigos de todas partes le escribían en demanda de noticias, apreciaciones, sentimientos. En fin, querían saber y él quería que ellos y todo el mundo supiera. Cuba era noticia y se reanudaron sus colaboraciones en *El Nacional*, para hacer crónica de los primeros años de la Revolución.

La agitación social que vivió Venezuela en los inicios de la década de los años sesenta, motivó en Guillén varios artículos de opinión. Sus recuerdos venezolanos y su sensibilidad se fundieron entonces en la expresión de su solidaridad con las luchas del pueblo de Bolívar. Los textos demuestran la permanencia de su profundo vínculo de afecto y compromiso con Venezuela y son de una sorprendente actualidad.

Hay muchas zonas de la dimensión humana de Nicolás Guillén distinguibles en su obra.

Fue en general un hombre extrovertido a quien era posible conocer bien. Así ocurrió con su familia y sus amigos: lo conocieron bien.

Pero si se trata de compartir con el gran público esa dimensión humana, la correspondencia cobra un interés particular.

Su «correspondencia venezolana», incluye un nutrido grupo de cartas a su esposa y algún intercambio epistolar con Otero Silva, Pablo Neruda, Ángel Augier, poeta y ensayista cubano al que le unió una larga amistad y otros amigos.

En general, estas cartas tienen la virtud de asomarnos a las primeras impresiones del arribo a Venezuela, sin que estén expuestas a las revisiones dictadas por el afán literario, o por la discreción y el cuidado que, como invitado, con acusado signo político, debía guardar.

Añadiré que son una oportunidad singular para apreciar el carácter, la confianza, las ideas compartidas, el grado que alcanzó la amistad entre estos hombres.

Guillén debió haber viajado a Caracas con Rosa, pero diversas razones lo impidieron.

Esta contrariedad, que originó la correspondencia entre ellos, marcó también el carácter de la misma. Esa contrariedad y los recuerdos. En 1937 mi abuelo viajó a México para participar en el Congreso de la Liga de Escritores y Artistas Revolucionarios de la nación azteca, convocado al impulso de los aires de revolución que recorrían el país bajo la presidencia de Lázaro Cárdenas. Iba a México por unas semanas y terminó en Francia, más de dos años después, luego de un demorado tránsito español.

El compromiso político que ya tenía Guillén y su irrenunciable vocación literaria hicieron larga su ausencia. La precariedad económica que marcó la mayor parte de sus vidas y los avatares de la politiquería, hicieron de su larga ausencia una dramática eternidad para mi abuela. Creo que nunca pudo olvidar esos dos años, ni impedir que una sombra de angustia la acechara, cada vez que le vio partir solo.

Las cartas a Rosa desde Caracas, son una parte inseparable de la experiencia venezolana de Nicolás Guillén. Tienen, en mayor grado que otra correspondencia, ese valor de impresiones «vírgenes» a que hacía mención y son también, claro está, una mirada privilegiada al universo afectivo de su genio poético.

Evocar la presencia en Venezuela de Guillén y sus nexos inmanentes con la nación venezolana es imposible sin que venga a la memoria el nombre de Miguel Otero Silva. Miguel fue el gran amigo venezolano del poeta cubano.

Como ya he mencionado, esa amistad surgió a finales de la década de los años treinta. A partir de entonces creció al amparo de la simpatía recíproca y las visitas de Miguel a La Habana se multiplicaron.

El ambiente político se había distendido en cierta medida, con gestos como la legalización del Partido Comunista, que contaba con numerosos militantes y simpatizantes entre intelectuales y artistas. Fue una época intensa en el plano cultural. Surgieron diversas publicaciones, que en su devenir resultarían trascendentes para la cultura cubana y las vanguardias artísticas, en general, acrecentaron sus realizaciones.

Para La Habana fue también una época de una intensa bohemia.

Uno de los centros de gravitación de esa bohemia fue La Bodeguita del Medio, un pequeño restaurant, anteriormente bodega, cercano a la plaza de la Catedral. Fundada en 1942, la Bodeguita se convirtió rápidamente en el sitio inevitable de encuentro de una gran parte de los intelectuales y artistas de la época, Guillén entre ellos, en primerísimo lugar y Otero Silva al frente de los corresponsales de Venezuela.

La Historia no le ha hecho justicia a Félix Ayón (Felito), feliz e irresponsable propietario de una pequeña imprenta, aledaña a la antigua bodega, que fue el autor intelectual de la transmutación. Miguel, quizás en previsión de la injusticia, quiso una noche dejar constancia de los hechos en esta décima, cuyo manuscrito se conserva en la papelería de Guillén:

*Quien no pierde la razón,
quien comprende lo que escribe
en esta rosa caribe
con cielo de mar y ron.
Mi amigo Felito Ayón
que cuando conversa grita
siempre da, pero no quita
y como no lleva cuenta
quiso fundar una imprenta
y fundó la Bodeguita*

La amistad de Otero Silva y Guillén se extendió rápidamente al ámbito familiar del poeta y a sus amigos. Algo similar ocurrió del lado de Miguel, especialmente a partir de la presencia de Nicolás en Venezuela. En la nutrida correspondencia con Rosa Portillo, su esposa, durante los días de su primera visita a la nación sudamericana son muy frecuentes las referencias a Miguel y a María Teresa Castillo, la novia de Miguel en ese tiempo y más tarde la compañera de su vida. Era natural que así ocurriese, porque fue un anfitrión extremadamente amable e invariable en su generosidad, durante los seis meses que pasó el poeta en Venezuela. Además de propiciarle junto a María Teresa un ambiente de cariño familiar y emplearse a fondo en abrirle todas las puertas posibles, para el éxito de sus proyectos en el plano literario.

Al regreso de su largo itinerario sudamericano, la amistad continuó creciendo y se sucedieron los viajes de

Miguel y sus amigos a La Habana, entre ellos el poeta Antonio Arráiz, primer director de *El Nacional*, cuya visita dio origen a un soneto de Guillén, que escoltó dos botellas de ron enviadas al redactor jefe.

También continuaron sus colaboraciones en *El Nacional*. La retribución de estas colaboraciones tuvo en algunos momentos un peso significativo en la economía familiar y la llegada del cheque fue siempre motivo de alegría para el destinatario y sus amigos cercanos.

Años después, el largo exilio del poeta dio lugar a una nueva avalancha de correspondencia con su esposa, en la que también son frecuentes las menciones a Otero Silva. Tenía que ser, porque Miguel continuó viniendo a La Habana y siempre acudió al encuentro de la familia Guillén.

Entre los múltiples testimonios de su afecto por la familia y especialmente por Rosa Portillo, cosa habitual en los amigos de Nicolás, ocupa un lugar especialmente simpático la décima que le dedicara, dada a conocer por Alejo Carpentier, en la columna «Letra y Solfa» que publicaba por esos años en *El Nacional*.

Realmente debo confesar que la publicación de este volumen, en el orden personal, lo entiendo en buena medida como un homenaje a la amistad de Miguel Otero Silva y Nicolás Guillén.

El cuerpo fundamental de esta compilación lo constituyen los artículos y poemas escritos por Guillén durante su primera visita a Venezuela, que fueron publicados en el periódico *Hoy*, órgano del Partido Socialista Popular y en el diario *El Nacional* y las colaboraciones

de Guillén, aparecidas en la columna «Semnario Habanero», que ya mencioné, entre los años 1946 y 1960. Se integran además al volumen poemas que fueron dados a conocer en primicia desde las páginas de *El Nacional*, algunos artículos de tema venezolano, publicados en otros medios de prensa, textos de amigos venezolanos que lo involucran de algún modo, correspondencia con Otero Silva, Neruda y Augier y algunas cartas, hasta hoy totalmente inéditas, de su correspondencia desde Caracas con Rosa Portillo. A manera de epílogo: «Asomo de la voz venezolana de Nicolás Guillén», un texto de Norberto Codina escrito especialmente para esta edición.

El texto es de sólida urdimbre y nos conduce en voces incuestionables por hechos ciertos, de argumento en argumento, hasta la plenitud latinoamericana y caribeña del gran poeta, en lo que mucho tiene que ver su conexión venezolana.

Ha pasado casi un año desde que una noche en la terraza del apartamento de Codina, acordáramos con Humberto Mata la realización de este libro. Digo acordáramos, pero en realidad ya todo estaba hecho; Norberto, que es incapaz de ser o estar mientras algún asunto pendiente le concierna, ya había concertado todo con Humberto.

Claro que hablamos del libro, acordamos el índice, las fechas y nos cercioramos de que no fallaran las vías de comunicación para llevar nuestro trabajo hasta Ayacucho. Gustavo Pereira, miembro de su consejo editorial, fue testigo.

Manos a la obra, para luego es tarde, eso está hecho y así logramos incumplir puntualmente, la primera fecha de entrega. Realmente la cortesía y la paciencia de Humberto resultaron un estímulo imprescindible, para continuar incumpliendo nuevos plazos.

Pero todo tiene un límite y aquí está el libro. Han sido tantas sus peripecias y dilaciones, como las del primer viaje a Venezuela de Guillén. Ojalá que lo reciban igual.

ADENDA

El libro que se ofrece al lector se terminó en enero del año 2009. Se hizo llegar a la editorial y comenzó un intercambio con las personas encargadas de la edición, cuyo celo y rigor nos llevó a mirar y justificar en detalle las fuentes de las que fueron tomados los textos de Guillén, fundamentalmente los artículos.

Luego siguió un largo silencio y el libro pareció encaminarse a un coma inducido, sin que hasta hoy, Norberto y yo hayamos podido elucidar las razones que condujeron este libro hacia esa suerte de sueño eterno al que parecía designado.

Para alegría de los dos, la Feria Internacional del Libro de la Habana 2023 trajo hasta nuestros lares a Gustavo Pereira, querido y muy admirado amigo y con él llegó también Raúl Casal. A Raúl no lo conocíamos, pero nos ocurrió un caso de amistad a primera vista o al primer trago, si fuésemos a ser precisos. Desprovisto de toda la pompa, que a veces conlleva un cargo como el que ostenta,

resultó un interlocutor sencillo y culto, con gran sentido del humor, buena gente. Hablamos largo y tendido en una conversación de muchísimas coincidencias.

Los trascendentes y diversos vínculos de Guillén con Venezuela, su aún inexplicable ausencia del panorama editorial en la hermana nación, hacían inevitable que la historia de este libro viniese a colación. Y todo se puso en marcha nuevamente.

Que el proyecto editorial del libro estuviese aletargado, no impidió que Norberto siguiese leyendo, acumulando conocimientos sobre Venezuela y su cultura, sobre Guillén, pensando mucho y bien sobre esos y otros temas relacionados. De esas lecturas y reflexiones, surgió un nuevo texto: *Asomo de la voz venezolana de Nicolás Guillén (Apuntes a su identidad latinoamericana)*, que sustituye en la versión actual del libro, al epílogo de la propuesta inicial enviada a la editorial Ayacucho. Gana el libro y gana el lector. Es un texto de mayor densidad crítica que indaga en las literaturas venezolanas y latinoamericanas, así como en la obra y la vida de Nicolás Guillén. El texto justifica mi afirmación en estas breves notas, sobre la trascendencia y la diversidad de los vínculos con la Venezuela de Guillén.

Durante el largo tiempo transcurrido desde la versión inicial de este libro, nuevas búsquedas de textos poco conocidos del poeta, publicados originalmente en el periódico *Hoy*, conservados en la Biblioteca Nacional de Cuba, condujeron al hallazgo de otros artículos de tema

venezolano, que decidimos incluir en esta compilación: «De Pelota...», «Venezuela»¹ y «Homenaje a Venezuela».

El lector apreciará en algunas de esas crónicas una reiteración de ciertos pasajes, especialmente la descripción que hace de los nexos raigales entre ambas naciones su entrañable amigo Andrés Eloy Blanco. Pese a eso decidimos incluir los mismos, pues al estar motivados por diferentes contextos y propósitos, brindan nuevas aristas del conocimiento que Guillén tenía de la historia y la cultura de Venezuela, de su sagaz juicio político y sobre todo de la profunda admiración y afecto que sintió por el pueblo venezolano.

Tal vez en mis palabras al lector haya quedado en evidencia, la importancia que le concedo a la amistad. En todo caso quiero dejar constancia de ello en estas notas. Norberto y yo somos amigos; sin su empeño y su obsesión por llevar a cabo todo lo que se propone, no habría sido realizado este libro. La amistad generosa del sabio y bueno Gustavo Pereira alentó en sus inicios el proyecto y mucho ha tenido que ver con su despertar del coma en que yacía. Si finalmente, como estoy seguro de que ocurrirá, llega a las manos del lector venezolano, habrá mucho que agradecer, a la sensibilidad, al inmediato estímulo y aliento recibido de Raúl Casal, a quien considero ya un nuevo amigo.

NICOLÁS HERNÁNDEZ GUILLÉN
La Habana, marzo de 2023.

1 Hay ya en la primera versión de la compilación una crónica de igual nombre, pero aquí nos referimos a la publicada en noviembre de 1962. Y al incluir finalmente tres textos con el mismo título, los numeramos por orden cronológico, para evitar confusiones.

GUILLÉN. CÓNsul ESPiRiTUAL DE LOS VENEZOLANOS

Magnífico compañero, humano, afectivo, leal amigo, gran señor, es este Nicolás Guillén del *Sóngoro Cosongo*, *West Indies Ltd.*, *Cantos para soldados y sones para turistas* y *El son entero*, que tan magistralmente ha sabido expresar el sensual ritmo de su alucinante isla y lo que él mismo ha llamado «el color cubano».

Gran americano es este Nicolás Guillén, que se pasea con su actitud altiva y cordial, por las bulliciosas y alegres calles de La Habana. Con las manos en los bolsillos del pantalón, la americana abierta y el chaleco cubriendo su amplio tórax, avanza con paso lento, mientras su rostro moreno y amable, que ya va adquiriendo matices de gravedad bajo el pelo gris, se mantiene dirigido hacia lo alto, especialmente si va por el malecón a esas horas en que vuelan las blancas y pausadas gaviotas. Mientras Nicolás camina por la hermosa ciudad que él tanto quiere, dialoga con su pueblo y con la extraordinaria belleza del país.

Si alguna persona ha podido realizar el milagro de captar integralmente la esencia de su pueblo y verterla de manera cabal en la creación poética, esa persona es Nicolás Guillén. Y esto lo ha podido lograr no solamente porque él es del pueblo, sino porque lo

ama, porque lo siente, porque convive con él, lo oye, lo es estudia y participa emocionalmente de sus hondos movimientos espirituales.

Entre todos los poetas del continente, Nicolás Guillén, es, sin duda, el que mejor ha logrado dar a su obra proyección universal mediante la expresión de lo local o regional. ¿Por qué? Porque Nicolás Guillén, hombre de una muy depurada sensibilidad, culto, preocupado por los problemas del espíritu, ha impregnado los elementos afro cubanos o folklóricos de su país, de un hondo y moderno sentimiento estético y lírico.

Pero no sigamos hablando de esta breve nota (*Últimas Noticias* nos tiene prohibido escribir más de una cuartilla) de su poesía que ya es bastante conocida, sino de su persona, y pongamos de relieve el especial interés y afecto que este gran poeta siente por lo que es venezolano. Nicolás Guillén habla de nuestra historia, de nuestra literatura, de nuestra geografía, de nuestras costumbres, como un verdadero venezolano. Y cuando un venezolano va a La Habana, el primero en atenderlo es Nicolás Guillén, quien, si ha tenido previamente la noticia de su llegada, va a encontrarlo al puerto o al aeropuerto. El venezolano, entonces, tiene en Nicolás un experto guía. Le muestra la ciudad con su evocadora parte antigua, parecida a ratos a Nápoles y a Florencia, con sus modernos barrios de elegante y bien cuidada arquitectura, amplias plazas, frescos jardines y ciclópeos monumentos.

El venezolano que va a La Habana toma con Nicolás Guillén «el mojito», cocktail criollo a base de Bacardí,

soda, yerba buena y limón, y come el succulento ajiaco en los alegres restaurantes de la agitada zona porteña. Va a los centros culturales, ve la ciudad por dentro y por fuera, y adquiere una visión del alma cubana.

Nicolás Guillén, el cónsul espiritual de los venezolanos en La Habana, nos manifestó, a Rojas Jiménez y a mí, que desea venir a Venezuela. Es decir, que vendrá pronto. Lo esperaremos como a un hermano.

VICENTE GERBASI

Hoy, La Habana, abril 22, 1945

1. Crónicas sobre Venezuela

1.1 LA REVOLUCIÓN EN VENEZUELA.

ENTREVISTA CON JÓVITO VILLALBA

El decreto de expulsión dictado no hace muchos días por el Presidente de Venezuela López Contreras, contra cuarentisiete ciudadanos de aquel país, ha lanzado al exilio a una nutrida representación del pensamiento, la cultura y la revolución en Hispanoamérica. Abogados como Gonzalo Barrios, médicos como Manuel Acosta Silva, poetas como Carlos Augusto León, escritores como Bracho Montiel, políticos como Salvador de la Plaza y Gustavo Machado (tan conocidos en Cuba), periodistas, en fin, como Inocente Palacios y Raúl Leoni, pisan hoy la tierra de México por el tremendo delito de amar la libertad en un pueblo que se halla de nuevo en poder de los antiguos secuaces de Gómez, entre los cuales el propio actual Presidente es uno de los más conspicuos representativos.

Después de la efímera libertad ocasionada por la muerte del dictador, se debate Venezuela en otra dictadura: la que ejerce el Ministro de la Guerra de Juan Vicente, continuador de los procedimientos implantados por éste a través de treinta años, e instrumento dócil del imperialismo norteamericano e inglés. Irresoluto, contradictorio, enfermizo, López Contreras encarna más que el tipo de dictador unipersonal, la figura del títere fácilmente

manejable por la ambición de los gobernantes nativos que se hallan a su lado, como el Coronel Medina, fascista, contra quien tendrá que luchar bravamente, más que ahora contra López, la juventud venezolana, cuando el sucesor del sombrío tigre de los Andes haya desaparecido del escenario político de su país.

Yo recuerdo la fría tarde en que llegaron a México los exilados de Venezuela. En un ángulo del Zócalo, la vasta plaza de armas de esta ciudad maravillosa, esperaba un grupo reducido de revolucionarios, algunos de ellos cubanos, como Miguel Ángel Fernández de Velazco y su mujer, Purita Estrada; otros, cubanos casi, como Donante y Carillo, que han vivido largo tiempo en La Habana, y otros, en fin, compatriotas de los exilados, como el pintor Rengifo, el poeta y periodista Rojas Jiménez y el estudiante Beroes. Todos resistieron a pie firme el cortante viento de un invierno retardado, que levantaba gélidos remolinos y que hacía subir hasta el cuello abrigos y bufandas. Se les esperaba a los desterrados desde las cinco de la tarde, y los automóviles que los conducían desde Acapulco arribaron al Zócalo a las ocho de la noche. Tres horas de guardia cruda, polar, que fueron compensadas en seguida por la alegría de estrechar la mano a tanto hombre limpio, sincero y fuerte.

Muchos de aquellos nombres me eran conocidos. De la Plaza y Machado, por ejemplo, que vivieron algún tiempo en Cuba; Bracho Montiel, de quien había leído yo cuentos y artículos en periódicos de Venezuela; Palacios, director de «Orve», en fin. Pero mi interés se dirigía, por

modo principal, hacia Jóvito Villalba, líder estudiantil venezolano, nervio del movimiento de protesta en su país y una de las figuras de más enérgico perfil entre los jóvenes revolucionarios de América.

Villalba no tiene más de treinta años. Rubio —«caltire», como se dice en su país— de rostro enérgico sin dejar de ser sonriente; alto, magro de carnes y de palabra despierta, produce una sensación de franqueza, de honradez, que lo hace simpático en seguida. Villalba inició su vida pública en 1928, en una fiesta de la Semana del Estudiante, en Caracas, con un discurso que pronunció en el Panteón Nacional pieza lírica que comenzaba con unas palabras de Martí pero que el gobierno estimó delito suficiente para reducirlo a prisión. Puesto en libertad participó en el cuartelazo del 7 de abril de aquel mismo año, y aunque en los primeros momentos logró sustraerse a la acción de la justicia, cayó al fin en poder de Gómez, quien lo sepultó durante siete años en La Rotunda y en el castillo de Puerto Cabello. En diciembre de 1934, fue confinado a la isla de Margarita en su estado natal, y después expulsado a Trinidad, en los primeros meses del año siguiente, donde permaneció hasta la muerte del tirano, en que regresó a Caracas. Inmediatamente, se hizo cargo de la Federación de Estudiantes de Venezuela, organizándola y conduciéndola a la lucha contra el gomecismo superviviente, lucha que culminó en la jornada del 14 de febrero de 1936. Ese día, se efectuó en Caracas una manifestación de más de cincuenta mil personas, y fue Villalba el vocero de las ansias populares ante el Presidente de la

República, y entonces se convirtió en el líder político de más prestigio en Venezuela, en el ídolo de las masas que es hoy. Electo diputado federal en enero de este año por el Partido Democrático Nacional, que es la avanzada de la revolución venezolana y del cual es Secretario General, su elección, así como la de todos sus compañeros tildados de «izquierdistas», fue anulada por la Corte Federal y de Casación, que se basó para ello en la imputación falsa de que los escogidos por el pueblo se hallaban afiliados a las doctrinas comunistas. Lanzado a la lucha clandestina de nuevo, como en tiempos de Gómez, fue objeto de una escandalosa persecución por parte del gobierno, que llegó a ofrecer diez mil bolívares por su cabeza. Después lo que ya es sabido: delatado y preso, el gobierno del sucesor de Gómez lo expulsó del país, obligándolo a refugiarse en México mientras dure el término de la condena, que es de un año.

—La primera impresión que quiero transmitirle —me dice Jóvito Villalba dando comienzo a nuestra charla— es la que nos conduce, a los venezolanos desterrados ver lo bien que se conoce en el exterior el problema de nuestra patria. Por donde quiera que he pasado, me ha sido fácil comprobar esto; y no es que nosotros nos hubiéramos ocupado en transmitir a la prensa honrada y al pueblo de la América la situación de Venezuela, sino que la verdad se ha desbordado del territorio nacional, a pesar de la mala fe del gobierno. En todo el Continente se sabe ya que nuestra expulsión no se debe al conocido y gastado estribillo de «propagandas comunistas», «complot contra

la seguridad del Estado», etc., sino simple y sencillamente al carácter reaccionario del actual gobierno de mi país. Para nadie es un secreto que el gomecismo ha renacido allí con más fuerza que antes y con los mismos procedimientos de terror, cárceles, persecuciones de toda índole.

—De modo que usted cree que las deportaciones que ha efectuado López Contreras son una parte de su política, una táctica de lucha contra la democracia, o cosa así ¿no?

—Sin duda alguna. Nuestra expulsión no representa un hecho aislado y caprichoso dentro de la gestión del actual gobierno. Ella remata y asegura un proceso de reacción que se ha venido cumpliendo sistemáticamente desde la muerte del tirano. A los quince días de esta —agrega Villalba—, el antiguo Ministro de la Guerra, uno de los más leales tenientes de Gómez, pretendió cumplir el *programa máximo* de restauración violenta y total del régimen entonces en descalabro momentáneo. Aduciéndose, como ahora, propaganda comunista, se ordenó la más desatentada persecución contra nosotros y se decretó la Ley Marcial. El país se hallaba en completa calma y el pueblo, que entonces estaba sacudido por un intenso ritmo revolucionario, respondió con la acción de masas...

—Creo que fue entonces —interrumpo yo— cuando se produjo la famosa jornada del 14 de febrero...

—Fue entonces. El 14 de febrero, toda Venezuela arremetió contra el gomecismo: se incendiaron y saquearon las casas de los hombres del antiguo régimen; se mataron espías o «apapipios», como ustedes dicen

en Cuba... El gobierno tuvo buen cuidado de echarse otras. Retiró la Ley Marcial, reemplazó los más odiosos y odiados tenientes de Gómez que todavía se hallaban en el poder, promulgó, en fin, un amplio programa de gobierno, de cariz socializante. Pero en lo sucesivo, tras la cortina de humo de esa demagogia de promesas, juramentos de respeto a la ley y aparatosos paseos oficiales al Panteón Nacional donde se hallan los restos de Bolívar, habría de llevarse adelante la reacción con una nueva táctica, aprendida con el fracaso de esa nueva intentona: «Golpear siempre, ganar terreno al enemigo, gradual o progresivamente, tratando en todo momento de no desencadenar la acción de masas». Una a una, nos han sido arrebatadas las libertades democráticas y, sin embargo, siempre el gobierno ha tratado de sincerarse, de hacer creer que no todo se había perdido, y que tras de aplastar a los «agitadores», mantendría en pie las garantías constitucionales y la legalidad prometida.

—Sin embargo —le digo—, no creo yo que lo den ustedes todo por perdido, ni que duden que la actual deportación representa un acicate en el costado revolucionario de Venezuela...

—¡Oh, por supuesto! —contesta Villalba con vigorosa seguridad. Después, agrega— No hay duda que la táctica ha logrado desde luego su objeto, porque el gomecismo impera otra vez en nuestra patria. Con los millones atesorados por Gómez, el nuevo régimen ha comprado turiferarios y espías en los medios sindicales, intelectuales y políticos; ha vuelto contra nosotros a unos cuantos

tránsfugas sin dignidad que ayer estuvieron a nuestro lado en las cárceles y en el destierro. Pero ésto, todo ésto, ha tenido consecuencias que amenazan la perdurabilidad del régimen mucho más que nuestra presencia en Venezuela. Allí se sabe ya que el gobierno de López Contreras sólo es el mandatario de sectores exigüos de la población, los latifundistas criollos, el capital usurario, las camarillas de parásitos presupuestivadores, etc., todos interesados en la explotación de nuestras masas productoras. Así mismo, nosotros, tanto las organizaciones como los dirigentes perseguidos, no somos la secta o el grupo de políticos que antes jugaban a la oposición, ya por un idealismo trasnochado, ya por la presión de ambiciones insatisfechas; por el contrario, nuestro esfuerzo traduce las necesidades y aspiraciones de la gran masa de campesinos, obreros, empleados, comerciantes e industriales progresistas de agricultores pequeños y medios, que en Venezuela están esencialmente interesados en el triunfo de la democracia y en que la inmensa riqueza de nuestro subsuelo sea explotada por nativos y no por la plutocracia de Wall Street y Londres...

—Llegados a este punto, Villalba, ¿podría usted trazar un cuadro rápido de las fuerzas que en su país integran esa plutocracia a que se acaba de referir?

—Pues mire usted: las fuerzas de la reacción producen en Venezuela el cuadro *standard* de todas los países semicoloniales. Imperialismo, gran clase terrateniente, capital usurario, etc. Con la agravante de que Venezuela es un país «intervenido». No sólo porque el cuarenticinco por ciento de nuestros ingresos fiscales proviene de la

explotación petrolera, como porque el mismo carácter de la industria ejercida por los trusts imperialistas hace que en la política venezolana tenga un especialísimo interés el propio gobierno americano.

—Lo creo. Es un fenómeno también bastante conocido en Cuba.

—Pues bien: la última huelga antiimperialista, en la que veinte mil trabajadores se mantuvieron en pie por más de cuarenta días, respaldados por todo el pueblo, nos brindó una prueba de ello. Las compañías amenazaron con el boicot y el gobierno decretó, con una violencia brutal, que nosotros calificamos de *zarista*, el cese de la huelga, negando la totalidad de las reivindicaciones, que representaban un *mínimum* de justicia para el trabajador venezolano. Posteriormente, se les dió sendas carteras a la «Standard Oil» y a la «Royal Duth» en el nuevo gabinete...

Una pausa y continúa:

—Sin contar con que el Congreso derogará la Ley del Trabajo, anulando cuanto en ella significaba una victoria para los obreros de Venezuela y contra el capital de los usuarios criollos y de las compañías piratas del aceite nacional.

—A pesar de todo, ¿cómo ve usted el futuro del movimiento democrático en su país?

—A mi juicio, el pueblo ha adquirido ya una conciencia revolucionaria. En la ilegalidad a que se nos ha arrojado brutalmente, está desarrollándose la organización capaz de ponerse a la cabeza de las masas venezolanas. Y por otra parte, el gobierno dirigido por hombres carentes de todo sentido político, en pleno vértigo programista, está

falto de toda base popular. Nuestro destierro tiene sencillamente esta significación: que dentro del estrecho marco de la legalidad sancionado por los congresos gomecistas, aún dentro de él, el gobierno no podía resistir nuestra oposición democrática, y que es demasiado débil para hacer frente a las contingencias del libre exámen y de la discusión sin trabas. En esta vuelta al despotismo, está implícita su confesión de impotencia...

Para Villalba, por otra parte, la clave del futuro de Venezuela está en el Partido Democrático Nacional. Es así como no se despiden sin hablarnos de la poderosa entidad a la cual pertenece:

—En cuanto a nuestra línea política, basta con pronunciar una sola palabra: organización. Esta es la consigna de la hora. Reforzar, en la ilegalidad, los cuadros del Partido Democrático Nacional, trinchera de las izquierdas venezolanas. Ese partido, cuya legalización negó arbitrariamente el gobierno, es dueño de las grandes masas populares de la nación. El día en que las fuerzas que lo respaldan se encuentren estructuradas dentro de una organización que pueda ir a la lucha en todas sus formas, con dirigentes y militantes capaces y resueltos, se desmoronará todo el edificio de la autocracia feudal que hoy nos oprime. El PDN habrá de incorporar al campesino, canalizando el hondo movimiento revolucionario del agro venezolano; a la clase media, cada día más depauperada por el alto costo de las subsistencias; al estudiante, masacrado en el propio recinto universitario; a los empleados, ya de nuevo víctimas de la rapacidad de los patronos adictos al

gobierno; al comercio honesto, sometido a la competencia desleal de las compañías petroleras, las cuales pueden importar todo género de mercancías sin el pago de aranceles aduaneros etc. En ese partido, en fin, ha de unificar y disciplinar todas esas fuerzas para el día en que se haya logrado el clima revolucionario dentro del cual sea posible generar una amplia acción nacional contra el gomecismo. Y ese día, por fortuna, está más cerca de lo que el actual gobierno haya podido prever...

México, mayo 1937.

Mediodía, La Habana, julio 6, 1937.

1.2 CIUDAD EN CONSTRUCCIÓN

En su ámbito material, Caracas es una ciudad en construcción. Cuando se anda por sus calles, graciosas vías de encantadora personalidad, nos domina la impresión de que la antigua urbe, la española, la andaluza, va a desaparecer de un momento a otro bajo la fiebre demoledora que enciende la sangre de los caraqueños. Grandes edificios, algunos de ellos verdaderos rascacielos, levantan día a día su frente junto a los mínimos techos rojos de las casas aplastadas que conoció Pérez Bonalde hace sesenta años. Si al gran poeta de «La vuelta a la patria» le fuera dado regresar desde su huesa a esta tierra que lo vio nacer, acaso no escucharía a su auriga exclamar otra vez: «¡Caracas allí está!», sino que, desorientado ante el moderno perfil de la ciudad creciente, sería él mismo quien iba a preguntarse: «¿Y dónde está Caracas?».

Lo cierto es que Caracas está en todas partes. Sube en sólidas masas de diez y doce pisos, buscando el aire que ya le niegan sus estrechas calles; derrámase en vastas urbanizaciones que muerden el campo vecino e invaden las antiguas señoriales quintas de recreo; trepa por lo que hay libre en el cerro que la cuida, para llenarlo de vertiginosas viviendas, algunas de gusto detestable, lo cual no

es raro ni en Caracas ni en muchos otros sitios cuando los ricos proyectan sus palacios, pues con frecuencia no les ha venido el dinero en compañía de la suficiente cabeza para usarlo.

Junto a esa Caracas que se expande, o mejor dicho, sobre ella, como si la espicara, hay otra que comunica a la ciudad un carácter único: es el rebaño de casitas apiñadas en las faldas del Ávila, sobre la tierra amarillenta, con sus frentes rojos, con sus techos de tejas antiguas, en canal, y su enjambre de muchachos de todos colores en las puertas. Son las viviendas del pueblo, cuya ubicación envidian los ricos, y que a la larga serán barridas por el avance caudaloso de la urbe. Si es bello verlas allá arriba, como subidas por una grúa, más lo es aún contemplar a Caracas desde ellas, encajonadas entre montañas, en el fondo de un breve abismo. Por las noches, esas casitas se encienden, parpadean sobre la ciudad como estrellas próximas, como astros urbanos de utilidad municipal. ¡Espectáculo maravilloso, uno de los que más sorprenden al viajero que visita esta capital! Sin embargo, no todo lo curioso, lo excepcional, pertenece aquí al mágico dominio de lo poético. Hay otros muchos aspectos de la vida caraqueña un poco menos elevados si queréis, pero los cuales ofrecen también pródiga sustancia para la estupefacción. Por ejemplo: las calles carecen de personalidad, de función, de nombre o de número. No existen, en una palabra. Como dirección postal, en Caracas sólo cuentan las cuadras y las esquinas. Pongamos un caso concreto, en La Habana, y consideremos una calle cualquiera, el Paseo

del Prado, verbigracia. En primer lugar, ese paseo no se llamará así, ni de ningún otro modo. Como el nombre corresponderá a las esquinas, tendremos la de Virtudes, la de Ánimas, la de Trocadero, la de Colón, etcétera. Para dirigirnos, pues, a una persona que resida en la cuadra comprendida entre las dos primeras esquinas citadas, será indispensable hacerlo de esta guisa: «Señor Fulano de Tal, Virtudes a Ánimas número tantos». La dirección del diario, si *Hoy* estuviera en Caracas, sería ésta: «De Oquendo a Marqués González, 108».

Ninguna otra ciudad venezolana ofrece una nomenclatura semejante en sus calles, ni la misma está siendo seguida en las urbanizaciones modernas, en la propia Caracas. Es una vieja costumbre que todo el mundo respeta, y que ningún gobierno ha podido desterrar. No hay comodidad en ello, por supuesto, y muchos son los caraqueños que se confunden y extravían, porque nadie es capaz de saber y recordar todas las esquinas de la ciudad, su sitio y orientación. Ni siquiera uno de nuestros famosísimos apuntadores de terminales, que llevan cientos de números en la cabeza el día de sorteo. Por lo demás ¿qué tiene esto de grave? A fin de cuentas, el caraqueño ama a su ciudad así, y en detalles y peculiaridades semejantes, hartamente simpáticas, por cierto, cifra su orgullo de haber nacido en ella, con no menos ardor que en igual trance pusiera el propio Bolívar en persona... que nació de San Jacinto a Traposos.

El Nacional, Caracas, 1946.

1.3 JUNTO AL ÁVILA (I)

Supongo que el lector cubano me perdonará este silencio de dos meses, después de una primera crónica prometedora de muchas más sobre la vida venezolana. ¿Qué quieren ustedes? No es lo mismo viajar en periodista, en repórter, que hacerlo en la demorada condición de huésped llevado y traído en brazos de la generosidad, del rumbo de las gentes más generosas y rumbosas de América. Hay en los hombres y mujeres de estas tierras un don cordial de tan fina condición, que es como una malla sutil pero firme, de la cual no puede uno zafarse sino mediante un esfuerzo excepcional, a veces brusco.

Para los cubanos, por lo demás, Venezuela es una prolongación de nuestra sonriente Antilla. Salvo las provincias andinas, ya en los límites de Colombia, el resto es mestizaje atlántico, caribe; mulatez blanquinegra, en fin. Recuerdo mi primer recorrido por las calles de Caracas, en la inteligente compañía de Miguel Otero Silva, y mi avidez por hallar lo que en este pueblo fuera distinto del mío. ¿Qué vi? Gentes como las de Cuba. Mulatos, negros, blancos... Un fuerte dejo santiaguero en el habla dulzona y mucho del ambiente urbano de nuestra hermosa ciudad oriental. Claro que entre Caracas y Santiago de Cuba

media la misma distinta que hay entre una ciudad sofo-cada en los límites de la provincia y una capital en pleno desarrollo. Pero a cada instante, al revolver una esquina, a la subida de una empinada callejuela, en la disposición tropical de una frutería, en el ambiente de un restaurante, en el clima familiar de un parque y hasta en el hilillo sucio y rastrero del Guaire, topamos con semejanzas y parecidos entre aquello y esto.

Para completar el parentesco, anótese que Caracas está sentada en la severa cercanía del Ávila, monte que la contempla tendida a sus pies. Como en nuestra Santiago, pues, un lomerío implacable nos asalta por doquier, enmarcando la urbe en sus ásperos contornos. Sólo que acá el Ávila es de mucho mayor porte que las serranías santiagueras; tiene ese don de montaña que entre nosotros no más alcanza el Turquino, dueño y señor de la Sierra Maestra. Esto comunica a Caracas un canto inefable, una nota de graciosa grandeza que surge del contraste entre la ciudad femenina, de casas generalmente bajas, pintadas al óleo en colores brillantes, de calles limpias y pulidas, y esa enorme masa de piedra verde unas veces, rojiza otras, morada, azul, amarilla, multicolor, en fin, que es el cambiante tono del majestuoso monte. ¡El Ávila! Su prestigio domina la ciudad, como el Orinoco domina a la romántica Angostura, o el viejo lago de Coquibacoa a la ardorosa Maracaibo. El caraqueño aprende a quererlo desde que abre los ojos al mundo. Hay escuelas «El Ávila», bares «El Ávila», restaurantes «El Ávila», mosaicos, lavanderías, cinematógrafos y hasta funerarias «El Ávila»... Sólo

otra elevada figura lo oscurece: la de Bolívar, muchísimo más alto que él, sin duda, y cuya vida representa para los venezolanos una suerte de religión universal.

Como Caracas es una ciudad elevada —922 metros sobre el nivel del mar—, el clima es fresco, pero no frío. El de la temperatura fue por cierto el mayor chasco que me llevé en mi visita a esta ciudad. No sé por qué ni cómo me había hecho yo la idea de que venía al Polo. Cuidéme de mis casimires, y puse dos o tres bufandas en la maleta; guantes, camisetas de lana, gruesos calcetines... Amundsen, pues. Total, que no era para tanto. El aire, generalmente delgado por el día, adelgaza un poco más por la noche, pero hasta ahora no he sentido ni siquiera los fríos que en nuestra calurosa Habana nos hacen tiritar muchas veces bajo la frazada, cuando el Norte se acuerda de que es yanqui y sopla sus hielos por encima de la farola del Morro para deshacerlos en rumorosas espumas sobre el negro Malecón.

En definitiva, Caracas es una ciudad tibia, en perpetua primavera, de temperatura amorosa, como de alcoba nupcial. Y ése es el mismo clima que reina en el espíritu. Recogida y tímida, la capital venezolana no es todavía «una perdida», una cualquiera. Cuida bien sus pasos, y aunque se suele murmurar de su conducta, ella vigila a quien pueda vigilarla, de manera que el mal cuarto de hora que hay en la vida de todas las ciudades no dé pábulo al escándalo, como acontece con La Habana, que es el sonrojo del Continente. A las doce de la noche, a la una cuando más, Caracas duerme. ¿Qué digo duerme?

¡Ronca! Sólo algunos juerguistas obstinados se refugian en ciertos cafés del centro, donde hay un poco de música y un poco de *whisky*. Porque Caracas es alegre, pero a condición de que no se la obligue a trasnochar: en esto hace como esas mujeres de medio pelo que por el día queman el mundo si es preciso y pasan luego la velada tejiendo inocentes labores a la luz de la lámpara familiar...

Hoy, La Habana, febrero 20, 1946.

1.4 JUNTO AL ÁVILA (II)

El avión iba perdiendo altura, ya en la cercanía de Ciudad Bolívar, cuando el espectáculo de una gran zona líquida, de tono verdoso claro, que relampagueaba bajo el sol vespertino, me sacudió en el asiento. A duras penas pude reprimir una exclamación de asombro, e inquirí del steward, con impaciencia de colegial:

—El Orinoco, ¿verdad?

—Sí, señor, el Orinoco.

Miré la hora y anoté en una pequeña hoja de papel: «Febrero 2 de 1946. Cuatro menos cuarto de la tarde. Veo por primera vez el río Orinoco...».

El privilegio no era vulgar. Desde el fondo de mi alma daba las gracias al poeta Héctor Guillermo Villalobos, presidente del Estado de Bolívar, por haberme invitado a realizar ese viaje, que muchos venezolanos no han hecho, que acaso no lo hagan jamás. El de Venezuela es un territorio inmenso —diez veces mayor que el de Cuba— y no es fácil recorrerlo, sobre todo porque las vías de comunicación son muy escasas. La más cómoda, la más rápida, que es la aérea, resulta hartamente costosa para el común de las gentes, las cuales no suelen tener amigos como el hondo lírico guayanés. Con esta idea en la mente,

me volví hacia Miguel Otero Silva, mi compañero en aquella aventura:

—Y tú, Miguel, ¿lo conocías?

—No mucho —respondió el autor de *Fiebre*—. Lo atravesé furtivamente, en canoa, una tarde, desde Anzoátegui. Allí estaba extrañado yo por orden de López Contreras, y me vine a pasar unas horas en Bolívar. Ahora lo veré mejor.

Apenas salimos de las atenciones del recibimiento y Héctor Guillermo nos dejó instalados en el propio palacio del Ejecutivo, volamos a ver el río, a oír de cerca la respiración del gigante. Habíamos andado seis o siete cuadras a lo sumo, cuando la calle, deteniéndose de improviso, precipitóse en un declive rápido y polvoriento: allá abajo, espumosa y veloz, revolvíase la hinchada corriente. Gente pobre, sentada a la puerta de bohíos más pobres todavía, la piel cetrina y la mirada incierta, nos veían pasar. Tal vez les era difícil comprender nuestra euforia frente a un espectáculo tan simple, tan natural para ellos, como el de aquellas aguas rodando eternamente hacia el océano.

Junto a los pedruscos negros de la orilla, donde un niño de tez cobriza jugaba con un cerdo enorme, esperaba un lanchón. Lo tomamos por asalto. La noche se desprendía lentamente del ocaso y las primeras estrellas brillaban en un cielo morado oscuro, casi negro. La hora crepuscular en medio del río tenía una grandeza melancólica, mística, que fluía de aquella vasta y húmeda soledad. Todos guardábamos silencio, y sólo se oía el ruido del motor que empujaba la barcaza. A lo lejos, pequeñas luces temblaban débilmente.

—¿Qué es eso? —pregunté al patrón.

—Ahí está el Estado Anzoátegui —cuchicheó el hombre—. Cualquiera sabe... Luces, ¿no ve?

Y siguió aferrado al timón.

Pero el contacto íntimo con el río no lo tuvimos sino al día siguiente, a pleno sol.

El agua, limpísima en esta época del año, ofrecía ese color verde que se le ve desde el avión. Olas como las del mar azotaban los flancos de nuestro pequeño buque. A la distancia, a una y otra orilla, separadas allí, que es la parte más angosta del río, por ochocientos metros en línea recta, blanqueaba la espuma enérgica de las rompientes... Bandadas de gaviotas nos seguían chillando y se precipitaban en las aguas, en busca de alimento. De pronto, a gran altura, me asombró el vuelo de ocho o diez pájaros de cuerpo escueto, alineados impecablemente en fila india, el larguísimo cuello disparado como una flecha.

—Son garzas cidra, rosadas, muy hermosas —explicó un compañero de viaje.

Pasamos luego junto a una piedra enorme, negra, estriada horizontalmente. Es el «orinómetro», que sirve para medir la altura de las crecientes. Hace apenas tres años, el río cubrió la roca y precipitóse en la ciudad, donde causó largo estrago. Grandes mogotes, negríssimos también, que emergen del agua como gigantescos hipopótamos, atraen mi atención. ¿Quién no los conoce en Ciudad Bolívar? Son las «lajas de las sapoaras», cantadas por Villalobos. Allí, en el mes de junio, hallan trabajo en la pesca cientos de guyaneses, y muchos también hallan

la muerte, porque esas piedras, resbaladizas, son siempre muy traicioneras...

A medida que se avanza por el Orinoco, la idea de río va borrándose de la mente para dar paso a una neta noción marítima. ¿Qué importa que el agua sea dulce? Muelles, barcos de gran calado, pelícanos, islas, resaca, puertos, aduanas... ¡pero hombre! Esto es el mar, el océano. Para río, el Cauto natal, que no lo disimula, y que como enseñaba el texto de geografía de nuestro bachillerato, «sólo es navegable en su desembocadura por buques de pequeño calado».

Hoy, La Habana, marzo 20, 1946.

1.5 LA VIDA INTELECTUAL

Una muchacha francesa amiga mía, de paso por Caracas, me preguntaba la otra tarde cuál era la impresión más neta que llevaba yo de mi estancia en esta tierra. Sin pensarlo mucho le respondí que, en el orden sentimental, la de que los venezolanos son gentes de extremada cordialidad y simpatía, cuyo carácter abierto mucho se parece al de mis compatriotas. En el orden cultural, añadí que nada me ha complacido tanto como la vigilante disposición que en ellos he visto para las más puras preocupaciones del espíritu. No es cosa de una minoría selecta, de un grupo enterado y culto, sino de la gran masa popular, que ama las artes y agasaja a los artistas.

Por otra parte, la vida intelectual es en Caracas extremadamente inquieta. En Cuba —y vuelvo otra vez a la inevitable comparación con mi país— lo político da el tono general. Pero aquí todavía el ambiente es idílico, y permite juntar en una misma mesa, sin que se enseñen las uñas, a escritores de las más opuestas tendencias e ideologías (algo parecido, pero más constante, a lo que estaba ocurriendo en La Habana durante los almuerzos del flamante Pen Club, cuyo actual destino ignoro).

Este fenómeno tal vez se deba a que después de la caída de Gómez, el venezolano no ha ido recobrándose sino muy lentamente de aquella larga pesadilla que duró veintisiete años, y en la cual representaba lo literario, lo estrictamente imaginativo, la única válvula de escape del espíritu, engrillado por el feroz bagre andino.

Leoncio Martínez, el múltiple «Leo», gran humorista y gran poeta, escribía desde La Rotunda, donde le sepultara el dictador:

*Estoy pensando en exilarme
en marcharme lejos de aquí
a tierra extraña donde goce
las libertades de vivir...*

Hablar de política, disentir de la opinión del jefe públicamente, salirse del rebaño tremendo en que Gómez convirtiera a su patria, significaba la cárcel, cuando no la muerte. Quedaba la literatura, y en ella se refugiaron cuantos «pensando en exilarse» e imposibilitados de derrocar la tiranía, tampoco lograban «marcharse lejos de aquí...». A Gómez sucedió López Contreras, que no aflojó gran cosa las riendas, y aunque Medina abrió el compás—dicho sea con perdón de la Junta Revolucionaria—, el hecho tuvo una vigencia muy limitada, como que no alcanzó siquiera a un simple período sentimental. Ahora, seguramente, ese compás va a abrirse un poco más.

De todas suertes, ello es que la inquietud política, que es el signo de nuestro tiempo, llegó siempre muy

amortiguada a Venezuela, bajo Gómez y después de él. Salvo algunas excepciones —Andrés Eloy Blanco, Miguel Otero Silva, Héctor Guillermo Villalobos, Juan Oropesa, Carlos Augusto León y alguno más—, en los escritores venezolanos encuentra todavía mayor vigencia la especulación literaria pura que la militancia ideológica, al punto de que pocas veces se presentan mezclados ambos ingredientes, así en la vida como en la obra. Acaso falte en Venezuela un gran sismo que, sacudiendo la tierra lírica que pisa «la inteligencia», haga de los poetas y escritores, de los artistas en general, seres que además de cultivar su huerto inalienable, su cándido jardín, vayan también hacia la tremenda batalla que ahora libra el espíritu contra sus más duros enemigos.

Mientras tanto, ¿cómo negar que la peña del café Bruno es muy agradable? ¿Cómo no reconocer que el artista que pone sus pies en Caracas se siente asediado de continuo por la generosidad de sus congéneres? El grupo en que yo me he movido es sólido y valioso, henchido de sano liberalismo, y hay en él hombres que ya pertenecen con justicia a la fama continental. De ellos, y de mucho joven que ahora empieza, trataré demoradamente cuando la serenidad del regreso me permita coordinar mis apuntes y sedimentar mis impresiones.

Ello es que en Caracas no pasa día sin recital o conferencia, sin cocktail y homenaje. En las exposiciones de pintura vuelan los cuadros, adquiridos por un público tan inteligente como espléndido. Los conciertos llenan salas y teatros. La gente del oficio vive al tanto de la última

novedad cultural... El espíritu flota en Caracas puro, como en los días griegos, musical y primaveral. Sin embargo, ¿no quedará todavía mucho más por hacer? Seguramente, sí. Queda todo el porvenir de Venezuela, queda una vasta tarea, humana e inmediata, que surge cada día más clara de entre el humo de la pasada guerra. A esa tarea habrá que incorporarse, no sólo en la poesía, no sólo en el arte, sino mediante la presencia activa en la plaza pública donde se ventila lo que este dramático y contradictorio mundo de hoy, con sus obreros y con sus artistas, está llamado a ser.

El Nacional, Caracas, abril 23, 1946.

1.6 PETRÓLEO VENEZOLANO

Alto, económico de carnes, el rostro afilado a lo Greco, puntiaguda barbilla rematada en un mechón caprino, el doctor Leonardo Altuve Carrillo es un manojo de nervios incansables. No en vano la Creole Petroleum Corporation lo ha situado al frente del departamento de «relaciones exteriores», cosa de que se las entienda —¿no fue diplomático?— con la gente del otro lado del charco que venga por estas tierras a meter las narices en los predios de la empresa. Con su pulida cortesanía, que lo hace un personaje en extremo agradable, Altuve sale al paso del visitante, como el torero con el toro. Lo invita, lo obsequia, lo pasea, y acaba por plantarlo medio a medio de lo que pudiéramos llamar el «salón de fiestas» de los campos petroleros, donde una iluminación a giorno predispone el espíritu a la alegría y al entusiasmo.

Fue, pues, el doctor Altuve quien nos condujo a Cabimas, en una excursión muy simpática de la que participaron periodistas y escritores de Maracaibo. El restaurante, primero, con su ancha terraza llena de aire y de sol; el consultorio médico de la compañía, después, y por último el colegio, una escuela denominada Concordia...

Todo naturalmente en orden; todo limpio, todo amable a los ojos del más exigente de los inconformes.

Luego vino el paseo por el lago, que fue el número fuerte del programa. Altuve brindó a sus invitados un par de horas de las que no se olvidan. ¿Se imagina el lector lo que es recorrer aquella inmensidad lacustre en una lancha de velocidad casi trasatlántica, y con un guía lleno de *esprit*, que conoce al dedillo todos los rincones del Coquibacoa? Porque los campos petroleros no sólo están en la tierra: también están en el agua. Una porción extensísima del lago es, frente a Cabimas, un bosque de torres metálicas, de taladros incansables. Allá abajo, a cinco o seis mil pies de profundidad, su fondo bituminoso brinda el oro negro en que es millonaria toda esta región del Zulia. En el mediodía solar, el lago finge una misteriosa Nueva York, donde a lo largo de cientos de kilómetros los pozos fueran monótonos rascacielos grises, dispuestos en inalterables avenidas.

La lancha corre veloz. ¿Hacia dónde vamos? Hacia ninguna parte... Es decir, hacia todas. Altuve explica. La compañía ha tenido que hacer gastos enormes en la instalación de cada pozo... ¿Que si las torres son imprescindibles? No... Sólo hacen falta mientras el pozo está en proceso de perforación, porque de cada una de ellas baja, enroscándose incansablemente, el taladro que en el lecho virgen del lago busca la veta petrolera. Cuando la exploración finaliza y la nueva mina comienza a producir, la torre queda en pie, pues sería costosísimo suprimirla, y además no estorba...

—Pero hay pozos sin torres. ¿No ve? Funcionan como los demás. No son las torres las que extraen el petróleo, sino un aparato que se llama balancín... Mírelo usted.

Es cierto. El balancín es como un ave enorme, un alcastraz gigantesco, dramático, situado a poco más de un metro de altura, y el cual hunde y levanta sin cesar su pico metálico en las aguas para extraer a cada movimiento miles y miles de dólares. Uno, dos; uno, dos; uno, dos... Y así durante todo el día y toda la noche. Yo recuerdo los versos del autor de *Fiebre*:

*Entra el taladro en la tierra,
la tierra venezolana;
suda el hombre, suda, suda,
el hombre venezolano.
Crujen las máquinas yanquis,
grita el ingeniero yanqui.*

.....
*El hombre venezolano
regresa al atardecer,
sucio, fatigado, hambriento.
Cuatro chiquillos palúdicos
comen tierra junto al rancho...*

Es un relámpago lívido, de dolor y miseria. Mientras Altuve nos habla, desenredando su plática técnica, pensamos en el otro lado de la moneda, donde un rostro dramático, ajado por el trabajo diario, con los ojos vidriosos y la boca anhelante, mira fijamente el porvenir.

Es un instante nada más. Pronto, de regreso, penetramos en el lujoso Club de la Creole. Los altos empleados de la empresa nos tienden la mano, sonriendo tras el humo de los cigarrillos rubios. Altuve inquiera.

—¿Qué le parece?

—Espléndido. Ha sido una tarde deliciosa. No sabe usted cómo se la agradezco. Sólo que...

—¿Qué?

—Sólo que mañana voy a darme también una vueltecita por los sindicatos...

El Nacional, Caracas, abril 26, 1946.

1.7 LAGUNILLAS

Germán Espina Portillo, secretario del Partido Comunista de Venezuela en el Zulia, me viene a buscar, ya mediada la caliente tarde maracaibera. En un dos por tres me pongo a sus órdenes, y partimos en automóvil hacia los campos petroleros de Lagunillas y Mene Grande. Con nosotros, Luis Pastori, el poeta universitario, y Alfredo Tarre Murzi, dirigente juvenil venezolano.

La carretera, ancha y cómoda, va desenvolviendo su cinta de asfalto interminable. Tres horas después —son las siete de la noche— nos detenemos en un pueblo sombrío, donde la vida parece arrastrarse como una serpiente venenosa. Es Lagunillas, la cabecera urbana del campo petrolero de ese nombre. Lluve. El agua, sin resolverse al chubasco, cae tenazmente en la tarde gris y calurosa. Las calles de tierra están llenas de anchas vetas como de nácar oscuro. Es petróleo. Pequeñas casas sórdidas, de madera; pequeños establecimientos de ropa, pequeños cafés... A un lado y otro, gentes foscas y mal vestidas, que nos miran indiferente.

Nos detenemos ante uno de aquellos tugurios. Es una caricatura de restaurante. Pedimos café con leche y pan. Son cuatro servicios, pero nos ponen dos.

—Mira, vale, ¿qué pasa con lo nuestro? —pregunta Tarre Murzi.

—Un momento, señor, tenga la bondad. Sólo hay cinco tazas. Tres que están ocupadas ahí, y esas dos que tienen sus compañeros...

Naturalmente, no hay más remedio que esperar.

El recorrido por el pueblo aprieta la garganta y llena el pecho de una rabia sorda, que se nos sube a los labios, incontenible como un vómito. ¿Qué hay en ese local sin techo, en el que se amontonan unas cuantas docenas de sillas de madera? Es el cine. Una función a la semana.

—Las películas son viejísimas —anota alguien—. Siempre están rotas, y cuando menos lo espera uno, la interrumpen para componerlas o para seguir en otra parte que esté sana...

Arrecia la lluvia, y tenemos que refugiarnos en un tenducho, a cuyo frente se halla un hombre sólido, grueso, de aspecto extranjero. Es ruso. Nos tiende una mano carnosa, de palma ancha, y pronuncia un nombre que no podemos retener. La chiquillería que nos ha estado siguiendo se sitúa a la puerta y nos mira con curiosidad. Cuchichean, apretujados. Muchos están descalzos; otros llevan la escueta alpargata que usa el pueblo venezolano. Los hay de todos tipos: blancos, indios, negros, mestizos. Tienen cara de hambre.

Germán nos trae a la realidad.

—¡Vale, que nos esperan en el sindicato!

Es verdad. Cuando llegamos, el local está de bote en bote. Los trabajadores se aprietan en sus asientos, o en

los pasillos, de pie. El local es amplio y limpio. Hay un cuarto de baño para los hombres y otro para las mujeres... Una especie de plataforma de cemento se adelanta hasta convertirse en una especie de púlpito o tribuna, de cemento también, donde el orador puede moverse con amplitud y comodidad. Al fondo, un gran retrato de Bolívar.

Todo allí respira energía, confianza, poderosa decisión de lucha. Cuando un dirigente sindical se pone para hablar, aquella enorme masa lo imita, con el puño en alto. Habla de Cuba, del «hermano Partido Socialista Popular» y de Lázaro Peña, «ese negro inmenso», como lo llama. El entusiasmo es delirante. Alguien lanza un grito de «¡Viva Blas Roca!» Luego hablamos Espina Portillo, el poeta Pastori, yo... A la terminación del acto la gente se demora a la puerta, en cálidos corrillos. Les interesa todo lo nuestro. Cómo va Grau; cuál es la posición de los Auténticos; si Marinello tiene chance de ser presidente de la República; si es verdad que el Partido alcanzó ya los doscientos mil miembros...

En medio de aquel pueblo muerto, la agitación bulliciosa del sindicato es una implacable manifestación de vida. Estos hombres curtidos por el sol de los campos petroleros saben cuál es el camino del porvenir.

Nos despedimos. Me entregan, «para que lo guarde como un recuerdo», la gran tela que en la puerta del sindicato anunciaba mi llegada. Germán, que es el director de la caravana, nos empuja hacia el automóvil y ordena al chofer:

—¡A Mene Grande!

Son ya las nueve pasadas. El automóvil se interna en la noche, en demanda de ese otro campo petrolero, cincuenta kilómetros al fondo...

El Nacional, Caracas, abril 27, 1946.

1.8 MARACAIBO Y LOS MARACAIBEROS

Coronada de palmas y de rosas, jadeante bajo una temperatura de hierro en fusión, dormita Maracaibo junto a su lago viril, grande como el mar. Llegué a la hermosa capital del Zulia una tarde tórrida —¿cuál no lo es?— en que el aire se podía cortar como un pan de oro recién salido del crisol. Desde la ventanilla del avión, mis ojos escrutaron el aeropuerto, donde un grupo de amigos avanzaba en son de recibimiento.

—Ahí está su gente —díjome un compañero de viaje, ya advertido por la prensa.

¿Mi gente? Podía ser. Sin embargo, hízome vacilar un poco una amplia sotana, de la que sobresalía el rostro cuadrado, poderoso, de un corpulento indígena, con facciones de ídolo precolonial. Distinguía muy bien al doctor Espina Portillo, secretario del Partido Comunista de Venezuela, vivo y ágil, sonriendo tras sus anteojos; alcancé a ver, de un golpe, al doctor Tarre Murzi, con su aire pacífico, tras el cual se esconde un dinamismo incontenible. Eran las únicas dos personas que ya conocía desde Caracas. ¡Caray, pero ese cura! Seguramente en el avión venía también alguna dignidad eclesiástica a quien el santo varón se apresuraba a recibir. No es que me desagradara, pues mientras no

sean fascistas o reaccionarios ninguna otra cosa tengo sino respeto hacia quienes representan en este bajo mundo las excelsitudes y bienandanzas del otro. Pero aquello me parecía un poco raro...

En breve la incógnita quedó resuelta. El religioso era nada menos que el padre Roberto Acedo, presbítero de la Catedral de Maracaibo, criollo por los cuatro costados, y en quien la dignidad de su estado compadecíase a las mil maravillas con una hombría vital y democrática. El padre Acedo fue durante mi estancia en el Zulia una fuente perpetua de optimismo; un soberano ejemplo de *savoir vivre* encajado profundamente en su tierra natal.

—¿Se asombró usted de verme? —Me preguntó luego, en un coctel en el Club Alianza.

—Bueno, padre, un poco. Pero le aseguro que ahora que lo conozco, ya no me asombro de nada...

Por imperativos de mi itinerario, ¡ay!, constantemente rehecho, sólo me proponía permanecer tres días en Maracaibo, suficientes para un acto en el teatro Baralt y una visita a los campos petroleros, que me atraían irresistiblemente.

—Usted no viene aquí a mandar —me dijeron—, sino a que lo manden. Nosotros le avisaremos lo que tiene que hacer...

¿Quiénes eran esos tiranos? Pues el bachiller Rafael Hernández, el doctor Herculino Adrianza, el «maestro honrado» Pedro Lhaya, el león —muy amable— Fernando Guerrero, el barbado y vertiginoso doctor Altuve Carrillo, el poeta Ugas Morán, el cantor de «oremus» Campos Brice...

Así fue como estuve dos semanas. Y me sentí bien. ¡Hasta el presidente estuvo de mi parte, el magnífico Felipe Hernández, quien me recibió a todo tren en su espléndida residencia!

Por supuesto, me gustó Maracaibo... Enorme, tendida en un amplio semicírculo junto al lago Coquibacoa, la segunda ciudad de Venezuela se sabe dueña de su riqueza y de su poderío. La población antigua, de calles estrechas, muchas destruidas ahora a causa de la instalación del alcantarillado, conserva el perfume colonial, español, que fluye del siglo XVIII, poblado de invasiones piráticas, de contrabandistas en el puerto lacustre y de aventuras galantes. La otra Maracaibo, la que se propaga como una mancha de aceite en busca de aire libre, es una ciudad moderna y clara, cortada por anchas avenidas, en las que verdean frescas arboledas. En algunas de ellas, las casas tienen por patio el lago, sobre cuyas aguas se inclinan románticamente mansos cocoteros, como en esas películas más o menos tropicales que nos sirve Hollywood.

El carácter de los maracuchos¹ es franco y cordial, y se abre a la amistad en un impulso directo. Hablan un español cadencioso, que se apoya largamente en el final de las palabras, y se tratan de «vos», como los camagüeyanos. Tienen fama de ser regionalistas, acaso bien ganada, lo cual no me parece reprochable. A fin de cuentas, el amor a la región es una forma celular del amor a la patria. ¿Acaso el general Urdaneta, gran venezolano, lo era

1 Maracaiberos, naturales de Maracaibo.

menos porque amara ardientemente el hermoso rincón en que nació?

Al levantarse contra España no lo hizo sólo por ver libre a Maracaibo o al Zulia, sino por vivir en una tierra que fuera de todos los que hubieran abierto por primera vez los ojos en ella, ya junto al Ávila, ya en las alterosas cumbres de los Andes, ya junto al Orinoco, ya en los llanos melancólicos que baña el Apure.

Pero Maracaibo no es todo. Dejemos para mañana algo más, que la hermosa ciudad no ve, porque es cosa que está Zulia adentro, en los dramáticos campos de donde los taladros succionan día y noche el oro negro de los pozos petroleros.

El Nacional, Caracas, 1946.

1.9 ANDRÉS ELOY BLANCO. TIERRAS, HOMBRES, PAISAJES

Cuéntase que en los días, aún tan cercanos, en que Andrés Eloy gozaba de grande figuración en el gobierno de su patria —canciller nada menos—, llegó a Caracas un periodista extranjero que, para ganar tiempo, trató de informarse en su hotel acerca de cómo podría visitar «al doctor Blanco».

—¿Blanco? —Le preguntaron— ¿El doctor Blanco, dice usted? Perdone, señor, pero no le conocemos.

Sorpresa fulminante. ¿Cómo ignorar en su propia tierra a un hombre de fama calurosa, a un poeta eminente, que era por añadidura ministro de Relaciones Exteriores?

—¡Ah, pero usted dice el poeta, señor! Ése no es el doctor Blanco; ése es Andrés Eloy...

Y es verdad. Los venezolanos no hablan nunca del autor de *Poda* sino echando por delante esos dos nombres, atados sólidamente. Lo hacen con limpia familiaridad, con un candor de gente nueva que es seña de cariño antes que de torpe confianza o suelto menosprecio. ¿Y en Chile, con Neruda? Para todos es Pablo, a secas, pues de tal suerte se le mienta con más húmeda ternura. Decid Jorge en el Brasil y se entenderá luego que habláis de Jorge Amado: no puede haber otro, ni siquiera san

Jorge, con su caballo y su espadón... Así brilla la gloria más gozosa, la que el pueblo concede y anticipa en vida de sus elegidos.

De esa gloria disfruta hace ya muchos años Andrés Eloy Blanco en su gran patria, donde no hay poeta más ceñido y receñido por el amor nacional. Al mundo de la fama lo lanzó casi adolescente un vasto poema —el «Canto a España»—, que premió la Academia de la Lengua como remate de un certamen hispanoamericano convocado por la Asociación de la Prensa de Santander. Veinticinco mil pesetas y un bosque de laurel... Madrid lo acogió en triunfo; el amor le abrió sus brazos. La juventud era entonces —hace veintiséis años...— una b cantante nocturna, incansable en el festín. Al regreso de esa fúlgida experiencia, Andrés Eloy se demoró largamente en La Habana. En realidad, una especie de reencuentro con su patria, pues aquí halló, porque los hay, muchos de los rasgos poderosos que componen el perfil venezolano.

Por aquellos días escribió su «Carta a Udón Pérez», un poema de tierna familiaridad que casi nos pertenece:

*Coja usted un pedazo de Venezuela, un poco
de nuestra dulce tierra con tres matas de coco,
unas piñas de Oriente, unas cañas de Aragua,
un par de caraqueños... y échelo todo al agua,
y tendrá usted entonces a Cubita la Bella,
que es más venezolana que el Pasaje Ramella.
Me dirá usted: —La Habana es muy grande.*

Es verdad,

*le diré yo: —La Habana es una gran ciudad;
casas de doce pisos, el Malecón, el Prado,
y los nuevos proyectos que «proyecta» Machado,
pero el resto es la guasa caraqueña, la guasa...
que nos es tan precisa como un loro en la casa...*

Desde entonces Andrés Eloy quiere a Cuba, si no es que la quería desde mucho antes, como nos acontece a los cubanos con Venezuela. Cuantas veces pudo, vino a rondarla, al modo de un amante empecinado y fiel. La última, hace seis años, fue cuando le conocí, pues nos juntamos en el cementerio, cierta tarde, con ocasión de una de las peregrinaciones anuales a la tumba del bien amado Hernández Catá. Días después nos acercaríamos más; almorzamos en la alborotada compañía de un grupo de amigos; vaciamos, en fin, algunas botellas... Partió luego, y ya no le vi hasta el 45, al sobrevenir los acontecimientos de octubre, con la caída del presidente Medina. Yo llegué a Caracas por esos días, y encontré al grande poeta y bohemio brindándole a la nueva Venezuela su esperanza revolucionaria, su dura fe de luchador forjado en La Rotunda de Gómez. Quedaban lejos, envueltos en una niebla de juvenil melancolía, aquellos versos de los verdes tiempos:

*¡Ay, no saben lo bueno que es vivir en La Habana,
o en Caracas, haciendo lo que nos dé la gana!*

Guardo un recuerdo fino, hondo, laminado en oro, un recuerdo de flor y mano abierta, de mi encuentro con Andrés Eloy en Venezuela. Vino a buscarme al hotel muchas veces; otras muchas anduvimos por las calles caraqueñas —¡tan andaluzas!— como simples estudiantes en vacaciones; y no hay suceso de los que se grabaron para siempre en mi espíritu que no esté asociado a su nombre. La fiesta en la sociedad de escritores, con *whisky* final y verso previo; o el largo y luminoso día en casa de Pedro Sotillo, con «Totoña», su linda mujer, hermana de Andrés Eloy: un día de jarana criolla, con guitarra, «hervido» y hamaca en el patio campestre, lleno de árboles; o aquella noche del Teatro Municipal, con sus palabras de voz entera, todas para mí; o el atardecer en el Club Paraíso, en que junto con Miguel Otero nos turnamos diciendo «nuestras cosas», y él me cedía como un hermano el turno en que pudiera yo lucir mejor... Todavía, ya en trance de irme, adelantó mi llegada a sus amigos de Mérida y San Cristóbal, junto a los Andes, allá en los lindes de Colombia, donde me recibieron y festejaron su nombre y autoridad.

Sobre todas las cosas, poeta. Poeta de su tierra y de su tiempo. Porque en Andrés Eloy la poesía es una naturaleza profunda, un modo de vida único y diverso. Podrá ser gobernante, como ya lo fue; o jurisconsulto, o presidente de la Convención, o diplomático, que también ha sido y es todo eso... A cada instante se le saldrá la manera lírica de ver la vida, la técnica romántica de resolverla. ¿Le habéis oído en la tribuna? Su voz cargada y razonadora

sabe siempre dónde está la nota, el acento, el tono que el pueblo ama, y se lo ofrece como una rosa de espuma. Pero escuchadlo además en la charla íntima, en el cerco cordial que a toda hora le tiende la amistad, y contemplaréis un juego de luces inacabable, un chisporroteo multicolor de gracia pura. Por eso es tan Venezuela y tan Cuba; por eso es tan andaluz.

Ahora le tenemos otra vez en La Habana. No le he visto, pero le siento en todas partes. En estos días suyos de amarga derrota —la que le duele a él en el alma y le quema el corazón a su patria—, vuelve al primer amor, al amor habanero, y la vieja ciudad ha sabido acogerle en su seno para que aquí sane de sus heridas y arme de nuevo el brazo vengador.

Hoy, La Habana, enero 20, 1949.

1.10 MANIFIESTO DE GUASINA

Un amigo venezolano vino hasta nuestro sitio en el avión y nos entregó un folleto. La cubierta rojinegra, ilustrada por Darío Lancini. Eran versos... Versos de un poeta cuyo nombre leíamos por primera vez: José Vicente Abreu. Nuestro amigo nos pregunta si lo conocemos al poeta Abreu. Pues no; Vicente que conozcamos y poeta (muerto Huidobro) sólo Vicente Gerbasi, que no se llama José...

Como vamos leyendo otra cosa, guardamos el libro, hasta que en estos días ha vuelto a nuestras manos. El título hace pensar en algún documento político o de grupo literario: *Manifiesto de Guasina*, pero es un poema dividido en trece cantos breves, aunque el último es más bien un colofón de cinco versos. En una nota previa, está escrito lo siguiente: «Recibí los originales de este libro de su autor, José Vicente Abreu, en la cárcel de políticos de Ciudad Bolívar, el año 1953. No han sufrido modificación alguna para darlos a la publicidad. Caracas: mayo de 1959. El Editor».

Luego ya es el propio poeta quien habla. Pero todavía no en verso, sino en prosa. Una prosa apretada y dramática, en la que se cuenta el nacimiento del *Manifiesto* y se menciona el vientre de lodo y sangre en que

se gestó: un campo de concentración bajo la dictadura de Pérez Jiménez, el de Guasina.

«Porque en Venezuela [habla el poeta] Guasina fue uno de los cubiles fundamentales de la muerte, porque siempre germinaron en nuestras carnes rosetones de muerte, teníamos necesidad de comunicar al mundo de los hombres, que en un lugar distante habíamos hombres también que amábamos la vida y no nos la dejábamos arrebatarse, ni vencer por los aliados de la muerte. Porque dijeron que nos enviaban a Guasina para morir, nosotros queríamos decirle a las gentes humildes que habíamos llegado para nacer...».

¿Qué poeta anda quejándose de que no tiene atelier donde trabajar, ni puede aislarse para la meditación, ni rodearse en la biblioteca silenciosa de libros y estatuillas exquisitos, de lienzos preciosos? Que venga el inconforme, que venga y pregunte al poeta Abreu dónde compuso su *Manifiesto*, en qué papel lo escribió, cómo pudo conservarlo en aquel mundo estrecho, de excremento y gusano. Porque el poema es un inventario, una relación gelatinosa, hedionda, purulenta, de todo lo que había en Guasina, «capital de la tortura». Y esto pasó en Venezuela, en nuestra América. Este grande y fuerte cantor sufrió lo que nos cuenta mientras se inclinaban ante la redonda grasa del tirano plumíferos aduladores, invertebrados edecanes, prostitutas de alto copete; cuando el *whisky* resplandecía en cocteles y saraos palaciegos, sobre la misma tierra que sustentaba al monstruo y a su víctima.

Ello es que había que esconder lo escrito cada día en trozos de bambú. Las «requisas» eran frecuentes y no sólo se llevaban los guardias cuchillos y periódicos; se llevaban también los lápices. «A veces el cansancio —cuenta el poeta— me hacía repetir una frase. Con grandes esfuerzos le encontraba sentido y se la repetía a mis compañeros para que la guardaran en la memoria...». Hasta que en 1953, los primeros que pudieron salir de aquel infierno sacaron el poema a la calle en la escritura llamada «de hormiga», tan familiar a los presos de la dictadura venezolana, bajo Gómez y Pérez Jiménez. Eran ejemplares pequeñísimos, compuestos con esa paciencia que suelen dar las cárceles y los conventos.

Desde los primeros versos, el poema nos agarra, nos sujeta con su simplicidad categórica:

*Yo vengo de Guasina, hermanos,
de un rancho donde la Muerte
hervía su propia cara
en un grasoso casco de soldado.*

Luego va ensanchándose. Se abre en un sangriento abanico. Los versos ruedan como piedras arrastradas por la corriente de un gran río:

*Yo vengo de allí,
donde los caños vomitaron islas,
hasta tener la vista amoratada;
donde la vida se amontona*

*como triste ceniza
y se derrama como fértil abono
de gusanos.
Yo vengo del sureste, hermanos,
de Guasina,
de un campo de concentración,
de una isla con vientre de alambres
y unos intestinos
de estacadas...*

Es ésta una poesía de brutal claridad, que se corresponde con la miseria que la inspira. ¿Quiere el lector algo más directo que un culatazo? El trato inmisericorde de los soldados a los prisioneros, ¿admite acaso los arabescos y sutilezas de un virtuoso? Abreu nos lo trasmite en tres versos de una fuerza inigualable:

*Aquí la guardia
lleva en la suela de sus botas
costra de nuestras llagas.*

Todo el poema está sembrado de aciertos de esta índole; no se le puede leer sin que nos gane la emoción de lo auténtico cuando está auténticamente expresado. Claro que el tema podría tratarse de otro modo... Hubiera sido Abreu espíritu más hermético, y ahí tendríamos un poema concéntrico y apretado, un vasto jeroglífico a lo Joyce. Nosotros, francamente, preferimos lo que ha hecho, aunque algunos versos descompongan (dejamos este reproche para

lo último) la violencia noble y subyugadora del conjunto, que no ha menester de ciertas concesiones al lugar común político, como las del final del canto vii, para que su fuerza se destaque, quizá por eso mismo. Pero decíamos que preferimos el poema así, con su desnudo poderío, porque la barbarie de un Pérez Jiménez hay que denunciarla en un idioma sin entresijos, que eso nada quita a su belleza. Un idioma como el de Sarmiento cuando nos presenta a Facundo —¡qué vejeces!, dirán los exquisitos—, o como el de José Hernández al fijar para siempre en la poesía típica americana al gaucho Martín Fierro.

Hoy, La Habana, agosto 23, 1959.

1.11 VENEZUELA LIBRE

El mundo tiene los ojos vueltos hacia Venezuela. Refrescando las ramas de roble de su corona, tejida por Bolívar, la tierra que tanta sangre ha dado a la independencia hispanoamericana lucha a pecho abierto contra el sucesor, albacea y heredero de Pérez Jiménez Rómulo, enano capón que deshonra y mancha el sitio en que se posa, nada menos que el solio del Libertador.

No pasa día sin que la prensa nos traiga de allá el eco de alguna acción heroica llevada a buen término por hombres y mujeres del pueblo. En Venezuela se está poniendo a prueba una vez más el dispositivo imperialista, que estalló en Cuba hecho pedazos y que se halla en el límite de su resistencia en aquella república. ¿Cómo va nadie a convencer a los patriotas venezolanos de la eficacia de la alianza para el progreso? ¿No hay que ser terriblemente tonto para querer persuadir a un hombre o una mujer que tienen un fusil en la mano de que deben dejar el arma y sentarse a devorar el mendrugo que Kennedy les arroja? ¿Quién va a creer que gentes tan agresivas como los yanquis, extrañas a nuestra idiosincrasia, a nuestra familia, al espíritu que anima al Continente y le da carácter esconderán de pronto látigo y puñal y serán nuestros hermanos?

La rebeldía de América Latina está en un punto que reproduce frente al imperialismo, a fines del siglo xx, la actitud de las colonias españolas a comienzos del siglo xix frente a la Metrópoli: independencia o muerte. Hoy es Venezuela y mañana será Colombia y más tarde Perú y luego Argentina: roto el cerco por Cuba, ningún dique podrá detener la avenida del gran río popular, que alcanzará su libertad de Washington con la misma violencia que antaño la alcanzó de Madrid.

Hasta qué punto saben esto los yanquis, o lo presienten al menos, ya es otra cosa. El imperialismo no es inteligente; si lo fuera, no sería imperialismo. Los hombres de gobierno y los caballeros de industria, que son uno y lo mismo en Estados Unidos, tienen una idea de nuestra América que en nada se acomoda a la realidad.

Martí denunció en su día cómo nos desprecian en el Norte, donde a las gentes de origen indo afrohispanico se les aplica el mismo criterio que el periódico *The Manufacturer*, de Filadelfia, aplicaba a los cubanos en 1889: «No se saben valer, son perezosos, de moral deficiente e incapaces por la naturaleza y la experiencia para cumplir con las obligaciones de la ciudadanía en una república grande y libre...». Como este punto de vista no ha variado, la alianza para el progreso es una consecuencia del desprecio que los dirigentes norteamericanos, no sin influencia desgraciadamente sobre su pueblo, sienten hacia un mazo de países cuyos habitantes piensan ellos que pueden ser reducidos con un sándwich y una pastilla de chicle.

No entienden.

Y cuando entienden es ya demasiado tarde, porque la casa se les ha venido encima. Ese día está cercano en América, y de ésta, más que en ninguna otra república dominada por el imperialismo, en Venezuela. Hacia ese gran pueblo, que conocemos de cerca pues en su seno hemos vivido, van nuestras voces de aliento, nuestro grito fraterno, nuestra fe, nuestra confianza, nuestro orgullo. ¡Atención! ¡Segundo frente antiimperialista en América! ¡Venezuela libre!

Lástima que la pesada atmósfera que rodea el planeta industrial yanqui, metálico y cerrado, impida que las voces con que se anuncia el despertar venezolano, sirvan también para alertar a los habitantes de aquel odioso mundo, unos culpables y otros ciegos, víctimas todos de un sistema brutal, ya con las primeras ansias de la muerte.

Hoy, La Habana, enero 25, 1963.

1.12 VENEZUELA (I)

El otro día, nos hicimos eco aquí mismo del levantado y enérgico discurso de M. Lescot, Presidente de Haití, fijando la actitud de aquel gobierno —de aquel pueblo— frente a los nazis. Ahora nos llegan noticias de otro gran país americano, Venezuela. «Debemos permanecer unidos —acaba de declarar en un mensaje al país, el Presidente Medina— y repudiar todo cuanto tienda a dividir o debilitar el espíritu venezolano; hacer un esfuerzo supremo por mantener incólumes las instituciones democráticas que nos rigen, y realizar la vasta empresa de completar la defensa económica de la Nación».

Como el Presidente haitiano, el de Venezuela sabe muy bien dónde le aprieta el zapato. Aquél es un país enorme —352 mil millas cuadradas: cerca de diez veces el tamaño de Cuba—, rico en cacao, en caucho, en café, en ganado y sobre todo, en petróleo, el oro negro, básico en la guerra supermecanizada de nuestros días. Para Hitler, ésa sería una presa de inestimable valor, y es seguro que, después de Brasil, nada mueve tanto su ambición, del lado de acá del Atlántico, como la millonaria y hermosa tierra de Simón Bolívar. Venezuela, por otra parte, está situada —no hay que olvidarlo— sobre el mar Caribe, al norte,

y colinda al sur con el Brasil, donde tienen los nazis la vista puesta como posible punto de entrada en la América, partiendo de Dakar, en África. ¿Cómo no tocar «llamada y tropa», convocando al espíritu de Páez con sus llaneros y la férrea voluntad del Libertador? A la guerra no hay otra cosa que oponer más que la guerra. Medina asume, pues, y hay que congratularlo cálidamente por ello, el papel responsable que corresponde a un hombre de su elevada jerarquía.

La verdad es que cualquier punto de América está en peligro, hoy en día. La prensa de ayer, como habrá visto el lector, ha revelado la extraordinaria noticia de que un buque de bandera canadiense fué hundido... ¡nada menos que frente a Puerto Rico! Quiere decir que los nazis están en nuestras costas, andan por las Antillas, retan el poderío del Tío Samuel y planean un ataque tan pronto crean llegada la ocasión, aunque en definitiva paguen a muy alto precio su torpeza, como les ha ocurrido en la URSS. Los que en Cuba sostienen que tal peligro es ilusorio o lejano, quizá hayan empezado a variar de opinión ahora, como ya hubo de ocurrirles cuando el Mikado atacó a los Estados Unidos, justamente el mismo día en que algún periódico de La Habana afirmaba con toda seriedad que pensar en tal ataque era la calurosa fantasía de un cerebro desordenado.

Volviendo a Venezuela. Junto con la noticia de la actitud presidencial, nos llega también la de lo que ha hecho el pueblo, es decir, la forma en que ha recibido las palabras de su más elevada autoridad. Los líderes mejor calificados del movimiento popular venezolano (Rodolfo

Quintero, Carlos Irazábal, Miguel Otero Silva, Ricardo Martínez, Gustavo González Cabrera) han respaldado con su acción, públicamente, la del Gral. Medina. «La creencia de que esta guerra interesa solo a los Estados Unidos —dicen en un manifiesto que se halla en nuestras manos—, de que ella no nos atañe directamente a nosotros, significa en las actuales circunstancias no solo miopía suicida, sino complicidad criminal con los agresores. Están en peligro nuestra soberanía nacional, nuestras instituciones republicanas, nuestros hogares, nuestras vidas, y ante ese peligro, ningún venezolano puede eludir el deber de asumir, valientemente, la responsabilidad y la actitud que la Patria amenazada reclama». Los firmantes piden también inmediato apoyo al gobierno para defender a la Nación, nunca en tan grave trance como ahora, «desde la guerra de independencia», pero a la vez urgen a sus mandatarios a que adopten medidas inmediatas para afrontarlo. «Esperamos al mismo tiempo del gobierno —declaran— una intensificación de las medidas de las medidas anunciadas por el Gral. Medina, a base del adiestramiento de la población para prevenirse de los bombardeos, preparación de la acción contra el sabotaje y el espionaje, etcétera. Igualmente —agregan— consideramos necesario el adiestramiento de la juventud y de todo el pueblo en el manejo de las armas y demás actividades inherentes a la guerra, así como la aplicación del servicio militar obligatorio, sin distinciones, a todos los ciudadanos útiles para cumplir sus deberes militares...».

¿Qué más? No es necesario seguir: parecería un documento escrito para nosotros, los cubanos, si no se supiera que las necesidades de los pueblos frente a Hitler son las mismas en la vasta extensión americana, y que hay que resolverlas por el mismo camino, requieren idéntica vigilancia por parte de la población en pleno u deben ser adoptadas de modo inmediato en todas partes, porque la terrible amenaza es cada vez mayor para el Nuevo Mundo, dispuesto a serlo de veras, poniéndose desde ahora en firme guardia contra las odiosas fuerzas que han hecho de la civilizada Europa un infierno de ferocidad.

Hoy, La Habana, sábado 31 de enero de 1942

1.13 VENEZUELA (II)

En momentos bien dramáticos para ambos, el pueblo de Cuba está expresando su adhesión al de Venezuela. Los que hemos vivido en ese país, sabemos cómo es de profunda y al mismo tiempo cotidiana y risueña la simpatía que allá se tiene a los cubanos —y aun diríamos a lo cubano, porque así es. Nuestra música, a pesar de la más-cula personalidad de aquel folklore, nuestras locuciones populares, nuestro modo de reír y hasta nuestra manera de ver la vida, son moneda corriente en las calles caraqueñas. Esto lo señaló como nadie el poeta Andrés Eloy Blanco. Él dijo:

*Coja usted un pedazo de Venezuela, un poco
de nuestra dulce tierra con tres matas de coco,
unas piñas de Oriente, unas cañas de Aragua,
un par de caraqueños... y échelo todo al agua,
y tendrá usted entonces a Cubita la Bella,
que es más venezolana que el Pasaje Ramella...*

Al propio tiempo, lo que por las tierras de Bolívar brota del corazón del pueblo ¿no ha tenido siempre carta de naturaleza en las de Martí, pese también al acusado

carácter isleño? El «mampulorio», que viene de Barlovento, la zona negra de Venezuela, podría ser de Guantánamo o de Santiago. No hay cubano que no sepa o que no haya oído alguna vez una canción que comienza: «Yo nací en esa ribera del Arauca vibrador...». ¿Y Bello? En el Bachillerato estudiamos todos sus Formas Afines para la conjugación de los verbos irregulares. ¿Y Maceo? Marcos, que le dio el ser, pera de Coro, capital del estado de Falcón. ¿Y Martí? Llamó padre al Libertador... Padre de todo el continente, el nuestro. «Así de hijo en hijo —exclamó el Apóstol—, mientras la América viva, el eco de su nombre resonará en lo más viril y honrado de nuestras entrañas».

¿Qué mucho, pues, que dos pueblos tan próximos en espíritu se junten, se ayuden y respeten? Después del estallido cubano, que nos ha puesto en el trance de continuar en este siglo lo que tanto el gran caraqueño como el gran habanero dejaron sin concluir en el siglo pasado la independencia definitiva de nuestros pueblos, arde Venezuela otra vez y anuncia su voluntad de seguir a Bolívar, como hemos seguido y seguimos nosotros a Martí.

Ahora el enemigo no es el español, sino el yanqui. Este, expulsado de Cuba por Fidel Castro, hunde sus garras en el resto de América y se entrega a la deglución del vasto menú que le brinda la tierra de nuestro continente. Sólo que, por acá se le indigestó el azúcar, en Venezuela no le está cayendo bien el petróleo. Betancourt, hipócrita, traidor y asesino, clava el sangriento cuchillo de Pérez Jiménez en la carne criolla y corre a cumplir las órdenes de Washington antes de pararse a escuchar las palabras

de Bolívar. Órdenes que consisten en matar estudiantes, obreros y campesinos, en atestar las cárceles de patriotas y silenciar la protesta del pueblo, que quiere verse libre no sólo de su presidente felón, sino también de aquellos a quienes él sirve de lacayo.

A la altura a que han llegado las cosas en aquel país hermano del nuestro es muy difícil —podríamos decir imposible— que la crisis acepte una cura de parche poroso y achicoria. Un segundo frente antiimperialista está abierto; pronto surgirán otros, y la revolución reventará en un estallido múltiple. Venezuela en pie tiene a Cuba al lado suyo. Bolívar y Martí se abrazan. América aplaude.

Hoy, La Habana, miércoles 21 de noviembre de 1962.

1.14 VENEZUELA (III)

Termina la semana de apoyo a Venezuela...

¿Una semana? ¡Mucho más! Los días que acaban de pasar son un símbolo. No pueden ser tomados en un sentido estricto. Representan los meses y los años que nuestro pueblo ha dedicado y está en disposición de dedicar a la lucha venezolana por la libertad, vale decir al grandioso esfuerzo de los heroicos guerrilleros herederos de Páez, por combatir la tiranía que bajo distintas máscaras va del bagre andino al Leoni sucesor de Betancourt. Tortura, cárcel, muerte... ¡y rebeldía!

A pesar de que la geografía nos separa, el amor nos acerca. La patria de Martí y la de Bolívar se han sentido muy próximas siempre. Cuba fue la última de las colonias españolas en romper el yugo metropolitano y, sin embargo, la figura del venezolano Bolívar dominó y llenó la escena nacional cubana desde los comienzos del siglo XIX. Bolívar deslumbró a Martí, que lo llamó padre. Los hombres que fraguaron la revolución del 68 eran bolivarianos. Antes del grito de Yara fue esperanza de algunos de nuestros próceres tanto como preocupación del gobierno español, la posibilidad de que las tropas de Colombia invadieran a Cuba y junto a los cubanos arrancaran la Isla a la dominación hispana.

En lo que toca a la cultura nacional (nos referimos a la clase ilustrada criolla) es también a un hombre de Venezuela, aunque forjado en Cuba, a quien debe aquélla no pocos de sus mayores avances. Hemos mencionado así a Domingo Delmonte y Aponte, nacido en Maracaibo y cubano desde su infancia. Delmonte fue el guía más seguido y escuchado de su época y de su clase en Cuba; su finísimo magisterio prestó grande ayuda a los hombres inteligentes —poetas (entre ellos Heredia), novelistas, abogados, gente progresista, en fin, de la incipiente burguesía nacional— que lo rodearon como discípulos y asistieron a sus famosas tertulias, ya en Matanzas, ya en La Habana. En ellas fue presentado el poeta Manzano, y por iniciativa de Delmonte aquel desdichado siervo llegó a ser libre.

¿No fue venezolana la semilla que iba a darnos a los Maceos? La trajo Marcos, que nació en Coro y murió peleando contra los españoles en Cuba. Esa concomitancia llega hasta nuestros días, y otro venezolano, Aponte, muere junto a Guiteras, asesinados los dos por Batista.

Yo conozco a Venezuela de cerca, de verla y tocarla en su propia carne. En el 45 estuve por primera vez en aquella república, y no sólo en Caracas, sino en casi todo el país... El venezolano, o mejor dicho, el caraqueño, me causó una impresión muy parecida a la que recibí del santiaguero y de los orientales en general cuando los conocí como pueblo en su salsa de cubanía y generosidad. En unos y otros, el castellano suena con un acento demorado y dulce; ello sin contar que ciertas expresiones criollas de las más acendradas en Cuba son corrientes en aquel país,

y también algunos de sus platos populares, como la ayaca, tan de Oriente por acá.

Ya he recordado alguna vez los versos de un gran poeta venezolano —cubanísimo por lo demás— Andrés Eloy Blanco, sobre Cuba y Venezuela, en que señala el parecido de las dos en alma y estatura:

Coja usted un pedazo de Venezuela, un poco de nuestra dulce tierra con tres matas de coco, unas piñas de Oriente, unas cartas de Aragua, un par de caraqueños... échelo todo al agua, y tendrá usted entonces a Cubita la Bella, que es más venezolana que el Pasaje Ramella.

Habla después Andrés Eloy de las diferencias —todas superficiales— que hay entre La Habana y Caracas, para concluir:

pero el resto es la guasa caraqueña, la guasa que nos es tan preciosa como un loro en la casa...

Tiene razón el poeta; su patria se parece mucho a la nuestra. Son pueblos del mismo origen negriblanco, y han tenido y tienen enemigos comunes: primero, la colonia española, y luego —ahora— el imperialismo norteamericano, dispuesto, según sus planes, a que tantos millones de hombres hablemos inglés... El parecido les viene asimismo de que por encima de la guasa —como nosotros por encima del choteo— el pueblo de Venezuela se ha lanzado a hacer su revolución, está combatiendo a brazo partido por alcanzar su segunda independencia. En realidad

la revolución venezolana tanto como la cubana son etapas de una lucha general, la lucha de los pueblos de América Latina contra su actual verdugo, que está en Washington como antes estaban en Madrid los virreyes y capitanes generales a que se enfrentaron hombres como Bolívar y Maceo, O'Higgins y Morelos, San Martín y Sucre, han reencarnado en los jugadores y estafadores, en los *gangsters* de levita, en los industriales sin pudor, en los artífices de la guerra, en los racistas quemadores de negros, en los bloqueadores, en los invasores, en los amparadores de gusanos, en toda esa chusma vil que integra el mundo en que se mueve y articula la política yanqui.

Por otra parte, el ejemplo revolucionario no viene hoy de París, como en el siglo XIX. No es ya la revolución francesa (uno de los hitos más señalados de la humanidad en su desarrollo) la que marca pauta y alumbró el camino. Otra revolución llama a las puertas de los campesinos, de los obreros, de los intelectuales, del pueblo en toda América: es la revolución socialista, que dará el poder al hombre y la mujer que trabajan, arrebatándolo a los holgazanes que los explotan. Así como nada detuvo al pueblo francés cuando se enfrentó al poder feudal, ni al pueblo ruso cuando guiado por Lenin aplastó al zarismo, ni al pueblo chino cuando a la voz de Mao Tse Tung se dispuso a derribar el poderío imperialista inglés, japonés, norteamericano, ni al pueblo de Cuba cuando encabezado por Fidel Castro abolió el gangsterismo político yanqui en nuestra patria, así también nada detendrá al pueblo de Venezuela en su lucha contra sus feroces enemigos. Es un

imperativo de la historia, las revoluciones no se detienen, los pueblos tampoco. Ningún tirano vence, porque la tiranía está contra la vida, y la vida es una perpetua revolución.

Hoy, La Habana, noviembre, 1964.

1.15 DE PELOTA...

Bueno, ya saben ustedes, mejor que yo, que «hablar de pelota» es, en Cuba, hacerse el disimulado, cambiar de conversación cuando hay algún importuno cerca, y sustituirla con la popularísima jerga de los tubeyes, tribeyes, jonrones y otras peripecias beisboleras.

A veces, se habla de pelota no porque tan desagradable contratiempo ocurra, sino porque ocurran otras cosas. Por ejemplo, en estos días, a causa del campeonato mundial... del Caribe, entre las novenas «amateurs» (tradúzcase manigüeras) de siete u ocho países americanos, nuestros muy queridos vecinos. Más que nada, a la verdad, por la reñida competencia entre el «Venezuela» y el «Cuba», que llegaron al final del campeonato, acezando, con tamaña lengua afuera, y sin que pudiera decirse a quien correspondía la liebre.

Los compatriotas de Bolívar, discípulos de los compatriotas de Maceo en el deporte yanqui ¿eran mejores que los cubanos? O, por el contrario, ¿demostrarían estos al cabo, que no en balde dieran, hace treinta años, a un atleta como Méndez, vencedor de los elefantes blancos de Connie Mack? Allá iba a verse.

Lo demás se queda en el teclado de la maquinilla, porque ustedes lo saben: triunfó el «Venezuela». Su magnífica dirección —la de un cubano, por cierto, Joseíto Rodríguez— sirvió para meter en el refrigerador, a costa de nuestros paisanos, el jamón que va a alimentar a sus poseedores hasta el año próximo. Si ganó o no ganó el mejor club, eso no lo sabemos, ni se puede juzgar en dos juegos. Pero de todos modos hay que reconocer que la gente de Venezuela sabe lo que trae entre manos, y que tienen para sus momentos de apuros un hombre como Canónico, sin nervios, y unos «files» como jabas, donde no hay pelota que pueda coquetear con la cerca.

Sin embargo, dejemos esto, que es de la competencia de don Celso, y vayamos de lo que cuelga del campeonato, a lo que fue quedando al margen de él, y que en cierto modo le sirve de marco. ¿Cosas del pueblo? Sí, claro; cosas de la gente que fue «a ver la pelota», o que la estaba oyendo en Cuba igual que en Venezuela: con el corazón en los labios.

Lo primero: el fervor patriótico. A la mitad del juego decisivo, la radio de Caracas anuncia que todos los empleados petroleros han obtenido la bonificación de un día, para que puedan oír desde sus casas la transmisión del desafío, en el que se está jugando el prestigio nacional. ¿Broma? No; es serio. Parece que, por ahí, ganarles a los cubanos en beisbol es una hazaña épica, y que hay que festejarla como merece. No les falta razón.

Justo es sospechar, no obstante, que lo de los empleados y las vacaciones solo debe haber ocurrido en

algunas regiones despobladas, rústicas, pues nadie va a admitir sin burla que se conceda tales franquicias en la capital del país, como si se tratara de una batalla entre dos ejércitos, de la cual estuviera pendiente la independencia nacional.

Por su parte, los cubanos también hicieron funcionar su amor a la patria, aunque con emoción más contenida. ¿Apostar contra Cuba? De ninguna manera. Si alguien se atrevió a hacerlo, burlando en aras del vellocino de oro la sagrada devoción a la tierra que lo vio nacer, ¡qué riesgo inmenso no corrió, a qué grave peligro no se expuso, si no en su integridad física, por lo menos en el buen concepto ciudadano, que tanto hay que cuidar!

Por cierto, que vimos esto, en un juego entre «México» y «Cuba»: un «negrito» y un «blanquito» chillan, dando brincos, de pronto, se encaran muy serios:

—¿A quién le vas tú? —pregunta el blanco.

—¿Yo? ¡A quién va a ser! ¡Al «Cuba»!

—¡Ah, bueno! ¡Me pareció que estabas apostándole al «México»!

—No, viejo, yo soy cubano verdad. ¿Qué te traes? Y oye: si quisiera ser del «México», tendría mis motivos, porque estoy viendo que ahí en el «Cuba» se traen su tiranía con la pinta...

A la primera ocasión, revisamos por curiosidad el club nacional. ¡Hombre, pues era verdad! No había más que un solo jugador «de color», como dicen ciertas personas para no parecer vulgares. ¿Casualidad? Probablemente. Pero, de todos modos, no dejaba de ser una lástima, con tantos atletas de piel oscura descendientes genuinos

de Bombín Pedroso, del Diamante Negro y de Jabuco, que hubieran dado mucho que hacer a nuestros visitantes. El año que viene será...

Final: la serie fue, sobre todo (y especialmente en el último juego) una hermosa prueba de educación popular, que debe alegrarnos. Por aquí, por nuestro charco del Caribe, no es muy frecuente todavía el hecho de que al final de un juego en que han perdido los «patriotas» locales, estos carguen en hombros, vitoreándolo, al «patriota» ganador. ¿Verdad, Canónico?

Hoy, La Habana, octubre 25, 1941.

1.16 HOMENAJE A VENEZUELA

Nos permitimos recoger hoy en nuestra columna, a ruego de algunos amigos, las palabras que dijimos el pasado lunes día 11, con ocasión de la fiesta en homenaje a las fuerzas de liberación nacional de Venezuela. Este acto fue organizado por la Unión de Escritores y Artistas de Cuba, el Instituto Nacional de Solidaridad Revolucionaria y el Sindicato de Trabajadores de Arte y Espectáculos.

He aquí dicho texto:

Queridos compañeros:

El acto de esta noche está inscripto en el firme y amplio marco de las relaciones de amistad entre Cuba y Venezuela, y no hace sino confirmarlas una vez más. A pesar de la distancia, la patria de Bolívar y la de Martí se han sentido muy próximas siempre, pues ya sabemos que a los pueblos los une no tanto la geografía como el amor, la comunidad de orígenes, la identidad de aspiraciones, ensueños e ideales.

Aunque Cuba fue la última de las colonias españolas en América en independizarse de la Metrópoli, la figura del Libertador dominó el panorama nacional cubano durante casi todo el siglo XIX y deslumbró a Martí, que le llamó padre y ha dejado a la literatura universal páginas de musculosa

fuerza alabando genio y figura en el gran caraqueño. Los hombres que fraguaron la revolución de 1868 eran bolivarianos, y antes del grito de Yara no faltó en algún momento a muchos de nuestros próceres la esperanza en que aquel generoso caudillo invadiera la isla de Cuba y arrancara a sus habitantes de la dominación española, como había hecho con un haz de pueblos en América del Sur.

En lo que toca a la cultura cubana —y al hablar en estos términos hacemos exclusiva mención de la clase dominante criolla— es también a un hombre de Venezuela forjado en Cuba a quien debe aquélla no pocos de sus mayores avances. Nos referimos a Domingo Delmonte y Aponte, nacido en Maracaibo y cubano de adopción. Delmonte fue el guía espiritual de su época y de su clase, cuyo ilustrado consejo prestó grande ayuda a los hombres inteligentes —poetas, (entre ellos Heredia), novelistas, abogados, gente progresista de la burguesía nacional— que lo rodearon como discípulos y que asistieron a sus tertulias, ya en Matanzas, ya en la Habana.

De Venezuela nos vino la semilla que iba a darnos el bronce del Titán, traída por Marcos, padre de los Maceos, que nació en Coro y murió peleando contra los españoles en Cuba. Más aún, esa concomitancia llega hasta los días republicanos, porque juntos mueren frente a Batista Guiteras y Aponte.

A todo lo cual podría añadirse que hay entre Venezuela y Cuba características populares muy parecidas. Un gran poeta venezolano, Andrés Eloy Blanco, aludió a esto en unos versos cuajados de lírica simpatía:

Coja usted un pedazo de Venezuela, un poco de nuestra dulce tierra con tres matas de coco, unas piñas de Oriente, unas cañas de Aragua, un par de caraqueños... y échelo todo al agua, y tendrá usted entonces a Cubital la Bella, que es más venezolana que el Pasaje Ramella. Me dirá usted: La Habana es muy grande.

Es verdad,

le diré yo: —La Habana es una gran ciudad, casas de doce pisos, el Malecón, el Prado y los nuevos proyectos que «proyecta» Machado, pero el resto es la guasa caraqueña, la guasa que nos es tan preciosa como un loro en la casa...

Sólo que ahora los tiempos no son de guasa. También creíamos los cubanos que aquí todo era sino choteo, y los hechos demostraron al mundo —le están demostrando— que la revolución cubana va en serio; y que a pesar de su carácter alegre y decidor y hasta bromista, el compañero Fidel es muy serio también. ¿Acaso no es seria la nacionalización de los centrales azucareros, la reforma urbana y las dos reformas agrarias, y con ellas la victoria de Playa Girón? Más que nosotros mismos, pues pudiera parecer inmodestia y jactancia, está en condiciones de dar alguna información sobre esto el propio imperialismo norteamericano son su personero más alto, Kennedy, ambas víctimas de nuestra seriedad.

Por supuesto que Andrés Eloy sigue teniendo razón, y su patria se parece mucho a la nuestra; son pueblos del mismo origen negriblanco y han tenido y tienen enemigos comunes, primero la colonia española y más tarde, ahora, el monstruo yanqui dispuesto, según sus planes a que tantos millones de hombres hablemos en inglés, para responder afirmativamente a la angustiada interrogación de Rubén Darío.

El parecido les viene asimismo de que, por encima de la guasa —como nosotros por encima del choteo— el pueblo de Venezuela se ha lanzado a hacer revolución, está combatiendo a brazo partido por alcanzar su segunda independencia y destruir todo lo que es viejo y levantar sobre esas ruinas un orden nuevo con la acción poderosa del pueblo, unido en sus obreros y campesinos y estudiantes e intelectuales; y barrer de su carcomido trono a Rómulo Betancourt, que es un lacayo aún más odioso que Juan Vicente Gómez y Pérez Jiménez. Al fin y al cabo, estos no engañaban a nadie; procedían como simples espadones, como meros sátrapas militares, que nunca prometieron la libertad, que no hablaron jamás de combatir por mejorar las condiciones de su pueblo, que no se presentaron ante la opinión del mundo como perseguidos apóstoles, ni como líderes y reformadores.

Rómulo Betancourt, en cambio, es un estafador, porque fingiéndose puro estaba podrido hasta la raíz de las uñas; y diciendo que sacaría a su país de la sima en que lo había hundido un militar grosero e ignorante, lo hundió más en ella; y proclamando a voz en cuello que él

iba a restaurar las libertades públicas desconocidas por la tiranía le dio una vuelta más al dogal que estrangulaba al pueblo venezolano y convirtió esas garantías en papeles sin valor; y clamando hipócritamente porque no se matara a la gente que luchaba por elevar a Venezuela, ni se la encarcelara, inunda su patria con ríos de sangre joven, limpia, tan pura como la que corrió en las venas del Libertador, y cierra cada día las puertas de las cárceles tras las espaldas de quienes quieren paz, progreso, democracia; y habiendo señalado el mal del petróleo en los primeros momentos de su lamentable carrera, hoy chapotea en él y lo entrega al imperialismo, que es como entregarle la médula, la savia de su grandioso país.

Pues bien, compañeros y amigos: contra todo esto pelea el pueblo de Venezuela, y en esa lucha lo acompaña el pueblo cubano. En realidad, la revolución venezolana y la cubana son etapas de una lucha general, la lucha de los pueblos de América Latina contra su enemigo de ahora, que está en Washington, como el enemigo de antes estaba en Madrid. Los virreyes y los capitanes generales a que se enfrentaron hombres como Bolívar y Maceo, O'Higgins y Morelos, San Martín y Sucre, han reencarnado en los jugadores y estafadores, en los gangsters de levita, en los industriales sin poder, en los artífices de la guerra, en los racistas quemadores de negros, en los bloqueadores, en los invasores, en los amparadores de gusanos, en los traficantes de sangre humana, en toda esa chusma vil que integra el mundo en que se mueve el señor Kennedy.

El león castellano fue expulsado, pero lo suplantó el águila yanqui. En el campo que abandonó el símbolo de la vieja metrópoli vino a instalarse el pájaro sangriento del imperialismo, de modo que la lucha comenzó de nuevo. Y si en la guerra contra España fue Cuba la última en desembarazarse de grilletes y cadenas, y esto para quedar entre la espada de Mr. Wood y la pared de Batista, ahora fue la primera en romper las puertas de su prisión y salir al aire puro y a la luz. Aunque el orden no cuenta, es seguro que Venezuela será la segunda. No pasa día sin que el cable nos traiga el eco de la heroica lucha que están librando en su patria las gloriosas fuerzas de liberación nacional. Apuntalado y remendado sin cesar por Kennedy, el trono de Betancourt vacila y se estremece. En vano es que el Presidente norteamericano amenace con el desembarco de sus marines, como anunció la prensa ayer apenas, para reprimir las actividades de los patriotas: peor fue el terremoto que destruyó a Caracas en 1810 y eso, que era una fuerza de la naturaleza, una fuerza incontrolada e imprevisible, estuvo bien lejos de parar la voluntad de Bolívar, su decisión y coraje, y la libertad venezolana fue al fin conquistada. No sólo la libertad de Venezuela, sino la libertad de toda América Latina.

El ejemplo revolucionario no viene hoy de París, ni es ya la revolución francesa —uno de los hitos de la humanidad en su desarrollo— la que señala pautas y alumbró el camino. Otra revolución llama a las puertas de los campesinos, de los obreros, de los estudiantes, del pueblo todo en América: la revolución socialista, la que

da el poder pleno a la gente simple de la calle y del campo, a los perseguidos y humillados, a los desposeídos, a los encadenados, a los hombres y mujeres que hoy golpea y mata Rómulo Betancourt en Venezuela como antes los golpeaba y mataba Fulgencio Batista en Cuba; los hombres y mujeres que integran las fuerzas de liberación nacional, es decir pueblo armado y rebelde como el nuestro.

Por eso hemos venido a decir esta noche, nosotros cubanos, que el pueblo de Venezuela vencerá; que estamos a su lado en sus tristezas y alegrías, así cuando sabemos que hay camaradas que sufren y son torturados y mueren, como cuando cae abatido un esbirro de Rómulo, o aparece en la primera página de todos los periódicos, cubierto de ridículo, un yanqui semidesnudo, sorprendido mientras dormía.

Compañeros y amigos: nada detuvo al pueblo francés cuando se enfrentó a sus enemigos feudales, y la revolución de 1789 fue hecha; nada detuvo al pueblo ruso cuando guiado por Lenin se enfrentó al zarismo, y luego a los ejércitos extranjeros, y la revolución fue hecha; nada detuvo al pueblo chino cuando se enfrentó al imperialismo japonés, al inglés, al francés, al norteamericano, y la revolución fue hecha; nada detuvo a los pueblos de América Latina cuando se enfrentaron a España, y la revolución fue hecha; nada detuvo al pueblo cubano encabezado por Fidel Castro cuando se enfrentó al poder de Batista y el imperialismo yanqui que lo sostenía, y la revolución fue hecha; nada detendrá al pueblo venezolano en la lucha contra el tirano Betancourt y las fuerzas que

desde Washington lo sostienen, y la revolución se hará. Es ese un imperativo de la historia; las revoluciones no se detienen; los pueblos tampoco. Ningún tirano vence, porque la tiranía está contra la vida, y la vida es una perpetua revolución.

¡Vivan las heroicas fuerzas armadas venezolanas de liberación nacional!

¡Viva el heroico pueblo de Venezuela!

¡Viva la unión de Venezuela y Cuba!

¡Patria o muerte, venceremos!

Hoy, jueves, 14 de noviembre de 1963.

2. Crónicas para *El Nacional*

2.1 PROPAGANDA ELECTORAL

Ignoro cómo serán unas elecciones en Venezuela, o mejor dicho, cómo será un período electoral. En Cuba es un vasto proceso que sacude como mar de fondo hasta las fibras más íntimas del organismo popular.

Ahora estamos atravesando precisamente un período así: al cabo de mes y medio, el primero de junio, el pueblo acudirá a las urnas para elegir alcaldes, concejales y representantes o diputados en todo el territorio nacional.

La multiplicidad de partidos —son siete— hace que la propaganda asuma las formas más diversas, pues no sólo cada uno de ellos, sino cada candidato a su vez pone en práctica su concepción particular de lo que esa propaganda debe ser, en qué ha de consistir. Aparte del pasquín puro y simple, además del discurso trasmitido por la radio o desde el pequeño Sinaí de la tribuna, fuera, en fin, de las declaraciones en los periódicos, los paseos por los barrios, el camión altoparlante, etcétera, existe un tipo de divulgación electoral que ha alcanzado en Cuba una singular perfección: es el *affiche* o cartel con la vera efigie del postulante.

Hubo una época (como ocurre todavía en otros muchos países) en que bastaba un grabado, un simple cliché

de cuadrícula discretamente visible para armar un pasquín. El símbolo del partido o grupo, un lema de circunstancias, un saludo y sanseacabó. Lo demás era puesto por la ejecutoria personal del candidato, quien se veía forzado así a presentarse de cuerpo entero ante sus electores, ya que no en toda ocasión podía hacerlo de alma o de inteligencia.

Pero en los días que corren los pasquines son otra cosa. Si mis amados y pacientes lectores se dieran ahora mismo un salto a La Habana y al abandonar el aeropuerto de Rancho Boyeros partieran hacia la famosa Acera del Louvre, contemplarían un espectáculo inusitado. Desde la esquina de San Miguel hasta la mitad del Paseo del Prado por esa latitud, es decir, hasta las puertas del hotel Inglaterra, hay instalada una vasta galería de retratos electorales de inmensas proporciones, debidos al pincel de Goyas incipientes, de Velázquez en agraz, de alguno que otro Rembrandt en formación...

Por supuesto que son caras lamiditas, retocaditas, sin un pliegue, sin un grano, sin una arruga, sin la más leve claudicación física. Cuando cada candidato es trasladado al lienzo, pierde veinte o treinta años por lo menos, como si la brocha de su benefactor alcanzara ese poder maravilloso que tiene la máquina del tiempo en manos de Trucutú.¹ Algunos han vuelto a la infancia, están en los días en que iniciaran, no ya sus coqueteos con la política, sino sus pasos en la vida.

1 Personaje de una tira cómica norteamericana que encarna a un hombre de las cavernas.

—Vea usted —decíame hace poco un amigo ya entrado en años, lleno de experiencia y de ironía—, vea usted la cara de ese candidato a representante. Le conozco muy bien; es poco más o menos de mi tiempo; pero si fuera a tenérsele en cuenta la edad con que aparece en el óleo, no podría presentar su candidatura, porque aún estaría chupando el biberón...

Hay que decir que tan pintoresco espectáculo no tiene por escenario sólo la Acera del Louvre: es toda la capital la que aparece empapelada de tal guisa. Los postes telefónicos, los balcones de las casas donde viven familias adictas a determinada candidatura, los ómnibus, los tranvías... ¡y hasta el cielo! Sí, señores, el cielo, esa «negra tapa de la enorme marmita donde hierve encerrada la vasta humanidad», según decía aquel exagerado de Baudelaire. Y como no se ha encontrado todavía el modo de pintar caras en la región de las nubes, todos los días vuela un avión contratado por el político de turno para arrastrar a mil metros de altura un largo letrero rojo en forma de cola y en el que se lee poco más o menos lo siguiente: Vota el primero de junio por Juan Pérez: para siempre te querrá si tú lo quieres...

El final de todo esto es que el pueblo se burla de los pasquines, no toma en consideración los retratos y para nada se acuerda de los mil y un motes y empresas de ocasión que cada quisque ha puesto en su escudo, es decir, en su cartel de presentación. A medida que crece la sensibilidad política de las masas —y en Cuba es muy alta, por virtud de hechos que no vamos a examinar ahora—,

menos necesario es ese canto de sirena, ese pregón con que los políticos tratan de vender su mercancía, a veces podrida sin remedio. Es útil, claro, y necesario, que el aspirante salga al ruedo, que se sepa qué quiere y a qué viene, pero el hombre del pueblo no se deja engañar fácilmente si el novato carece de condiciones o si se trata de un veterano sin ejecutoria. Antes bien, la propaganda exagerada, el retrato profusamente repetido —y más estos óleos chorreando señoritismo y pepillería, como de soute-neurs en exhibición o don Juanes de alquiler— acaban por producir bascas y revolver el estómago de las gentes.

¡Qué quiere el lector! En Cuba (y supongo que en Venezuela también) lo peor es hacerse excesivo, ubicuo, aparecer por todas partes, salir hasta en la sopa, aunque ello sea en vísperas de elecciones; llegar a «heder», como dice el pueblo con muy gráfica expresión. Y esta gente, a la verdad, ya está hediendo demasiado.

Por eso nos quedamos con la fórmula de propaganda de uno de los partidos en la estacada, el de los socialistas populares, a saber: menos caras y más programas; menos «figuraos» en el papel y más serias promesas de trabajo en beneficio del propio elector que se molesta levantándose temprano y haciendo fila en la calle, con la esperanza de que su esfuerzo sea estimado limpiamente.

¿Que quién ganará? ¡Ahí está el detalle, como dice Cantinflas! En La Habana está pasando las de Caín el hermano del Presidente... que es el que más propaganda hace. De todas suertes hasta ahora los que ganan a manos llenas son los pintores de brocha gorda o flaca, los dibujantes con

habilidad para trasladar al papel el rostro de sus clientes políticos y para los cuales cada elección representa la seguridad de una fortuna.

El Nacional, Caracas, abril, 1948.

2.2 CÁNDIDO PORTINARI, EL GRAN PINTOR REPRESENTATIVO DEL PAÍS

Cándido Portinari, el gran pintor brasileño, vive en una casona de dos pisos situada en la rúa Cosme Velho, en Río de Janeiro, la misma calle en que vivió y murió Machado de Assís. Es un hombre de pequeña estatura, ojos azules muy vivos, cabellos rubios, labios delgados y maliciosos. A consecuencia de una caída cuando era muy niño, le quedó la pierna derecha algo más corta que la izquierda. Habla el portugués —o mejor el brasileño— con un acento campesino, lento y dulzón, y ello lo identifica en seguida como hombre «del interior». Así es realmente, pues nació en la hacienda Santa Rosa, perteneciente a un pequeño pueblo del estado de San Pablo nombrado Brodosqui, el 29 de diciembre de 1903.

Los padres del pintor son italianos. Vinieron a fines del siglo pasado en busca de trabajo a la gran tierra brasileña, que los acogió amorosa. Fue allí donde se conocieron, pues cada cual llegó por su parte, y allí se casaron. Pobres como eran, no tenían otro recurso que el de sus brazos, de manera que se internaron en la campiña paulista, donde han vivido siempre y de donde sólo hacen alguna rápida escapada a Río para ver al hijo genial.

En una de esas ocasiones los conocí yo. Ella, Dominga Torquato, es natural de Vicencia y vino muy niña al país. Una mujeraza alta, fornida, de rostro inteligente, enérgico y voluntarioso. Luce saludable y de buen ánimo, a pesar de que ya pasó los sesenta. Nunca fue a la escuela, pero ello no le ha impedido ser una genuina, una eficaz ama de casa, pendiente de los menesteres agobiadores que supone tal jerarquía familiar. El viejo Portinari, de nombre Juan Bautista, nació en Florencia y llegó al Brasil todavía un niño de trece años. Es un hombre alto, enjuto, fibroso: casi un Greco. Al contrario de su mujer, recibió algunas letras en su niñez, y las ha ampliado al socaire de una perpetua inquietud intelectual. No cae libro en sus manos que no devore, y aunque con las limitaciones propias de una educación autodidacta, tiene información o cuando menos noticias de muchos problemas universales.

Su pasión es la política. Muy de mañana lo veía yo en Río salirse a la calle y regresar luego con un mazo de periódicos. Sentábase junto a la gran ventana familiar y allí se leía hasta los anuncios. Al terminar surgían los comentarios, agudos y finos. Es hombre progresista, muy queredor de su tierra adoptiva y al tanto de los altibajos de su política, la que ha venido observando durante más de cincuenta años. Esta pareja admirable tuvo trece hijos, de los cuales Cándido es el tercero. ¿Cuándo apareció la vocación artística en aquel muchacho enfermizo, que tanto se diferenciaba de sus hermanos, todos fuertes y bien plantados? Desde que echó a andar por el mundo. Muy pequeño, se entretenía pintando figuras que

eran el regocijo de sus compañeros infantiles, y también copiando con tino y gracia cuanta lámina veía.

Percatáronse sus padres de las habilidades de «Candiño», como le llaman sus amigos, y en 1918 le permitieron ir a Río de Janeiro a seguir los cursos de la Escuela de Bellas Artes. No tenía un centavo y la vida le era muy dura en la capital. ¿Qué importaba? Había ido a trabajar y vencer. El poeta Bandeira cuenta que por estos días se inscribió Portinari en un concurso para asistir a la clase de modelo vivo en la Escuela de Bellas Artes, pero fue rechazado. Todavía en 1922 nadie repara en él, a pesar de que participa en cierto salón con cierto retrato... Un año después obtiene algún éxito: una medalla de bronce por un óleo del escultor Mazzuchelli. En el 27, nueva medalla, entonces de plata. Hasta que en el 1928 gana una beca para ir a Europa, como premio por el retrato del poeta brasileño Olegario Mariano. Francia, Inglaterra, España, Italia... Pinta poco y estudia mucho. Se casa en París con una dama uruguaya muy fina y culta, que será desde entonces su devota compañera en la vida.

A su regreso al Brasil, Portinari comienza a buscarse dentro de sí mismo y en la experiencia circundante, transformando en ciencia propia el vasto aprendizaje europeo. De esa angustia creadora surge *El café*, cuadro que obtiene en 1935 la segunda mención honorífica en la exposición de arte moderno del Instituto Carnegie. En seguida realiza su primera decoración mural en el Monumento Rodoviario erigido en la carretera de Río a San Pablo; lo nombran profesor de pintura en la Universidad

del Distrito Federal y se hace cargo de los frescos para decorar el nuevo edificio del Ministerio de Educación, construido por Niemeyer sobre un plano del arquitecto francés Le Corbusier, cuya visita al Brasil dio origen a toda una revolución.

A partir de este momento, Portinari evoluciona con rapidez y seguridad. Visita Nueva York para decorar el Pabellón Brasileño en la Exposición Internacional de 1939; expone en el Museo de Arte Moderno; pinta un ciclo monumental de frescos en la sección hispánica de la Biblioteca del Congreso de Washington. De la propia época son los cuadros inolvidables de *La música negra*, para la radio Tupi, de Río de Janeiro, y un ciclo bíblico para la misma radio, en San Pablo.

Por estos días se produjo el caso —porque fue un «caso»— Pampulha. Niemeyer había construido en ese pequeño sitio próximo a la ciudad de Belo Horizonte su famosa iglesia, interpretación muy personal, muy moderna y atrevida de ese tipo de construcciones religiosas. Portinari arrojó junto con Niemeyer la tempestad desencadenada por la estulticia, pues suyos son los azulejos que representan la vida de san Francisco de Asís. Suyo es también un fresco mural interior, de once metros de alto por siete de ancho.

Las otras obras de Portinari, correspondientes a estos años, son las maravillosas decoraciones para el ballet ruso *Yara*, cinco óleos que tienen por tema los emigrantes italianos (como sus padres) y el *Camino de cruces* que pintó para la catedral de Belo Horizonte. Agréguese

a esto lo realizado en 1946: una serie de dibujos sobre los niños de su pueblo, Brodosqui, adonde el pintor suele ir en los días pascuales para regocijo de sus padres, alboroto de sus sobrinos, orgullo de sus amigos y candorosa preocupación del Ayuntamiento.

Un día, estando yo en Montevideo, recibí una carta de Enrique Amorim, el célebre novelista uruguayo. Con su peculiar euforia me hablaba de Portinari, a quien acababa de conocer —de reconocer— en Buenos Aires, recién vuelto el gran brasileño de París, donde había expuesto con enorme éxito unos meses antes. ¡Qué talento! ¡Qué modestia! ¡Qué sencillez! ¡Qué perspicacia para la interpretación de los más sutiles problemas humanos! ¡Qué fuerte concepción de la vida a través del trabajo creador! En resumidas cuentas, Amorim me urgía a que corriera a la capital argentina, cosa de que yo también participara de su hallazgo.

No pude hacerlo de inmediato como quería el ilustre autor de *La carreta*, pero pronto llegó ocasión de ello cuando dejé por fin la hospitalaria tierra de Artigas.

Portinari vivía entonces (era en julio de 1947) en un hotel de la calle Florida, donde tenía un apartamento. Yo vine a ser casi su vecino, pues me instalé en las Galerías Güemes, situadas en la misma calle. Con él estaban su hijo Juan, niño de vivísima inteligencia; María, su mujer, e Inés, la hermana menor de Portinari, que los había acompañado en el viaje a París y que ahora estaba de regreso con ellos. En Buenos Aires el pintor no iba a permanecer más que el tiempo necesario para exponer

en las Galerías Peuser, como ya anunciaban vistosos cartelones diseminados por toda la urbe.

Amorim me llevó a verlo una tarde y de aquel encuentro surgió una amistad limpia y sencilla, como si ya estuviera acendrada por los años y sólo quedara de ella la yema pura. ¿Desde cuándo conocía yo a Cándido, a «Candiño»? Desde toda la vida... Tal vez jugara con él en Brodosqui, niños los dos, o viniéramos juntos a Río, o marcháramos llenos de ilusiones a París. Lo cierto es que en Buenos Aires nos veíamos todas las tardes en su hotel y muchas veces comíamos en algún restaurante popular lleno del humo del asado.

Pronto, sin embargo, hallóse atrapado por el vértigo preparatorio de la exposición, la cual fue inaugurada el 17 de julio de aquel año y duró hasta el nueve del siguiente mes. Fue una apertura tumultuosa, pues Buenos Aires en pleno se volcó en las célebres galerías, que se mantuvieron repletas de público las dos semanas largas que duró tamaña apoteosis. De todos los agasajos rendidos a Portinari entonces recuerdo principalmente el esplendoroso banquete con que lo festejó la intelectualidad argentina en el hotel Ambassadeurs, que alcanzó categoría de gran suceso artístico. ¿Cuántas personas había aquella noche, la siguiente a la apertura de la exposición? ¡Qué sé yo! Quienitas, tal vez; acaso más... Un grupo de nueve pintores argentinos decoró el menú, delicadamente impreso, cada uno con un motivo o alegoría, y hasta yo escribí un son, que se escondía humilde entre los dibujos:

*Un hombre de mano dura,
 hecho de sangre y pintura,
 grita en la tela.
 Sueña y fulgura,
 su sangre de mano dura;
 sueña y fulgura,
 como tallado en candela;
 sueña y fulgura,
 como una estrella en la altura;
 sueña y fulgura,
 como una chispa que vuela...
 Sueña y fulgura.*

Y por ahí seguía, que no es cosa de copiarlo entero, y más cuando aún queda mucho por decir del brasileño genial.

De Buenos Aires, Portinari fue a Montevideo, donde también expuso con gran alboroto, y luego partió hacia su gran tierra del Brasil. Allí lo alcancé una vez más, y aun encontré asilo en su casa. Ello me permitió conocerle en su más cercana intimidad, viéndole día a día.

La casa de Portinari es grande y antigua. Se entra a ella por un pequeño jardín que da a la calle, y en seguida topamos con una estrecha escalera que nos conduce al piso superior, donde se encuentra instalada la familia. Una gran sala, que sirve al mismo tiempo de comedor, divide el piso en dos cuerpos: uno con las habitaciones de dormir y otro con la cocina y los cuartos de desahogo de la casa, los cuales desembocan a un jardín de fondo, casi en las faldas

del monte Corcovado, cuya imponente mole parece amenazar la mansión. En los bajos, no bien se penetra, a la derecha, tiene Portinari su estudio o taller. Muy de mañana se levanta, se baña, desayuna y desciende a su lugar de trabajo, donde nadie osará molestarlo. Allí permanece hasta la hora del almuerzo, las doce. Échase un rato luego, y vuelve a su *atelier*, para entregarse otra vez a la pintura hasta que la ausencia de luz le hace imposible toda faena.

Portinari sale muy pocas veces de su casa. En cierta ocasión, según me dijo, pasó seis meses sin ver de la ciudad más que la cuadra en que vive. Manuel Bandeira sostiene que este sedentarismo del artista débese al defecto físico ya conocido; un sedentarismo, como dice el poeta, «fecundo para a pintura mas inquietante para a saúde...» Su única ocupación es pintar; su oficio, su entretenimiento, su vida es la pintura, y nada que la niegue entra en su espíritu o sale de él.

En la noche, después de la comida, descansa en la sala familiar, rodeado de su mujer y su hijo. A veces baja al estudio —cuando son muchas las visitas— y allí corren las horas y en muy animada tertulia, de la que participa un grupo de íntimos. Portinari fuma mucho y gusta del mejor habano. Ama el café, como buen paulista, pero jamás bebe alcohol. En ocasiones, al filo de la medianoche y como María su mujer note que las gargantas están secas por la charla, desaparece de repente y regresa con una gran bandeja... llena de vasos de agua.

Cavalcanti, por ejemplo —lo conocí y traté mucho en San Pablo—, es un espíritu bohemio y demoníaco, con

sus labios sensuales y su vitalidad a flor de piel. Flavio Carvalho guarda siempre en su poderoso *frigidaire* alguna botella de vino o de *whisky*, que nunca le dura demasiado. Clovis Graciano se escapa a Río o a Bahía, en busca de incentivos imprevistos. Portinari es de cristal de roca. Austero, puro, límpido. Un campesino directo, tallado en un solo bloque a golpes del mismo cincel con que en un solo bloque fueron hechos sus padres.

La característica humana más acentuada en Portinari es la generosidad. Todo lo entrega; nada le pertenece. Su hogar, donde imperan los hábitos de pureza que ya no son de este mundo —o por lo menos de estos tiempos—, sugiere lo que deben de haber sido las residencias criollas en el siglo XIX cubano: anchas, cordiales, acogedoras, en las que un viajero fatigado sentíase de pronto en el seno de su propia familia.

Como ha ganado y gana mucho dinero con su pintura, mucho ha gastado y gasta también. No en fiestas mundanas, a las que no es afecto, como ya hemos visto, sino en hacer llevadera la vida a la gente que lo rodea, desde sus padres hasta sus sobrinos, desde sus hermanos hasta sus parientes más alejados y amigos. «Candiño» es siempre la mano generosa que atiende la escuela, se encarga del médico, acude con el vestido, completa la mesada cuando no la pone íntegramente.

De habérselo propuesto, sería rico. Sólo tiene la casa en que vive, lo cual no es mucho, aunque se trata de una espaciosa residencia. ¿Para qué amontonar dinero, si hay quien lo necesita? Como artista, al fin, es ingenuo y puro;

vive entre sueños, los de su arte, y ama la justicia y la paz entre los hombres. Cuando —nunca suceda— le falte María, su mujer, no quedará divorciado ni viudo, sino huérfano.

La gran pasión de su vida es el hijo. Un niño pálido, inquieto, nervioso, de ojos azules y labios apretados, que en sus nueve años almacena más ciencia que un bachiller. Habla francés, español, inglés y, desde luego, su idioma nativo, portugués. Tiene opiniones propias sobre muchos problemas que inquietarían a más de un espíritu maduro, y sus respuestas desconciertan por lo certeras, rápidas y brillantes. Así deben de ser —pensaba yo muchas veces— los genios en la infancia. En el apartamento de Buenos Aires, que fue donde me lo encontré, vivía prisionero. Andaba en plantillas de medias y había adquirido una habilidad rara para saltar de un mueble a otro, como un pájaro entre las ramas, presa de perenne inquietud. El niño atómico, le decía Rafael Alberti.

¿Qué hará Portinari en estos días, allá en su desmesurado Brasil? Pregunta inútil: ¡pintar, pintar siempre! Me parece verle de nuevo, pequeño y móvil frente a sus figuras enormes, los ojos vivos, el pincel en la diestra, la frente encendida en una llama de energía creadora, rondando las telas, como si las enamorara...

Desde los días iniciales de 1918, cuando abandonó la aldea paterna, hasta estos días altos que ahora lo contemplan ya consagrado y magistral, la vida de Portinari es una sola palabra: plástica. Es el creador de una gran pintura nacional en el Brasil, y aun puede decirse que de la pintura nacional brasileña. Dueño de una técnica poderosa

y variada que le permite moverse con augusto señorío en los campos más disímiles de su arte, desde el caballete hasta el mural, llegó mediante una eliminación tenaz de formas provisionales a su encuentro definitivo: la expresión del dolor popular brasileño en una dimensión universal.

No sólo es ésa una gran pintura «contemporánea», sino que es una gran pintura eterna. Astrojildo Pereira, en una página profunda y simple como todas las suyas, cuenta un diálogo que oyó —dice— en cierta exposición del gran artista:

—Hay cuadros de este hombre —observó alguien— que serán disputados por los museos de aquí a cuatrocientos años.

—Pues la impresión que yo tengo —respondió otra voz— es que hace más de cuatrocientos años algunas de estas telas ya estaban pintadas...

Ambos tenían razón.

Porque la grandeza de un artista como Portinari consiste en salirse de su tiempo y estar en él. Esos campesinos dramáticos, esos niños hambrientos, esas mujeres tuberculosas y desesperadas que Portinari pone sin piedad ante nuestros ojos, pertenecen sin duda al Brasil y son de nuestros días; pero están ahí mucho antes de que el gran pintor naciera, y quedarán para siempre en su obra, aunque él desaparezca y cuando haya desaparecido también la tremenda injusticia, el duro desnivel humano que su genio poderoso reflejó.

2.3 UN AÑO QUE LLEGA Y UN TROVADOR QUE SE VA

La Habana ha recobrado rápidamente su ritmo normal. Es decir, su tumulto ordenado, su vocerío lleno de templanza, su ponderada desorbitación... Luego de las fiestas de Pascuas, ya un poco lejanas, y las más recientes de Año Nuevo y de Reyes, el habitante de este rincón antillano hállase entregado a la desagradable tarea de arreglar cuentas consigo mismo.

Claro que allí entran también las cuentas que tiene que arreglar con los demás. Porque es ya clásico (al menos entre nosotros) que después del torbellino suscitado por la grasienta conmemoración de la divina natividad, los acreedores (que son deudores a su vez) han de esperar hasta febrero para cobrar los adeudos... de noviembre.

Hay, pues, un mes económicamente muerto, y es enero. Caras largas, cejjuntas; ojos perdidos en un cielo pitagórico de cálculos matemáticos; tardíos remordimientos; tumultuosa aglomeración de cuentas por coñac, por whisky, por champaña. Ese mundo sombrío, en fin, que sucede a lo que fue alegría desordenada y en medio del cual entramos precisamente en el «año nuevo», el que deseábamos lleno de las consabidas venturas para todos, comenzando desde luego por nuestra ventura personal.

Sólo que enero comenzó en forma harto cruel con la música popular cubana, pues nos ha arrebatado a Manuel Corona... ¿Y quién era Corona?, preguntará el lector venezolano. Corona era un trovador que no sólo cantaba canciones, sino que las componía, entre ellas algunas que se hicieron famosas. No sabía una nota de música, pero tocaba muy bien la guitarra; no medía sus versos al modo clásico, puestos en fila, con los consonantes «en las puntas» (como en la anécdota de don Ricardo Palma), pero sus letras rezumaban gracia, límpida frescura de manantial que brota muy de abajo de la tierra.

Ningún cubano que hoy tenga más de cuarenta años habrá olvidado las composiciones de Corona. Yo recuerdo, allá en mi lejano bachillerato, la boga obsesionante de Santa Cecilia, cuyo ritmo lánguido subía y bajaba lentamente, en un alarde de ingenua complicación técnica:

*Por tu simbólico nombre de Cecilia,
tan supremo que es el genio musical...*

De aquella época son también otras canciones que alcanzaron larguísima divulgación:

*Mercedes, Adriana, y una guaracha titulada
Acelera, Ñico:
Acelera, Ñico, acelera,
acelera y ponte en primera...*

Pero sobre todas, Longina, hermana gemela de Santa Cecilia, de modo que no puede hablarse de una sin que la otra nos venga en seguida a los labios:

*En las sensuales líneas
de tu cuerpo hermoso
hay un tema que destaca
sensibilidad...*

Por cierto, que Longina —llamada Longina O'Farrill— vive todavía... Era hace treinta años una mujer de cuerpo flexible, negra, de altos senos y ojos relampagueantes. Hoy ha engordado, naturalmente, y la mirada brilla menos, pues los años no pasan en vano. Pero todavía da pruebas de que fue lo que fue. A causa de la muerte de su cantor, surgió en estos días a un plano de súbita actualidad.

—A la una de la mañana —cuenta Longina— tocaron a mi puerta para darme la noticia de la muerte de Manuel, y eso me hizo una horrible impresión. Estaba y estaré agradecida a él. Corona ha muerto, pero la mujer que le inspiró una de sus mejores canciones está viva y lo recordará sin cesar. En cierto modo él me inmortalizó. Hubiera querido estar a su lado en el instante en que lanzó su último suspiro. Yo sabía que se hallaba enfermo, tuberculoso, y sabía también que no se cuidaba, que se había entregado a la bebida, sin importarle su estado físico. Puedo decir que Corona se suicidó, porque si se hubiera cuidado un poco habría vivido algún tiempo más...

Corona se sabía herido de muerte. La propia Longina dice que cuando alguien le pedía que abandonara «el trago», contestaba el viejo trovador invariablemente:

—¿Para qué quiero vivir unos cuantos días más, dándome cuenta de todo? El alcohol al menos me hace creermelo bien y me permite compartir el tiempo que me queda con aquellos amigos y amigas de mi juventud...

Hace unos meses encontré a Corona en uno de los cafetuchos situados frente a la Estación Terminal. No hablaba con él hacía años, cuando la terrible enfermedad no había estragado su cuerpo. Flaco, flaquísimo, los ojos hundidos, el mentón en proa, la voz cavernosa.

—¿No te acuerdas de mí?

—Claro que me acuerdo —le dije—. Tú eres Corona...

—Yo soy Corona —respondió a su vez—, pero me muero. Mírame como estoy.

Lo invité a una copa y la bebió ávidamente con mano temblorosa.

—Un día quiero verte —concluyó al despedirme de él—. Me gustaría cantarte las viejas cosas. Yo soy el autor de *Santa Cecilia* y de *Longina*— ¿No te acuerdas?

La verdad es que esas dos canciones constituían su orgullo.

Al entierro de Manuel Corona sólo fue un puñado de amigos, los fieles de siempre. Sindo Garay, el patriarca; Rosendo Ruiz, Tata Villegas, Gonzalo Roig (que despidió el duelo), Pancho Majagua y algunos más.

Poco antes de morir (en un cuarto oscuro del cabaret Jaruquito), el infeliz trovador había expresado su último deseo: café y guitarras. Por eso cuando la comitiva fúnebre regresó del cementerio de Marianao, donde quedaban sus despojos, Sindó Garay propuso:

—Ahora vayamos a casa; hay que cumplir la voluntad de Manuel— Y en casa del glorioso autor de *La bayamesa* se reunieron los compañeros de Corona. Allí, como quien cumple un rito, cantáronse sus viejas melodías subrayadas por breves tazas de negro café.

Por lo demás, la desaparición de este modesto músico vernáculo denuncia nuevamente esa grotesca antinomia que existe entre la vida y la muerte de nuestros artistas populares, aplastados por una sociedad ciega «que mata a un hombre del mismo modo que hiela una manzana». Vivos, se les desconoce y hasta desprecia; muertos, se les exalta ruidosamente y, como si el tránsito fuera un nacimiento, surgen a una nueva vida: la vida que tanta falta les hiciera cuando vivían en realidad.

¿Quiénes de los que hoy gastan millares y millares de dólares en lujos inútiles, en vicios lujosos, llegaron nunca hasta la tenaz miseria del trovador para poner en ella la realidad de una dádiva decorosa, o la dádiva, aunque fuera irreal, de una promesa? ¿Cuántos de los que ahora pregonan el mérito de aquel sencillo forjador de belleza se le acercaron antaño para musitar en sus días de angustia lo que hoy gritan, batiendo el parche hipócrita, junto al caído? ¿Corona? ¡Bah! Era apenas un mulato guitarrero...

Sin embargo, él durará más, muchísimo más que los que piensan que durarán toda la vida. Porque su obra de ingenuo creador está ligada por abajo, por la raíz, por la tierra húmeda y fecunda, al pueblo de cuya sangre, de cuyo espíritu se nutrió.

El Nacional, Caracas, 1950.

2.4 CONFRONTACIÓN DIPLOMÁTICA EN EL CARIBE

Enero es en Cuba mes de turistas norteamericanos. También lo es diciembre y acaso —un poco— febrero. Ya desde marzo el sol aprieta las clavijas, ¡y a sudar se ha dicho!

Cada año por esta época arriban, pues, numerosos «patos de la Florida», como los llama el humorismo popular. Inundan todos los sitios de diversión de la capital, desde los bares del litoral porteño, poblados de guitarras —allá por los muelles de La Machina y San Francisco—, hasta los cabarets de postín. Ello sin olvidar el Aire Libre, con sus maracas trepidando frente al Capitolio.

De cierto tiempo a esta parte hay grande arribazón de turistas pobres. Vienen por pocos días y casi siempre permanecen hospedados... en el barco. Pero a veces —como ocurre ahora— la avalancha es apenas «un aire suave de pausados giros», con escasos palmípedos en vuelo. Acabo de leer un diario de la tarde, en el que aparece la dramática noticia: «Al llegar al puerto, el vapor «Florida» sólo traía ciento treinta y cuatro pasajeros, de los seiscientos que es su capacidad...». Melancólicamente el periódico añade: «¡Y esto, en plena temporada invernal!».

Con todo, justo es decir que el turismo ha ganado este año en calidad, ¿cómo diremos?, en calidad oficial.

No son muchos los visitantes, pero sin duda los hay de grandísima importancia. ¿No? Pues sí. Baste mencionar, para que el lector incrédulo quede convencido, a los señores miembros de la Asamblea Regional de Embajadores de la América Latina, que a un guiño de su gobierno acaban de posar el vuelo sobre este peñasco tropical.

Ello es que, siguiendo una práctica inaugurada hace cuatro meses por el secretario de Estado, Acheson, comenzarán dentro de dos días sus deliberaciones en La Habana los diplomáticos yanquis pertenecientes a la «unidad geográfica» del Caribe. Junto con el embajador en Cuba, Buttler, quien para «ir» a la conferencia no ha tenido que moverse de su casa, están presentes el de Haití, Mr. de Curcy; el de Honduras, Mr. Bursley; el de Guatemala, Mr. Patterson; el de Costa Rica, Mr. Flack; el de Nicaragua, Mr. Waynick; el de México, Mr. Turston; el de Panamá, Mr. Monnet; el de la República Dominicana, Mr. Ackerman; el de El Salvador, Mr. Shaw; el de Colombia, Mr. Beaulac, y el de Venezuela, Mr. Donnelly... Ítem más: un cuerpo de auxiliares técnicos del Departamento de Estado, todo bajo la presidencia y dirección de Mr. Edward Miller, secretario auxiliar para la América Latina.

Claro que no es ésta la primera asamblea diplomática que celebra el gobierno de los Estados Unidos, sino la tercera. La primera fue en Londres, con los embajadores destacados en Europa; la segunda en Estambul, que agrupó a los representantes norteamericanos en el Oriente Medio. Luego de la de La Habana vendrá la de Bangkok, y finalmente la de Río de Janeiro, en marzo,

que será una conferencia de todos los embajadores de la América del Sur.

Se ve, pues, que Mr. Truman quiere mantener apretado el tejido de la red.

¿Cuál va a ser el objetivo de esta convención? Hay —como en el caso del torero— diversas opiniones. El señor Gans, por ejemplo, embajador de Cuba ante la Casa Blanca, ha dictado para la prensa unas declaraciones que rezuman optimismo.

—La selección de La Habana como sede de la conferencia —dijo nuestro antiguo embajador en Montevideo— honra a Cuba; y el clima de democracia, de libertad irrestricta existente en nuestro medio es sin duda muy adecuado para una reunión de embajadores de la nación líder —el señor Gans se refiere a los Estados Unidos— de la democracia representativa. De estas reuniones, sobre todo en América, se derivarán grandes ventajas, porque ellas facilitan la unidad en la interpretación de los fenómenos americanos.

El lector desprevenido creará que se trata de un mero alarde retórico, acaso un poco externo. Pero no hay tal. Son palabras de todo punto «gansianas» —perdónese el neologismo—, es decir, que corresponden a la esencia, a la sustancia íntima del señor Gans.

Por su parte, el recién llegado Mr. Miller hizo categóricos pronunciamientos públicos tan pronto se vio sobre suelo cubano.

—Esta conferencia se inspira —aseguró en el curso de una entrevista múltiple concedida a numerosos

periódicos habaneros ayer mismo— en los deseos de realizar un franco intercambio de ideas entre los altos oficiales del Departamento de Estado de Norteamérica y los embajadores en la América Latina. Su objeto es examinar todos los problemas que afectan al área del Caribe, con el propósito de mejorar, en lo que sea posible, la situación de esos países. Por supuesto, trataremos cualquier problema que esté pendiente, pues hay una organización adecuada para ello...

Un repórter preguntó a Mr. Miller cuál es la posición de los Estados Unidos respecto a los gobiernos surgidos de golpes militares. El diplomático respondió:

—La política a seguir en estos casos ya fue expuesta por el secretario de Estado, Acheson, quien dijo que el reconocimiento de tales gobiernos no significa que nosotros los aprobemos o desaprobemos, así como la forma en que asumieron el poder. Estimamos que nuestros servicios pueden ser mayores manteniendo relaciones diplomáticas con los países del hemisferio en general, y los mismos trabajos de la Organización de Estados Americanos resultarían menos eficientes con la ausencia de relaciones diplomáticas. En muchos países un embajador puede ayudar a otro. Rompiendo las relaciones —concluyó— no se puede hacer nada útil.

Por último, Mr. Miller dijo que «Norteamérica se halla profundamente interesada en el progreso y bienestar de la América Latina...».

A fuer de veraces, diremos que esta medalla de la conferencia tiene dos caras, como todas las medallas y todas las conferencias.

Es interesante por ello conocer también las opiniones adversas a la asamblea regional de embajadores, que ya estará en plena actividad cuando esta crónica se publique en Caracas. En un extenso artículo publicado el domingo último, no parece estar muy de acuerdo el señor Jacinto Torras¹ con las opiniones de Gans y Miller. Hay que decir que el señor Torras no es un embajador, sino un experto en asuntos latinoamericanos y en problemas económicos, muy estimado en Cuba.

Para los efectos externos y formales [escribe el señor Torras] los diplomáticos yanquis van a reunirse en La Habana con el objeto de discutir la ayuda técnica y financiera de los Estados Unidos al progreso de los pueblos latinoamericanos. ¿Qué ayuda a su fomento pueden hallar esos pueblos en los Estados Unidos, si de allá parte la avalancha de productos excedentes de la gran industria yanqui, que se vuelve sobre los mercados del sur? ¿Qué ayuda, si cada paso indispensable de protección al surgimiento o al mantenimiento de una industria doméstica es bloqueado y amenazado con represalias desde Washington?

En su artículo, el señor Torras comenta un reciente discurso del embajador yanqui en Cuba, Buttler. «El libre cambio —dijo entonces el Embajador, según el señor Torras— entre Cuba y los Estados Unidos es un factor

1 Comentarista económico del periódico *Hoy*, luego viceministro de Comercio Exterior en el Gobierno Revolucionario cubano, ya fallecido.

cardinal en el mantenimiento de las excelentes relaciones que existen entre los dos países».

Para dos naciones en tan dispares circunstancias [disiente el señor Torras] como son los Estados Unidos y Cuba, esa aparente y democrática igualdad de intercambio constituye una monstruosa base de desigualdad. Poner a competir, por ejemplo, la industria textil cubana con la ultrapoderosa industria textil yanqui es lo mismo que situar sobre un ring y con guantes del mismo peso a un heavy weight y un peso mosca. Ése es el caso de muchísimas industrias más. Los americanos [sostiene el señor Torras] quieren libre intercambio cuando éste se aplica a los productos yanquis que vienen a Cuba para competir ventajosamente con los nuestros; pero lo eliminan y aplican las prácticas restrictivas más discriminatorias cuando se trata de productos cubanos que pueden competir con los productos similares norteamericanos, como acontece en el caso evidente de nuestro azúcar.

Finalmente, el señor Torras resume su opinión sobre la conferencia de embajadores diciendo que su verdadero objetivo es el de reforzar las mallas económicas y políticas de Norteamérica en nuestros países, con vista a los designios bélicos del presidente Truman.

Un periodista mostró estas declaraciones a Mr. Miller durante la conferencia de prensa y el diplomático yanqui respondió:

—Seguramente se trata de algún periódico humorístico...

Sin embargo, la humorada parece de Mr. Miller, pues todo cuanto se diga y se haga en esta conferencia ha de ser muy serio.

Semanario Habanero, La Habana, enero, 1950.

2.5 PARÁLISIS PROGRESIVA DEL TRANVÍA

La Habana es una ciudad que anda pellizcando el millón de habitantes. Si ocurriera en ella lo que ocurre en otras ciudades importantes, esto es, si se le añadiera los centros urbanos limítrofes, tendríamos que «la gran Habana», con su populoso cinturón humano, alcanzaría el millón y medio, tal vez los dos millones.

De todas suertes, la sonriente capital antillana puede reclamar el título de urbe. El título de ciudad animosa y animada, a la que desembocan caudalosos ríos de sangre cotidiana. Ciudad hecha y derecha, con grandes comercios, grandes teatros, grandes hoteles, grandes hospitales, grandes prostíbulos y grandes vicios.

Un dominicano amigo mío, nada trujillista y muy simpático, me contaba hace algún tiempo su salida del terruño natal, en viaje hacia Cuba. Durante muchos días aquello fue cuestión de consejo de familia. Y ya a la hora de la partida inevitable, pues el viajero era un zagalón que había remontado la veintena, ocurrió que, entre los gemidos de las tías, la seria y viril preocupación del padre y la incertidumbre de los hermanos, acercóse la madre, quien dando muestras de profunda, aunque entera desesperación, díjole con voz conmovida, mientras lo abrazaba tiernamente:

—¡Adiós, hijo mío! ¡Para mí es terrible separarme de ti, sabiendo que vas a La Habana!

A fines del siglo XVIII visitó Humboldt nuestra capital. El sabio no era hombre que se asombrara fácilmente, así ante lo bueno como ante lo malo, pero lo cierto es que La Habana hizole una pésima impresión, que contó más tarde con todos sus pelos y señales. Las calles en que, como dice, se andaba con el lodo hasta las rodillas; el olor del tasajo o carne salada, el ir y venir de esclavos y traficantes, tanto como el calor excesivo y el hediondo vaho que despedían lodazales y vertederos, pusieron una ancha veta repulsiva en su *séjour* cubano.

Eça de Queiroz estuvo por acá unos meses, en el sesentitantos, y a pesar del tiempo transcurrido desde la visita de Humboldt no se sintió mejor. «La Habana —escribió por alguna parte— es un charco de sudor y un palillero de palmeras...» Claro que el sibarita creador de Fradique Mendes estaba habituado al confort parisiense, que entonces no había sido desplazado por la técnica norteamericana, y era hombre de suave molicie y plácida ubicación. Aquí resistió muy poco tiempo como cónsul de Portugal y pronto lió bártulos en busca del suave modo europeo.

Digo todo esto para ponerme algunos tantos en contra y que no se me crea un «patriota» seguro de que vive, si no en el mejor de los mundos, por lo menos en la mejor de las ciudades... Ahora mismo, La Habana tiene muchos puntos débiles, que despiertan una sonrisa de burla en el viajero enterado y son la desesperación de la ciudadanía queredora de su patria chica. No voy a decirlos

todos; antes bien, os hablaré de uno solo, que es por cierto el que la gente saca como tema obligado de conversación. Ese punto falso, roto, ese motivo de sonrojo, ese centro de chungu, esa diana en que ejercita su puntería quien quiera sacarnos los colores a la cara... son los tranvías urbanos.

En general los medios de transporte con que La Habana cuenta no son ni muy variados ni muy buenos. Nos falta el metro, tan útil en algunas ciudades de América y muchas de Europa, de manera que la cosa se reduce, pues, al ómnibus (que acá llamamos «guagua», como se les dice a los recién nacidos en Chile) y los famosos tranvías. Los ómnibus son pequeños —con excepción de los «especiales»— y no se distinguen por su exagerada pulcritud. Cubren en una complicada red de líneas o rutas el área metropolitana, desde el centro a los barrios extremos, y, como en todas partes, se abarrotan y congestionan a las horas en que la afluencia de empleados y obreros que van y vienen de fábricas y oficinas es mayor. ¡Pero esos tranvías!

Los tranvías habaneros son prehistóricos. Datan de los primeros días de la República, que los adquirió, ya usados, de cierta compañía norteamericana. En comparación con los del interior del país —los renqueantes y estruendosos de Camagüey, por ejemplo— conservan desde luego un discreto primer lugar, casi a punto del empate...

Hasta mediados del año anterior eran unos vehículos ideales para el trasiego de gente mesurada, honesta, paciente y sin prisa: el paralítico, el escribiente no mecánografo, el pensionado civil y el jugador de ajedrez. Situábase usted en una esquina y todo consistía en esperar.

La calceta, la lectura de Jorge Mañach o la simple divagación sobre temas no urgentes de resolución inmediata... Cuarenta minutos más tarde era usted sorprendido por un timbreo inconfundible. ¡Ahí estaba el tranvía! Se instalaba usted en su lenta carroza, en su coche democrático, y ya podía dormir seguro de llegar sano y salvo a su destino.

Ahora... Ahora, amigos míos —precisa reconocerlo con punzante melancolía— las cosas ocurren de bien distinto modo. El tendido de alambres para los *trolleys* ha cedido bajo la acción demoledora de los años y ya no hay viaje sin accidente. Los cables caen a diario, enroscados sobre la calle como finas serpientes, y durante horas y horas permanece el tránsito paralizado en medio de las cuchufletas e ironías de quienes ante el humillante espectáculo aún se muestran con ánimo de reír.

A esto añádase el peligro mortal que tal contingencia entraña. Si los dos cables se unen y así los pisa el transeúnte, dícese que la catástrofe es fatal, y lo mismo si en esa forma caen sobre la distraída cabeza del viandante. De donde resulta que un medio de locomoción antaño tan sólido, tan constitucional, tan protector del sistema nervioso, se ha convertido en una permanente invitación al gran viaje... Lo último es que ya han caído en la cuenta los periódicos humorísticos. Hace apenas unos días recorté ciertos versos sonrientes y crueles, en los que el tranvía era la víctima inmolada. Helos aquí:

*Si morir es tu porfía,
esto es, si quieres matarte,
no tienes más que situarte
junto a un tranvía.*

*Allí te quedas muy serio,
mas con aire distraído;
te cae en eso el tendido...
¡y al cementerio!*

*Decir, pues, no es necesario
que son iguales hoy día
el tendido del tranvía
¡y el funerario!*

Tan terrible situación empeoró esta semana, pues de golpe y porrazo decretóse la paralización del servicio, la cual duró toda una tarde y parte de la noche... Por virtud de ello han salido a relucir cosas muy desagradables, relativas al trasiego de fondos en manos de un núcleo de pseudo dirigentes obreros, filtrados en el Sindicato Eléctrico. Háblase de la pérdida o extravío de trescientos mil dólares para comprar cables de acero que más parecen ser cables de oro. En fin... En fin se dice que el gobierno ¡ay! contempla el problema fríamente, como si fuera una fórmula de Einstein, y con el propósito de que el caso tranviario se convierta —y de ello está a punto— en conflicto de orden público, cosa de asestar limpiamente el golpe

final e imponer luego un monopolio o cosa parecida en el transporte urbano...

Quiere decir, pues, que nuestros tranvías se mueren. Se mueren de parálisis progresiva irremediable. ¡Felices ustedes, allá en Caracas, donde todavía no han nacido!

Semanario Habanero, La Habana, enero, 1950.

2.6 LA MUERTE DE UN SABIO

Cuando Pablo Neruda visitó La Habana hace ya algunos años (a comienzos de esta década), trabó grande amistad con un famoso hombre de ciencia, un sabio de muy poética prestancia, por cierto: don Carlos de la Torre y Huerta, que acaba de morir, al cabo de los noventa y dos años de su edad.

El poeta chileno y el científico cubano tenían zonas de simpática coincidencia en los versos y los caracoles. Neruda colecciona éstos apasionadamente; el hacerlo viene a ser su hobby, al que ha dedicado buena parte de su tiempo y no escasa porción de sus medios económicos, siempre muy líricos, es decir, nunca caudalosos. A su vez, don Carlos cultivó la poesía en sus años mozos —tal vez a hurtadillas la cultivaba todavía de viejo—, aunque nunca de una manera «profesional», sino como una suave forma de escapar al rigor de sus investigaciones científicas.

Así que el autor de *Residencia en la tierra* se vio, pues, en Cuba, pidió como gracia inmediata la de visitar al sabio cubano. Éste era un hombre de mediana estatura, aunque encorvado por los años, que entonces pasaban de los ochenta. La cabeza poderosa, de frente alta y muy amplia, derramábale sobre los hombros una melena blanca,

flotante, que se movía a impulsos de la charla. Su rostro era en extremo bondadoso, iluminado por una suave luz íntima; la boca, grande e irregular, sonreía comprensivamente, y había en todo él una suerte de gracia pura y de limpieza infantil que seducían de inmediato, como un adolescente que hubiera envejecido por fuera y no por dentro.

Para Neruda aquel contacto fue toda una fiesta. Don Carlos, cuya especialidad era la Malacología, sintióse halagadísimo con que el poeta estuviera iniciado en esos estudios, lo conociera a él y le hablara en un lenguaje que no era común en hombre dedicado a una disciplina tan opuesta a las investigaciones científicas. Así fue que se juntaron una larga tarde para charlar de poesía y moluscos, de lo que se arrastra y lo que vuela... Don Carlos llevó a Neruda a su casa y allí lo acercó a su abismo submarino, a su maravillosa colección, una de las más grandes y famosas del mundo.

Por cierto, que cuando yo estuve en Chile, en el 46, el poeta me enseñaría una caja de regulares proporciones, llena de algodón.

—¿Sabes qué es esto?

—Caracoles, por supuesto —le respondí.

—Sí, caracoles. Pero lo que no sabes es quién me los regaló. ¡Don Carlos! ¡El viejo don Carlos, chico! ¡Don Carlos de la Torre!

Y Pablo acariciaba con los ojos, a través del cristal, unas conchas grises, cuyo nombre en latín era terriblemente complicado y que a mí me parecieron sin ninguna importancia.

Como el mundo está lleno de cables sobre la guerra fría y la bomba H, tal vez la noticia de la muerte de este sabio carezca de interés. Sin embargo, para nosotros —y para los estudiosos de las ciencias naturales— su desaparición es un suceso de mucha, de muchísima trascendencia. ¿A los noventa y dos años? —preguntará el lector. Ahí está la cosa. Porque don Carlos de la Torre vivió lúcido, trabajando, estudiando, clasificando hasta unos momentos antes de morir. Por ello su pérdida es real; es la de un trabajador que deja un hueco efectivo, sensible en un pueblo donde (dicho sea en secreto) no son muy abundantes —o no somos, ¡qué diablos!— los afectos a trabajar.

Ya con un pie en la huesa, don Carlos solía hablar ingenuamente de su dolencia.

—Si no fuera por esto que tengo, me comprometería a durar un siglo...

Su enfermedad, «eso que tenía», era mal del corazón. A fin de cuentas, vejez. Vejez de la carne, del cuerpo, no del espíritu. Su cabeza —él lo decía— funcionaba como un reloj; pero la noble víscera, cansada de latir, se negaba a sostenerlo más tiempo: se detuvo cuando sólo faltaban tres meses para llegar a los noventa y dos años, casi agarrando los cien...

Don Carlos de la Torre había nacido en Matanzas, el 15 de mayo de 1858, hijo de un profesor, un pedagogo nombrado don Bernabé. En 1875 ingresó en la Universidad de La Habana para iniciar sus estudios de Medicina y Ciencias. Allí conoció a otro sabio, también cubano, también famoso, el profesor Felipe Poey, que lo inició en

el conocimiento de la Historia Natural y especialmente en el de la Malacología. A los veinticinco años era ya médico, graduado en Madrid, y doctor en ciencias. Pasó entonces a ocupar una cátedra, que ganó por oposición, en la Universidad de Puerto Rico, donde la sirvió hasta el 85. De vuelta a su patria encárgase de explicar Anatomía Comparada en la Universidad de La Habana; se casa; es electo miembro de la Academia de Ciencias; el gobierno español, sospechoso de su lealtad, lo destituye; viaja a París, y en Europa permanece hasta que, instaurada la República, regresa otra vez para participar directamente en la organización de la enseñanza.

Don Carlos era ya por esta época un hombre de larguísima reputación, de fama universal. Tanta, que cierta vez habría de verla él mismo confirmada en circunstancias inauditas. Cuéntase que durante una visita al Museo Británico de Zoología iba mirando todo con sus ojillos acuciosos e inteligentes, mientras un funcionario del establecimiento le facilitaba los ejemplares más curiosos. Cuando llegó don Carlos a lo que era zona muy profunda de sus conocimientos, la Malacología, señaló varios errores en la clasificación de las especies. La noticia llegó de inmediato a conocimiento del director, Edward Smith, quien salió de su despacho para conocer al visitante.

—Por ventura, señor —díjole—, ¿es usted don Carlos de la Torre?

—¿Acaso me conoce usted? —preguntó a su vez el sabio cubano.

—De referencia tan sólo. Pero únicamente el profesor de la Torre tiene a mi juicio autoridad y ciencia para corregir semejante clasificación.

Don Carlos refería esta anécdota con una inmodestia conmovedora, infantil, tan frecuente en los artistas. La coronaba en seguida con una carcajada sorda, que le hacía mover suavemente los mechones níveos de la melena y le llenaba de sangre súbita, nerviosa, tensa, una gran vena de la frente.

Semanario Habanero, La Habana, marzo, 1950.

2.7 UN NIÑO PRODIGIO MÁS...

Hallábame sentado la otra noche en un pequeño café de Prado y Colón, lleno siempre de artistas de una radio cercana, cuando me llamó la atención cierta chillona vocería como de muchachos alborotados a principios de curso. A los gritos infantiles uníase una estridencia de bocinas de automóviles y no pocas voces de gente mayor, todo lo cual formaba un concierto de mil diablos. ¿Qué era aquello? Muy pronto tuve la respuesta, sin que me viera precisado a moverme de mi sitio.

Por Prado desembocó una caterva de arrapiezos que vitoreaban a un niño elegante, vestido de blanco, pantalones cortos más arriba de las rodillas y chaqueta de playa. Alrededor de los once años. El niño venía escoltado por dos o tres personas grandes, y daba muestras de sentirse muy fatigado, aunque sonreía ante aquella manifestación de estridente popularidad. El rostro, delicado y femenino, hallábase orlado por una melena negra abundantísima, la cual acentuaba aún más el aspecto suavemente equívoco del infante.

El grupo familiar vino a sentarse muy cerca de donde estaba yo, de manera que pude tenerlo al alcance de mis ojos. ¡Acabáramos! ¡Pero si se trataba de Ferruccio

Burco, «el director de orquesta más joven del mundo», que estaba ofreciendo una temporada de conciertos al frente de la Orquesta Filarmónica de la Habana en el teatro «Auditorium»! Era, en fin, el niño prodigio de turno, anunciado de manera circense por la voracidad de sus empresarios, como si fuera un león con tres patas o un equilibrista invertebrado.

Mientras Ferruccio cenaba, un círculo de turbia curiosidad fue estableciéndose alrededor de su mesa. Ya no eran niños solamente, pues a éstos se les había agregado buen golpe de esos curiosos que en las grandes ciudades andan de un lado a otro por los sitios de mayor congestión pública, buscando donde caer. ¿Qué veían en él? ¿De qué oscuro modo los atraía la gracia del efebo? Bastaba oír ciertos comentarios para que uno se sintiera molesto, como cuando esos san Lázaros pordioseros nos enseñan al paso la podredumbre de sus llagas.

Ferruccio es de Milán, donde nació a principios de 1939, hijo de una cantante de ópera, la señora Anna Gentile Burco. La profesión maternal familiarizó al niño con la música desde su más tierna edad. No cumpliera aún los dos años y ya distinguía el carácter de cada partitura. ¿Qué no? La propia madre es quien lo cuenta, pues observó —dice ella— que si lo que escuchaba el pequeño era triste, ahí quedábase quieto y melancólico, pero si la música adquiría de pronto un aire vivo y alegre, sonreía y agitaba las manitas al compás de lo que estaba oyendo.

Más de una vez, en un concierto, se le vio repetir maquinalmente con los dedos cuantos movimientos

trazaba en el aire la batuta del director. Cierta día, de regreso de un recital ofrecido por la madre, Ferrucio no tuvo ambages en citarle los errores que había hallado en su actuación artística, y ello con un aplomo —dícese— con una erudición que sólo un conocedor profundo de la música podía tener. Hasta que aconteció lo inevitable: que se adueñó de la varilla directriz... Tenía delante esa vez la partitura del intermezzo de «Cavallería Rusticana». Alzó los brazos como si siempre se hubiera enfrentado a un trance semejante y condujo la orquesta con la seguridad de un viejo maestro. Acababa de cumplir cuatro años.

Luego vino el debut, ya en serio. Dirigió por primera vez en Fiume, con ocasión del festival de Mascagni, al frente de una orquesta sinfónica. La madre puso al niño bajo la dirección de Orfeo Rossi, quien disciplinó aquella genial intuición. Desde entonces ha actuado en las más diversas ciudades: Roma, Milán, Nápoles, Verona, Parma, Venecia, Livorno, París... ¿Los Estados Unidos? ¡Por supuesto! No iban a perderse los yanquis un monstruo más, fuese niño músico o niño trapeceista. En Nueva York debutó en el Carnegie Hall, en California dirigió un concierto ante veinte mil espectadores; otro tanto hizo en Chicago. Ahora viene de Brasil...

En la Habana no puede hablarse de éxito clamoroso, lo cual es interesante, pues aquí hay una muy entendida audiencia musical. Faltó curiosidad, tal vez, por ver a un niño frente al atril; acaso se escamó el público —un público delicado y poco espectacular— ante lo grueso de la propaganda, que atendió siempre más a lo externo,

a lo que había de «show» en la presentación de Ferruccio, que a la fina discriminación de sus posibles valores más íntimos. Por lo pronto, el anuncio que ha aparecido esta mañana en la prensa habanera sobre la despedida del chiquillo italiano es de los que escalofrían por lo cursi.

«Anna Gentile —dice el aviso— soprano ligera de fama internacional, madre del Niño Director, interpretará selecciones de ópera. ¡Por primera vez en el mundo, el más emotivo espectáculo realizado por el Niño Director, dirigiendo a su mamá, como solista, acompañada por la Orquesta Filarmónica de la Habana...!»!

De veras que es terrible. Así no puede uno extrañarse de leer, ya en un diario de por la noche, esta noticia desoladora: «Se malogró el negocio por presentar a Ferruccio Burco como “show” en el “Blanquita” o en “Fausto”. Hay que sacarle más dinero al muchacho, pero no con dos funciones diarias. Tal vez piensen en más conciertos o en otra empresa...».

Mientras tanto, Ferruccio declara a quien quiera oírlo que su gran ilusión es juntarse a los demás niños para jugar un poco, un poco solamente, como si nunca hubiera sabido una palabra de música, ni se hubiera parado jamás frente a un atril.

El Nacional, Caracas, septiembre 23, 1950.

2.8 RIESGO Y VENTURA DE MARÍA BONITA

La actualidad cubana —o al menos, la actualidad habanera— sólo tuvo un nombre durante la semana que pasó: María Félix, es decir, María Bonita. ¿El béisbol, con la eterna rivalidad entre rojos y azules, el «Habana» y el «Almendares»? ¿El billar, con la victoria de Hoppe, el campeón mundial de los tacos, sobre «Mundito» Campanioni, nuestro campeón nacional? ¿La política, con el desenfadado duelo radial entre Chibás, líder opositor, y el doctor Varona, jefe del Gobierno, tan lleno de insultos patibularios, dicho sea con perdón de los señores reos de muerte? ¿Las finanzas, con el empréstito de doscientos millones de dólares que el Presidente Prío quiere que el pueblo le cuente como «strike», cuando es una bola baja y afuera? ¿El orden público, en fin, con un «plante» de dimensiones gigantescas en la cárcel de la Habana, donde los presos insubordinados pasearon como una dramática bandera el cadáver todavía tibio de un recluso muerto a palos por los escoltas? Pues no, señores... Todo ello es apenas una dulzona melcocha informativa frente al plato de subido condimento que con su presencia nos sirvió la felina hembra mexicana, que es también por cierto artista del cinema.

Como ocurre con los ciclones tropicales, que el Observatorio anuncia primero con una tímida nota que a nada compromete y que terminan a ocho columnas en la primera plana de todos los diarios, para arrasar en seguida con cuanto se opone a su paso, la llegada de María Félix a la Habana se anunció en un breve cable de la AP, que no fijaba la fecha del arribo ni la inminencia de él. ¿María Félix?, se preguntó el lector multitudinario. ¡Ah, sí! Agustín Lara... Acuérdate de Acapulco... «El Peñón de las Animas». Horas después, la misma agencia informativa ofreció detalles más concretos. Llegaría la semana próxima, tal vez... Hasta que un día —el miércoles último— los diarios de la capital desplegaron a todo trapo la noticia sensacional: «Mañana por la tarde, en el avión de las 2 y 59, llegará a la Habana María Félix, la excelsa intérprete del cine azteca...».

¡Qué Sarah Bernard en sus buenos tiempos, ni qué Raquel Meller en los suyos! ¡Qué Pastora Imperio, ni Matilde Moreno, ni la Mayendía, ni la Barrientos, ni toda la corte terrestre o celestial, de tiples, bailarinas, pugilistas, toreros, tenores, actrices de rango o canzonetistas de cartel pre fabricado! La Habana olvidó por unos momentos sus urgentes ocupaciones y galopó hacia el aeropuerto de Rancho Boyeros. Desde las doce del día hasta la llegada de María Bonita, la sudorosa comitiva fue engrosando sin cesar; llenó los amplios salones de recibo, se desbordó luego por la pista de aterrizaje hasta donde las fuerzas de policía —¡sí, señores, de policía!— pudieron permitirlo; invadió las azoteas aledañas y aún

se alineó en la carretera, bajo un sol que dejaba caer barretas encendidas...

De pronto, un vasto alarido —de júbilo, probablemente— partió de todas las gargantas. ¡El avión de México a la vista! Unos minutos aún y la viajera asomaba su linda humanidad —ojos grandes y negros, pelo claro, boca pulposa, caderas firmes y altas, senos discretos, muslos poderosos, en fin...— que fue acogida con un murmullo de aprobación. «Llegó deslumbrante —escribía tiernamente un cronista—. Su sonrisa, al aparecer en la escala del avión, iluminó todas las bocas. Fue una exclamación unánime y espontánea: ¡Qué bella es!».

Lo grave, sin embargo, vino en seguida: ahí era nada descender del avión y abrirse paso a través de aquella heteróclita muchedumbre. El mismo cronista lamenta la terrible confusión. «Cuando nos hicieron la gracia de pasarnos dice la pista estaba invadida. Invasión de público. En su mayoría dignísimo, discreto, curioso de ver de cerca a la espléndida belleza mexicana que nos visitaba. Pero ¡ay! —añade— había de todo mezclado en aquella vorágine humana. Había de todo. ¡De lo peor también. ¡Hasta carteristas!».

Y no sólo carteristas, añadiremos por nuestra cuenta y por cuenta de María Félix. Ello fue que cuando ésta apenas había dado unos pasos, detúvose pálida y confusa. Luego enrojeció hasta la raíz del cabello. ¡Pero es imposible! murmuró al cabo. ¿Qué había ocurrido? Algo insólito y lamentable. Aprovechando la jadeante confusión, una cálida mano masculina se deslizó de modo

inconveniente por el cuerpo de la artista, que apenas pudo reprimir un grito de asombro, pero que por supuesto no reprimió su desagrado. El hecho trascendió a la prensa, desde luego. Y el director de «Alerta», Vasconcelos, actual Ministro del Gobierno y ex senador de la República, publicó al día siguiente un artículo fulminante en su periódico. «Se cuentan cosas que nos ridiculizan y deprimen —dice Vasconcelos—. Con el pretexto de conservar *souvenirs* suyos, hubo quienes le tiraron del cabello, quienes intentaron arrancarle pedazos del traje, llevarse un adorno a viva fuerza; y lo que es más bochornoso, hacerla objeto de exploraciones groseras...».

Naturalmente, no todo alcanzó tan subido color en el recibimiento a María Bonita. Lo que acabamos de contar fue, claro, obra de algún enfermo, de esos que hay en otras muchas partes del mundo, incluso más civilizadas que nuestra ardorosa ínsula, digamos la tribu caníbal de los Xavantes o el sur blanco de los Estados Unidos. Porque en seguida que la artista logró desembarazarse del grueso público y sólo quedó con el grueso de los periodistas, llovieron sobre ella invitaciones de toda índole: a los cabarets más exclusivos, a los mejores teatros, a los restaurantes de más nombre... Pero la «vedette» declaróse enferma, se metió en su hotel y esa noche pudo dormir en paz.

Al día siguiente la recibió en audiencia especial el Presidente Prío, en un deslumbramiento cegador de «flashes» periodísticos, y le anunció que iba a ofrecerle un «cocktail» veinticuatro horas más tarde. El senador

Hornedo —el ilustre senador Hornedo, como le llama siempre su periódico *El País*— comunicó a la artista que iba a festejarla con una comida de gran gala en la sociedad «Casino Deportivo», de que es dueño; y muchas familias se disputaron inútilmente, el honor de acogerla y agasajarla.

María Bonita respondió con extrema displicencia a la calurosa simpatía tropical. Le dejó servido el champaña al jefe del Estado, pretextando enfermedad; no acudió tampoco a la cita social con el senador Hornedo y, como hace en México, donde por supuesto nadie se lo perdona, mantúvose en un nimbo estratosférico, frío e inalcanzable. Sólo aceptó, tras mucho ruego, ir al cabaret «Tropicana». Cuando apareció, deslumbrante de belleza, pasada ya la media noche, y tomó asiento frente a una mesa espléndidamente preparada para ella, el gran mundo allí reunido la saludó con una tempestad de aplausos y exclamaciones. Muchas voces le suplicaban que saliera a la pista a decir algunas palabras, no ya de gratitud, sino de mera cortesía, pero se negó en redondo. La audiencia rompíase las manos, aplaudiendo, y enronquecía, gritando... Nada. Intervino entonces el empresario de María Bonita, un sonriente señor González, que sudaba tinta y que sólo consiguió que la artista se pusiera fugazmente en pie y se dignara entreabrir los sensuales labios para dedicar una sonrisa lejana, como desprendida de Sirio, a la concurrencia alborotada.

Con la prensa, María Bonita fue un poco más amable y explícita. Habló de sus proyectos: el primero, ver a su hijo, que estudia en un colegio de Canadá. Luego

ir a España para filmar películas. Cuando le preguntaron por Agustín Lara, respondió sin ambages:

—Yo deslumbro por la belleza que gentilmente me reconocen. Agustín destácase por su talento. Existen momentos en que los encantos físicos no marchan en antagonismo con el intelecto.

En seguida añadió misteriosamente:

La belleza reside en todos...

En béisbol —¿cómo no preguntarle de pelota?— expresó sus simpatías por el *team* azul.

—No conozco ese deporte— advirtió. Pero soy partidaria del «Almendares» porque su emblema es el alacrán, un animalito que me entusiasma. Los indios en México suelen amaestrarlo.

En fin, María Félix ha sido toda una enseñanza para el desbordante temperamento de los criollos antillanos; un modelo de contención casi polar. Cuando pase otra vez por la Habana seguramente encontrará los ánimos más templados, los aplausos menos propicios, las invitaciones más restringidas y hasta —¿por qué no?— las manos que se atrevieron a provocar un estremecimiento de sorpresa en su maravilloso cuerpo de mujer fatal, menos agresivas y exploradoras...

El Nacional, Caracas, octubre, 1950.

2.9 ELISEO GRENET

¿Llegó hasta Venezuela la fama de Grenet, Eliseo Grenet, el mentadísimo compositor popular cubano, que recién ha fallecido en La Habana de manera fulminante? Seguramente sí. Él había recorrido la América no sólo «a pie y caminando», sino en alas de sus canciones, tan criollas y, sobre todo, tan suyas.

Grenet murió de un tirón, de un solo trago, sin dejarnos tiempo para verle y consolarle. Mejor ha sido así. La verdad es que tenderse en el lecho familiar, ya mortuario, con la conciencia clara de que no nos levantaremos más de él; sentir uno y otro día el cáncer que nos muerde las entrañas, el pulmón que se nos deshace en la saliva, el corazón apretándonos el pecho, es una peripecia lastimosa, demasiado animal para que satisfaga el buen gusto de un artista, más aún de un bohemio como el fecundísimo autor de *Mamá Inés*.

Eliseo Grenet tenía 57 años, pero fingía 40. Pequeña la talla, anchos hombros, corto el cuello, que sostenía una cabeza poderosa, de líneas fuertes y bien distribuidas, el físico del popular compositor ofrecía un aspecto *sui generis*. Una pulgada menos, y habría sido la catástrofe. Viéndole nos sentíamos inclinados siempre a concederle

siquiera dos pulgadas más... Era un hombre decidor, alegre, inteligente, simpático. Había nacido aquí mismo en La Habana, en 1893. A los nueve años empezó a despuntar, con una revista musical o cosa semejante titulada «Geografía Física», que estrenó en cierta fiesta de su escuela. Poco después estaba ganando un dólar cada noche como pianista de un cine de barrio, La Caricatura, donde la Bertini moría dramáticamente de tuberculosis en los brazos inevitables de Gustavo Serena.¹ ¡Con qué gracia solía contar el músico estas cosas!

Sin alcanzar la enfermiza categoría de un «niño prodigio», pues de lo contrario no habría sido nunca el trabajador prodigioso que fue luego, Grenet dio muestras de una extraordinaria precocidad artística. Adolescente aún, dirigía la orquesta del célebre Politeama Habanero² y echaba a volar sus primeras composiciones. ¿Quién no recuerda entre nosotros letra y música de *Si muero en la carretera, no me pongan flores, Allá en la Siria hay una mora, Si me pides el pescao, te lo doy* y tantas guarachas más, sustancia del folklore nacional en lo que son los treinta primeros años de República? En 1920 Grenet trabajaba junto a Arquímedes Pous, en el apogeo del teatro «cubano», ese convencional tablado que no es cubano ni teatro, pero que desde la Colonia es lo único «vernáculo», lo único «criollo» que podemos ofrecer a los extranjeros, no sólo en lo que hizo Pous (el mejor de todos, en realidad),

1 Francesca Bertini y Gustavo Serena, protagonistas del filme silente italiano *La dama de las camelias*.

2 Politeama habanero, teatro cubano del siglo XIX.

sino en lo que hicieron y hacen todavía quienes creen que la vida cubana gira exclusivamente alrededor del gallego, la mulata y el negrito, en un enredo estúpido y falso, tan falso y estúpido como los mismos personajes. Ésta es la época de los pregones en Grenet. *El tamalero, El botellero, El aguacatero*, etc., anduvieron entonces de boca en boca, con aquel éxito loco que lograba en seguida todo lo que salía de sus manos, de su inspiración.

Recuerdo que cuando, unos años más tarde, en 1930, publiqué los *Motivos de son*, Grenet fue uno de los primeros en lanzarse sobre esos poemas. Surgieron así *Negro bembón, Sóngoro cosongo*, y otros más. Su hermano Neno, ya muerto también, se enredó con otros poemas míos —*Quirino con su tres, Yambambó, Tú no sabe inglés*—, los cuales por cierto tienen una jerarquía musical más seria, más liberada del ritmo puramente verbal o poemático dado por el autor del texto.

De por aquellos días, hace ya veinte años, databa nuestra amistad. Nos veíamos con mucha frecuencia entonces. Luego él se fue hacia Europa, hacia España, dícese que urgido por la tiranía machadista a causa de un bolero titulado *Lamento cubano*, que todavía se canta:

*Oh, Cuba hermosa,
primorosa,
¿por qué sufres
tanto
quebranto?
Oh, patria mía,*

*quién diría
que tu cielo azul
nublara el llanto...*

En España trabajó muchísimo y ganó muchísimo dinero, no sólo con los derechos de *Mamá Inés*, que en la Península hizo furor, sino con zarzuelas como *La virgen morena*, libreto de Aurelio Riancho, la cual alcanzó más de mil representaciones. De España saltó a París. En el cabaret La Cueva dio a conocer la conga, que pegó de inmediato, ¡y de qué manera! Ahora estaba ocurriéndole algo semejante aquí en La Habana, pero con el *sucusucu*. ¿El *sucusucu*? Sí, señores. Si quieren oír su música ahí en Caracas tendrán que pedirle permiso a Miguel Otero Silva, que se llevó dos discos de La Habana hace muy pocos días.

Aún faltan datos de esta novedad. Dícese que es un baile que viene del siglo pasado. Cuando Grenet visitó hace unos meses la Isla de Pinos dio con un ritmo que le llamó mucho la atención. Un amigo suyo, establecido en la isla y que conoce aquellos andurriales como la palma de su mano, le explicó entonces que era una danza muy antigua entre el pueblo y que su nombre provenía del ruido especial que hacen los bailarores sobre el piso, al arrastrar rítmicamente los pies: *sucu, sucu; sucu, sucu; sucu, sucu...* Grenet trajo su descubrimiento a la capital, donde está siendo el *hit* del momento:

*Ya los majases no tienen cueva,
Felipe Blanco se la tapó,
se la tapó,
se la tapó,
que lo vide yo...*

Díjose, por cierto, al sobrevenir la muerte súbita de Grenet, que ella se había debido a un disgusto del compositor, porque la Comisión de Ética Radial le prohibió el *sucusucu*, por lo escabroso de la letra. Pero ya se sabe que eso no es verdad. Grenet cayó fulminado por un derrame cerebral sin causa externa alguna, el cual le hizo perder el conocimiento en seguida y lo llevó a la tumba unas horas después. Con él se nos ha ido un pedazo del folklore musical de Cuba, un compositor fresco y fácil, cuyo sentido «bachatero» del ritmo expresa una manera que siendo mulata (como en Anckermann y Moisés Simons) es profundamente criolla y nacional.

Semanario Habanero, La Habana, noviembre 13, 1950.

2.10 HERNÁNDEZ CATÁ

Dentro de muy pocos días —el 8 del presente mes— cumplirá Alfonso Hernández Catá un año más de ausencia. Un año más de tierra sobre sus huesos, de olvido sobre su memoria. Bien es cierto que cada doce meses va un puñado de sus amigos a juntársele al pie de la tumba, donde uno de ellos —uno de nosotros— esparce, en el ámbito nada funeral del alegre cementerio habanero, unas palabras de cariño para el artista y su hermoso papel de hombre. ¿Pero basta eso sólo? ¿Es suficiente esa recordación a plazo fijo, ese forzado duelo de almanaque para honrar la memoria de quien tan largamente nos honra desde su posteridad?

Recién muerto Hernández Catá en un siniestro aéreo en el Brasil, hablóse de encontrarle un rincón ciudadano en que ubicar su cabeza de creador... Creo que se adelantó más; creo que el escultor Moré llegó a la maqueta prometedora, pero de allí no se pasó. Ello es que aquel proyecto espera todavía en el limbo de las posibilidades irrealizadas, sin que se haya dado un nuevo paso en tal camino. Honrar, honra —dijo Martí—, y la expresión se ha hecho ya lamentable lugar común, burdo tópico en boca de falsos predicadores y ambiciosos mercaderes. ¡Cuánto trabajo no cuesta —y esto no lo apuntó siquiera

el Apóstol— vencer la pereza egoísta, la sorda pasividad de los resentidos post mortem, el espeso muro que la ignorancia oficial opone a toda obra de espíritu sin una inmediata compensación electoral!

La Habana Vieja, llena todavía del lejano sabor colonial, está poblada de sitios umbrosos y silenciosos, en uno de los cuales podría sonreírnos eternamente el novelista, con aquella miel ácida que derramó en su escritura de hombre de mundo desdoblado en cincelador fino, en artífice que iba fijando como en una lámina de oro la múltiple aventura de su cargado pensamiento. ¿Por qué no recordarle también viéndole a la luz del sol de cada día, tanto como le recordamos cada año junto a la huesa donde se pudrió su carne y se deshace lentamente su esqueleto en un puñado de cal? Dirá el lector que esto no hay que preguntarlo en Venezuela, sino en Cuba. Es verdad. Pues en Cuba lo estamos preguntando ya, para enseñarle al pueblo que, así como hay santos laicos hay héroes civiles, de vida tan apta para el pedestal como la de los otros, los combatientes de la pólvora y la sangre.

Recuerdo bien la mañana de junio —ya se cumplieron veinte años— en que recibí la primera carta de Alfonso Hernández Catá. «Madrid, Velázquez, 103, mayo 19 del 30...». En aquel papel ancho y corto en que solía escribir a sus amigos el maestro de *La muerte nueva* y en que su nombre estaba impreso en tímidas letras rojo solferino a la izquierda de la hoja, Hernández Catá corría alegremente al encuentro de un desconocido, con el corazón a flor de pecho. En vez de cerrar los ojos al balbuceo

y al pinino, se le veía inclinarse con los brazos abiertos en guardia amparadora para vigilar el paso espasmódico, tartamudo, de quien se lanzaba a esa aventura tremenda que es el andar solo por primera vez. Era aquella una carta animadora, de entusiasmado y generoso descubrimiento. Venía su voz a solicitarme y fortalecerme, y llamándome «muy señor mío y compatriota» me hablaba con una familiaridad, con una llaneza que me hicieron mucho bien. Gocé entonces —no lo olvido nunca— mi más pura alegría de poeta.

Meses más tarde tuve nueva carta de Hernández Catá. A diferencia de la primera, escrita a máquina —una máquina de tipo grande y claro—, ésta era autógrafa. A diferencia también de la primera, que tenía la fecha del año, ésta sólo tenía la del día y mes: noviembre 30. Añádese aún que era una carta más íntima, de amistad ya trabada. «Hace tiempo —me decía— deseaba escribirle. La vida ha sido áspera y perentoria conmigo... Discúlpeme como yo la disculpo a ella. Y reciba esta carta igual que un eslabón que quiere anudarse a otro lejano, del cual fue separado brutalmente...». Agregaba después:

«He estado a punto de perder un hijo, el primogénito».

Todavía guardo una carta más, seguramente de 1932, aunque tampoco trae el año. «Madrid, Diego León, 22, marzo 19...». Eran días de tortura moral para el escritor. «Escríbame —dice—. Sufro por cuanto pasa por ahí con una intensidad que a veces me enferma. Nada de Cuba logra resbalar sobre mi sensibilidad. Y usted conoce aquella frase de Walpole: “La vida es una comedia para los que piensan y una tragedia para los que sienten”».

Por último, vino el conocimiento directo, el abrazo, en uno de los viajes de Hernández Catá a Cuba. Lo fui a buscar una mañana, al día siguiente de su llegada, a una calle de La Habana Vieja. ¿Somermueles? ¿Cienfuegos? ¿Diaria? Creo que fue en la calle Diaria... Estaba «en confianza», como me advirtió. Un pijama suelto, de tela clara; la hermosa cabeza, ya gris, revuelta por la almohada; los pies en zapatillas.

De inmediato tomó el hilo del discurso. Un hilo multicolor, un hilo fuerte y suave como de seda, y no lo soltó más. Con él se entretuvo en hacer malabarismos en el aire familiar de la sala, cazando y enlazando las palabras para situarlas, ya domadas, en los planos más imprevisibles de la emoción. ¿De qué habló Catá? De todo. Era la suya una cultura exenta de pedantería, pero que abarcaba el dominio universal del conocimiento en lo necesario para robustecer sin hinchazón el verbo infatigable, dúctil y armonioso. Madrid, Unamuno, el Ateneo, España, la política, los viajes, la poesía, Cuba... Sobre todo Cuba, que fue siempre para él presencia desgarrada y desgarradora. Tanto, que de ese vigilante amor por lo nuestro, por lo suyo; de esa pasión espiritual y sensual por la isla, nace a mi parecer una de las facetas más interesantes de la personalidad humana de Hernández Catá: su voluntad de servicio cultural como diplomático cubano.

Se sabe muy bien que, con las ilustres excepciones de rigor, la casaca y el espadín suelen ser entre nosotros —hablo de América— prendas decorativas sin decoro. El frustrado, el débil, el sometido, el inepto, y aun

el gangster temible, buscan con buen éxito refugio en las legaciones, como si fueran exiliados de sí mismos. Una carrera que ha menester muy sutiles armas, es ejercida por contrahechos vástagos de turbios compromisos, por improvisados imprevistos.

En lo que toca a Cuba específicamente el mal viene desde lo hondo. Tal vez de una falta de fe en nuestro destino, de una superba autodesconfianza nacional. ¿Qué decir de nuestra patria —se piensa— si nada tenemos? ¿Cómo influir en los demás, si nada somos? ¿Qué vamos a dar a conocer de lo nuestro, si más valiera esconderlo? Allá las naciones grandes y poderosas, que necesitan de gente sutil y sabia para hacer sus tratos, para fraguar sus paces y guerras.

Hernández Catá superó ese criollo complejo de inferioridad y nunca dejó de querer y divulgar lo suyo. El menester oficial no fue para él un refugio, un escondite alejado del fragor cotidiano. Ni siquiera un exclusivo *atelier* de artista, porque junto al primor de la obra literaria bullía la vida directa con su fuerza inmediata; esclareciase el recuerdo de la tierra lejana, urgida de hombres superiores para salvar del ridículo su múltiple palmar.

La gestión del novelista resultó así una perenne tarea de elevada propagación, la cual impuso el conocimiento de nuestra índole entrañable en medios donde la geografía cubana —no ya el espíritu— era una nebulosa informe de antillanismo elemental. Además de su presencia pública —la voz profesional desde la tribuna y el vaso de agua del conferenciante— hubo eso otro más permanente que se

logra por el contacto íntimo, ya sin espectáculo, con los espíritus que nos ciñen; ese trabajo de fervor y paciencia, de información diaria, múltiple, cernida al amparo de una vida ilustre y que con tanta sutileza suele apartarse del grueso anuncio o de la propaganda «dirigida».

Porque no fue sólo para orgullo propio que Hernández Catá llamó su prestigio de hombre letrado en ayuda de su circunstancial oficio, sino que humildemente dio a éste la suma jerarquía cultural que le venía de su grandeza de escritor y que en todos sus servidores debieran alcanzar o al menos pretender nuestras misiones en el extranjero, si fuera posible enviar hacia afuera no «lo que nos sobra», sino «lo que nos falta». Por eso hay que reconocer que él fue uno de los más limpiamente políticos de nuestros diplomáticos. En un país pequeño como es Cuba; sin importancia militar, pese a nuestro vasto ejército; sin grandeza económica, pese a nuestra millonaria economía, y casi sin independencia nacional, pese al himno y a la bandera, no queda otro remedio para suscitar el respeto ajeno que su nómina de grandes figuras, el calado de su espíritu, la fuerza y originalidad de su carácter. Es decir, todo el tesoro de la cultura, de la gracia, del patriotismo de los cubanos, que Hernández Catá dio a conocer infatigablemente, como si no bastara su espléndida y personal creación.

Con todo, no le lloremos. Vayamos mejor a buscar el camino que él siguió ya en algunos sitios borrado por la maleza bravía, y mantengámoslo abierto al aire universal. Como quería el personaje de Barbusse, Alfonso

Hernández Catá no murió lentamente, tendido y lastimoso «con toda la sangre dentro», sino en un súbito desgarramiento, en la gran púrpura de una herida, en pleno vuelo... No vanamente para ver el sitio de su tránsito tendremos siempre que elevar los ojos al cielo del Brasil —al cielo americano— y buscar en ese espacio abierto, tan suyo y tan nuestro, su sonrisa de vencedor.

El Nacional, Caracas, noviembre, 1950.

2.11 JOSEFINA BAKER EN CUBA

Frotándose suavemente las manos en un gesto de pulida cortesanía, el empleado confesó su impotencia a través de una sonrisa hipócrita, casi triste:

—Créame usted que nos da mucha pena; no sabe usted cómo lo sentimos. Pero no hay una sola habitación disponible...

Luego añadió misteriosamente:

—¡Figúrese! ¡Estamos en plena temporada turística!

Se hizo un silencio embarazoso. Un silencio mullido, denso, como una pesada alfombra. El presunto huésped quedóse unos instantes indeciso, tamborileando con los dedos sobre el grueso vidrio del mostrador. A su lado una mujer negra, esbelta, todavía joven, tocada la pequeña cabeza con una boina gris, lo interrogó en francés. Era nada menos que Josefina Baker, *vedette mundial*, como anunciaba la clamorosa propaganda que la había precedido ante la espectáculo habanera. El hombre era su marido, Jo Bouillon, blanco, director de orquesta. Cerca de ellos, unos cuantos amigos cubanos que acudieron al aeropuerto a recibirlos comprendían todo, pero se indignaban inútilmente.

¿Qué había ocurrido? Pues algo que es ya un lugar común en la sociología criolla. El suntuoso Hotel Nacional

negábase a hospedar a la gran artista, a causa del color de su piel. Claro que había piezas libres. Pero ¿qué excusa iba a ofrecer la administración a los rubios norteamericanos, que no toleran la cercanía del *colored people* allá en su tierra, cuando se vieran forzados a comer en el mismo salón con tan inmundicia criatura, aquí en La Habana? Por supuesto que la espesa tribu de Smiths que inunda la exclusiva mansión exhibe más de una vez algún urgente gentleman, algún improvisado *lord* que se suena con la servilleta o se introduce el cuchillo lleno de arroz en la boca, como un doméstico fakir; pero sin duda su piel tiene un color blanco insospechable, un blanco ligeramente rosáceo, semejante al de ciertos tumores en vísceras de ser abiertos por el cirujano; sus ojos nadan en un agua azulencia; sus cabellos aplastados sobre el cráneo recorren toda la gama del amarillo, desde el trigo maduro hasta la disentería.

La señora Baker y su esposo abandonaron, pues, el hotel y fueron a instalarse a otro más modesto, en que la Constitución cubana les ofreciera mayores garantías. ¿Qué queréis? Como acontece con esa ficción de derecho internacional que hace de las legaciones una prolongación del país a que corresponden, así tenemos acá muchos sitios donde nuestras leyes son papel mojado. El Hotel Nacional, por ejemplo, es yanqui. Representa en La Habana un fragmento de Virginia o de Georgia, sitios en los que ser negro es apenas una forma ligeramente humanizada de ser perro. Con todo, seamos justos: hay que decir que en ningún momento la señora Baker corrió el peligro de

ser linchada, como le habría ocurrido en Richmond o en Atlanta. ¿No es éste un evidente progreso, del que debemos ufanarnos los cubanos?

Al día siguiente, la estrella de *Follies Bergère*, parisina hasta el tuétano, aunque naciera en los Estados Unidos, que habla en inglés con el ligero tono del Boulevard Saint-Michel y que acentúa en la última sílaba, a la francesa, la prosodia de su apellido, debutó en el Teatro América ante una sala apoplética de público. Un público que la recibió de pie, con una ovación realmente torrencial. A pesar de los años —son ya cincuenta y cuatro...— Josefina Baker es todavía Josefina Baker. Ágil, viva, llena de fuego y brío. Sólo que ahora baila vestida.

—¿Y los platanitos? —Le gritó un espectador desde la gradería.

Josefina le respondió:

—¡Me los comí cuando la guerra!

Y siguió la danza, ceñido su maravilloso cuerpo por un traje blanco casi polar, casi antártico; un traje como de nieve herida por el sol y lleno de piedras luminosas. ¿Brillantes? Parece que sí... Sobre los hombros abríase una capa blanca y negra, que la *vedette* movía como las alas de una gigantesca mariposa. El *ensemble* —lo ha declarado ella misma— costó treinta mil dólares. No es extraño, porque su vestuario completo vale dieciocho millones de francos.

Cada aparición de Josefina es así una especie de orto solar. Apenas sale, y ya se levanta de entre la audiencia un murmullo admirativo, como una niebla de palabras.

Centenares de ojos la recorren ambiciosamente de la nuca a los pies. En seguida llena el escenario con su presencia sensual, con su ancha sonrisa, con sus ojos picarescos rebosantes de fresca gracia popular, con su voz cálida, pastosa, que es como una mano acariciando sabiamente las zonas más sensibles de la piel. El murmullo entonces se transforma en una angustia cargada, fosfórica, que estalla por último en una tempestad de relámpagos y truenos. Así ocurre una tarde, y otra, y otra, con el teatro de bote en bote, las taquillas agobiadas por una fila interminable de hombres y mujeres y la admiración de La Habana ciñéndola y apretándola hasta la asfixia.

Por supuesto que la presencia de Josefina Baker entre nosotros ha enriquecido ya el anecdotario popular. Cuéntase que el mismo día de su primera aparición la estuvieron esperando más de treinta minutos en el edificio de Radiocentro, donde iba a ensayar. A pesar de su gloria —y tal vez por eso mismo, pues así ocurre...—, había quien estaba dispuesto a no andarse con paños tibios y reconvenirla como merecía por su retraso. De pronto Josefina. Ligera, sonriente, mundana. Se excusó en español con tal gracia, con tanta finura, que la tensión se deshizo. Los artistas de esa emisora la envolvieron de inmediato en una atmósfera de húmeda simpatía. Ahí estaba también el productor de cierto programa comercial, para el que la *vedette* había sido contratada, el señor José Antonio Alonso.

—Señora Baker —díjole éste—, hemos pensado que usted podría hacernos tres números. ¿Le parece bien?

—Sólo dos, señor Alonso —contestó la artista.

—Sin embargo —insistió el productor—, son tres los que se acostumbra por acá en estos casos.

—Lo creo —respondió Josefina—, pero sólo dos.

Aceptó el señor Alonso —¡qué remedio!— y pasaron luego a fijar ciertos detalles técnicos de la transmisión.

—Usted canta el primer número, señora Baker, después se hace una mención comercial y más tarde usted...

No terminó de hablar el productor, afligido. Con firme sonrisa lo interrumpió Josefina.

—No, señor Alonso. Sólo dos números y seguidos. Entre número y número mío no se dirá absolutamente nada...

Así se hizo.

El Teatro América, muy moderno, tiene los camerinos más lujosos de La Habana. Cuando se le mostró el suyo a la gran *vedette* negra, ésta protestó.

—¡Oh, no! Ahí no puedo entrar yo. Me hacen falta espejos en todas las paredes; una alfombra para el piso, pero una alfombra grande, que lo cubra totalmente. Y flores, muchas flores, yo no puedo vivir sin flores.

Unos minutos después era complacida.

Josefina Baker fue grande amiga de Eliseo Grenet, el célebre compositor popular muerto el mes pasado. «¡No quiso esperarme!», dijo con los ojos húmedos, todavía en el aeropuerto. Al día siguiente visitó el cementerio para dejar un ramo de rosas sobre la tumba del autor de *Mamá Inés*. Ha dicho que se llevará el sucusucu y lo estrenará en París, «como él lo hubiera querido, como él lo hubiera hecho».

—¿Le gusta La Habana? —preguntóle un periodista el otro día. Ese periodista que hay en todos los aeródromos y puertos del mundo, para interrogar una idiotez semejante a los viajeros ilustres.

—Mucho —contestó finamente la Baker—. Siempre me obsesionó este país, tan cálido, tan lleno de fuego, con un sol tan brillante. Sólo que...

—¿Qué?

—¡Pues que hace mucho frío!

Es verdad. El termómetro ha estado marcando —ya en noviembre— catorce grados sobre cero...

El Nacional, Caracas, diciembre, 1950.

2.12 LA CARCAJADA DOLOROSA DEL TUERTO LÓPEZ

La triste noticia nos llega a Cuba por boca de Jorge Artel, su coterráneo, su compatriota: acaba de morir el Tuerto López. Por supuesto que tal apelativo suscita mejor la imagen de algún cacique montaraz, de algún guerrillero en armas contra el gobierno constituido, que la del gran poeta colombiano Luis Carlos López, hecho y deshecho en Cartagena de Indias y una de las figuras de más originales contornos en la poesía hispanoamericana.

Recuerdo que cuando hace cuatro años llegué a la famosa ciudad de los dos Pedros, don Pedro de Heredia y san Pedro Claver, no estuve satisfecho hasta que conocí al Tuerto, hasta que le estreché la mano, hablé con él y lo traté de cerca. Desde el bachillerato era su nombre familiar a cuantos nos sentíamos picados por el tábano de la poesía: la suya nos gustaba como un trago fuerte, de aguardiente directo, que es preciso beber de un solo golpe. Naturalmente que para los muchachos de aquellos días (post-inmediatos al armisticio del 18) Rubén Darío era el pontífice supremo: los versos y prosas de *Azul*, con la generosa carta de don Juan Valera que quién más quién menos ansiaba ver repetida de algún modo en las primeras páginas de su primer libro, los de Prosas profanas

y los de *Canto de vida y esperanza* venían a ser como un opio suave envolviéndonos en un largo sueño poblado de violines, lagos, marquesas, cisnes, príncipes y abates. Alrededor de Darío, claro, resplandecía el alto cielo del modernismo americano, desde Silva hasta Lugones, desde Herrera Reissig hasta Julián del Casal. Amábamos la expedición alquitarada, fina, artificiosa de aquellos poetas, atentos casi siempre a la literatura y no a la vida.

Sin embargo, junto a nuestros ídolos, en medio del incienso y los vasos sagrados y las urnas cinceladas y los exóticos cortinajes de tisú, había siempre sitio para un poeta mucho más joven que todos aquellos maestros —Darío acababa de morir— y cuyo arte nada tenía en común con la aristocracia verbal característica en los modernos. En ese sitio poníamos a Luis Carlos López, que ya empezaba a desbordarse del recinto amurallado de su ciudad natal hasta llegar a esa otra Cartagena que es Camagüey.

Ello es que por entonces nos reuníamos allá en una mínima peña literaria en la Plaza de las Mercedes. Arturo Doreste, que ya había publicado *De sus lises y de sus rosas*; Adalberto Adán Villa, sempiterno estudiante de Derecho, que se graduó para morir; César Luis de León, que escribía versos a todas horas; Julio Milla Chapellí, cuya firma literaria era Edmundo del Vals, y alguno más que no me viene en estos momentos a la maquineta.

Una hora a lo sumo, en pie, a la entrada de una de las puertas del Correo, bastábanos para enterarnos de las «novedades» del mundillo literario habanero, pues el

camagüeyano, que era el nuestro, se halla siempre en estado de lamentable postración. Después de lo cual, Doreste se iba a ver a su novia, que vivía en la calle República, y los demás nos quedábamos soñando en voz alta, hasta que desde el campanario del convento cercano caía una hora terrible, casi matinal: las diez de la noche, con lo que todos nos dispersábamos... para continuar el sueño, pero en casa y en voz baja.

Fue por aquellos días cuando trabé conocimiento con el autor de *Por el atajo*, es decir, con su poesía, y desde entonces siempre la busqué y hasta la perseguí. Diré en seguida que no sé cómo le tienen —y lo he visto escrito muchas veces, incluso allá en su patria— por poeta «humorístico» sin más ni más, lo mismo que si se tratara de Vital Aza o Melitón González. La musa de López no ríe, sino que llora. Donde muchas veces creemos escuchar una carcajada, hay un lamento, un terrible lamento, casi un aullido. En una sociedad pacata, monjil, apegada a las viejas tradiciones coloniales, manejada por el clero, explotada por la gran burguesía conservadora y liberal (que en esto desaparecen las fronteras), la voz del Tuerto López no se alzó para divertir al amo, sino para fustigarlo. Sus versos son los de un gran poeta amargo, profundo, en quien —como en Heine— el sarcasmo es un arma ofensiva de superior eficacia y más aún el sarcasmo lírico, a veces el simplemente rimado.

Yo soy eminentemente anfiscio [escribió alguna vez] y Cartagena lo es en grado sumo. Aquí hay que prosternarse conmovido por dentro y burlón por fuera. Yo encuentro

muy cómoda la casa del virrey, en donde viven mis tías, por tener blasonadas las puertas de la despensa y llenos los muros de escudos señoriales: en cambio, ¡qué conmovedor, cuán digno de lágrimas, sin dejar por eso de sonreír, es el espectáculo de un perro sin dueño que mira fijamente a dos negras comiendo bollo-limpio a la orilla del mar!...

Luis Carlos López nació en Cartagena de Indias, Colombia, en 1881. Sus padres fueron don Bernardo López y doña Concepción Escauriza. En una «escuelita», la de doña Julieta Navarro, aprendió las primeras letras. Luego de cursar la segunda enseñanza en los colegios Araujo y La Esperanza (este último del doctor Antonio José Irisarri), el joven López ingresó en la Universidad de Cartagena, a estudiar Medicina. Eran tiempos revueltos aquellos, en el fragor de la guerra llamada de los mil días, de manera que el poeta sólo aprobó el primer año. Lanzóse al periodismo; fundó *Rojo y Azul*, una revista literaria; después *La Unión Comercial*, que duró muy poco. Más de una vez desempeñó cargos consulares. Cuando yo lo conocí, en 1946, vivía retirado en su casa, hosco y huraño.

Me parece haber contado ya mi visita al Bodegón de Cartagena y lo que este sitio es y significa. No voy a repetir aquello. Pero sí recordaré que justamente fue allí donde tuve ocasión de conocer al Tuerto, quien dicho sea de paso no era tuerto, sino bizco. Una mañana, mientras charlábamos en grupo un puñado de amigos, ya en trance de abrir una botella de magnífico ron Caldas, que es por allá buen soldador de afectos, penetró por el amplio

zaguán del Bodegón un hombre magro, metido en un almidonado traje de crash y tocada la cabeza, ya blanca, con un sombrero de paño oscuro. Ítem unos lentes de espesísimos cristales, tras los que huían dos ojillos tímidos y negros: era Luis Carlos López. Apenas un saludo que nadie entendió y, halando una silla próxima —un taburete—, se sentó en la rueda sin decir palabra. Observé que fumaba mucho, de manera que prendía cada cigarrillo en el anterior. Lo hacía valiéndose de un breve aparatito de alambre rematado en un pequeño círculo donde emboquillaba el cigarrillo, y que él sostenía a su vez por medio del índice, metido en un agujero un poco mayor. Aquello me pareció extraordinariamente pueril, pero por lo visto divertía mucho al poeta, como ocurre con cuantos emplean (algunos más he visto) el mismo procedimiento para absorber nicotina.

Al poco rato López se puso en pie y llamó misteriosamente al muchacho mandadero de una imprenta situada al fondo del zaguán y a la cual dicen Carteles; dióle algún dinero, con lo que el chico regresó portando una botella llena de un licor transparente: era anís. El poeta no bebía ron, por lo que con anís nos acompañó todo el tiempo, sin que por ello tomara parte en la conversación. A lo sumo hacía un chiste rápido y agudo, que él era el único en no reír, pues se conservaba muy serio, y volvía luego a guardar silencio.

Al fin me le acerqué, pero charlamos poco. Era en realidad hombre muy tímido. Me dijo que hubiera querido vivir en La Habana, pues tenía la impresión de que

éramos la misma gente el colombiano de la costa y el isleño de Cuba (el poeta Artel acaba de escribir, viendo a La Habana, que es «una Cartagena inmensa»). López añadió que al salir de su tierra natal no lo hizo rumbo a ningún otro sitio de la América, sino hacia Europa, nada menos que hacia Alemania.

—Aún puede usted ir —le dije—. Por allá se le quiere mucho y se le admira.

—¿Poder? A estas alturas no hago más viaje que este que usted ve: de mi casa al Bodegón y, claro, del Bodegón a mi casa. Ya tengo sesenta y cinco años.

Alguien se empeñó en que nos hiciéramos una foto. Pero no teníamos fotógrafo a mano. El que fueron a buscar mandó decir que hasta por la tarde no estaría libre. Y la cosa se quedó para después. Sólo que yo me fui a los pocos días de Cartagena y él se ha ido a los pocos años —solamente cuatro— de la vida.

La poesía de Luis Carlos López levantó más de una ventisca adversa de la crítica oficial y absoluta. ¿Recordáis aquel ácido y refunfuñón de don Antonio de Valbuena? Era realmente un dómine de la palmeta, cuya ciencia literaria terminó puesta en solfa de manera insuperable por don Julio Casares, en algunos de sus amenísimos *Divertimientos filológicos*. Jamás le perdonó Valbuena al poeta que pretendiera «hacer un soneto con versos alternados de 11, 9 y 5 sílabas». Tratábase de aquel famosísimo que comienza:

*La población parece abandonada
dormida a pleno
sol. —¿Y qué hay de bueno?
Y uno responde bostezando: —Nada.*

*Ni una sola ilusión inesperada
que brinde ameno
rato. Es un sereno
vivir este vivir siempre a plomada.*

Valbuena daba gritos: «¡Esto es ridículo y hasta trabajoso de leer. Ridículo el pensamiento y ridícula la forma!». Pero donde el autor de los *Ripios académicos* perdió toda compostura (la poca que siempre tuvo) fue con el último terceto también harto conocido:

*Placidez lugareña; hoy no hace viento
y andan únicamente por la calle
cuatro perros detrás de una perrita.*

«¡Esto no es poesía! —chillaba el pobre viejo—, es porquería, lo contrario de la poesía. Esto es impropio de seres racionales...». En venganza de todo ello, ¿sabéis qué hicieron Jacob Delvalle y Luciano Espinosa, cuando publicaron en 1928 una edición zincografiada de *Por el atajo*, que el autor consideró definitiva? ¡Pues incluir en el exordio, como ellos llaman a un prologoillo que pusieron al libro, la catilinaria íntegra de Valbuena! Bien hecho,

porque quien queda así en la picota no es el poeta, sino su agrio y estrecho censor.

La muerte de Luis Carlos López es un dolor para Colombia, pero lo es aún más para Cartagena, su tierra natal, la bien amada, presente a toda hora en las palabras y en el espíritu de los versos del Tuerto inmortal:

*De tiempo en tiempo, «en el abril florido»
bajo a mi villa... ¡Oh, villa amurallada
de San Pedro Claver, donde ha nacido
Rafael Núñez y Antonia la Pelada!*

*Y en la villa me aburro, y aburrido
de mí, de ti, de aquél, de todo y nada,
vuelvo a mi soledad, como a su nido
regresa el ave herida y desplumada.*

Cuando se ve en el caso de partir (había sido nombrado cónsul en un país europeo), es a Cartagena a quien dedica su más tierna despedida. Tierna a la manera de este poeta, que no se andaba con muchos remilgos para insertar en sus versos los más imprevistos y vulgares menesteres de la vida diaria. Al fin y al cabo, ¿no es ésa una poesía de las más difíciles, pues que rompe las convenciones petrificadas por el uso y eleva cuanto el mundo desdeña o no considera con suficiente «carga» de lirismo?

*Adiós, rincón nativo. Me voy y mi pañuelo
parece un ave herida que anhela retornar,
mientras singla el piróscafo bajo el zafir del cielo
cortando la infinita turquesa de la mar.*

*¡Nunca podré olvidarte, noble y heroico suelo
de mis antepasados! No te podré olvidar
ni aun besando a una chica que sepa a caramelo,
ni aun jugando con unos amigos al billar...*

Otras veces añora la Cartagena del siglo XVII, la de los tiempos «de la cruz y de la espada», que es hoy apenas una sombra sin vigencia, un recuerdo postrado a la orilla de la historia:

*Pues ya pasó, ciudad amurallada
tu edad de folletín... Las carabelas
se fueron para siempre de tu rada.
¡Ya no viene el aceite en botijuela!*

*Fuiste heroica en los años coloniales,
cuando tus hijos, águilas caudales,
no eran una caterva de vancejos.*

*Mas hoy, plena de rancio desaliño
bien puedes inspirar ese cariño
que uno le tiene a sus zapatos viejos.*

Cartagena dio a su poeta la maravillosa arcilla en que él nos deja figuras que serán eternas en el idioma, pues alcanzan la categoría de verdaderas epopeyas. No es sólo su gracia zumbona y descreída, su inconformidad revolucionaria, su dardo venenoso, presto siempre a clavarse en la carne del enemigo —o del amigo, no importa...; no es, en fin, todo ese criollismo de buena ley que se desprende de su obra. Hay algo más en Luis Carlos López, y es su facultad para fijar duramente los caracteres de sus personajes y las circunstancias que los rodean. Válese de los recursos más imprevistos. ¿Conocéis sus versos a la luna? ¡Pues son contra un juez! Un juez que, dicho sea de paso, no ha vivido sólo en Cartagena:

*¡Oh, luna! En tu silencio te has burlado
de todo. En tu silencio sideral
viste anoche robar en despoblado
... ¡y el ladrón era un Juez Municipal!*

El barbero, el rudo campesino, la moza casquivana, el campanero de la iglesia, las muchachas de provincia,

*que salen, si es que salen, de su casa
muy temprano a la iglesia,
con un andar doméstico de gansas;*

el político de «eminente nulidad», el torero, el militar, el policía, el borracho, el vendedor de camarones, todo ese mundo áspero de la vida cotidiana, componen un gran

fresco cervantino, en cuyas tintas, del más diverso tono, triunfa la mancha lóbrega del clero, tratado siempre a latigazos por aquel gran rebelde:

*La sombra, que hace un remanso
sobre la plaza rural,
convida para el descanso
sedante, dominical.*

*Canijo, cuello de ganso,
cruza leyendo un misal,
dueño absoluto del manso
pueblo intonso, pueblo asnal.*

*Ciñendo rica sotana
de paño, le importa un bledo
la miseria del redil.*

*Y yo desde mi ventana
limpiando un fusil me digo:
¿qué hago con este fusil?*

Colombia ha dado poetas de suma jerarquía, y el caso de José Asunción Silva no es único. Ha tenido incluso grandes poetas tiranos, como Núñez, amigo de don Juan Valera. Pero lo que sí nos parece que no podrá cubrir muy pronto en el coro nacional es el sitio que deja vacante la voz de este cantor directo y desgarrado, cuyo dramático acento vibró siempre en medio de una dolorosa carcajada.

El Nacional, Caracas, diciembre 8, 1950.

2.13 MONUMENTO INEVITABLE

El viernes último, a las siete de la noche, el pálido y exangüe morador del palacio que se alza orgulloso en la esquina de Paz y Columbia, en Marianao, sintió que su antigua dolencia hacía crisis. Un dolor de cabeza, fortísimo, lo privó súbitamente del conocimiento, con grande preocupación de sus familiares, que llamaron a los médicos de cabecera. Poco tiempo después de llegar éstos, el enfermo recobró los sentidos, pero el dolor se había generalizado: el hígado, los riñones, el cuello, el corazón. Por primera vez en muchos años de enfermedad, sus deudos le oyeron quejarse. Finalmente murmuró:

—Llamen a Guillermo...

Pasada media hora vino el personaje solicitado. Pequeño de talla, edad mediana, sólido, los ojos verdes brillando astutos tras los anteojos de gruesos aros de carey, un gran habano en la boca. Era nada menos que el doctor Guillermo Alonso Pujol, Presidente del partido Republicano y Vice Presidente de la República. De inmediato fue pasado a la cámara del enfermo, con quien sostuvo una reservada conversación de diez minutos. El rumor público dice que el visitante no se limitó a hablar, sino que se hizo cargo de muy importantes documentos relativos a la política nacional.

A medida que avanzaba la noche, la salud de aquel hombre joven, herido de muerte, se hacía más precaria. A la una de la madrugada todo terminó: el senador José Manuel Alemán, millonario de 45 años, el caso más sorprendente de enriquecimiento súbito que conoce la historia de Cuba, desde los siboneyes y taínos hasta nuestros días, no respiraba más. Los médicos anunciaron la causa de su muerte: mal de Hodkings.

Alemán había nacido en La Habana, en 1905. Su padre, general de la guerra de independencia cubana, miembro de la primera Asamblea Constituyente, Senador y Ministro (lo fue de Instrucción Pública en el régimen de Machado) le hizo educar en colegios de la capital y de los Estados Unidos. No sobresalió el muchacho en los estudios y al cabo de oscuras faenas agrícolas que pronto lo aburrieron vino a parar en otra posición más brillante, esta vez en la nómina oficial: empleado con sueldo pero sin trabajo en el Museo de la Nación.

Con todo, el destino reservaba un porvenir excepcional a aquel joven trigueño y tímido, de facciones irregulares y grandes ojos negros, ansioso de gozar la vida extrayendo de ella el máximo rendimiento con el mínimo esfuerzo. Luego de morir su progenitor, pasóse al campo de la oposición a Machado, la cual empezaba por aquellos días a cuajar en un vasto movimiento de inconformidad. Ingresó en la organización secreta ABC, con lo que al poco tiempo perdió su empleo, ya de alguna importancia, y se dedicó en cuerpo y alma más lo primero que lo segundo, como se vio después, a la lucha revolucionaria.

Al caer el tirano se le premió con la restitución de su antigua sinecura: jefe del Negociado de Bienes y Cuentas del Ministerio de Educación Pública.

Cuando los empleados del Gobierno se lanzaron a la histórica y fracasada, huelga de marzo, en 1935, reprimida a sangre y fuego por el gobierno militar de Batista, Alemán no se sumó al movimiento. Permaneció en el Ministerio, cuya maquinaria conocía profundamente y se hizo imprescindible para el Ministro a la sazón, el oscuro y dócil Anaya Murillo, quien nada resolvió nunca sin consultar el parecer de aquel oráculo. El mismo papel desempeñó más tarde con los sucesivos rectores del Departamento, y ello lo convirtió en una especie de ministro perpetuo, que si bien no intervenía en la política educativa del Gobierno (que jamás tuvo ninguna) conocía al dedillo el manejo de los créditos, los rincones más oscuros del presupuesto.

Al llegar Grau San Martín a la Presidencia de la República, alcanzó Alemán el zenit de su influencia, pese a que había figurado en las filas del partido derrotado, junto al doctor Carlos Saladrigas. Desplegó entonces una envolvente, una untuosa política de halago al primer mandatario, cuyos menores caprichos corrió a complacer. Caso insólito: Grau contó con él para todos los enjuagues de la trastienda administrativa antes que con la autoridad, real o ficticia, del Ministro titular, que era un simple firmón. Resultado de todo ello fue que como acontece con las mujeres que empiezan siendo amantes y terminan en esposa, Alemán calzóse, al fin, el Ministerio en propiedad.

A partir de tal instante comienza el enriquecimiento vertiginoso de este humilde empleado que se hizo pronto una figura fabulosa, dicho sea sin pizca de exageración, en la política cubana. Protegido del Presidente de la República, socio del entonces todopoderoso jefe del ejército, Genovevo Pérez y con una influencia decisiva y universal, que iba desde todos los Ministerios hasta todos los partidos (exceptuando los comunistas), Alemán inauguró el saqueo metódico de su departamento, de donde extrajo «físicamente», es decir, tomando la plata con las manos, millones y millones de dólares.

Pronto estuvo riquísimo. Tanto que en 1947, forzado a abandonar el Ministerio a causa de la expedición de Cayo Confites, partió en su yate hacia Miami, ciudad que sería desde entonces escenario de sus hazañas de millonario. Al llegar a la conocida y aristocrática playa floridiana, el viajero mandó buscar con toda urgencia a uno de sus íntimos, que antaño fuera su jefe, exilado también pero a causa de su amistad con Batista, el ex Ministro de Educación Anselmo Alliegro, a quien mostró el extraño equipaje que llevaba consigo: cuatro grandes maletas llenas ¡de billetes americanos de a mil pesos!

Ahora, con motivo de la muerte de Alemán, una pregunta está en todos los labios: ¿a cuánto asciende la fortuna que ha dejado este hombre, es decir, cuánto se robó del tesoro público? Bert Collier, un periodista del *Miami Herald*, dice que «de sesenta a doscientos millones de dólares». Otros calculan mucho menos, acaso cien. Algunos, ochenta... De todas suertes una suma que no rechazaría

el Aga Khan. «Para mí —solía decir Aleman— dar mil pesos hoy es como antes regalar diez centavos». Y los daba, extrayéndolos simplemente del bolsillo. Nunca traía menos de veinte o treinta mil dólares en la cartera y realizaba generalmente sus transacciones en efectivo más que por medio de cheques.

Así adquirió vastas propiedades en Miami. Empresas como la «Ansan Corporation», dueña del stadium de la ciudad (valuado en dos millones de dólares) y como «La Canoga», a través de la cual se hizo propietario de una isla, la famosa Isla de Miami o Cayo Biscayne. Pagó por ella dos millones de pesos... Alemán compró también con el dinero robado al tesoro cubano, según datos que acaba de publicar el periodista Manuel H. Torres, las siguientes fincas, todas en Miami: el edificio «Los Andes», 1250 60 de South West Sixth St.; el edificio «Marlboro» (casa de apartamentos) en el 425 del South West, Tenth Avenue; los apartamentos «Vizcaya», en el 959 del South First St.; los apartamentos «Rita», del 937 South West First St. y el bloque de casas «Iroquios», en el 946 de la misma calle. Precio total cuatro millones de dólares.

Alemán era dueño de estos hoteles: «Hampton Court», Collins Avenue, 2800; «Scott Bryan», en el 2300 de la propia avenida, «Shoremede», un poco más adelante, en el número 3585; la casa de apartamentos «Dayton», en el 220 de la calle 36 y el «Good Hotel», Collins Avenue, 4301, cuyo costo global ascendió a dos mitones ochocientos mil dólares, en números redondos.

¿Final? Todavía... El célebre millonario cubano controlaba también empresas como la «Elesanger Realt Corporation», la «Monhawack Corporation», la «Elster Corporation» y la «Jomansan Realty Corporation», dedicadas principalmente a la compraventa de bienes raíces y de inmuebles. A esto, que comprende la fortuna invertida en Miami, hay que añadir lo que tenía aquí, desde el club de base ball «Marianao» hasta la «Línea Cuba Aero Postal»; desde el ingenio «Portugalete» hasta la urbanización «Bahía»; desde la finca «América» (que perteneció al difunto ex Presidente José Miguel Gómez) hasta la casa en que murió, que es un palacio con todas las de la ley. Item más: el dinero en efectivo depositado en bancos de Cuba y del extranjero.

Alemán tenía méritos suficientes para ingresar de por vida en la cárcel, pero fue elegido Senador... Empobreció, hasta dejarlos exhaustos, los renglones más nutridos y sensibles de la educación pública nacional, lo cual no fue obstáculo para que se le exaltara a la jefatura del Partido Revolucionario Cubano en la provincia de La Habana. Murió a consecuencia de una enfermedad implacable —cáncer de la sangre— en cuya cura invirtió millones de dólares robados a las necesidades de la Nación, pero fue sepultado con honores de Teniente Coronel muerto en campaña, con la asistencia de un ex Presidente, el Dr. Grau, y con un discurso panegírico que pronunció el Presidente del Senado, Suárez Fernández. Todavía —que sepamos— no ha sido lanzada la idea de elevarle un monumento, pero no se hará esperar...

2.14 REGRESO DE EUSEBIA COSME

Hace catorce años vivía en un entresuelo de la Calzada de San Lázaro esquina a la calle Escobar, aquí en La Habana, una muchacha por demás simpática e inteligente. Era una negra venida del oriente de la Isla (había nacido en Santiago de Cuba) y la cual despuntaba por entonces en el arte de decir versos de los que la gente —no sé por qué— dio en llamar «afrocubanos».

Vivía sola y aunque la pequeña pieza en que se hallaba instalada veíase a diario llena de los tipos más diversos —recitadores, poetas, gente de teatro, periodistas, críticos— en reuniones que ella presidía con su gracia modosa y como evasiva, nadie tuvo nunca causa suficiente para sentirse favorecido por aquel corazón; nadie, además, la viera en pasos que sin ser «malos» fueran «dudosos» e inclinaran la aguja del juicio ajeno hacia el norte del comentario más o menos picante, más o menos reticente. ¡Virtud como de cristal de roca la de aquella muchachita menuda, surgida de sí misma, sin más ayuda que la memoria, el talento y el buen gusto!

Su debut en el viejo teatro Payret, de la mano de González Marín —el Faraón de los Decires, como decía la propaganda, hoy adicto a Franco— había sido de un

éxito clamoroso, con público en pie, arrebatado y palmo-teante. De manera que ya gozaba, si no de la ancha fama que le vino después, sí de cierta celebridad rodeada de simpatía: la simpatía que despiertan los caracteres enérgicos, dispuestos a abrirse paso por el ancho mundo. Se llamaba... Eusebia Cosme. Se llamaba y se llama todavía, y así se llamará por mucho tiempo, todo el que le dure la vida, que ahora le resplandece con fuego abrasador, como de sol en su cenit.

Eusebia Cosme, pues, acaba de llegar a La Habana, de donde partió en 1937, sin que hubiera vuelto más. Durante todo ese tiempo residió en Nueva York, recitando para la colonia latina, que la mimó y sostuvo con viva admiración y largo cariño. Su vuelta ha sido un genuino suceso artístico: primera plana de los diarios, entrevistas con los críticos más señalados, páginas de información gráfica a todo tren en las revistas habaneras de mayor circulación.

Mientras tanto, Eusebia sonrío, vuelve los ojos hacia el pasado, añora su entresuelo bohemio de la calzada de San Lázaro... y nota sin duda que a pesar del revuelo que ha despertado su reaparición en las calles habaneras, algo ha cambiado en Cuba; algo hay distinto de lo que ella dejó y a lo que ella no está acostumbrada. ¿Otra vez los recitales en la Comedia, de bote en bote, como hace tres lustros? ¿De nuevo los grandes públicos postrados ante su arte lleno de ingenuidad, casi primitivo, aplaudiendo la «Danza Negra», de Palés Matos, o los «Nombres Negros en el Son», de Ballagas? No, por cierto; no, desdichadamente. El auge inmenso que la televisión ha alcanzado en

Cuba, cerró las puertas de los teatros a muchos artistas y les ha abierto de par en par las puertas de las radio-emisoras. Los artistas están sujetos a programas estrictos; dicen versos o cantan canciones por cuenta de una marca de jabón, de un coñac o de unos pantalones. Hay que esperar turno y, sobre todo, es preciso convencer a un comerciante (no en cuestiones culturales, que también los hay) sino comerciante en comercio, valga la redundancia, de que la cosa gustará...

Por otra parte ¡ay!, muchos de los bohemios de entonces son gente que ha corrido un temporal. Quien se metió en la política al uso y allí vegeta adherido a la nómina, cuidadoso de que no le merme la alfalfa ni el maíz le disminuya; quien tiene otras ideas sobre la poesía y halla que el repertorio que hizo famosa a Eusebia Cosme debiera nutrirse de savia popular más de nuestro tiempo y nuestra lucha, lo cual es cierto. Quien ya se casó, en fin y está cargado de hijos y sólo tiene tiempo para la prosa, la dura prosa del trajín burocrático. ¡Qué poesía ni qué ocho cuartos! Aquellos eran días idílicos, suavemente románticos, perdidos para siempre en la bruma de un pasado que no volverá.

De todas suertes, la presencia de Eusebia Cosme ha puesto otra vez sobre el tapete de la actualidad un concepto que implica sutiles discriminaciones de orden artístico y sociológico: el concepto de «lo afrocubano». Poesía «afrocubana», música «afrocubana», arte «afrocubano»... ¿Qué quiere decir esto? A mi juicio —perdón, señores especialistas— no quiere decir nada. Es en todo caso una

manera rápida de hablar, una convención que no responde a ninguna realidad en el panorama de la cultura nacional considerar que existe lo «afrocubano» como expresión independiente y parcial del alma de Cuba, es falso, pues estamos hechos de una conmixtión profunda de dos sangres: la del esclavo traída de manera bestial en los barcos negreros que surcaron el Atlántico durante cerca de cuatro siglos, y la del amo, asentado desde los primeros días de la conquista sobre la haz de América, de la que no fue expulsado ni siquiera por la independencia política de los pueblos que vencieron a los descendientes de los antiguos colonizadores.

Quedó la sangre, la cultura, el espíritu de España en la mayor parte de América, como por otras partes andan las de Francia, Inglaterra, Holanda y Portugal. En muchos sitios, esa sangre española está mezclada con la indígena; en otros, revuelta con la de los esclavos —o para hablar con mayor propiedad— de las esclavas... Fue así como se inició en Cuba un vasto proceso de mestizaje, aún no culminado, que atravesando la piel alcanza las zonas misteriosas de la personalidad humana en que reside el espíritu. Porque del propio modo que el blanco conquistador y colonizador trajo los elementos básicos de la cultura europea de su época, aportó también los de la suya el siervo africano. De manera que se produjo un intercambio insensible al principio y ya evidente, que va desde el lecho en que el amo yace con la hembra de su propiedad y a su servicio, hasta los complejos fenómenos del sincretismo religioso, que da origen a la «santería» en que participan por igual gentes de una u otra piel.

No creo —nunca lo he creído— que exista entre nosotros una manera de ser afro cubana, diferenciada de lo cubano esencial. Antes bien, pienso que la cubanía supone el concierto histórico y psicológico de las esencias africanas y españolas, de modo que entrambas reunidas dan lo que somos, y sobre todo darán lo que seremos, como las dos corrientes humanas de mayor volumen en nuestra hidrografía social.

Lo demás, lo indígena —tan vigente en otras zonas americanas— desapareció en los albores de la colonización, de modo que como raíz nacional sólo vino a quedarnos... lo extranjero. Mas lo extranjero convertido ya en sustancia propia, que no es España ni Africa, sino todo eso fundido, o si queréis en proceso de fusión la pasta de que surgiendo, bajo la presión inteligente e implacable de la vida, nuestro auténtico perfil.

Por tal camino podremos encontrarnos, dar con nosotras mismos, antes que por ese otro que nos lleva a caer en estupideces del peor jaez, como cierta ridícula y afrentosa interpretación de «La Voz Humana», de Cocteau, en que una negrita «fista» parodia la noble entonación con que dice ese poema Berta Singerman como todos esos, versos más o menos conocidos, que desnaturalizan el papel raigal que el negro tiene en nuestra cultura. A fin de cuentas viejísimos, que ya en tiempos de Góngora y Lope, ante aun, en los de Lope de Rueda y Gil Vicente, el ser de piel oscura servía de hazmerreír en poemas, autos y comedias.

Por lo demás y volviendo a los conejos de España, que en este caso son la famosa recitadora de Cuba y su

arte, ¿qué planes tiene la Cosme ahora? ¿Se quedará en su patria? ¿Se irá otra vez al Norte? ¿Va a recorrer la América, que no es precisamente Nueva York? ¡Quién sabe! Tal vez la vean dentro de poco en Venezuela; quizá salte a Europa... ¿Por qué no? Hace cosa de un mes, al llegar yo a París, recibí la visita de una distinguida dama española, casada con un caballero holandés, la cual me invitó a visitar Ámsterdam, donde según me dijo hay un grupo de hombres y mujeres hartos curiosos de las cosas negras y, en general, muy afectos al estudio de los problemas culturales de América. Ahora, hace apenas una semana, he recibido carta de ella, en que me cuenta que el profesor Van Praag, que enseña el español en aquella universidad, dictó recientemente una conferencia sobre la poesía «afrocubana» (¡y dale!) en la que «el interés del público fue inmenso».

Véase, pues, cómo en las zonas más alejadas de nuestra idiosincracia puede la poesía cubana de raíz *afro española* llamar la atención, siempre que tenga sentido universal. Para ello sería sin duda un excelente vehículo nuestra magnífica intérprete criolla. Habrá que pedirle, eso sí, con todo respeto, pero con toda firmeza, que depure su repertorio de cuanto pueda carecer de lirismo y humanidad; de esa suerte de oportunismo literario que nos presenta un negro turístico, superficial, estúpido, como engendrado por quienes más se interesan en mantenerle en la servidumbre que en trabajar por su libertad. Nada de esto nos parece cosa superior a las fuerzas de esta mujer, que son poderosas. Sin contar

aquello que lleva adelantado con la posesión del tesoro que ella supo discernir, con sobrado buen gusto, en la mejor poesía de nuestro tiempo, y que en su voz ha tenido siempre mensajera de primorosa calidad.

El Nacional, Caracas, abril, 1951.

2.15 TONGOLELE EN PERSONA

Tongolele en La Habana... Como si fuera escaso el vértigo de desnudismo que nos consume la médula, he aquí que la bailarina del mechón blanco nos cae del cielo con las caderas a cien grados de temperatura, es decir, en plena ebullición. Hace algún tiempo la anunciaron, pero no vino. Habíanla demorado en México los santos afanes de la maternidad, de modo que ahora se la vio descender del avión en compañía de unos robustos mellizos, acerca de cuya «marca de fábrica» guarda nuestra visitante muy conspicua reserva.

Tongolele es el plato fuerte de un programa que el empresario Carlos Sandor presenta en el Teatro Nacional. Trátase de una revista en un acto y diez cuadros, titulada «Delirio en Ritmo», la cual agrupa figuras muy conocidas de la radio y el teatro en Cuba: Humberto de Dios, Olguita Guillot, Celia Cruz, Juliette and Sandor, Mora y Litico, las Mulatas de fuego y *tutti quanta*. En las carteleras todos estos nombres aparecen en caracteres pequeños, apagados, como una música de fondo. Con grandes letras, letras de cintillo de asesinato político, el nombre de la estrella: ¡Tongolele en persona!

Hay que decir que la propaganda ha surtido efecto, porque el teatro se llena hasta reventar. Cada día la amplia sala del gran coliseo es un hervidero humano, una apretazón de gente que con los ojos fijos en las tablas espera el momento único, el instante supremo en que la famosa «vedette» se plante en escena y comience a mover desafortadamente la cintura. Sólo que en seguida que esto ocurre, la desilusión es completa. Con el rostro serio, fúnebre, sin pizca de gracia o malicia y, como si estuviera ausente de lo que hace, Tongolele contempla al público sin establecer comunicación con él. La música es un escándalo frenético de cuero y cobre, y la artista se limita a seguirla como Dios le da a entender, con un movimiento lúbrico, incesante, de cópula salvaje. Tres, cuatro minutos escasos y todo ha terminado. ¿Qué? ¡Un verdadero espasmo! Ni una sonrisa, ni un gesto espiritual, ni un trago fino. El público, que ha ido a buscar otra cosa, tiene ganas de chillar, pidiendo su dinero.

Esto último lo entiendo muy bien, porque la primera vez que fui a verla, en México, hace dos años, me ganó el mismo sentimiento de frustración, el mismo malestar que sentimos cuando somos víctimas del fraude, y de un fraude burdo además. Recuerdo que entonces, observando la frialdad mecánica con que Tongolele aparece y actúa, dispuesta a satisfacer la presumible brutalidad de un público que termina rechazándola con harta razón, me vinieron a la mente ciertos versos de Villaespesa, un poco sentimentalones, pero aplicables al caso. Los versos que el autor del «Alcázar de las Perlas» dedica a una de esas

mujeres que se aligeran de ropa cada día, urgidas por la necesidad de vivir,

*... no por vil artificio,
sino con esa indiferencia muda
de la que sabe que quedar desnuda
a los ojos de todos es su oficio.*

Añada el lector que la bailarina ha descuidado lamentablemente su dieta, no ha querido quemar a tiempo su grasa, y ésta le traiciona la línea en más de un abultamiento, cosa que en la calle puede pasar, pero que nadie le perdona en las tablas.

Como el desnudo femenino está a la orden del día en Cuba, son incontables las revistas exclusivamente dedicadas a publicar fotos de mujeres sin ropa, con grande éxito entre valetudinarios y adolescentes. Diarios muy serios pagan su tributo a la moda, insertando con cualquier pretexto bañistas de bikines sintéticas, mozas de muslos suculentos, muchachas, en fin, con los senos al aire «y todo lo demás», como dice el divertido personaje de Chejov. Hay incluso cierto periódico que tiene una sección fija con tal objeto. Debajo de la foto —siempre escalofriante— de una mujer en paños menores, este título lleno de sugerente desenfado: «El pollo del día». Porque ha de saber el lector extranjero que en Cuba llamamos «pollo» a las chiquillas dulces y sabrosas, como Flérida, el pollo cantado hace cuatro siglos por Garcilaso de la Vega.

¿Qué mucho, pues, que ese mismo desnudo sea material explotadísimo para alimentar revistas ligeras «como en París» si eso se paga bien? Hace más de un año que una uruguaya, de nombre Brenda, está «en el play», exhibiendo su maravilloso cuerpo de mujer. Un cuerpo sólido, bien dispuesto, de carnes apretadas y firmes, de senos cortos, de vientre redondo y pequeño, de caderas de ánfora. Su mérito como artista no es cosa del otro mundo, aunque sin duda incomparablemente superior al de Tongolele.

Dos o tres meses atrás, Brenda llegó al clímax del escándalo cuando montó en ese mismo Teatro Nacional una revista titulada «Cocaína», que en siete días dejó a sus empresarios (entre ellos la propia bailarina) treinta mil dólares de ganancias. Presa de súbita honestidad, el gobierno acordó prohibir ¿la revista? Pensará el lector. No: suprimió el nombre. La revista continuó en los programas, anunciada desde entonces como «Sensación, antes, Cocaína», con lo que todo el mundo rió hasta soltar las tripas y siguió llenándose el teatro. A estas fechas Brenda ha entrado en plena decadencia: del «Nacional» pasó al «Martí» y la gente sabe ya a qué atenerse. Pero nadie duda que cuando la taquilla hable claro y anuncie que el truco no da más, la hermosa uruguaya reaparecerá vestida. Un espectáculo en el cual, por lo nuevo, por lo inédito e inusitado, Brenda alcanzará desde luego el mismo éxito que cuando por primera vez se presentó desnuda.

En lo que toca a Tongolele, la verdad es que se halla en su apogeo publicitario. No importa que cada noche salga el público protestando a grito pelado contra ella, ni

que la crítica haya dicho sin ambages que lo que hace deja mucho que desear: a una camada de público inconforme sucede otra de público curioso, que va a ver con sus propios ojos si es verdad lo que se dice. Mientras llega el momento de la desilusión general, esto es, el día en que todo el mundo sepa lo que ahora sólo sabe quien la ha visto, Tongolele se habrá embolsado una buena cantidad de dólares, como la que con absoluta justicia se embolsó Josefina Baker, que esa sí es una artista de peso completo. Tanto, que se mantiene en el primer plano de la admiración universal no porque nos enseñe su cuerpo, como en el París de su clamorosa iniciación, sino con sólo enseñarnos su espíritu maravilloso, desbordante de gracia viva, de gracia como una llama que consumiéndole la carne, deja ver lo profundo y genuino de su persona verdadera.

El Nacional, Caracas, marzo. 1951

2.16 RÓMULO LACHATAÑERÉ

Lo supe de un golpe súbito, como una pedrada en el rostro.

Fue apenas un paréntesis, un incidente en medio de la charla banal, que mariposeaba de tema en tema, sin desflorar ninguno. Iba el coloquio a terminar su primera gran vuelta, cuando salió al ruedo Norteamérica... Entonces la conversación se detuvo, dio un salto, al modo de una rueda dentada con un diente roto.

—¿Te acuerdas de Rómulo Lachatañeré?

—Sí... Está en Nueva York.

—No. Está muerto. Murió en el avión que se cayó en Puerto Rico...

Aquello me pareció inverosímil, como si los aviones no se desplomaran todos los días y como si la muerte no fuera «algo que diariamente pasa». Ya sé: hay el día *marcado* —dicen los fatalistas. ¡El destino! Cada quien viene al mundo provisto de un almanaque terrible, peor aún, de un reloj de precisión, donde las agujas inexorables señalan el minuto exacto del tránsito, la hora sin aplazamiento de la muerte. La suposición, claro, es consoladora, porque busca el modo de ayudarnos a aceptar el hecho consumado, bajando la cabeza ante lo inevitable.

Sin embargo, yo la rechazo. Con toda seguridad, si Rómulo se hubiera quedado en Nueva York no habría muerto. ¿A qué complicar las cosas pensando que una fuerza sobrenatural lo empujó hacia el Caribe, lo hizo luego tripular el avión trágico, para abatirlo en seguida sobre la nada, apagándole el corazón? En todo caso, lo mismo cuesta pensar en el destino que en la casualidad. Lo único cierto, lo dramáticamente verdadero e innegable, es que el avión en que Rómulo Lachatañeré iba de San Juan a Nueva York se vino abajo... Aquel hombre de rostro fino y voz suave, aquel joven inteligente y curioso, lleno de confianza en sí mismo; aquel cubano vuelto hacia su pueblo, sirviéndolo cada día con su escritura y con su vida, con su arte y con su ciencia, es ya una sombra querida en nuestro recuerdo, un recuerdo sombrío en nuestro cariño.

Rómulo Lachatañeré (él castellanizó el apellido francés: Lachatainerais...) era oriental, de Santiago de Cuba. Descendía del general Flor Crombet, su abuelo, rama a su vez de los antiguos colonos blancos de Haití llegados a Cuba a fines del siglo XVIII, al producirse la primera y sangrienta revolución de los esclavos, capitaneados por Buckman, Jean François, Jeannot, Biassou y demás líderes negros de aquel histórico momento. El éxodo de los franceses derrotados se completó más tarde, en 1804, cuando negros y mulatos unidos, bajo el mando de Pétion y Christophe, de Rigaud y Dessalines, lograron expulsar definitivamente a Napoleón, representado en la Isla por el sanguinario general Rochambeau. No en balde el oriente de Cuba tiene sus características tan afrancesadas, que

van desde el folklore hasta la familia. Los Dupuy, los Du-bois, los Lateulade, los Dupont, los Le Roy, los Duany y muchísimos apellidos más, con su ortografía original o ya castellanizada, acusan la presencia de un buen contingente galo en la gran mezcla afrohispana de nuestra población. Flor, el abuelo de Rómulo, era un mulato cultivado, muerto —como su nieto— en circunstancias trágicas, combatiendo por la libertad de Cuba. Cultivado también era Rómulo, que estudió a fondo muchos aspectos de la vida de los negros cubanos, en contacto íntimo con éstos en la liturgia cristiana y en la paganía, en el dolor y en el amor.

Al morir, Rómulo Lachatañeré deja dos libros muy interesantes. ¡*Oh, Mío Yemayá!*, colección de cuentos y cantos negros —como él mismo los calificó—, publicado en 1938, en Manzanillo, y un *Manual de Santería*, aparecido en La Habana, cuatro años después.

Las leyendas que inspiran los cuentos coleccionados en este volumen [dice Lachatañeré en una «nota de referencia» puesta como prólogo a la primera obra citada] fueron recogidas en la ciudad de La Habana, donde he pasado la mayor parte de mi tiempo.

Recorriendo los lugares en que se celebran los ritos «santeros», tuve la oportunidad de estrechar amistad con algunos profesionales del culto *yoruba* y adentrarme en los pormenores y sentido folklórico de esta sugestiva forma de superstición...

Son, en realidad, narraciones breves, cargadas de poesía fresca, primitiva: relatos fabulosos en que se mueven las deidades más prestigiosas de la mitología africana, trasplantadas a Cuba en el barco negrero: Changó, Obatalá, Ochún, Olofi, Orúmbila, Yemayá... Rómulo no gustaba mucho de este libro, publicado, según él, «con cierta irresponsabilidad». Sin embargo, tiene más de una página bellamente lograda, y aunque el estilo en otras se desmaya y amenaza derrumbarse, siempre acuden a sostenerlo la gracia, el encanto de la fábula, la inocencia de la trama, desnuda de todo artificio literario, que logra imponerse por su fuerza esencial.

El *Manual de santería* es otra cosa. En él se propuso Lachatañeré examinar los fenómenos del sincretismo religioso en Cuba desde ángulos nuevos, en oposición a los métodos académicos. Es un libro valeroso, tanto por lo que afirma como por lo que niega; un libro escrito de abajo arriba, es decir, partiendo de la convivencia del autor con los santeros, a los cuales se acerca desprovisto de todo prejuicio intelectual o profesoral, de manera que sean ellos mismos quienes hablen y no sus intérpretes más o menos sabios, más o menos eruditos, que muchas veces acaban traicionándolos.

Lachatañeré estudia la santería no sólo en La Habana, sino en Matanzas, Santiago de Cuba y Guantánamo, discriminando la influencia yoruba de la influencia conga, característica, la primera, de los negros de la capital, y rasgo puro, la segunda, de los que viven en la porción oriental de nuestra Isla. Al final, el autor presenta un interesantísimo apéndice, compuesto de cuatro «tablas»

con las deidades lucumíes, las saluciones a los santos, facsímiles de la escritura de un santero y las parábolas de las trece letras del Di-Lo-Gún.

La última vez que vi a Rómulo Lachatañeré fue en Nueva York, hace tres años. Nos habíamos encontrado mucho siempre en Santiago de Cuba y en La Habana, donde vivió largo tiempo. En Nueva York pasamos un simpático y memorable día juntos, acompañados de Eusebia Cosme. Almorzamos en Harlem y allá recuerdo que me ayudó a comprar un par de zapatos, que todavía conservo. «Unos zapatos de negro fino», como él me dijo entonces, con mucha gracia. Por aquellos días hallábase en pleno *hobby* fotográfico, de manera que hizo de las suyas con Eusebia y conmigo. En la noche comí en su casa, con su niña y su mujer, como en el verso de Zenea, otro gran muerto trágico. Fue una noche criolla, llena de recuerdos y evocaciones de la Isla querida y distante. Todavía, ya de vuelta yo en La Habana, recibí una carta suya, pidiéndome discos cubanos «de los últimos». Se los mandé, pero llegaron rotos. Después no supe nada más de él... hasta ahora. Era un amigo firme, fiel. Uno de esos amigos cuya muerte no cuenta en definitiva y que siguen viviendo a nuestro lado, no en la gran vida de los muertos heroicos, sino en la vida diaria, llena de pequeños minutos, esos pequeños minutos de que están hechos los siglos. La vida que no conocen los hombres llamados «importantes» y que él vivió metido en su pueblo como en un río grande y puro.

El Nacional, Caracas, 1951.

2.17 UN EXPRESIDENTE EN LA PICOTA

El ex Presidente cubano Ramón Grau San Martín ha sido procesado por malversación de caudales públicos. Desde la destitución del Presidente Miguel Mariano Gómez (recién fallecido) no había visto Cuba suceso de tanta significación política, ni que moviera a escándalo con tan segura eficacia. Pero Gómez no fue destituido por la realización de delito alguno, sino en virtud de sus enconadas pugnas con el general Batista, a la sazón jefe del ejército y hombre fuerte en el retablo nacional. Grau, en cambio, cae en las mallas del Código a causa de haber trasegado, o permitido a sus íntimos y familiares trasegar varios millones de pesos pertenecientes al tesoro cubano.

Grau ascendió al poder en 1944, luego de unas elecciones cuyo resultado ratificó por anchísimo margen la popularidad de que el candidato gozaba en la calle. El triunfo de Grau vino a significar la derrota de Batista, quien impedido por la ley de ir a la reelección propia, decidió reelegirse «programáticamente» en la persona de un político muy hábil que había sido Premier del gobierno, pero de escasa popularidad: el doctor Carlos Saladrigas.

Durante toda su campaña electoral, Grau fue una especie de santón, o dicho más noblemente, una suerte de

apóstol del buen gobierno y de las rectificaciones morales y materiales que el pueblo cubano ansía desde el momento mismo en que dejó de ser colonia española, hace más de medio siglo. Obras públicas, honestidad administrativa, civilidad, orden, justicia, paz... ¡Todo lo prometió con voz solemne y la mano puesta sobre el pecho! Fraguóse así una mística grausista, de manera que sus simpatizantes y adictos vieron en él un hombre sobrenatural, casi divino, a punto de merecer la corona y el altar. En muchas casas humildes su retrato aparecía con exvotos de flores. Aun las implicaciones, más simples de la ordenanza municipal (no ya los grandes problemas de la Nación) fueron confiadas a las excelsas dotes de este demiurgo, en los días previos de su instalación en el poder.

Todavía se recuerda como en las postrimerías del mandato batistiano establecióse el pago de un centavo adicional al precio del pasaje en ómnibus, cuando éstos sobrepasaban cualquiera de los puentes sobre el río Almendares, que separa la Habana del municipio de Marianao. A tal impuesto se le llamó el «quilito del puente», pues en Cuba «quilo» significa centavo. La disposición fue recibida con grandes muestras de desagrado por parte del público, que formaba homéricas trifulcas cada vez que se veía en el trance de pagar aquella pequeña carga. Sin embargo, luego de las elecciones y ya en las vísperas del ascenso de Grau a la presidencia, cada pasajero entregaba dócilmente su «quilo» aunque no sin añadir, con esperanzado rencor:

—¡Gocen, gocen ahora; sigan explotando al pueblo, que ya el Viejo está ahí para acabar con tanto abuso!

El resultado fue que cuando el Viejo se encargó del poder, el impuesto sobre el puente fue elevado de un «quilito» a dos...

Este hecho simple, pero de innegable significación, se repitió en todos los aspectos de la administración pública. Una camarilla ambiciosa se adueñó del gobierno y entró a saco en el tesoro nacional, extrayendo «físicamente» sumas fantásticas de dinero contante y sonante; los atentados personales resurgieron como consecuencia de las pugnas entre los grupos secretos, verdaderas «mafias», y un clima de intranquilidad, de pánico, de angustia dominó hasta en los más remotos rincones del país. El desencanto del pueblo fue enorme. ¡Y aquel era Grau! ¡Y ese era el hombre puro, santo, patriota, intachable, inteligente, a quien no pocos imbéciles habían comparado con Martí!

Al cesar, en 1948, y entregarle la «antorcha» de la Revolución a su discípulo el Dr. Carlos Prío, que había sido Premier largo tiempo bajo el grausato, el ex Presidente creyó que sería la eminencia gris del nuevo régimen, pero bien pronto fue convencido de lo contrario... Prío deseaba gobernar solo, o en la compañía —en la complicidad— de una nueva camada de lobeznos, ansiosos de pegarse a la ubre pródiga e hinchada. Aunque muchos de sus amigos quedaban en altas posiciones, desde ese momento Grau se convirtió en una sombra resentida. Apoyó al señor Castellanos en sus aspiraciones a la Alcaldía de la Habana y batió palmas por su triunfo, que significó una seria derrota para el Presidente de la República

en la persona de su hermano Antonio. No contento con esto, Grau enarboló la candidatura de un sobrino suyo, Pepe San Martín —llamado Pepe Plazoleta, por las muchas que construyó siendo Ministro de Obras Públicas— y la opuso a la que pudiera surgir de Palacio para sustituir a Prío; se negó a formar parte de la llamada «unidad auténtica» y reintegrarse al redil abandonado. Finalmente, cuando se le destituyó de la presidencia del Partido Revolucionario Cubano, que lo llevó al poder y que es el que gobierna actualmente, Grau dio los pasos iniciales para la formación de uno nuevo, el Partido de la Cubanidad, que ya está en marcha.

Mientras tanto, los escándalos de la administración grausista subían a flote, como los cadáveres de un naufragio. ¡Más de 174 millones de dólares se habían volatilizado de las arcas públicas en aquel período nefando, para ir a parar a las cuentas corrientes y a los depósitos de ahorros de muchos de sus personeros! Como caco mayor señalóse de inmediato a un ex Ministro de Grau, Presidente de la Asamblea Provincial de La Habana del Partido Revolucionario Cubano y elegido senador nada menos al dejar su elevada sinecura administrativa: el señor José Manuel Alemán, de cuya vida y milagros hablamos cierta vez desde estas mismas columnas. Con Alemán estaban también complicados tres ex Ministros más, los doctores La Guardia, Valdés y Arazoza, el Tesorero General de la República, señor Da Lama y funcionarios de menor cuantía, que sirvieron de correveidiles y mandaderos a los grandes tiburones.

Hace poco más de un año, el senador Pelayo Cuervo, antiguo amigo de Grau y hoy su más encarnizado opositor, presentó una sensacional denuncia de todos estos hechos, a consecuencia de la cual inicióse la ya famosa causa número 82, que luego de no pocas vicisitudes ha desembocado al actual proceso. Sólo que —aquí viene lo interesante— de todos los señalados por el auto judicial, un acusado no más guarda prisión y ello en la clínica donde se halla enfermo: cierto infeliz Juan Gómez Sánchez, ex, Pagador de las Escuelas Politécnicas, que no ha podido prestar la fianza de mil pesos que se le exige para gozar de libertad provisional y a quien (dicho sea entre paréntesis) se considera inocente.

A Grau, procesado, el juez instructor lo relevó de la presentación de una garantía en efectivo «por ser hombre de cierto arraigo social» y haber desempeñado la primera magistratura de la Nación. A los señores Valdés y La Guardia no ha sido posible echarles el guante porque pusieron a tiempo pies en polvorosa y se hallan «en el extranjero», tal vez en una tribu del Congo —pensamos nosotros— con quien Cuba no tiene tratado de extradición. En cuanto a los señores Aroza y Da Lama, resulta que el primero es ahora senador de la República y el segundo Representante a la Cámara y ambos se hallan protegidos por la inmunidad parlamentaria. El pobre preso, que es también el preso pobre, el más humilde de todos, tal vez el menos culpable, seguramente recordará en estos amargos días la traviesa letrilla del clásico:

*Porque en una aldea
un pobre mancebo
hurtó solo un huevo,
al sol bambolea,
y otro se pasea
con cien mil delitos,
cuando pitos, flautas,
cuando flautas, pitos...*

A, pesar de ello, el pueblo aplaude el procesamiento de Grau, que abre un horizonte de esperanza en lo que toca a la sanción de la delincuencia oficial, hasta ahora impune. Puede que en definitiva todo se convierta en agua de borrajas, o que el doctor Grau, caso de condenársele, sea favorecido por una amnistía. Puede que ni siquiera llegue a sentarse en el banquillo y que sus compañeros de proceso —muchos de ellos gente de gran figuración en el gobierno de Prío— unos no sean traídos al país y otros permanezcan resguardados por la investidura legislativa: la verdad es que el escándalo producido por tales hechos tanto como por las pruebas fehacientes de los mismos sacadas a la luz pública, ruborizaría a un elefante. Lo cual, siendo poco sin duda, ya constituye un castigo considerable para quienes por mucho que se hayan rebajado no pueden hallarse cómodos en la terrible humillación de la picota.

El Nacional, Caracas, marzo 23, 1951.

2.18 NÚÑEZ JIMÉNEZ, EL JOVEN DE ILUMINADA MADUREZ

Antonio Núñez Jiménez tiene nombre de conquistador español. ¿Por qué no, también, de personaje de García Lorca? Magro, alto, inquieto, ha recorrido nuestra isla de punta a cabo, registrándole las entrañas con sus instrumentos de espeleólogo. Y no sólo las entrañas, sino la tierra que sube, en busca del aire azul. El Pico Turquino, casi con dos mil metros de elevación, pero de ascensión fatigante, le ha hospedado en su cúspide; y el Pico Potrerillo, en la región central del país, y la Sierra de los Órganos, en el oeste tabacalero, el alteroso Pinar del Río.

Núñez Jiménez regresa ahora de Venezuela. Estuvo allá con nuestra egregia Alicia Alonso. Viene alegre de haber tocado la carne de aquel pueblo, de haber sentido vibrar su alma inmensa, tendida desde las nieves del Pico Bolívar, donde aletea el cóndor, hasta el abrasado pasional de los Llanos, donde bestias y hombres acezan bajo el duro castigo solar. Viene también de Colombia —«Bogotá melancólica...»— tierra de obispos y poetas.

Sólo que la hermosa peripecia con Alicia ha sido un breve paréntesis artístico en la vida científica de este maduro muchacho, hecho a la investigación rigurosa. Nos vimos hace unos días. Llegó a traerme su último trabajo,

un estudio sobre la cueva de Bellamar —¿se acuerda usted, don Henrique Otero?—, que Núñez Jiménez conoce como su casa. El descubrimiento de esta cueva es reciente y se debe al azar, como al azar debióse el hallazgo de Pompeya. No hace todavía un siglo, cierto día de febrero del año 1861, trabajaba un grupo de esclavos en las canteras de cal que muy cerca del puerto de Matanzas poseía don Manuel Santos Parga, rico minero de aquella región. De pronto, uno de los negros sintió que la barreta con la que trataba de levantar una enorme piedra íbasele hacia el abismo. Asustado, dio cuenta de la ocurrencia a su amo, y éste que era hombre emprendedor, ordenó investigar la causa de aquel fenómeno. Al principio, los trabajos no adelantaron mucho, por temor de bajar hasta aquel antro, del cual salía un vaho cálido y mal oliente. Hasta que el propio Santos Parga se hizo cargo de la averiguación.

Núñez Jiménez, en su libro, que es en realidad su tesis de grado para el título de doctor en Filosofía y Letras, cita un interesante pasaje de José Victoriano Betancourt, escritor cubano de la época:

Es el caso [cuenta Betancourt] que como Parga viese que el Mayoral no obedecía sus órdenes, ya corridos dos meses, un día se fue con la gente al punto en que había desaparecido aquélla (se refiere a la barreta) ordenando se trabajase allí; y apenas abierto un espacio un poco más que una vara, salió por el agujero practicado una gran corriente de aire repugnante de olor; caliente y como humoso; no retrajo a Parga eso, sino antes por

el contrario, continuando el trabajo, pudo convencerse de que aquello era la entrada de una cueva, y con un arrojito que rayaba en temeridad siguió ensanchando la abertura y después aventuró un descenso empleando una escala que fue preciso alargar, y en llegando a lo que le pareció el suelo, se encontró envuelto en tinieblas. Mas como él fuese gran práctico en punto a minas, no se arredró y se propuso explorar la caverna, dominado sin embargo por la idea de que allí había algo: era Colón, entreviendo el Nuevo Mundo...

Meses y meses estuvo Santos Parga entregado a la dura tarea de abrirse paso en aquellas profundidades. Más de mil toneladas de piedra fueron removidas, extensos lagunatos interiores desecados, millares de pesos invertidos. Hasta que un día púdose poner al servicio público la cueva, con pingües ganancias para su dueño —¿cuánto alcanzaría el esclavo?—, y largo entretenimiento y asombrosa delectación de sus visitantes, entre los cuales figuraron desde los primeros momentos hombres de grande inteligencia e ilustración.

A fines de nuestra segunda guerra de independencia, en 1897, el gobierno español clausuró Bellamar, tapiando la entrada, para que los libertadores no la utilizaran como guarida. Lo mismo aconteció en la segunda guerra mundial, y sólo fue abierta en 1947. Hoy su explotación está en poder —no olvidemos la tierra que pisamos— nada menos que de una empresa, la Compañía Operadora Cuevas de Bellamar, S.A. ¡Qué se le va a hacer!

Más de ciento cincuenta páginas nos regala Núñez Jiménez en la descripción de la célebre espelunca. En una prosa fácil y fina nos cuenta no sólo una visita más o menos veteada de turismo científico, para ver y decir lo que muchos, sino que, como acostumbra siempre en todas sus investigaciones, adelanta atrevidamente un paso allí donde otros se detuvieron. La misma desconfianza creadora que lo llevó a rectificar la altura del Pico Potrerillo, mantenida durante años en textos universitarios y escolares, lo conduce también en su visita a Bellamar hacia caminos nunca hollados. Así logra destruir la leyenda de que el bellísimo Baño de la Americana se comunica con el mar, en la bahía de Matanzas; así descubre y bautiza parajes cuyo conocimiento modifica la antigua concepción de la cueva, aun en científicos eminentes, como acontece con el pasaje rocoso que él denomina la Galería Escondida. Ante lo desconocido, un investigador de raza no puede vacilar. Avanza siempre, que ése es el camino de la gloria.

El caso de Núñez Jiménez es señero en nuestra juventud. Este valiente muchacho, este joven sabio, no pertenece a la categoría de los eruditos enclenques, a quienes el estudio succiona la vida, como si los secara, apartándolos en cuanto no sea el grueso infolio. Núñez Jiménez aprende, pero emprende. Además, en un país ganado por disciplinas directas y brillantes, que atraen rápidamente la atención hacia quien las ejerce, él se entrega... a la espeleología, dedica su tiempo a visitar oscuras cavernas, a hojear duras páginas de piedra donde está escrita la historia de nuestro mundo.

A mí me recuerda un poco —y se lo he dicho a él— el caso de nuestros grandes sabios del siglo XIX, un Poey, un Carlos de la Torre. Particularmente don Carlos, que llegó hasta nuestros días y que fue no sólo un naturalista eminente, respetado en todo el mundo científico, sino también un hombre de acción, que no desdeñó lo político cuando fue necesario, ni lo humano cada vez que la calle invadió el sosiego de su laboratorio. Dejó a Cuba un tesoro inmenso de sabiduría bien organizada, obra de investigador activo, que vivirá cuanto viva nuestra cultura. Núñez Jiménez empieza ahora, con una madurez que bien quisieran muchos que están terminando. Ya escucharéis un día no lejano hablar de este hombre honesto, puro, trabajador, de clarísima inteligencia, señalado tanto para ganar con su obra la gloria propia como para brindársela al país que hoy le señala entre sus más prometedores hijos.

El Nacional, Caracas, noviembre, 1952.

2.19 AMÉRICA REVUELTA E INTRANQUILA...

Está en La Habana un amigo mío, gente de fina perspicacia. Un argentino muy inteligente, que anda mirando con ojo de lince lo que acontece en nuestra gran patria más o menos latina, quiero decir, en nuestro continente, donde no todo el mundo «reza a Jesucristo y habla en español», con perdón de Darío. Salió de su Buenos Aires querido, como el del tango, y echó a andar tierra arriba, del sur al norte, Perú, Brasil, Colombia, Venezuela. Ahora, Cuba. Cuba, que es, como él dice, la revelación. Pues ha ocurrido con ella como ocurre en ocasiones (muy pocas, es verdad) con esos muchachos molongos y molondrones, que de repente pegan un salto y se colocan a la cabeza del aula, en la primera fila de la clase. ¿Quién esperaba tanto? Muchas veces hablé con amigos brasileños —es un ejemplo entre cien—, para quienes aquel ceñudo territorio, tan caro a los Braganzas, sería el primero en darnos el susto. «Ya va usted a ver pronto —me prometió hace once meses cierto bahiano díscolo y temperamental—, ya va usted a ver pronto lo que será esto, todo esto. Apenas un par de años; nada menos...». Y el hombre trazó con su pequeño índice en el gran mapa nativo una recta vertiginosa, una recta de humo, para decirlo en un lenguaje grato

al inmortal Dihigo.¹ En realidad fue un relámpago revolucionario, que unió de un golpe las aguas de Guanabara, azules y sonoras, con las del Amazonas, en la remota Manaos, casi en la linde selvática de las Guayanas, adonde el avión gasta un día de vuelo para llegar. Luego añadió con su voz levemente patriótica: «Dentro de medio siglo, todo el mundo en América hablando portugués...». Otros echaron sus cálculos y concluyeron que «la función» iba a darla México. ¿Y por qué no, si en México el pueblo vive embudado en el callejón de su miseria y ha visto frustrarse lentamente la revolución del 10, y le ronda la del 60 o antes? Ciertamente que hasta ahora México sólo se sacó del pecho el Paracutín, asombro de geólogos. Sin embargo, la procesión anda por dentro; la gente está revuelta e intranquila. Algo de esto deben de haber hablado Eisenhower y López Mateos, a la sombra de un cocotero en Acapulco.

Mi amigo argentino, que ha visto muchas cosas de cerca y a su hora, piensa que la inquietud volcánica, con sus truenos profundos e imprevistas sacudidas, late por todas partes. América parece incómoda y agitada: hace pensar en una bestia espumosa, perseguida por una plaga de zancudos. Mi amigo vio en Perú, y me lo dijo, algo como un germen que estuviera royendo carne podrida, en busca del hueso puro. Y en Colombia el pueblo está como el hombre soliviantado por el deseo que pasó la noche infructuosa en el lecho de una virgen. Le quema el ansia de ir más lejos, de romper las amarras que puedan sujetarlo,

1 Martín Dihigo, célebre jugador cubano de béisbol.

como hicieron los otros. Los «otros» son los cubanos; es Fidel Castro y su vasta compañía, cuya acción ha probado «que se puede» y a quien Venezuela recibió como a un héroe nacional.

Porque lo inusitado de esta Revolución, la cercanía de su mensaje, no es la caída de un dictador, pues ya eso aconteció con Machado, sino lo que significa como afirmación de una severa voluntad de independencia. Ello es claro en el lenguaje de Fidel Castro, cuando se ve precisado a fijar el límite de nuestras relaciones con los poderosos vecinos nortños, mondándoles la hinchada corteza en el discurso retórico, plantándoles los hechos descarnados bajo las narices, como aconteció en la conferencia de los 21. De esta manera, el liderazgo cubano, su primacía continental, se ha convertido en un peligro de desorden en los encuentros internacionales, y más cuando el jefe revolucionario participa en ellos. Fidel Castro resulta así para el Tío Sam una suerte de *cousin terrible*, a quien no es fácil conducir por camino ya trillado.

Aquí vino la ocasión de preguntar al amigo argentino cuál es su opinión sobre la visita de Fidel Castro a Buenos Aires. ¿Por qué no hubo allá como en Nueva York, por ejemplo, el más cercano, el desbordamiento popular, la vasta euforia cívica que esperaba todo el mundo? El gobierno de Frondizi —contestó—, si es que Frondizi gobierna en realidad, recuerda un poco a las monarquías constitucionales. Frondizi «preside», pero no manda. Quienes mandan allá son los militares; es la logia castrense del Dragón Verde, cuya eminencia gris tiene un

nombre que el pueblo susurra en los corrillos porteños: es el coronel Reimundes. ¿Libertad de prensa? Los grandes rotativos saben muy bien a qué atenerse, esto es, saben lo que no pueden publicar, por importantes que ellos sean. El semanario *Propósitos*, de Barletta, un periódico —dicho sea de paso— que no es comunista, fue clausurado por el ministro Vittolo, que lo mantuvo a buen recaudo durante varias semanas. En cuanto a *La Hora* y *Nuestra Palabra*, ¡ay! esos dejaron de existir cuando sus talleres fueron allanados por la policía, al propio tiempo que lo fue la sede del Partido Comunista argentino. Hace cinco meses que el país se halla bajo el estado de sitio. El petróleo nacional ha sido entregado a compañías extranjeras, que sembraron de pozos la provincia de Mendoza. El costo de la vida aumenta sin cesar, el pan lo mismo que el taxi. Un terror sordo, que fluye oscuramente del buró del general Solanas Pacheco y se extiende por toda la República, paraliza el ejercicio democrático, como si la nación hubiera sido penetrada por una flecha empapada de curare... Frondizi, a quienes grandes sectores liberales comparan con González Videla, lo cual no es nada halagüeño para el Presidente argentino, es apenas —y en ello estriba su más fea culpa— el mascarón civil tras el cual se esconde una repugnante dictadura militar.

Sabiendo esto, es fácil comprender por qué el gobierno (es decir, el ejército) se las arregló de tal modo que Fidel no tuviera acceso al pueblo argentino ni éste pudiera acercarse a Fidel. A orillas del Plata, el triunfo de la Revolución Cubana halló largo eco de vibrante simpatía.

El pueblo se lanzó a la calle en Buenos Aires como si festejara una victoria nacional. Más aun, pidió a voz en cuello «otro Fidel para Argentina». ¿Cómo iban los militares a permitir que un Fidel de carne y hueso les desorganizara la parada? Por eso se le mantuvo en un círculo diplomático y sonriente, pero en realidad infranqueable. ¿Lo demás? Pues lo demás consiste en una espera activa, como en Cuba en tiempos de Batista o en Venezuela cuando Pérez Jiménez. Porque allá también, del mismo modo que en otros sitios de nuestra América y con más vigor quizá, el hombre de la calle, el que se lanzó a vitorear a Fidel Castro el día primero de año, está a punto de estallar.

El Nacional, Caracas, mayo 25, 1959.

2.20 UNA EXPERIENCIA

Así tituló un pintor brasileño amigo mío, Flavio Carvalho, uno de sus libros, no uno de sus cuadros... Aquel en que cuenta lo que le aconteció en cierta ciudad de Brasil cuando se propuso asistir al paso de una procesión católica sin quitarse el sombrero. Aunque su «experiencia» fue dura y por demás interesante, no es a ella a la que voy a referirme ahora, sino a otra, la de este cronista servidor de ustedes.

Es el caso que hace pocos días estuvo a verme aquí mismo en *Hoy* una pareja de jóvenes, los cuales me pidieron que escribiera yo la letra, las palabras, el texto o como se diga, para una marcha que uno de ellos, músico, había compuesto en homenaje a la reforma agraria. Ítem, había que hacer las cosas rápidamente, porque la pieza sería estrenada antes de fin de mes.

Yo comencé a rascarme la cabeza, gesto clásico que desde la creación del mundo indica preocupación o embarazo ante un problema. Porque me había acontecido muchas veces lo contrario, es decir, que alguien me pidiera un poema para llevarlo al papel pautado, pero esto de ahora, no. Era yo quien tendría que sentarme a oír una composición musical, para meter en ella unas estrofas.

Fue tal el dramatismo que pusieron en su petición los muchachos que tuve la debilidad de aceptar. ¿Para cuándo? «Dentro de tres días tendrán ustedes los versos» —fue mi respuesta. ¿Tres días? ¡Pero eso era imposible! ¿No podrían ser dos? Había que ensayar con el cantante y con el coro, había que grabar, había... Total, que había que sentarse a escribir en el acto (si no en el primer acto, por lo menos en el segundo, ya en la tarde, después del almuerzo). Volví a aceptar y a partir de ese momento comenzaron mis tribulaciones.

Nunca me viera en tan duro trance... Puse el disco (pues olvidaba decir que los jóvenes me entregaron un disco con la música de la marcha), y era patético verme, lápiz en mano, o en ristre, como antes se decía, persiguiendo la frase musical para meterle la frase literaria. Al cabo de cuatro horas de sólido trabajo, yo sólo había acertado con el comienzo:

*Avanzar,
sin cesar...*

En lo demás la música se me iba, se me escapaba, jugaba a la candelita, con un por allá fumé cruel que me hacía ir de un lado a otro, mientras el disco, dando vueltas irónicamente en la platina del «alta fidelidad», carcajeaba en mis barbas. Ya entrada la noche, hacia las ocho, sonó el teléfono. Era el músico.

—¿Cómo anda eso?

—Mal —fue mi respuesta.

Y en seguida le expliqué que sólo había compuesto dos renglones miserables, los del comienzo, aquel hallazgo de «Avanzar, sin cesar...». En la otra punta del hilo, la voz de mi interlocutor vibró de entusiasmo. ¡Magnífico! Ha dado usted exactamente con la letra para la música. Y el muchacho cantó junto a la bocina un «avanzar, sin cesar» pleno de fuerza, sugeridor de una marcha masiva, amplia, que llenaría los caminos de la patria de campesinos irredentos y coléricos y que iría a desembocar triunfalmente en las ciudades, llenas a su vez de ciudadanos tan irredentos y coléricos como los campesinos.

Esto me reconfortó un poco. Como me sentía fatigado, salí a la calle y di un corto paseo por mi barrio. Después de la cena, me entregué nuevamente al trabajo. Pero en vez de comenzar por el principio, comencé por el fin. Un aire breve, cortante, propio del estribillo o refrán. Ahí logré algunos triunfos... La música daba para cuatro estrofas y las escribí. Mejor dicho, escribí tres, porque la primera servía también para rematar la composición. ¡Albricias! —Hubiera exclamado yo seguramente, si en vez de ser un humilde poeta cubano, me hubiera tocado ser un actor español. La verdad es que sólo musité: «Bueno, vamos a ver cómo ha salido esto...».

Y llamé entonces al músico por teléfono, para comunicarle mi hallazgo. Él aprobó, pero me dijo: «Mi querido poeta, hay que arreglar algunas cosas. Ustedes miden las sílabas y nosotros tenemos que medir el tiempo. Me hace falta que en el verso tal (y aquí citó una línea del texto) la primera sílaba sea aguda. Además, el segundo verso

de la primera estrofa debe tener una sílaba de menos, porque rítmicamente liga con el final del verso anterior. Por otra parte...».

Aquí interrumpí yo. Había trabajado duramente y me sentía aplastado. ¿Cómo dicen que cargar sacos de azúcar es un trabajo serio? Quien tal diga nunca se ha puesto a escribir versos para una música ya hecha. Sin embargo, en aquel preciso momento había encontrado yo la solución del problema, solución que no sé cómo no me había venido antes a la cabeza. En resumidas cuentas, propuse al joven músico que yo iría a su casa y junto al piano haríamos una especie de muñeco, un «monstruo», con palabras sin sentido, pero las cuales se mantuvieran silábicamente dentro del ritmo dado por la composición musical. Así se hizo, y el monstruo fue monstruoso. ¿Quiere verlo el lector? Salió así:

*Avanzar,
sin cesar...
Vano milón sonsil,
buscará.
Trompa sin vele,
don no sea contento,
juntos
juntos
la sombra quedada,
venga...*

Esto, que pudiera ser un poema «puro», un poema superrealista de escritura mecánica, fue la fórmula mágica. No tuve, sino que volver a mi casa y sustituir en el «monstruo» las líneas disparatadas por otras que lo fueran menos. Con lo que, al día siguiente, muy temprano, pude entregar a mis verdugos unos versos que si no parecen escritos por Shakespeare, tal vez en cambio se dejen cantar... De todas maneras, ¡qué experiencia!

Hoy, La Habana, junio 26, 1959.

2.21 SANTIAGO DE CUBA

Mientras el coche rueda sobre la carretera, el chofer (versión contemporánea y automotriz del antiguo barbero parlanchín) habla todo el tiempo. Es un hombre pequeño y redondo, muy simpático, de tipo indígena, nacido en Baracoa. Su palabra salta de un sitio a otro, pellizcando los temas, que él mismo propone y sobre los cuales tiene la más diversa información.

Ocurre, lector mío, que la Universidad de Oriente, durante estos días que voy a pasar en Santiago como huésped más o menos académico, me ha instalado en un hotel que se eleva a unos kilómetros de la ciudad. Me trajo a él quien me invitó, el muy fino y sabio profesor Martínez Arango, doctor Felipe. A la ciudad se la ve allá lejos, como desde un balcón, ardiendo en sí misma, bloque múltiple de piedra montañosa y metal al rojo blanco, bajo el cielo criollo, de azul terso y lavado. La bahía parece una lámina de zinc, salpicada de manchones verdes, como un obstinado moho. Es el cayerío disperso a la entrada del puerto, que hace del de Santiago uno de los más hermosos de nuestra isla.

El chofer habla de nuevo:

—El indio está que parte las piedras...

El «indio» es el sol. Tiene razón el chofer. Aunque aún no es mediodía, el fuego celeste nos envuelve y ahoga. A un lado y a otro de la carretera se ven risueñas residencias campestres y ranchos destartalados y sucios. Hay también pequeñas industrias junto a jardines cuajados de rosas encendidas. Me viene a la memoria Haití, especialmente el camino que va de Port-au-Prince a Pétionville. La tierra oriental es muy parecida a la haitiana, no sólo en lo que les dio a ambas la naturaleza, sino en lo que han hecho los hombres, a pesar de que aquello es muchísimo más pobre y atrasado que esto. Pero hay barrios populares de Santiago que están arrancados de un rincón principesco; y la campiña que riega el Artibonite es hermana de la que fecunda el Cauto. ¿Qué ocurrirá en Haití en estos momentos? El recuerdo de la isla cercana, que yo visité hace ya más de tres lustros, me punza y lastima Trujillo, Duvalier, Santo Domingo... A boca de jarro, como un pistoletazo, pregunto al chofer:

—¿Qué hay de bombardeos?

El hombre no se inmuta y me responde con voz tranquila:

—Bueno, ya usted leyó el discurso de Roa. Yo creo que Trujillo es un salvaje, capaz de atacarnos con la aviación.

Yo vuelvo a la carga.

—¿Pero el pueblo sabe eso, o espera eso aquí, en Santiago?

—Sí, señor; aquí lo sabemos. O mejor dicho, lo esperamos, o lo suponemos... Y después de la denuncia del gobierno, con mayor razón. Pero nadie está nervioso.

Mientras tanto hemos llegado a la ciudad. Las calles lucen animadas y las casas se adornan con guirnaldas de papel multicolor, en las que predominan el rojo y el blanco. Cuando desembocamos al Paseo de Martí, arteria principal del barrio de Los Hoyos, la animación sube de tono. Por todas partes, desbordados sobre las aceras, hay pintorescos ventorrillos, unos ya instalados, otros en plena instalación, que se cubren de pencas de palma y de carteles anunciando el chivo en fricasé, el cangrejo, el congrí, el ñame, el puerco o «macho» asado.

—Mire, mire —exclama el chofer—, mire la gente; todo el mundo se prepara para el carnaval...

Yo le cuento que el día anterior oí a un empleado de alguna fábrica santiaguera de cerveza ponderar el enorme volumen del pedido de Camagüey, en junio, cuando el San Juan. El chofer me responde que en Santiago de Cuba es igual. Dice que «es lógico», porque, como los de La Habana y Camagüey, éstos son los primeros carnavales de la libertad.

—¡Hacía tanto tiempo que aquí no podíamos darnos un trago tranquilos, señor!

Por la noche —ayer— me eché a la calle con unos amigos. Esta vez anduve por Trocha. Aquello era un vocerío, un griterío ensordecedor. Todos los bares, todos los cafés llenos de gente. Las victrolas poblaban el aire cálido y denso de música mecánica. Pero había también cantadores con sus guitarras, y de repente estallaba en algún sitio el repique auténtico del bongó. Andaban ya los primeros grupos «arrollando», como si anunciaran lo que

será el desenfreno de la conga. Las meseras, en los cafés, contaminadas con la bocanada sensual que venía de la calle, caminaban rítmicamente, con el ritmo que ordenaba el cuero tenso y dictador. No es que bailaran, pero se les adivinaba el ímpetu contenido, como se sabe del pájaro cuando va a volar. En algunos parques había verbenas organizadas por el Ayuntamiento, a intención de la reforma agraria, «la obra magna de la Revolución», como decían los avisos.

Sin duda, Santiago, como Cuba entera, despierta de la espantosa pesadilla que fue la tiranía de Batista. Es cierto lo que dice el chofer, lo que dice aquí todo el mundo: el pueblo se prepara febrilmente para los días enloquecidos de su fiesta más querida y esperada. Pero habrá que recordarle también que Trujillo vigila, que el yanqui no se conforma con que le arrebaten su presa, que Batista sueña con la restauración... Está bien que el pueblo se divierta, pero es indispensable que se arme. Porque al revés de lo que pensaba Larra, el suicida, no todo el año es carnaval.

Hoy, La Habana, julio 10, 1959.

2.22 LOS DÍAS DE MARTÍ

Nuestra pequeña historia republicana —un poco más de medio siglo es una gota en el tiempo— ha sido rica en agitaciones y revueltas. Yo era niño y recuerdo como en un sueño la llamada «guerrita de agosto», en 1906, hecha por los liberales contra el presidente Estrada Palma. Don Tomás, como le llamó siempre el pueblo, quiso seguir violentamente en el poder, al que había ascendido cuando se marcharon los yanquis, en 1902. Sus enemigos se opusieron. Estalló, pues, la guerra, como hubiera acontecido en cualquier otra república de América Latina. Frente al país en armas, Estrada Palma —gran mancha en su hoja ciudadana— pidió la intervención de los Estados Unidos, al amparo de la Enmienda Platt. Desembarcaron los *marines*, depusieron sus armas los rebeldes y hubo nuevas elecciones. Como resultado de ellas, fue electo un nuevo presidente: Gómez, general de la guerra de independencia, la guerra contra España, cuyo curso detuviera el presidente McKinley en 1898.

Pero bajo Gómez hubo también revuelta, hubo también guerra de la que casi nadie se acuerda: la guerra llamada «racista», en mayo de 1912, encabezada por dos líderes negros, Estenoz e Ivonet. Estos jefes pedían no

sólo mejoras para las gentes de su mismo color, sino para los pobres de cualquier piel. En unos días Gómez ahogó en sangre la insurrección. Lo sustituyó Menocal, otro caudillo, otro general de la independencia, gran amigo y servidor de los yanquis, en cuyas universidades se educó. Bajo su presidencia se enfrentaron liberales y conservadores... Fue una guerra un poco más larga y sangrienta que la de 1906. En ella murió mi padre. La presión norteamericana, ejercida por medio de aquel célebre embajador Mr. González, consolidó al gobierno espurio frente a los insurrectos. Excusa: la necesidad de un poder fuerte y estable en plena guerra europea. Era en 1917.

Con ser hombre pacífico, civil, el presidente Zayas (que sucedió a Menocal en 1921) no se vio libre de disturbios y conflictos. Los veteranos de la guerra de independencia, muy numerosos a la sazón, unidos a los estudiantes y a una zona limpia de la opinión pública, movieron largo escándalo contra la inmoralidad administrativa que caracterizó a aquel gobierno. ¿Muertes? Ninguna. Hubo un conato de insurrección, pero resultó incruento. Es con el sucesor de Zayas, el general Machado —otro jefe también de la lucha contra España—, con quien se inaugura en Cuba lo que pudiera llamarse «tiranía de gran estilo». Fue Machado el que primero empleó la tortura, la delación, la censura de prensa, el asesinato, en un vasto método de represión policíaca, cuando el pueblo se levantó frente a la prórroga de su mandato dado por cuatro años. Machado no sólo impuso su reelección, sino que quiso extenderla dos años más, modificando la Constitución cubana. Pero

se vio obligado a abandonar el poder, bajo la presión de una lucha popular sin precedentes hasta entonces. Como Batista ahora, partió en avión hacia el exilio, donde murió.

Ninguna de las guerras civiles anteriores (ni aun la dramática pugna con Machado) logra la dimensión histórica, la profundidad política que la guerra organizada y dirigida por Fidel Castro contra la tiranía de Batista. Más aun, resulta inadecuada toda comparación. Porque se trata ahora de una guerra nueva en lo que toca a la técnica militar, y nueva también en su proyección y lejanía. Lo que asombra en la victoria de Fidel Castro es la tenacidad con que este joven líder de treinta y dos años puede alcanzarla. Casi barrido con sus hombres por la aviación cuando él desembarca en una playa del oriente cubano, Castro se rehace, se pone en pie y organiza un ejército combativo, ágil, múltiple, violento, puro, que fue como un tábano —el tábano socrático— sobre el ejército «regular». Un tábano incansable, cuyo aguijón sorbió día a día la sangre de lo que parecía un poderoso gigante devastador. ¿Quiénes ingresan en esa falange revolucionaria? En primer lugar, los jóvenes campesinos de la Sierra Maestra, los «guajiros» olvidados durante años y años en el corazón de la montaña. Luego, los jóvenes de las ciudades; los jóvenes estudiantes y los jóvenes obreros, los jóvenes negros y los jóvenes blancos, en todos los cuales se ensañó la tiranía. Los que no alcanzaron la Sierra, los que no se lanzaron al campo, integraron una Retaguardia activa, cuyo heroísmo admite parangón con el de los que mantuvieron el ardor de la resistencia en muchas

ciudades europeas durante la barbarie nazi. La primera enseñanza que se desprende de esta tremenda lucha (en la que al fin junto a los jóvenes tomó parte Cuba entera) es que nuestro pueblo, a pesar del doble impacto de la tiranía y del imperialismo, demostró tener un tesoro de reservas inagotables. Durante mucho tiempo oí decir a viajeros superficiales que pasaban por La Habana: «Cuba está corrompida hasta la raíz; es imposible que aquel pueblo reaccione contra la dictadura, porque sufre de un cáncer que se lo está comiendo lentamente: el juego, la prostitución, la vida fácil, la falta de carácter y la ausencia de responsabilidad...». ¿Era esto cierto? Aunque a primera vista una gran ciudad como la capital de Cuba pudiera parecer entregada a la molicie y al afeminamiento, lacras de una sociedad que se disuelve, eso era epidérmico.

La pulpa profunda, la carne íntima, estaba sana.

Yo he visto de cerca muchas veces, aquí en La Habana y en el interior a soldados de Fidel Castro. Hace tiempo estuvieron en mi casa tres combatientes de la Sierra Maestra. Me trajeron unos ejemplares de mis libros, para que yo se los firmara. Hablé con ellos largamente. Ni el más leve destello de ambición personal brilló en sus palabras. Ni siquiera la vanidad del guerrero, a veces tan parecida a la del literato, podía vérselos en el gesto. Ninguno dijo: «Yo...». Dos venían de la provincia de Oriente, la tierra brava, de las zonas de Bayamo y Contramaestre; eran soldados. El otro había nacido en La Habana; pertenece al movimiento juvenil; llevaba galones de sargento. Con su hablar lento y dulzón, la tez quemada,

casi india, los orientales; la piel de blanco mate, el habanero. Los tres se expresaban con parquedad, en voz baja.

—¿Y ahora? —Les pregunté.

—Todavía estamos en el ejército —respondió uno de ellos—. Hoy nos hallamos francos de servicio hasta las seis de la tarde. Nuestro campamento está en Managua. Quisimos venirlo a ver de un saltico...

—Sí, muchas gracias. Pero ahora ¿qué piensan hacer ustedes? Yo digo ahora, no esta tarde, sino en lo sucesivo, en lo porvenir.

—¿Nosotros? —preguntó uno de los jóvenes «indios»—. Pues con permiso del sargento, le diré que aquí hay mucho que hacer todavía. Fidel no ha terminado al bajar de la Sierra. Ahora es cuando empieza...

Los otros dos asentían, con lentos movimientos de cabeza. El habanero, con su cara de niño grande —no rebasó aún los veinte años—, una boina en la cabellera negra y encrespada, añadió por su cuenta:

—La lucha que tenemos por delante, va a ser sin tiros... al menos por el momento.

Como el tercero ha quedado en silencio, yo le pregunto, lo provocho:

—¿Y a ti te agrada vivir en La Habana, te gustaría quedarte en la capital?

El muchacho vacila un instante, como si no quisiera herirme (a mí, que tampoco soy habanero), y me responde al fin:

—Si usted supiera que no... Cuando esto se acabe, me agradecería volver a Contramaestre, allá junto al Turquino, cerca de la montaña. La Habana lo pierde a uno...

Se quedó otra vez silencioso. Hundióse más la gorra que no se sacó durante toda la visita (como hace su jefe, Fidel), y concluyó con nueva firmeza:

—No, La Habana, no...

Sin embargo, los soldados de Castro andaban en grupos numerosos por las calles de la capital. Llevan los cabellos muy largos, tan largos que les caen sobre los hombros, el rostro encuadrado en espesas barbas negras, barbas de jóvenes. Parecen escapados del siglo xvii. Sólo que en vez de espadas, usan ametralladoras. Pero son respetuosos; piden siempre «por favor» cuando se dirigen al público. Yo diría que son tímidos. En las estaciones de policía, que eran en tiempos de Machado y Batista sombríos sitios de tortura, la gente es recibida con sonriente cortesía. A nadie se le grita, se le insulta, se le amenaza ni golpea.

Pero esto, que pudiera ser episódico y circunstancial, se halla insertado sólidamente en un cuadro amplísimo, en el que revientan los colores más violentos. El pueblo cubano está en el umbral de una genuina revolución y es un pueblo líder en América Latina. El ejército de Batista, vale decir, el ejército tradicional, educado e instruido por Norteamérica, fue aplastado en una guerra dura, implacable, barrido de los cuarteles y sustituido por una fuerza no sólo joven, sino nueva. Los antiguos oficiales, si no han vuelto como simples civiles a sus casas, están presos o fueron fusilados.

Pero ya se sabe que la lucha empieza ahora, como dice el miliciano que estuvo en mi casa. Hay mucha

resistencia de dentro y de fuera. El enemigo no se deja vencer fácilmente.

La Revolución sigue su marcha. Estamos viviendo los días que nos anunció Martí. Unos días —hay que decirlo— hechos de activa vigilancia, porque también andan activos y vigilantes los que miran nuestra victoria con los ojos fríos de la venganza y el rencor.

El Nacional, Caracas, octubre 20, 1959.

2.23 PRESENCIA DE RAFAEL Y MARÍA TERESA

Por avión —caídos del cielo, como pasa con los poetas, como siempre tiene que pasar con ellos— están desde el domingo en La Habana Rafael Alberti y María Teresa León. El poeta andaluz y la novelista castellana vienen a Cuba por la segunda vez: sólo que han pasado veinticinco años de la primera.

Veinticinco años y una guerra terrible, cuyas nudosas cicatrices se palpa todavía en su cuerpo el pueblo español. Veinticinco años y la angustia de una esperanza implacable, que pesa en el corazón como si se la llevara en hombros. ¡Oh, sí! ¿Cuándo? Un día. Pronto... Fíadnos unas horas más, que llegaremos. Así hablan los españoles diseminados por el mundo. Hablan como lo hacía Colón a la marinería de las carabelas, insurrecta y desconfiada. El Gran Almirante tenía razón. América estaba allí, hace quinientos años, como está España hoy, al alcance del sueño.

En 1935, Rafael y María Teresa recorrían nuestra gran patria continental sin presumir que los acontecimientos españoles, al desatarse el fascismo, iban a llevarlos a vivir cuatro lustros en ella. Fue entonces cuando nos conocimos, aquí en Cuba, donde García Lorca había estado en 1930; fue entonces cuando ellos conocieron

a nuestro pueblo. En La Habana, Alberti, que es del Puerto de Santa María, sintióse como en tierra propia; y La Habana tiene para él, desde aquella mansión suya en el Caribe, el encanto mediterráneo de Cádiz; una Cádiz inmensa, pero tan gaditana como la española.

Por lo demás, Cuba ya había sido tema apasionado en la poesía de este gran poeta. No sólo como evocación melancólica de la presencia criolla en el seno de la familia andaluza, sino después, en la lucha de nuestro pueblo contra el imperio del Norte, suplantador de la Colonia. Canciones oídas en la infancia, que llegaron en labios marineros desde las Antillas; ritmo de hamacas y palmeras, fru-fru de mestizas batas almidonadas; y el ritmo también que acunó la protesta y la rebeldía de los cubanos ante su independencia frustrada y su revolución vendida, en aquellos días revueltos y contradictorios que siguieron a la caída de Machado.

María Teresa se asomó a nuestro pueblo, le tocó la piel valiente y torturada, y ha escrito sobre él páginas de húmeda simpatía en una de sus más entrañables novelas, *Contra viento y marea*, cuya primera parte tiene por escenario la isla maravillosa. Por dondequiera que anduvo, por dondequiera que va, Cuba le llena la boca y le enciende los ojos. «¿Te imaginas? —Nos decía en Rancho Boyeros, recién puestos los pies en nuestra tierra—. ¡De nuevo en La Habana, y en qué momentos!».

Por supuesto que no habrá que pedirles a nuestros huéspedes que esta vez nos visiten con mayor demora que hace cinco lustros. Entonces, si nuestros recuerdos no nos

fallan, sólo se aventuraron hasta Matanzas. La Habana los absorbió e hicieron como los que se quedan en París cuando van a Francia. Ahora tendrán que volar hacia la otra punta de la Isla, hacia la cabeza del caimán... Ir hasta Oriente, meterse en el cálido corazón santiaguero, ver de cerca la Sierra Maestra, el gran escenario de la lucha cubana contra la tiranía y por nuestra independencia. Y no olvidar la Ciénaga de Zapata, ni las cooperativas agrícolas, ni los barrios para obreros, ni las poderosas asambleas populares; todo lo que aquí vive y se renueva al ritmo de la Revolución, ahora sí profunda y verdadera... ¿Y por qué no? ¡Rafael y María Teresa son tan nuestros, y nosotros somos tan de ellos!

Cuba recuerda siempre a España, la que nació de entre las ruinas de la monarquía, en 1931. Sangre cubana humedeció aquella tierra y dejó en ella dramático testimonio de que la lección de Martí fue bien aprovechada. En las vísperas de lanzarse a la guerra de 1895, dijo nuestro Apóstol: «Por la libertad del hombre se pelea hoy en Cuba, y hay muchos españoles que aman esa libertad.» A los españoles señalados por Martí pertenecen Rafael Alberti y María Teresa León. Ellos saben que por la libertad del hombre se peleó en España, y que por la libertad de España se pelea también en nuestra patria.

El Nacional, Caracas, marzo 28, 1960.

2.24 SOBRE CANDELARIO OBESO

Mi amigo Gilberto Vieira me envía desde Bogotá un libro precioso: el de los versos de Candelario Obeso, cuyos *Cantos populares de mi tierra* lo hicieron célebre en su país y en otros muchos de lengua española.

No es ésta la sola vez que Vieira me distingue con presentes parecidos. Le agradezco también una edición cincografiada del Tuerto López —Luis Carlos—, que no era tuerto, aunque sí un gran poeta, a quien conocí y traté hará quince años, a mi paso por el Bodegón de Cartagena.

Ambos eran colombianos, de tierra caliente quemada por el sol del trópico; ambos, poetas populares; ambos, en fin, escritores cultos, estudiosos, conocedores de su oficio.

Pero hablemos de Obeso en esta ocasión. Del Tuerto ya lo hice cuando su muerte, ocurrida en su histórica ciudad natal, donde vivió sus últimos años punto menos que olvidado.

Hasta hoy, que tengo su libro en mis manos, con algunas noticias biográficas y una recopilación de sus poemas, mi información sobre este poeta era hartamente imprecisa. No recuerdo en qué texto leí por primera vez su nombre; y de toda su obra, sólo conocía los primeros

versos de la preciosa «Canción del boga ausente», dedicada a Rufino José Cuervo y Miguel Antonio Caro (¡nada menos!), circunstancia que también ignoraba:

*Qué trite que etá la noche,
la noche qué trite etá;
no hay en er cielo una etrella,
remá, remá.*

Ahora sé que Candelario Obeso nació en Mompo, el 12 de enero de 1849. A los quince años abandonó la casa de sus padres y, a bordo de uno de los incómodos barcos que entonces surcaban el Magdalena, se fue a estudiar a Bogotá. Obtuvo una beca en el Colegio Militar, y al cerrarse éste al año siguiente de su ingreso, pasó a la Universidad, donde estudió ciencias políticas, idiomas y literatura.

Fue un estudiante muy pobre, pues sus padres carecían de recursos para ayudarlo. En el prefacio de esta colección (escrito seguramente al morir el poeta) dice su autor, Julio Añez, que en ocasiones Obeso no alcanzó a ingerir por alimento en todo el día más que una taza de chocolate. Carecía de libros y estudiaba en copias que él mismo sacaba de los de sus compañeros. Vestía muy mal... Sin embargo, nunca lo abandonó su carácter alegre y festivo.

Además de los *Cantos populares de mi tierra*, Obeso publicó otros versos: *Lectura para ti* y un largo poema, *La lucha de la vida*, que nada añaden ni quitan

a su fama. Ésta se asienta en sus primeras composiciones, aparecidas en 1877 y escritas en el lenguaje popular de los negros del Magdalena, de quienes sale la mayor parte de los trabajadores del gran río, a los cuales se conoce con el nombre de «bogas».

Obeso tradujo a Shakespeare (el *Otelo*) y publicó varios libros de enseñanza que fueron texto oficial en colegios y academias. También salieron de su pluma una comedia y una novela. Físicamente, era hombre —¿negro, mulato?—, de elevada estatura y constitución atlética. Peleó en una de las guerras civiles colombianas, y no murió en ella, sino más tarde, por imprudencia propia, a causa de un disparo de la pistola que trataba de arreglar. Tenía entonces el grado de teniente coronel.

Los *Cantos populares de mi tierra* son un libro breve. Lo componen diecisiete poemas, si nos atenemos a los que figuran en esta edición, hecha por el Ministerio de Educación Nacional de Colombia en 1950. En ellos no sólo se reproduce, como hemos dicho, la prosodia del habla popular junto al río, sino lo que es más íntimo: la gracia poética, la melancolía, la pureza espiritual de aquellas sencillas personas:

*Siendo probe alimales lo palomos,
a la gente a sé gente noj enseñan;
e su condúta la mejó cactilla,
hay en sus moros efertiva cencia.*

Así comienza la balada de «Los palomos», dedicada a Rafael Pombo y la cual abre el libro. En otros poemas, la tristeza es punzante; viene no de una pena de amor, sino de las duras condiciones en que vive el hombre del pueblo:

*Trite vira e la der probe,
cuando er rico goza en pá;
er probe en el monte sura,
o en la má.
Er rico poco se efuecza
y nunca le farta ná...*

Por cierto, que en una «advertencia del autor», Obeso se refiere a las peculiaridades del lenguaje popular a orillas del Magdalena y en la costa del Caribe. Según eso, allá cambian la «d» por «r», y la «r» por «c»:

*Reja que lamente
suecte tan fatá...*

Es lástima que el espacio se nos acabe. Algún día tal vez volvamos al tema y a Obeso. Pero no terminaremos sin recordar que la forma en que éste escribió sus «cantos» y cierto cubano sus «sones», ya había cristalizado en la literatura española con Góngora, y tentó más de una vez a poetas anteriores al autor de las *Soledades*, como Gil Vicente y Lope de Rueda. ¿No recuerda el lector los versos del gran cordobés?

*La alma sa como la denta,
crana mana.
Pongamo fustaza
e bailemo alegre,
que aunque samo negra,
sa hermosa tú.
Zambumbú, morenica del Congo,
Zambumbú...*

En México, Sor Juana Inés de la Cruz, años más tarde, escribió también algunos poemas con la deformada prosodia de los negros africanos. La tradición viene desde muy lejos, y los blasones no pueden ser más ilustres...

Hoy, La Habana, octubre 7, 1960.

2.25 PELOTA

A título de buen criollo (eso al menos creo yo) se gusta el béisbol, o dicho de modo más cubano, la pelota. Me gusta el dominó, aunque a veces me ahorco el doble nueve; me gusta el ron, sin que desdeñe por ello un vaso de «bon vino», a la manera de Berceo. ¿Qué más? Ya nadie lleva dril blanco ni zapatos de dos tonos, pero, aunque los hubiera no los usaría. Pues en el vestir amo los colores discretos: gris oscuro, azul oscuro también. A lo que añadiré que me gusta muchísimo el consabido par con arroz blanco y el bistec con papas fritas.

Sin embargo, por ahora no hablaré más que de pelota. Empezaré diciendo que en mi niñez camagüeyana fui almendarista y siempre mantuve esa militancia aun cuando supe, por boca de mi tío, ya en la capital del país, que el trapo azul era equivalente a aristocracia, y que la gente del pueblo simpatizaba en su mayor parte con el Habana.

Lo cierto es que tratárase de cualquiera de los dos «eternos rivales», y del Fe, que con los alacranes y los leones formaban el campeonato «nacional» (mucho más tarde vendría el Cienfuegos) todos eran clubs compuestos de jugadores *cubanos*, salvo cortísimas excepciones: Marsans, Almeida, Hungo, Violá, Romañach,

Palmero, Luke, Méndez, Joseíto Rodríguez, Cueto, Strike González, Acosta, Calvos. ¡Tantos y tantos! Yo los amaba, saltando por sobre las limitaciones partidarias, y en cada uno de ellos veía un motivo de orgullo nacional.

Con el tiempo la influencia yanqui, como en todo, se nos metió en la pelota. Ustedes dirán que al fin y al cabo eso era de esperarse porque se trataba de un pasatiempo nacido en tierras de Walter Johnson. Tal vez no digan nada, o tal vez estarán de acuerdo conmigo en que el béisbol, deporte nacional de origen norteamericano, se norteamericanizó demasiado...

De todas suertes el hecho es que a medida que cada «team» fue convirtiéndose en un negocio mondo y lirondo, la cubanidad se esfumó a pasos medidos y pasos contados, hasta que los clubs no tuvieron de cubanos más que el nombre. Sí, ahí estaba el Almendares, o el Habana, o el Cienfuegos, pero desde el pitcher hasta el último «fil» nadie había que hubiera nacido a orillas del tierno río habanero, o en algún sitio de esta isla más o menos cercano al Caribe. Leer la reseña de un juego de peloteros «cubanos», entre clubs que estaban discutiendo un campeonato «nacional» era como leerla de uno celebrado en cualquier «stadium» yanqui (Smith lanza, y Taylor pega de rolling a Patterson, que tira rápidamente a Wilson, el cual realiza el último «out» de la tarde. Harding, Gilpatrick y McMillan quedaron en las almohadas sin poder anotar...).

¿Era así o no lector? Usted sabe muy bien que era así.

En esto pensábamos ayer leyendo la reseña del juego en que quedó inaugurado el campeonato nacional de béisbol. Al modo que acontece con las demás actividades de la vida cubana, también en la pelota hemos vuelto a ser nosotros mismos. Ahora los peloteros se llaman Bécquer, Abreu, Verdura, Rodríguez, Ramírez, Font, Pacheco, Echevarría, Valdés, ¡Pérez! Son criollos de pies a cabeza, gentes de nuestro idioma y nuestra sangre, que no han menester llevar nombres raros, terminados en doblevé o en equis para jugar tan buena pelota como si hubieran nacido en Polo Grounds... ¿Acaso Méndez necesitó llamarse Joe para blanquear a los elefantes de Connie Mack?

En fin, señoras y señores, que esto es hermoso. Hermoso y emocionante. Tan emocionante y hermoso como cuando tomamos a nuestro cuidado los centrales azucareros o nos hicimos cargo del ferrocarril central...

Semanario Habanero, La Habana, octubre 30, 1960.

3. Poesía

3.1 SON VENEZOLANO

Con mi tres o con su cuatro,
cante, Juan Bimba,
yo lo acompaño.

—Canto en Cuba y Venezuela,
y una canción se me sale:
¡qué petróleo tan amargo,
caramba,
ay, qué amargo este petróleo,
caramba,
que a azúcar cubano sabe!

¡Cante, Juan Bimba,
yo lo acompaño!

La misma mano extranjera
que está sobre mi bandera,
la estoy mirando en La Habana:
¡pobre bandera cubana,
cubana o venezolana,
con esa mano extranjera,
inglesa o americana,
matándonos desde fuera!

¡Cante, Juan Bimba,
yo lo acompaño!

—Zamora, véngase acá,
tráigase sus huesos juntos,
y dejando a los difuntos
camine y despierte ya.
Aquí este bojote está
muy parecido al sesenta:
el que puede, se calienta,
el que no, se pone a enfriar,
y a la hora de contar
todos enredan la cuenta.
¡Cante, Juan Bimba,
yo lo acompaño!

—Ando a pie, bebo parado,
me buscan cuando hago falta,
y mi cobija es tan alta
que duermo sobre ella echado.
Éste es mi canto cerrado,
que en vez de cantar recito;
ahora lo digo pasito,
porque es cosa suya y mía,
pero así que llegue el día,
en vez de cantar, ¡lo grito!

¡Grite, Juan Bimba,
yo lo acompaño!

3.2 BARLOVENTO

(Venezuela)

1

Cuelga colgada,
cuelga en el viento,
la gorda luna
de Barlovento.

Mar: Higuerote.
(La selva untada
de chapapote.)

Río: Río Chico.
(Sobre una palma,
verde abanico,
duerme un zamuro
de negro pico.)

Blanca y cansada,
la gorda luna
cuelga colgada.

2

El mismo canto
y el mismo cuento,
bajo la luna
de Barlovento.

Negro con hambre,
piernas de sogá,
brazos de alambre.

Negro en camisa,
tuberculosis
color ceniza.

Negro en su casa,
cama en el suelo,
fogón sin brasa.

¡Qué cosa cosa
más triste triste,
más lastimosa!

(Blanca y cansada,
la gorda luna
cuelga colgada.)

3

Suena, guitarra
de Barlovento,
que lo que digas
lo lleva el viento.

—Dorón dorando,
un negro canta,
y está llorando.

—Dorón dorendo,
amigos, sepan
que no me vendo.

—Dorón dorindo,
si me levanto,
ya no me rindo.

—Dorón dorondo,
de un negro hambriento
yo no respondo.

(Blanca y cansada,
la gorda luna
cuelga colgada.)

3.3 GLOSA

*No sé si me olvidarás,
ni si es amor este miedo:
yo sólo sé que te vas,
yo sólo sé que me quedo.*

ANDRÉS ELOY BLANCO

1

Como la espuma sutil
en que el mar muere deshecho,
cuando roto el verde pecho
se desangra en el cantil,
no servido, sí servil,
sirvo a tu orgullo no más,
y aunque la muerte me das,
ya me ganes o me pierdas,
sin saber si me recuerdas
no sé si me olvidarás.

2

Flor que sólo una mañana
duraste en mi huerto amado,
del sol herido y quemado
tu cuello de porcelana:
quiso en vano mi ansia vana
taparte el sol con un dedo;

hoy así a la angustia cedo
y al miedo, la frente mustia...
No sé si es odio esta angustia,
ni si es amor este miedo.

3

¡Qué largo camino anduve
para llegar hasta ti,
y qué remota te vi
cuando junto a mí te tuve!
Estrella, celaje, nube,
ave de pluma fugaz,
ahora que estoy donde estás,
te deshaces, sombra helada:
ya no quiero saber nada;
yo sólo sé que te vas.

4

¡Adiós! En la noche inmensa,
y en alas del viento blando,
veré tu barca bogando,
la vela impoluta y tensa.
Herida el alma y suspensa,
te seguiré, si es que puedo;
y aunque iluso me concedo
la esperanza de alcanzarte,
ante esa vela que parte,
yo sólo sé que me quedo.

3.4 TRES SONETOS EN QUE SE HABLA DEL ÁVILA

I

Despedida a Caracas

Hoy al partir mi oscura mano suelta
triste paloma de asustado vuelo;
sus alas baten en torno a tu desvelo
blanca en el aire en que te ves envuelta.

Hacia ti la mirada siempre vuelta,
centinela de tierra, mar y cielo,
el Ávila me dio su verde hielo,
su túnica toqué de roca esbelta.

Vine, Caracas, de mi amargo suelo,
para traerte una canción, revuelta
con el azul que Cuba da en su cielo;

al aire puro en que te ves envuelta
triste paloma de asustado vuelo
hoy al partir mi oscura mano suelta.

II

Los barrios pobres del Ávila

El Ávila de noche resplandece,
como un bazar de ingenua estrellería;
tierra cuya inmediata astronomía
la de un cielo más próximo parece.

Dios se asoma al abismo: lo enternece
tanta invención, esa juguetería;
detuviera la máquina del día,
pero el sol no hace caso, y amanece...

Entonces brota de aquel cielo, brota
de aquel mínimo cielo el alma rota,
donde su lumbre da, postrera y mustia,

estrellas de existencias estrelladas,
cometas de hambre, lunas desahuciadas
y un fijo sol de rencorosa angustia.

III

Invitación a un joven

Tú que buscas telúrico y sin guía,
muchacho de reciente arquitectura,
la piedra en que nacer a tu escultura
y el general sentido de tu vía;

tú que no has mancillado todavía
la gorda tela de tu veste pura,
y andas por la montaña y la llanura
con tu activo bastón golpeando el día;

tú que al ritmo del pico y de la azada
ver surgir de la tierra, como el griego,
esperas otra Venus asombrada,

¡oh, joven! prende el lampadario ciego,
y a la sombra del Ávila dorada
corre a sembrar tu corazón de fuego.

3.5 ROSA TÚ, MELANCÓLICA

El alma vuela y vuela
buscándote a lo lejos,
Rosa tú, melancólica
rosa de mi recuerdo.
Cuando la madrugada
va el campo humedeciendo,
y el día es como un niño
que despierta en el cielo,
Rosa tú, melancólica,
ojos de sombra llenos,
desde mi estrecha sábana
toco tu firme cuerpo.
Cuando ya el alto sol
ardió con su alto fuego,
cuando la tarde cae
del ocaso deshecho,
yo en mi lejana mesa
tu oscuro pan contemplo.
Y en la noche cargada
de ardoroso silencio,
Rosa tú, melancólica
rosa de mi recuerdo,
dorada, viva y húmeda,
bajando vas del techo,

tomas mi mano fría
y te me quedas viendo.
Cierro entonces los ojos,
pero siempre te veo,
clavada allí, clavando
tu mirada en mi pecho,
larga mirada fija,
como un puñal de sueño.

3.6 SONETO FÁCIL

*Dirigido a Miguel Otero Silva, y en el cual mucho
se habla de Antonio Arráiz.*

Antonio Arráiz estuvo aquí en La Habana,
y aunque partió tan pronto como vino,
bailó en cubano, alimentóse en chino,
y aún al aire tiró más de una cana.

¿Y tú, Miguel? La Habana está en La Habana:
ven hacia ella como Antonio vino,
que si no comes, como Antonio, en chino,
tirarás, como Antonio, alguna cana.

El ron vuela hacia ti que en esta Habana
catan cubano y español y chino:
él hace que La Habana sea La Habana.

Bien puede Bacardí volverte chino,
mas como a Antonio le pasó en La Habana,
nadie te entenderá, ni aun siendo chino.

Nota importante:
De un avión a bordo,
van estas dos botellas con El Gordo.

3.7 ELEGÍA A JACQUES ROUMAIN

Grave la voz tenía.
Era triste y severo.
De luna fue y de acero.
Resonaba y ardía.

Envuelto en luz venía.
A mitad del sendero
sentóse y dijo: —¡Muero!
(Aún era sueño el día.)

Pasar su frente bruna,
volar su sombra suave,
dime, haitiano, si viste.

De acero fue y de luna.
Tenía la voz grave.
Era severo y triste.

¡Ay, bien sé, bien se sabe que estás muerto!
Rostro fundamental, seno profundo,
oh tú, dios abatido,
muerto ya como muere todo el mundo.
Muerto de piel ausente y de pulido
frontal, tu filosófico y despierto

cráneo de sueño erguido;
muerto sin ropa ni mortaja, muerto
flotando en aguas de implacable olvido,
muerto ya, muerto ya, muerto ya, muerto.

Sin embargo, recuerdo.
Recuerdo, sin embargo.
Por ejemplo, recuerdo su levita
de prócer cotidiano:
la de París
en humo gris,
en persistente gris
la de París
y la levita en humo azul del traje haitiano.
Recuerdo sus zapatos,
franceses todavía
y el pantalón a rayas que tenía
en una foto, en México, de cónsul.
Recuerdo
su cigarrillo demoníaco
de fuego perspicaz;
recuerdo su escritura de letras desligadas,
independientes, tímidas, duras, de pie, a la izquierda;
recuerdo
su pluma fuente corta, negra, gruesa, «Pelikano»,
de gutapercha y oro;
recuerdo
su cinturón de hebilla con dos letras.
(¿O una sola? No sé, me falla,

se me va en esto un poco la memoria;
tal vez era una sola, una gran R,
pero no estoy seguro...)

Recuerdo

sus corbatas, sus medias, sus pañuelos,
recuerdo
su llavero, sus libros, su cartera.

(Una cartera de Ministro,
ambiciosa, de cuero.)

Recuerdo

sus poemas inéditos,
sus papeles polémicos
y sus apuntes sobre negros.
Quizás haya también todo ya muerto,
o cuando más sean cosas de museo
familiar. Yo las conservo,
por aquí están, las guardo.
Quiero decir que las recuerdo.

¿Y lo demás, lo otro,
lo que hablábamos, Jacques?
¡Ay, lo demás no cambia, eso no cambia!
Allí está, permanece
como una gran página de piedra
que todos leen, leen, leen;
como una gran página sabida y resabida,
que todos dicen de memoria,
que nadie dobla,
que nadie vuelve, arranca

de ese tremendo libro abierto haitiano,
 de ese tremendo libro abierto
 por esa misma página sangrienta haitiana,
 por esa misma, sola, única abierta página
 terrible haitiana hace trescientos años!
 Sangre en las espaldas del negro inicial.
 Sangre en el pulmón de Louverture.
 Sangre en las manos de Leclerc
 Temblorosas de fiebre.
 Sangre en el látigo de Rochambeau
 con sus perros sedientos.
 Sangre en el Pont-Rouge.
 Sangre en la Citadelle.
 Sangre en la bota de los yanquis.
 Sangre en el cuchillo de Trujillo.
 Sangre en el mar, en el cielo, en la montaña.
 Sangre en los ríos, en los árboles.
 Sangre en el aire.
 (Olvidaba decir que justamente, Jacques,
 el personaje de este poema,
 murmuraba a veces: —Haití
 es una esponja empapada en sangre.)

¿Quién va a exprimir la esponja, la insaciable
 esponja? Tal vez él,
 con su rabia de siglos. Tal vez él,
 con sus dedos de sueño. Tal vez el,
 con su celeste fuerza...
 Él Monsieur Jacques Roumain,

que hablaba en nombre
del negro Emperador, del negro Rey,
del negro Presidente
y de todos los negros que nunca fueron más que

Jean
Pierre
Victor
Candide
Jules
Charles
Stephen
Raymond
André.

Negros descalzos frente al Champ de Mars,
o en el tibio mulato camino de Petionville,
o más arriba,
en el ya frío blanco camino de Kenskoff:
negros no fundados aún,
sombras, zombies,
lentos fantasmas de la caña y el café,
carne febril, desgarradora,
primaria, pantanosa, vegetal.
Él va a exprimir la esponja,
él va a exprimirla.

Verá entonces el sol duro antillano,
cual si estallara telúrica vena,
enrojecer el pávido océano.

Y flotar sin dogal y sin cadena
cuellos puros en suelta muchedumbre,
almas no, pero sí cuerpos en pena.

Móvil incendio de afilada lumbre,
lamerá con su lengua prometida
del fijo llano a la nublada cumbre.

¡Oh aurora de los tiempos, encendida!
¡Oh mar, oh mar de sangre desbordado!
El pasado no ha pasado.
La nueva vida espera nueva vida.

Y bien, en eso estamos, Jacques, lejano amigo.
No porque te hayas ido,
no porque te llevaran, mejor dicho,
no porque te cerraran el camino,
se ha detenido nadie, nadie se ha detenido.
A veces hace frío, es cierto. Otras, un estampido
nos ensordece. Hay horas de aire líquido,
lacrimosas, de estertor y gemido.
En ocasiones logra, obtiene un río
desbaratar un puente con su brutal martillo...
Mas a cada suspiro nace un niño.
Cada día la noche pare un sol amarillo

y optimista, que fecunda el baldío.
 Muele su dura cosecha el molino.
 Alzase, crece la espiga del trigo.
 Cúbrense de rojas banderas los himnos.
 ¡Mirad! ¡Llegan envueltos en polvo y harapos los
 primeros vencidos!

El día inicial inicia su gran luz de verano.
 Venga mi muerto grave, suave, haitiano,
 y alce otra vez hecha puño tempestuoso la mano.
 Cantemos nuestra fraterna canción, hermano.

Florece plantada la vieja lanza.
Quema en las manos la esperanza.
La aurora es lenta, pero avanza.

Cantemos frente a los frescos siglos recién despiertos,
 bajo la estrella madura suspendida en la nocturna
 fragancia
 y a lo largo de todos los caminos abiertos en la
 distancia.

Cantemos, pues, querido,
 pisando el látigo caído
 del puño del amo vencido,
 una canción que nadie haya cantado:
 (*Florece plantada la vieja lanza*)
 una húmeda canción tendida

(Quema en las manos la esperanza)
de tu garganta en sombras, más allá de la vida,
(La aurora es lenta, pero avanza)
a mi clarín terrestre de cobre ensangrentado!

3.8 NOCTURNO (ELEGÍA, CASI NOCTURNA)

Llegó envuelta en la lluvia,
de noche. Tocó el hondo
portón y brilló un grito.
Bajé, bajo la lluvia,
bajo el cielo inmediato,
lento de aquella noche.
—¡Vine! —me dijo—. ¡Vine!,
porque tan lejos, sola,
allá sola, tan lejos,
en aquel mundo mínimo,
negro, callado y húmedo
me moría otra vez.
—¡Vine! —me dijo—. ¡Vine!

Miré su ropa. Estaba
vestida de relámpagos.
Fluía de su pecho
luz de San Telmo, fría,
fósforo de las tumbas,
sustancia de arco iris.
Los ojos calmiverdes,
como duras espadas,
el cuerpo inmóvil, fijo,
la piel de mármol mármol

y en los labios la misma
voz, la tremenda voz:
—¡Vine! —me dijo—. ¡Vine!

¿Quién eres? —grité entonces,
turbado. Ella, sonriente,
me respondió: Tu culpa,
tu lámpara de insomnio,
la implacable y tenaz.
Tengo frío. No quiero
morir de nuevo. Dame
tu sol. Dame tus dientes.
Dame tu corazón.
Sobre él pondré mis manos,
sobre su brasa roja
mis manos aleteando...
—¡Vine! —me dijo—. ¡Vine!

El limonero cándido
—sollocé— ya no existe.
En la brisa sonámbula
pasan sus duras hojas,
sus azahares rígidos
de nupcias incompletas.
¡Oh virgen, virgen, virgen!
El viento es de metal.
Vuelan blandos murciélagos
sobre la noche en ruinas:
vete tal vez o quédate

para llorar unidos
la impalpable catástrofe.

Aún dije más: quería
decirlo todo, todo:
el pájaro sin torre,
el río vuelto arena,
el reloj detenido,
de horas petrificadas,
la mariposa enferma
sobre la flor de limo
y el saludo implacable
y el pez muerto, flotando
corrompido y la estrella
vacía y la campana
de funeral crespón...

¡Oh tú, la dulce y cándida,
vuelve a tu pedestal!
Déjame el llanto, déjame
a solas con mi voz.
Yo sé hablarme, mi lengua
sabe lo que hay en mí.
Con ella día a día
mi vida golpearé,
me clavaré en el pecho
su punta de cristal,
y moriré nombrándote,
de lluvia y sueño el fiel
suspiro que eres tú.

3.9 ARTE POÉTICA

Conozco la azul laguna
y el cielo doblado en ella.
Y el resplandor de la estrella.
Y la luna.

En mi chaqueta de abril
prendí una azucena viva,
y besé la sensitiva
con labios de toronjil.

Un pájaro principal
me enseñó el múltiple trino.
Mi vaso apuré de vino.
Sólo me queda el cristal.

¿Y el plomo que zumba y mata?
¿Y el largo encierro?
¡Duro mar y olas de hierro,
no luna y plata!

El cañaveral sombrío
tiene voraz dentadura,
y sabe el astro en su altura
de hambre y frío.

Se alza el foete mayoral.
Espaldas hiere y desgarrá.
Ve y con tu guitarra
dilo al rosal.

Dile también del fulgor
con que un nuevo sol parece:
en el aire que la mece
que aplauda y grite la flor.

3.10 PANIMÁVIDA

3

PANIMÁVIDA

En Chile hallé palabras
de lluvia y nieve intacta,
mas ninguna tan clara...

—Panimávida.

Va por las rocas; salta.
De espumas se empenacha.
Luego duerme y se estanca.

—Panimávida.

O bien su antigua llama
muestra como una lágrima
en la noche araucana.

—Panimávida.

En Chile hallé palabras
de lluvia y nieve intacta,
mas ninguna tan clara...

—Panimávida.

3.11 UN POEMA DE AMOR

No sé. Lo ignoro.
Desconozco todo el tiempo que anduve
sin encontrarla nuevamente.
¿Tal vez un siglo? Acaso.
Acaso un poco menos: noventa y nueve años.
¿O un mes? Pudiera ser. En cualquier forma
un tiempo enorme, enorme, enorme.
Al fin, como una rosa súbita,
repentina campánula temblando,
la noticia.
Saber de pronto
que iba a verla otra vez, que la tendría
cerca, tangible, real, como en los sueños.
¡Qué explosión contenida!
¡Qué trueno sordo
rodándome en las venas,
estallando allá arriba
bajo mi sangre, en una
nocturna tempestad!
¿Y el hallazgo, en seguida? ¿Y la manera
de saludarnos, de manera
que nadie comprendiera
que ésa es nuestra propia manera?
Un roce apenas, un contacto eléctrico,

un apretón conspirativo, una mirada,
un palpar del corazón
gritando, aullando con silenciosa voz.

Después

(ya lo sabéis desde los quince años)
ese aletear de las palabras presas,
palabras de ojos bajos,
penitenciales,
entre testigos enemigos.

Todavía

un amor de «lo amo»,
de «usted», de «bien quisiera,
pero es imposible»... De «no podemos,
no, piénselo usted mejor»...

Es un amor así,

es un amor de abismo en primavera,
cortés, cordial, feliz, fatal.

La despedida, luego,
genérica,

en el turbión de los amigos.

Verla partir y amarla como nunca;

seguirla con los ojos,

y ya sin ojos seguir viéndola lejos,

allá lejos, y aun seguirla

más lejos todavía,

hecha de noche,

de morderdura, beso, insomnio,

veneno, éxtasis, convulsión,

suspiro, sangre, muerte...

Hecha
de esa sustancia conocida
con que amasamos una estrella.

3.12 SANTA ROSA GUILLÉN

Hay Santa Rosa romana
y Santa Rosa de Lima
pero el santoral no estima
a Santa Rosa cubana.

No es virgen pero es cristiana
y es mártir cual la que más
pero nadie supo jamás
de tormentos tan extraños
como pasar tantos años
soportando a Nicolás.

3.13 SONETO CONTRA MARTÍNEZ

Guillén

Otero

Villarronda

G Este Martínez Ángel, bodeguero
 O el Paderowsky del lechón asado,
 V tiene un pecado, un especial pecado:
 G pasar de pordiosero, pordiosero.

O Dice el vulgo que poco cobra. Pero
 V ya jubilado, no se ha jubilado;
 G se ha hecho rico con todo lo cobrado
 O y ha empobrecido al vecindario entero.

V Su corazón respira en el bolsillo
 G y aunque parece un hombre muy sencillo
 O lo consume una sórdida malicia.

V Duro viento que sopla de repente,
 G abre la caja más después sonriente
 O es símbolo inmortal de la avaricia

G. Villarronda Miguel Otero Silva Guillén

3.14 A ÁNGEL MARTÍNEZ

Ángel Martínez, ángel redivivo
querubín candoroso de Las Villas,
tú, flor de reiteradas maravillas
Santo mártir por quien penando vivo.

Cordero para ti se vuelve el chivo
y te amamantan todas las cabrillas
sol inmortal que en nuestro cielo brillas
porque eres dulce, tierno y sensitivo.

Resaca de las públicas virtudes
tenemos para ti porque no sudes
con el sudor del Gólgota en desvelo
una Armenia de agua en la morada
una almohada de sueño, y una almohada
digna de ti que te transporte al cielo

4. Epistolario I Con los amigos

4.1 MI QUERIDO AUGIER... (DE GUILLÉN. CARACAS, DICIEMBRE 24, 45)

Caracas, dic. 24, 45.

Mi querido Augier:

No dudo que estés asombrado ante mi silencio. Si fuera yo estaría ya en trance de mandarte los padrinos, y boconeando muchísimo. La verdad, sin embargo, es que desde que llegué, no he tenido descanso sino en estos últimos días, de tal modo me agarró la cordialidad venezolana. Eso explica cómo sólo he podido enviar un artículo a *Hoy*,¹ a pesar de que tengo notas y apuntes para muchísimos. Ahora me voy a encerrar una semana, ya en trance de salir del país, para cumplir ese compromiso.

Ayer estuve en el Ministerio de Educación, y di tu nombre y dirección para que te envíen las ediciones que está haciendo ese departamento, tanto en el orden literario como en el histórico, científico, etc. Te irá, pues, una magnífica edición del *Viaje a las Regiones Equinociales del Nuevo Continente*, de Humboldt, estupendamente impresa en cinco tomos, y una muy buena *Geografía Venezolana*. También una Antología de Cuentos, etc.

La vida en Caracas es muy interesante. Priva un ambiente familiar que nada tiene que ver con la acritud,

1 Se refiere al artículo «Junto al Ávila», publicado en *Hoy*, La Habana, marzo 20, 1946, p. 1, 4.

con la intransigencia que es, nota fundamental entre nosotros, allá en Cuba. Por ejemplo: a pesar de la división que existe en los comunistas, se hablan, coinciden en actos y fiestas, y hasta se dan explicaciones personales, para desvirtuar cualquier mal entendido, como vi hace pocos días yo. Sucede que en un mismo automóvil, de regreso de «ternera asada» que me habían dado en las afueras de la capital, viajábamos tres militantes de grupos opuestos dentro del partido, un tercero apolítico y yo. De repente, el «ortodoxo» o fuenmayorista, hablando en términos generales, se refirió al hecho de que él no tendría confianza en otros intelectuales que en los surgidos de la masa proletaria. Esto fue a herir directamente a un delaplacista, que allí venía, quien puso el grito en el cielo. Al bajarnos todos, otro «fuenmayorista» se acercó al delaplacista, le dijo compañero, y le pidió que disimulara la intemperancia del otro, todavía con un poco de sarampión, etc., etc.

Hay por cierto en todo este rollo divisionista un elemento de sabor personal muy definido. En el fondo, todos están de acuerdo. Pero cuando salen a relucir pasados, incidentes, dimes y diretes, actividades accesorias, en fin, todo entendimiento se traba. La negra honrilla de cada cual sale a flote, ¡y vuelta a empezar!, como en el cuento del judío.

He hablado muchísimo, no sólo en la Universidad (donde las conferencias fueron un éxito, al menos de público) sino en otros centros. En el Liceo para obreros «Juan V. González», en la Ass. de Escritores, en la Ass.

Femenina, en el Club de Maestros, en el Liceo Andrés Bello, en beneficios dados en pequeños locales, cines, etc. También he ido al interior de la República: estuve en Valencia, una ciudad parecidísima a Camagüey, en Maracay (antiguo feudo de Gómez²) y que es una ciudad muy bonita, con magnífico parque zoológico, como no lo tiene La Habana; en Cumaná, patria del Mariscal Sucre.³ A este último sitio fui invitado por los muchachos de la FEV⁴ (muy simpáticos y activos) y dimos dos actos, en un local amplísimo que se llama «Salón de Lectura». Me regalaron, al partir, casabe, una fruta deliciosa que se llama jobo (muy parecida al mango) dos pares de alpargatas venezolanas, que son fresquísimas, un *pasapalo* (como aquí le dicen al saladito nuestro), llamado «Uñaldiablo», amén de unos cuantos bloques de gofio, que, a pesar de su nombre, nada tiene que ver con el gofio de Cuba, pues se trata de una pasta hecha con casabe, miel, y otros ingredientes.

Como siempre, me preocupa Rosa. No sé en qué pararía la cuestión de su pasaporte, ni si el Cónsul cubano en Veracruz (cuyo apellido he olvidado; sólo sé que se llama Manuel, a pesar de que le escribí cuando llegué) resolvió el envío al Ministerio de la famosa partida de inscripción. Rosa está bravísima (y dice también que muy dolida, pues

2 Juan Vicente Gómez (San Antonio de Táchira, 1857-Maracay, 1935). Militar y político venezolano. Máximo dirigente del país desde 1908 hasta 1935.

3 Antonio José de Sucre (1795-1830). Político de origen venezolano, figura destacada de la independencia sudamericana. Gran mariscal de Ayacucho, primer presidente de Bolivia (1826-1828).

4 Federación de Estudiantes Venezolanos.

entiende ¡que la he engañado!) lo cual me trae la mar de preocupaciones. Tú bien sabes que yo estaba dispuesto a traerla, y así habría sido, de mediar menos inconvenientes y estar yo menos urgido de partir. Por otra parte, Felito⁵ me hizo el «favor» de decirle que yo había comentado todo esto en casa de Bola de Nieve,⁶ una tarde, y dicho que no traía a Rosa porque era un estorbo para mí. ¡Figúrate!

En cuanto a la situación política aquí es muy interesante, y me parece que hay que ayudar al Gobierno, a la Junta.⁷ Por cierto que como nunca he alabado el talento político de Chibás,⁸ al recordar que él declaró en Cuba que esto era la subida de los auténticos al poder. Es verdad.

No sabes cómo he lamentado, viendo aquí las cosas de cerca, que la *Gaceta* haya desaparecido.⁹ Todo el mundo me ha hablado de ella, y a fe que habríamos podido hacer unos cuantos números dedicados en gran parte

5 Felito Ayón, amigo de Guillén, dueño de una pequeña imprenta en la calle Empedrado, en La Habana Vieja, donde se editó la *Elegía a Jacques Roumain en el cielo de Haití* (1948).

6 Ignacio Villa (1911-1971), conocido como «Bola de Nieve». Compositor e intérprete cubano de singular estilo, que alcanzó fama y reconocimiento internacional. Fue un gran amigo de Guillén.

7 Se refiere a la Junta Revolucionaria que gobernó al país entre 1945 y 1947, que dio paso al gobierno de Rómulo Gallegos.

8 Eduardo Chibás (Santiago de Cuba, 1907-La Habana, 1951). Miembro del Directorio Revolucionario Estudiantil que combatió a Machado. Diputado y senador. En 1946 fundó el Partido del Pueblo Cubano (ortodoxo), su programa político conquistó grandes mayorías. Se suicidó frente a los micrófonos de un programa radial, por no poder presentar pruebas acusatorias contra el ministro de educación Aureliano Sánchez Arango, del gobierno de Carlos Prío.

9 Se refiere a la *Gaceta del Caribe*.

a los países que encontraré en mi recorrido. Por lo pronto el material aquí es muy rico. Reina una gran actividad literaria; las colaboraciones se pagan religiosamente; y los artistas se reúnen cada noche en el patio de un simpático café llamado «Bruno», donde se hacen tertulias muy movidas e interesantes.

El venezolano toma mucho, tanto como jugamos nosotros (entre paréntesis, el viernes último me saqué 150 bolívares, alrededor de 45 pesos, con unos billetes). La gente de posibles (o más propiamente dicho, la burguesía y la pequeña burguesía) toma whisky, cuyo consumo es enorme. El pueblo toma ron y caña blanca. El ron es inferior al nuestro. El mejor, llamado «Siglo xx» o también Carúpano, tiene un marcado sabor a azúcar prieta.

He empezado a hacer un son a Caracas,¹⁰ que quizá me salga, si trabajo. Lo malo es que ya estoy con el pie en el estribo. Seguramente saldré a principios de año, hacia Colombia, por lo que no sé si tendrás tiempo de contestarme a Caracas. Ecuador, que era un país dudoso en mi itinerario, ya está resuelto. Benjamín Carrión¹¹ me escribió diciéndome que me invitaba a nombre de la Casa de la Cultura, de la cual es Presidente. Me dicen que es de un interés apasionante, y que además la vida es muy barata.

10 Se refiere al «Son venezolano», publicado en 1947 en *El son entero; suma poética 1929-1946*, ed. cit.

11 Benjamín Carrión (Loja, 1898- Quito, 1977). Crítico y ensayista ecuatoriano. Fundador de la Casa de la Cultura Ecuatoriana (1944), ejerció importante influencia en la orientación cultural del país. Autor de *Mapa de América* (1930), *El nuevo relato ecuatoriano* (1951), entre otros.

Muy bueno, porque aquí en Caracas es carísima. Los dólares se te convierten en verdosos papeluchos, que no valen más de sesenta centavos...

Bueno, Augier, coño, ya te dejo. Como ves, soy tardío pero seguro. Te mando un «periódico». Mis saludos afectuosos para Corina,¹² su mamá y tía; mis recuerdos al señor Calderín;¹³ cariños para tus hijas, y para ti un estrecho abrazo con el fraternal afecto de tu invariable,

NICOLÁS.

12 Corina Calderín, primera esposa de Ángel Augier.

13 Eladio Calderín, suegro de Ángel Augier.

4.2 MI QUERIDO NICOLÁS... (DE OTERO SILVA. CARACAS, 23 DE ABRIL DEL 48)

*Caracas, 27 de abril de 1948.*¹

Mi querido Nicolás:

Era imposible localizarte en el hemisferio. Por eso no respondía tus postales o breves misivas que me llegaban del Santiago frutal, del Buenos Aires europeizante, del Montevideo ateniense o del Río de Janeiro machichero. Te suponía perdido para siempre en las selvas ecuatoriales o sepultado, como tu niño del ñeque, en las aguas sagradas del Amazona.² Y he aquí de repente, cuando ya la cubanidad se consideraba mutilada de uno de sus hijos más preclaros, apareces de nuevo en La Habana, más chévere que nunca y apuntando tu humilde «pavo real» en el zaquizamí cómplice de los bodegueros tahúres. No dudo que esta gira por la América meridional, así como tus anteriores migraciones por el viejo continente y por el norte helado, te habrán servido para convencerte definitivamente de que Cuba es el mejor lugar del globo terráqueo.

Mientras tanto, yo he cambiado mi inmarchitable soltería, por los severos deberes y responsabilidades del

1 Papel timbrado del periódico *El Nacional*, cuyo co-propietario y redactor jefe fue Miguel Otero Silva.

2 Personajes del poema de Guillén «Balada del Güije», publicado en *West Indies Ltd.*, Poemas, La Habana, 1934, p.16.

pater familiae. María Teresa³ se ha civilizado notablemente con el matrimonio. En cambio, tengo un hijo, júpiter tonante de nueve meses, que acusa una marcada predisposición a romper la vajilla y a destruir los aparatos de radio —fruto lógico de la era atómica y trumanista en que le tocó nacer. Tenía pensado incluir en esta carta un retrato que le tomó recientemente el Gordo Pérez.⁴ Pero, la verdad sea dicha, nuestro simpatiquísimo cachalote de la cámara continúa tan incumplido y tan candongo como lo dejaste.

En tanto que tú surcabas la ruta Magallanes, yo visité La Habana en tres o cuatro ocasiones. Pienso volver pronto, naturalmente. Me parece lo más acertado, por ejemplo, que *El Nacional* destaque a su jefe de redacción a reseñar desde Cuba el proceso electoral que se avecina, de tanta trascendencia para el futuro de nuestra hermana república.⁵ La aprobación de la empresa se da por descontada. Así es que, en cuanto obtenga la aprobación conyugal, te participaré oficialmente la fecha de mi arribo a la tierra esplendorosa de Emilito Roig⁶ y Rita Montaner.

3 María Teresa Castillo, esposa de Miguel Otero Silva.

4 Destacado fotógrafo de *El Nacional*.

5 La elección como presidente de Carlos Prío Socarrás, frustró nuevamente las esperanzas del pueblo en lograr mejoras sociales, este mandato se caracterizó por la corrupción.

6 Emilio Roig de Leuchsenring (La Habana, 1889-1964). En 1935 se le designó Historiador de la Ciudad de La Habana. Sus trabajos divulgaron el pensamiento antiimperialista de Martí y los intereses imperialistas norteamericanos en las relaciones entre Cuba y los Estados Unidos. Publicó *Historia de la Enmienda Platt. Una interpretación de la realidad cubana* (1935), entre otros muchos libros.

Te adjunto una versión de «El Abuelo» al francés, realizada por el escritor Jean Camp[s].⁷ Este tío anda por aquí dictando conferencias y ha trasplantado a su lengua varios poemas tuyos. Esa traducción que te envió me parece excelente.

El Nacional se ha ocupado de tu jira[sic] en varias ocasiones: dando noticias de tus triunfos, recepciones, etc. El periódico ha seguido aumentando su circulación y, en la actualidad, bordeamos un promedio de 45 mil ejemplares diarios. Todo el personal te recuerda con afecto y espera tu regreso.

Espero carta tuya. Junto con doña Rosita, recibe un abrazo fraternal,

MIGUEL.

7 «Un Sonnet de Nicolás Guillén: L'Aïeul», publicado en: *Les lettres françaises*, París, nov. 18, 1948.

4.3 QUERIDO NICOLÁS... (DE OTERO SILVA Y NERUDA. PARÍS, 29 AGOSTO 1950)

29 agosto París

Querido Nicolás, apenas llegada tu carta me movilicé, pero aún no grana la protesta. Se están recogiendo las firmas con dificultad por ser verano y todo el mundo fuera. El telegrama saldrá a Prío¹ el lunes, te transmitiré el texto.

Aquí está Miguel,² y nos vemos todos los días. También María Teresa³ está aquí.

Planeamos una revista político literaria. Tú me harás mucha falta. De todas maneras, envíame regularmente, cada mes, las noticias y recortes que puedan servirme.

En cuanto a la crónica nada me dices de la posibilidad de colaborar periódicamente, que es lo que me interesa más ya que las finanzas de mi casa harán crisis en este invierno. El Congreso de la Paz será en Londres en 2^a quincena de noviembre y sería grande que vinieras. Puedes mandarme un giro a mi nombre, certificado.

1 El 24 de agosto de 1950 el gobierno de Prío Socarrás ordenó el asalto y clausura del periódico *Hoy*. Guillén solicitó a varios amigos la movilización de las fuerzas de izquierda que se pronunciaran en contra de este proceder.

2 Se refiere a Miguel Otero Silva.

3 María Teresa Castillo, esposa de Miguel Otero Silva.

Todos te queremos y abrazamos así como a Augier,
Juan, Luis y todos, y Ayón,⁴ hasta luego

Pablo y la Hormiga⁵ que quiere verte y ver a la pre-
ciosa Rosita lo más pronto posible

Besos

38, Quai de Orléans, IV, París IVème, France

Tl. ODE 37-40

4 Alude a Ángel Augier, Juan Marinello, Felito Ayón y, quizás, a Luis Alonso, importante dibujante santiaguero, director artístico de la imprenta Ayón y la revista *Bohemia*.

5 Se refiere a su primera esposa, Delia del Carril.

4.4 QUERIDO NICOLO... (DE OTERO SILVA Y NERUDA. PARÍS, SIN FECHA 1950)

París París.

Querido Nicolo, no creas que porque no escribimos no te recordamos ni pensamos y trabajamos en la situación de Cuba. Esta pasa por el plan norteamericano, después de Brasil y Chile. Pero nos faltan noticias, nos las piden y solo sabemos lo que los diarios, muy poco, han dicho. Qué y cómo ha respondido el p.¹?

Te superabrazamos

Pablo

Por aquí ando, negro. Como comprenderás, muy preocupado con las noticias que llegan de Cuba. De ti sé por las crónicas de El Nacional que lo recibo por avión. Antes de tres semanas pasaré por La Habana. Te avisaré. Junto con Rosa recibe un abrazo.

MIGUEL.

1 Alude al Partido Socialista Popular.

4.5 QUERIDO NEGRO Y DISTINGUIDO NICOLÁS... (DE OTERO SILVA Y NERUDA. CARACAS, 29 DE ABRIL 1959)

Caracas: 1º de abril de 1959.

Querido negro y distinguido Nicolás:

Los que te escriben esta carta tienen diferentes ideas religiosas, económicas y filosóficas, pero los une una común curiosidad: ¿usas barbas? ¿Andas con ametralladora? ¿Se te para la paloma en los mítines?

Es en realidad tu silencio el que nos ha unido; no nos lo explicámoslo. Sobre la revolución cubana tenemos apenas las informaciones que nos dan la UP, la AP¹ y la CP, esta última, una prostituta cubana que vive con Pascual Venegas Filardo.² ¿Por qué tú, el más aventajado entre los discípulos de Blas Roca, no nos envías unas cortas líneas o un son para turistas explicándonos quién es Fidel Castro, quién es el Che Guevara, y, sobre todo quién es ese Dr. Urrutia, tío de la Matilde,³ que se ha hecho dueño de su próspero país?

1 Alude a agencias de prensa internacionales.

2 Pascual Venegas Filardo (Barquisimeto, 1911). Poeta, crítico y economista venezolano. Proviene de «Viernes», grupo literario célebre de su país. Recibió el Premio Nacional de Literatura en 1983. Entre sus libros se encuentra *Cráter de voces* (poesía, 1939).

3 Matilde Urrutia, segunda esposa de Neruda, tenía el mismo apellido del entonces presidente cubano Manuel Urrutia Lleó.

Hablando en serio, querido Nicolás, todo esto nos preocupa, pero nos faltan textos de estudio, comunicaciones y, en general, una coexistencia pacífica que nos permita gozar de tus impresiones. Además, la nostalgia de cangrejos moros no nos permite continuar este malentendido. Escribenos de manera bárbara o barbuda para saber al fin todo lo que pasa y lo que a ti te pasa y en especial a nuestra inolvidable Rosita.

No creas en nadie, Negro. A la hora de analizar tus querencias y tus cariños, tendrás que llegar siempre a la conclusión ineluctable de que, en este mundo, o por lo menos en este siglo, a ti no te hemos querido sino nosotros dos:

MIGUEL
PABLO

5. Epistolario II Cartas a Rosa desde Caracas

5.1 CARACAS NOVIEMBRE 23, 1945

Papel timbrado
NICOLÁS GUILLÉN
Caracas, noviembre 23, 45.

Querida Rosina:

No puedes imaginar la tristeza con que te abracé al despedirme de ti en La Habana. Me sentí como un niño desamparado, a quien separan bruscamente de su madre. Después, no he hecho sino añorarte (¿tú has visto? ¡Me estoy poniendo viejo!).

El viaje fué feliz. Llegamos a Camagüey a las tres. Me hospedé, naturalmente, en el «Colón». Pero antes debo decirte que me estaban esperando todos los sobrinos, incluyendo los de Pancho. Mamá y mis hermanas, desde Pepa a Ameriquita.¹

Volví a salir ese mismo día, o mejor dicho, el día siguiente, pues el avión partió a las 12 y media. A eso de las tres, en la madrugada, arribamos a Haití. Nadie en el aeródromo, a pesar de que Sangenis² había pasado aviso, lo cual se explica ya que actualmente no es negocio ser amigo mío, cuando no lo soy del gobierno. Se me olvidaba decirte que momentos antes de partir de Camagüey, se me informó en la Oficina que se había recibido un radiograma

1 Francisco Guillén Batista, Josefa Guillén Batista y América Guillén Batista, hermanos del poeta.

2 No sabemos a quién se refiere.

de Ciudad Trujillo pidiendo la hora exacta en que mi avión pasaría por allí. Yo dije que no tenía inconveniente en que se facilitara el dato, pues no viajaba de incógnito. Lo curioso fue que al llegar a Ciudad Trujillo no fui molestado, ni nadie me estaba esperando allí. ¿Qué pasaría?

La llegada a Caracas fué a las diez de la mañana. Venía molido. No tienes idea de lo que cansa un viaje como este. Sobre todo el sufrimiento en los oídos es bárbaro, a causa de un dolor sencillamente insoportable. Ello se debe a que como el avión vuela todo el tiempo a gran altura, al producirse el descenso se restablece otra vez la presión barométrica, y tenemos la horrible sensación de que nos están arrancando las agallas...

Llevo tres días aquí, y no puedes imaginarte el calor, la simpatía, con que he sido acogido. Ni una sola vez me ha faltado una invitación para almorzar o comer, ni un solo día los periódicos —como verás por los recortes adjuntos— han dejado de referirse con el mayor cariño a mí. El hotel en que vivo, el «Guimerá», está constantemente lleno de personas. Dice Lilia³ que soy «una vedette».

Anoche, comí en casa de Carlos Eduardo.⁴ Antonia⁵ te recuerda con gran cariño, y gran parte de la velada se la dedicamos a «la negra», como te dicen. Por la mañana había almorzado en casa de la novia de Miguel Otero, que

3 Lilia Esteban Hierro, esposa de Alejo Carpentier. A la muerte del gran escritor fue su albacea y presidió la Fundación que lleva su nombre.

4 No sabemos a quién se refiere.

5 No sabemos a quién se refiere.

es muy graciosa y buena. La madre hizo un plato peruano que se llama «chupe», que es una especie de sopón a base de gallina con aceite y queso rallado. Una delicia. Con todo, debo decirte que tomo toda clase de precauciones para no engordar, entre ellas la de no comer por la noche, cosa que se me facilita a causa de la altura, aunque algunas veces no puedo negarme.

En cuanto a actividades, tengo una conferencia el sábado próximo en la Universidad, y un recital en el teatro Municipal. En el primer caso, pagada por el Ministerio de Educación, y en el segundo, mediante entrada pública y pagada desde luego.

No he recibido los poemas que te dije me mandarás, y los cuales me hacen falta. Ahora te rogaría buscarme un librito de Lachatañeré,⁶ titulado *Manual de Santería*, creo.

Los periódicos publican aquí la noticia de una huelga general en Santiago de Cuba. ¿Qué es eso?

Dame informes sobre si vinieron los papeles. Le escribí esta mañana al cónsul cubano, insistiendo en la cuestión, aunque le decía que a mi juicio ya él habría mandado la inscripción al Ministerio. Debo decirte que no tengo un plan definido acerca de mi estancia aquí, pero creo que no llegará a un mes, pues la vida es sumamente cara. Y eso que yo no me puedo quejar, pues como te digo no he pagado aún una sola de mis comidas: siempre tengo una invitación de parte de esta gente maravillosa, tan

6 Rómulo Lachatañeré Crombet (1908-1951), escritor cubano, autor de *Manual de santería* y *Oh mio Yemayá* textos precursores para los estudios sobre las religiones cubanas de origen africano.

llena de amabilidades. De todas maneras ya sabes que mi plan siempre ha sido no aburrir. Dejar de hablar cuando la gente no espera el fin del discurso; irme cuando nadie lo sospecha. ¿No es mejor así?

Rosina: no puedes imaginar cuánto te extraño y cómo te quiero. No pasa día sin que vengas una y otra vez a mi mente, o mejor dicho no te vayas de ella. ¿Y tú? Sinceramente te digo que tengo hambre, sed y no sé cuántas cosas más por verte.

Nada te he dicho del paisaje, que es aquí extraordinario. La ciudad (que mucho se parece a Santiago de Cuba) está rodeada de un monte elevadísimo, llamado el Ávila, que le comunica en aspecto imponente a todo el paisaje. También son muy bellos los alrededores de la ciudad, con muchos pueblecitos la mar de pintorescos... Pero lo que sí bota la pelota de verdad es la carretera del aeródromo de Maiquetía, en La Guayra, hasta Caracas. Va subiendo, subiendo, dando vueltas a abismos de una profundidad que da vértigos, o sumergida entre farallones de piedra basáltica, como cortados a pico y de gran altura.

¿El clima? Verás. Es cuento lo del frío, por lo menos hasta ahora. Es una cosa así como La Habana por esta época. La gente anda vestida de trajes ligeros o de dril. Mis poderosos casimires me han hecho, pues, sudar la gota gorda, con la agravante de que, excepción de Colombia, donde la temperatura es muy baja (es decir, en Bogotá) en los demás países de mi itinerario reina ahora el verano. Por eso me vinieron muy bien los dos trajes de Celanese que me pusiste, y también me ha sido muy útil

traer tantas piezas de ropa interior, pues aquí el lavado no es tan rápido como por allá, y desde luego más caro.

Dime si hablaste con Joaquín.⁷ Después que ustedes habían subido a la azotea del aeródromo, llegó él con Manolo.⁸ Le repetí lo que había hablado, y él asintió, aunque volvió a decirme que le parecía una imprudencia. ¿Regresó del Norte?

No tengo noticias de Juan.⁹

Me llamó el Encargado de Negocios de Haití, el señor Jacques Leger, a quien tú conoces, y me saludó con gran simpatía. Me dijo también que quería ofrecerme un coctel en su casa. Sospecho que él no sabe la situación que yo tengo con Lescot,¹⁰ y en ese caso pienso hablarle francamente, no vaya a ser que por gastar una amabilidad conmigo, pierda su puesto. ¿No te parece?

Dame razón de Felito y Hilda,¹¹ a quienes deseo que les enseñes los recortes, para la «lija».

7 Joaquín Ordoqui Mesa (1901-1973) dirigente del Partido Socialista Popular de Cuba. Al triunfo de la Revolución se desempeñó como Viceministro de la Fuerzas Armadas. En 1964 fue separado de todos sus cargos y excluido de la vida pública.

8 No tenemos referencia de quién se trata.

9 Juan Marinello Vidaurreta. (1898-1977) Relevante intelectual cubano. Fue presidente del Partido Socialista Popular. Luego del triunfo de la Revolución, fue miembro del Comité Central del Partido Comunista de Cuba y del Consejo de Estado.

10 Elie Lescot (1883-1974) presidente de Haití entre 1941 y 1946. En 1942 Guillén visitó Haití y fue recibido por Lescot.

11 Esposa de Félix Ayón.

Llama a Augier¹² y pregúntale qué tengo que hacer para que él me recoja el título de periodista y me arregle lo de la colegiación.

Dile a Vicente¹³ que de un momento a otro le irán los primeros artículos, pues he estado abrumado bajo el recibimiento.

¿Cómo está la mona Raque¹⁴? Dale muchos cariños, y dile que le mandaré un pulso de realitos venezolanos, que es de lo más bonito.

Llama a Mirta,¹⁵ y dile que la mencioné en una entrevista que me hicieron, donde digo de ella que es a mi juicio la mujer de más talento que tiene el movimiento revolucionario en Cuba (con perdón de Edith¹⁶).

¿Por fin se casó Carlos Enríquez¹⁷?

12 Ángel Augier (1910). Poeta, acucioso investigador y ensayista cubano. Autor de «Nicolás Guillén: ensayo biográfico crítico», texto fundamental para los estudios guillenianos. Fue un gran amigo de Guillén.

13 Vicente Martínez González (1911-1962) periodista, conocido por el seudónimo de «Esmeril». Amigo de Guillén y su compañero de redacción en el periódico *Hoy*. Estuvo entre los fundadores de la agencia de noticias Prensa Latina.

14 Raquel Guillén Portillo, hija de Nicolás Guillén.

15 Mirta Aguirre Carreras (1912-1980), importante poetisa, crítica y ensayista cubana. Amiga de Guillén y autora de textos imprescindibles sobre la obra del gran poeta.

16 No sabemos a quién se refiere.

17 Carlos Enríquez (1900-1957), pintor cubano. Uno de los máximos exponentes de la plástica cubana en el siglo xx. Incursionó también en la literatura. Fue amigo de Guillén e ilustró varias de sus obras, incluyendo la primera edición de *Elegía a Jesús Menéndez*.

En cuanto a detalles personales de amigos de por acá, te diré que Miguel Otero se ha portado muy bien, de modo harto generoso, sin dejarme meter la mano en el bolsillo, Ayer su novia me sacó a pasear en su automóvil, enseñándome toda la ciudad. Por la tarde fuímos al hipódromo, donde ganó el caballo de Miguel, lo cual le produjo cinco mil bolívares. Más de mil pesos. Naturalmente nos pasamos del whisky, que es lo que la gente toma aquí, y me acosté un poco tarde, y algo mareado.

Rosina, ya esta carta es un periódico, y muchas cosas se me quedan en el tintero. Lo que sí no se me queda es repetirte que no te olvido, y que te quiero mucho, mucho, mucho, mucho, mucho, mucho, etc., etc., etc., Besos de tu,

Nicolás

Mi dirección: Hotel restaurant «Guimerá», Pedrera a Gorda 54, Caracas, Venezuela.

Nota manuscrita: Dime si Augier se ha seguido ocupando de lo del pasaporte.

Nota final: (esta carta la he ido haciendo a pedazos). Hace un momento se ha ido de aquí Miguel. ¿Sabes cuánto cuesta el hotel? ¡240 pesos mensuales! Es decir, ocho dólares diarios por persona, con comida. Me quedé frío, pero me devolvió el calor al cuerpo diciéndome que esa cuenta la afrontaría *El Nacional* (su periódico). De todos modos, es inconcebible, sobre todo porque no alquilan cuartos sin comida. Ayer comí ostiones, muy sabrosos los cuales venden en la calle, pregonándolos al grito de ¡ostras, ostras! ¿Sabes a cuánto la docena, querida Rosina?

A dos bolívares, es decir, un poco más de cuarenta centavos de los nuestros. Ese es también el precio de una carrera de automóvil. El arreglo de una camisa son treinta centavos de allá. Y a todas estas, cada dólar solo vale alrededor de sesenta centavos, con la cual quiere decir que en el cambio ya se pierde cuarenta centavos por peso.

He llamado dos veces a *El Nacional*, y me dicen que no tengo carta. A la tarde, iré personalmente, pero quiero ponerte ésta ahora, pues como te conozco, y sé cómo te has puesto con la edad, estarás furiosa ante mi silencio (¡si supieras cómo te quiero!). Dice María Teresa, la novia de Miguel, que a nadie había oído hablar con tanta ternura y frecuencia de su mujer como a mí... Y la verdad, Rosina, es que ya aquí todo el mundo sabe tu nombre.

Mira lo que te digo del librito de Rómulo, *Manual de Santería*, que debe estar en la biblioteca de mi cuarto.

Los recortes te los mandaré aparte, con unas fotos, porque no quiero que esta carta demore más, y tendría que buscar un sobre especial.

¡Ah, se me olvidaba! Búscame, en la primera gaveta de mi escritorio, el final de una conferencia sobre Machado, García Lorca y Miguel Hernández, que seguro está ahí. El texto que vale ES LA COPIA, no el original. Como yo andaba medio loco, me traje hasta la cuartilla 16, de modo que la que sigue, hasta el final, es la 17.

Aquí tuve que comprarme (o mejor dicho, en Camagüey) unas chancletas, pues las famosas de piel se me quedaron allá.

Bueno, vale, no me olvides. Pórtate bien, que yo me estoy portando de lo mejor. En próxima carta te diré cuál es mi plan en definitiva, pero no me quedaré aquí demasiado, a pesar de que me siento muy a gusto, por lo que te digo de los precios, y más cuando el pago de ellos cae sobre Miguel.

No me olvides. No me escribas pesadeces. Piensa que te quiero muchísimo, y que tienes que ayudarme manteniéndome el espíritu sin preocupaciones innecesarias. De acuerdo con tu consejo, aquí haré las dos conferencias que me faltan. Abur, y muchos besos. Dile a Felito que le escribiré, y recuerdos a Bola.

Siempre, siempre, tu,

Nicolás

Nota manuscrita al margen: Saludos a la siempre amable Ritilla.¹⁸

18 Rita Mata Rergis, la suegra de Guillén.

5.2 CARACAS ENERO 8, 1946

Papel timbrado
NICOLÁS GUILLÉN
Caracas, enero, 8, 46.

Mi querida Rosa:

Aunque sé que es inútil escribirte, ahora lo hago nuevamente para decirte que hace varios días que estoy enfermo. Tengo paperas, de lo cual hay una verdadera epidemia en Caracas. En los primeros momentos, viéndome un poco abultadas las parótidas, me llamé a una seria reflexión acerca de lo que pudiera ser exceso de comida, y aunque no me alimento con demasía, pensé, recordándote, que debía ser más parco. ¡Míreme esa cara! —me dije— ¡Si parezco una iguana! Un médico que me vió me dió la mala nueva, y aquí me tienes, en cama (pues me aconsejó absoluto reposo) con cuello envuelto en una bufanda, y más feo que de costumbre.

Estoy muy triste y no pasa un momento sin acordarme de ti. Despierto, como siempre, tempranísimo, y en seguida vienes a mi recuerdo. Eso, sin contar con noches como la de antier y la de ayer que me las pasé en claro. Esta mañana estaba yo pensando que no ha habido un solo instante de progreso en mi carrera, un solo paso de avance que no me haya costado verdaderos sinsabores. Lo cual se explica —pensaba yo— porque he tenido que darlos a expensas de mi tranquilidad, de mis más sinceros

afectos, a veces arrancándome pedazos del corazón (y no es literatura).

Ahora mismo ¿crees tú que no sufro lo indecible? ¿Piensas que estoy muy contento, lejos ti, sabiéndote sola, en aquel caserón, o suelta por la calle y asediada? ¡Qué gusto más grande no fuera el mío, con tu vida al lado de mi vida, como siempre, y andando por esos mundos de Dios a las verdes y a las maduras! Lo que ocurre es que por muchos motivos de orden político y social eso no se puede hacer, al menos en este viaje. Pensé que aquí se podría obtener dinero suficiente, pero no ha sido así. No sé con qué pagar las atenciones, cariños y delicadezas de Miguel Otero, que ha sido un verdadero hermano conmigo, ni el afecto que todo el mundo me ha dispensado y me dispensa a toda hora. Pero lo cierto es que aunque he tenido de sobra para mí, sé muy bien que hubiera sido imposible lo mismo en compañía de otra persona, pues los gastos habrían alcanzado proporciones fantásticas. López Méndez¹ (y todo el mundo) me dice que si yo hubiera llegado en otra fecha, bajo el gobierno anterior, no habría abandonado el país con menos de tres o cuatro mil dólares, pues el dinero corría y la situación era muy estable. Ahora no. Ahora el momento es revolucionario,

1 Luis Alfredo López Méndez (1901-1996), pintor venezolano. Miembro del Círculo de Bellas Artes. Fue amigo de amigo de Guillén, a quien conoció en La Habana a fines de los años veinte. Tuvo una activa vida política, fue diputado al Congreso Nacional y Vicepresidente de la Cámara de Diputados. Fue el fundador de la Galería Greco.

los venezolanos están divididos, lo político absorbe cualquier otra actividad (y desde luego la literaria) de manera que poco o nada se puede intentar en ese camino.

La perspectiva inmediata en lo económico es la siguiente: un recital en el Teatro Municipal, que puede producir mil bolívares, alrededor de unos trescientos pesos; una conferencia recital en la ciudad de Valencia, que dará 700 bolívares, que son unos doscientos y pico de pesos; y algo por el estiro en Maracaibo, que podía producir mil bolívares también. En total, trabajando un poco, 800 pesos, que para Cuba es bueno, pero que aquí son un suspiro. ¡Qué inconcebiblemente caro es todo!

No tienes idea de la bondad, de la simpatía con que me tratan los venezolanos. Son cosas que nunca olvidaré. Tengo constantes invitaciones a comer, a almorzar y hasta ¡es el colmo!, a desayunar, como me ocurrió con Cotepas² (¿te acuerdas del que le decíamos «el traidor»?) que el domingo se me apareció tempranísimo para que desayunáramos juntos.

Recibí una extrañísima carta de la mamá de Carpentier,³ la cual supongo obedece a algún chisme, en el sentido de que ella no tiene nada contra Lilia, y sí contra la antigua mujer de Alejo, y que si yo había dicho que

2 No sabemos a quién se refiere.

3 Alejo Carpentier Balmont (1904-1980). Del destacado intelectual cubano sobresale, entre otras, su novela «venezolana» *Los pasos perdidos*. Compañero generacional y muy amigo de Nicolás, Alejo vivió en Caracas desde 1945 hasta 1959, donde mantuvo en *El Nacional* su muy leída columna «Letra y Solfa».

ella era violenta y no sé cuántas idioteces más. Se lo dije a Alejo. Y por supuesto le contesté a ella una carta bien dura, suplicándole que no me metiera en sus habladurías, que a mí no me importaban.

Supongo que habrás visto por allá a Hortensia, pues Lilia me dijo que no había podido venir de Nueva York a Caracas por falta de barco.

Te envié unos zarcillos (aretes) que te regala María Teresa, la novia de Miguel, que es muy simpática y afectuosa. Como no hago más que nombrarte con todo el mundo, y especialmente con ella, la gente te ha cogido el mismo afecto que me tienen a mí. Aunque no lo creas, el día de Noche Buena, anduvimos juntos, y al hablar de ti, se me mojaron los ojos como un muchacho. Después María Teresa le dijo a Miguel: ¡Chico, a mí me parece que Nicolás adora a su mujer!

Recuerdos a Raquel.

Para ti muchos besos, y el amor intenso y profundo de quien no te olvida ni te olvidará nunca,

Nicolás

Vuelvo a repetirte que le escribí a Joaquín y a Augier. ¿Has hablado con ellos?

Le he escrito tres cartas a mamá, pero no he tenido contestación. Aunque le di la dirección del hotel, creo que la ha perdido, o habrá utilizado la de *El Nacional*, donde se me han perdido últimamente dos cartas, de cuya llegada me avisaron y cuando las fuí a buscar, ya no estaban.

5.3 CARACAS ENERO 18, 1946

Papel timbrado
NICOLÁS GUILLÉN
Caracas, enero 18, 46

Mi querida Rosa:

Acabo de regresar de un recorrido que hice por el estado de Carabobo, y te escribo en seguida. El día 10 dí un recital de despedida en el teatro Municipal de esta, que fué un éxito enorme. Todo el teatro estaba lleno, con decir que se agotaron las localidades, y quedó mucha gente sin poder entrar. Me dicen que ha sido el lleno más grande que se ha dado aquí en actos de esta naturaleza. Fué el Presidente de la Junta Revolucionaria, Rómulo Betancourt, y muchas personalidades del gobierno. Produjo más de dos mil bolívares (en total, unos ochocientos dólares) y quedó muy brillante en la parte artística. Hablaron Vicente Gerbasi, Miguel Otero Silva, Andrés Eloy Blanco y yo. Todos dijimos discursos y poemas.

En la ciudad de Valencia ofrecí ayer y antier una conferencia y un recital, con una ganancia líquida de seiscientos bolívares, es decir, doscientos pesos. El dinero que tengo en este momento alcanza a 1750 pesos.

Ahora bien: no sé qué hacer. Hoy recibí carta atrasada de Vicente (pues vino por correo ordinario, a causa de que le puso franqueo de solo diez centavos). Es de fecha 22 de diciembre, y en ella me dice que te vió; que

te arregló no sé qué infracción sanitaria (¿qué fue?) y que le dijiste, como haces con todo el mundo, que yo te había engañado. Él me dice como todo el mundo también) que estás disgustada conmigo.

Te he escrito un buen número de cartas, sin que haya obtenido contestación, y el día de Año Nuevo te puse un cable, así como en Noche Buena. Ya recibí la invitación oficial para ir a Colombia, Pero creo que regresaré a La Habana, pues este viaje así es un suplicio. Te repito que no tienes una gota de razón al decir de mí lo que dices, pues nunca, en ningún momento he pretendido engañarte. A pesar de la espléndida acogida que he recibido aquí, estoy todo el tiempo triste y preocupado, pues no sé de ti, y lo que me dicen por trasmano es para desesperarme. Por una parte, créeme, siento frustrar esta turnée, de la cual pudieran derivarse muchos beneficios no sólo para mí, sino para ti también, pero todo lo prefiero a esta situación, que me agota los nervios. Y lo peor que ni siquiera puedo recibir carta tuya que me aliente o tranquilice, pues las dos veces únicas que me has escrito es para hacerme sufrir.

Te repito lo que te he dicho en anteriores cartas mías, es decir que le escribí a Joaquín, y que lo mismo he hecho a Augier. Si quieres que te ponga el pasaje para venir, así lo haré; si quieres que te mande dinero (puedo enviarte mil pesos) dímelo, para que veas que no tengo interés alguno en proceder de la manera egoísta que tú supones. Lo que no estoy es dispuesto a seguir en este plano, pues voy a acabar con volverme loco. No puedo

escribir, no puedo a derechas trabajar, y la intranquilidad en que vivo es enorme.

Me extraña que Joaquín no me haya contestado, y como tú no me escribes, ignoro si hablaste con él, o regresó de La Habana. Le escribí a Marinello (que ya me contestó) pidiéndole informes de las cosas de por allá en el orden político y nacional, cosa que tampoco puedo esperar de ti. Es una tragedia todo esto.

Lilia me dijo que Hortensia ya regresó a La Habana, pues no pudo embarcar hacia acá. No sé si has hablado con ella. En fin, no sé nada de lo que piensas o lo que haces. Si regresara yo ahora mismo a La Habana, me iría a un hotel, hasta tener noticias tuyas, pues tendría el temor de aparecerme en Gervasio, y no dar con nadie...

Me paso noches enteras sin dormir, pensando las cosas más desagradables. Te he dicho mil veces que si hubiéramos venido juntos hubiera sido un desastre a causa de lo cara que es aquí la vida. Sin embargo, te repito que estoy dispuesto a girarte en seguida el pasaje, o a situártelo aquí, para seguir a otros sitios, pase lo que pase o a girarte el dinero que te digo, para que lo guardes. En fin, lo que tú quieras. Estoy desesperado.

Adiós.

Nicolás

5.4 CARACAS FEBRERO 28, 1946

Papel Timbrado

El morrocoy azul

Semanario Surrealista de Intereses y Generales

Dirección Ibarra a Pelota 10 teléf. 93.277

Caracas, febrero 28, 46

Mi queridísima Rosa:

Acabo de llegar de un viaje de doce días a Maracaibo y me entregan tu carta. Me ha producido una impresión tremenda, de dolor, de angustia. En seguida me fui al cable y te puse el que ya debes de haber recibido, anunciándote esta carta, el dinero que te va adjunto, y la seguridad de que nos veremos en Colombia, o en donde tú digas. Parece mentira que todavía caigas en el lazo que te tienden, con sus chismes, las mismas gentes de siempre, interesadas, no sé por qué, en separarnos. NO HE TENIDO NI TENGO MUJER ALGUNA, ni por lo tanto es cierto que yo ande con nadie en la forma que me dices. Puedes tener la es seguridad de que todos los momentos de mi vida están dedicados a recordarte, con la angustia de no verte. Me paso muchas noches en vela, pues me hago cargo de tu situación y no soy tan inhumano, aunque creas otra cosa, como para cerrar los ojos ante tu intranquilidad. Te dije y te repito que en Venezuela era imposible que hubiéramos estado juntos, ya que el precio de la vida es enorme, fuera de toda posibilidad para mí. Sin embargo, yo creo que en vez de vernos en Colombia

podríamos encontrarnos aquí, faltando ya dos o tres días para salir. Miguel Otero y María Teresa, en cuya casa te estoy escribiendo me dicen que podríamos hospedarnos donde Miguel, que ocupa una casa de dos pisos para él solo, y en estos días para mí también, pues me mudé del hotel. Yo creo que esto sería admirable, y así saldríamos juntos desde aquí hacia Colombia, donde me están esperando, y donde hay situado ya el dinero para seguir hacia Ecuador. Concretando, te propongo lo siguiente:

1°.- Que lo prepares todo, y vengas enseguida. Si la cuestión del pasaporte no ha sido resuelta, vete a ver a Joaquín o a Juan, para que te ayuden, y lo resuelvan a macha-martillo.

2°.- Aquí podríamos estar una semana, y entonces seguiríamos juntos, a los países que me faltan, los cuales son mucho más baratos que este.

3°.- Que me escribas en seguida diciendo lo que resueles.

¿Está de acuerdo? Bueno, pues entonces séquese esos ojos, y venga para acá, que me la voy a comer a besos.

Consulta todo esto con Raquel, quien seguramente se pondrá muy contenta.

Te quiere, mucho, mucho, Nicolás

Notas manuscritas:

Apúrate también en lo de tu licencia.

Contéstame a *El Nacional* -.

¿Vio el poema que le escribí? Es muy bonito y muy sentido.

5.5 CARACAS MARZO 1.º, 1946

Papel Timbre
El Nacional
Caracas Venezuela Dirección
Marzo 1, 46

Mi querida Rosa:

Ayer te puse una carta aérea, inmediatamente después de haberte cableografiado. Supongo que ambas cosas estarán en tu poder. En este caso, recibirás también giro por *cuatrocientos pesos* contra el Royal Bank, que acompañaba mis letras.

Te ratifico cuanto te decía en mi cable y en mi carta. Todo cuanto te han dicho es un infundio de la peor índole, y carece en lo absoluto de veracidad. Cuando se lo conté a María Teresa se asombró y dijo lo que es cierto: que nadie, absolutamente nadie me ha visto en Caracas ni en ninguna otra parte acompañado de mujer que tuviera trazas de ser mi amante.

Además, puedes venir a verlo tú misma, lo cual me parece que es la mejor prueba que en este sentido pudiera darte. Yo pensaba, como te digo al comienzo de mi carta, vernos en Colombia. Pero cuando estaba escribiéndote, Miguel y Ma. Teresa —pues habían comido en casa de esta última, y desde allí te escribía— me dijeron que era mejor decirte que vinieras directamente a Caracas, de manera que estando yo en los últimos días de mi residencia

aquí, los pasaras tú también en mi compañía y en la de ellos, y luego siguiéramos juntos. Me pareció admirable, sobre todo porque el obstáculo más serio quedaba resuelto, es decir, el del hospedaje. Resulta que Miguel —con quien estoy viviendo en estos días— está instalado en una casa enorme, de dos plantas, amueblada, solo para él. Él mismo propuso que cedería su cuarto, que está en los altos, bajaría él a una habitación del primer piso, y todo quedaría resuelto para una estancia de una semana o cosa así. ¿Qué te parece?

Mi demora en Caracas tiene una clarísima explicación, y es la de que gracias a la generosidad y gentileza venezolanas, he tenido ocasiones de viajar por el país, invitado por los Presidentes de Estado —que son como los gobernadores allá— con los gastos pagados, desde el avión hasta el hospedaje, y además la conferencia o recital que diera... Así he estado en Ciudad Bolívar, y vi el Orinoco; en Maracaibo, y su lago; en Valencia, Cumaná, Puerto Cabello, Maracay, etc. A todas partes he ido *solo, sin mujer* —entre otras razones porque no la tengo— y he vivido sin ostentación ni lujo ni vanidad, como dices, sobre todo porque mis recursos no me dan para ello. Debes saber que, como te dije cierta vez, mi única obsesión, ya que no habías podido venir, era la de contar con un minimum de recursos o ahorros que me permitieran llevarte a México, a mi regreso. En ningún otro sitio por lo demás he pensado nunca quedarme como aquí, pues en otras partes carezco de las relaciones y amistades que en Venezuela tengo. Eso es todo.

En ningún momento he dejado de pensar en ti, hasta el extremo de que la otra noche, incapaz de vencer el insomnio que me atormentaba como casi todos los días, te escribí los versos que ya debes tener en tu poder. ¿Los leíste? De esto no me hablas una palabra.

Hablando de la plata, que no sé cuánto te quedará de los 550 que te dejé, descontados los gastos, que hiciste en aquellos días. De todos modos, de esos 400 puedes sacar el pasaje, y venir con lo que te quede. En cuanto al Gobierno la licencia podías pedirla por tres meses, gestionando la negociación del sueldo, cosa que podrías explicarle a Joaquín. Joaquín también podría actuar en el asunto del pasaporte, y si no Carlos Prío.

Espero que me escribirás a vuelta de correo, comunicándome tus decisiones.

Mientras tanto, ya sabes que te quiere siempre, siempre, hasta que ñancue, tu

Nicolás

Debo decirte que el dinero que me queda no es mucho: hasta hoy, \$950 dólares, un poquito más de lo que traje. El pasaje a Colombia tendré que pagarlo yo, no así el pasaje a Ecuador, pues el dinero Bogotá-Quito está ya depositado, así como el pago de mis conferencias.

Tu decisión debes tomarla sin pérdida de tiempo, pues yo no debo permanecer aquí más de 10 ó 15 días.

Más besos de

N.

5.6 CARACAS MARZO 20, 1946

*Papel timbrado Nicolás Guillén
Caracas, marzo 20, 46.*

Querida Rosa:

Hoy estuvo el médico, y me dijo que ya estoy «muy mejor». La mejoría consiste, según me explicó, en que todos los puntos variolosos de la cara y del cuerpo, que ayer estaban rojos o purulentos, hoy están negros. Eso significa, me dijo, que han empezado a secarse, y que dentro de una semana podré circular nuevamente.

Aquí en Caracas hay el millón de epidemias, dicen que a causa del pobre estado sanitario de la población, lo cual no pongo en duda: paperas (ya las tuve) sarampión, escarlatina, y una de gripe constante, debido parece a los súbitos cambios de temperaturas, pues tan pronto hace frío como calor.

A pesar de estar enfermo, te he te he puesto con esta, tres cartas, pues me dolería que pensaras que me había «rajado» o que te estaba contando cuentos. Mi estado es débil, pues las fiebres que me han dado (hoy es el primer día que no tengo, aunque tengo destemplanza aún) eran muy altas. ¡Cosa rara! Se me quitó el apetito. Miguel, Ma. Teresa y su familia se han portado muy bien, me han atendido como a un pariente, trayéndome desde el jugo hasta el pollo. ¿Te acordaste de la cartera de María Teresa que te digo en mi carta?

Supé por carta de Mirta —yo me entero de todo por la gente de fuera— que había ganado el premio Justo de Lara. A lo mejor ni tú misma lo sabes tampoco. Si es así, llámala y felicítala.

Espero salir el sábado próximo.

Muchos recuerdos y besos de,

Nicolás

Si no vas a traer mucho equipaje, mira a ver si puedes traerme mi máquina de escribir.

Yo creo que no debes cargar muchas cosas, aunque sí toda tela gorda. Bogotá es una ciudad mucho más alta que México, mucho más fría y sobre todo muy húmeda.

Quiero que me traigas también mi *West Indies*, los *Cantos para Soldados*, el 1er. *Sóngoro*, el *Canto a España* y un sobre que está en mi mesa, donde hay unos poemas inéditos, entre ellos una *Elegía* que habla del azúcar, de los americanos, etc. También está allí otro poema titulado *Canción de los Hombres Perdidos*.

Ah, y el cuaderno de música cubana, en pasta, del Neno Grenet.¹

1 Emilio Grenet (1908-1941). Compositor cubano, musicalizó varios de los «Motivos de son» de Nicolás Guillén.

5.7 CARACAS MARZO 29, 1946

*Papel Timbre
El Nacional
Caracas Venezuela
Direccion
Caracas, marzo 29, 46.*

Mi querida Rosa:

Acabo de recibir tu carta, y me apresuro a contestarte. Ya estoy bien, aunque he quedado manchado. El lado derecho de la cara lo tengo lleno de manchitas negras, y una lindísima en la punta de la nariz. Esta es profunda, y creo que me quedará un hoyito. ¡Qué se va hacer! Lo malo será que al pasar la frontera me rechacen por sifilítico, que es lo que parezco.

El martes dos saldré hacia la ciudad de Mérida, vía Valera, el viaje que iba a hacer cuando me enfermé. Hablaré en la Universidad de allí y luego seguiré hacia San Cristóbal, en la frontera casi de Colombia, donde también me esperan. Hubiera querido prescindir de estos últimos actos, pues estoy soberanamente cansado, pero me son necesarios de toda necesidad en el orden económico, ya que me pueden representar 300 o 400 pesos. Así habré terminado un recorrido inmenso por Venezuela, ya que conozco la región del Orinoco, la del lago de Maracaibo (con los campos petroleros) y ahora la interesantísima de los Andes. Sin contar muchas ciudades como Valencia,

Puerto Caballo, Los Teques, la Victoria, etc. Aquí me dicen que yo conozco Venezuela mejor que muchos venezolanos, y es verdad. Me ha favorecido en esto la circunstancia de que los Presidentes de Estado (que son como los Gobernadores allá) me han invitado costeadando todos los gastos, desde el pasaje en avión hasta el hospedaje y la comida. No he tenido que hacer más que un bultico, y fuera. Si hubiera andado acompañado de una mujer (como te dijeron) no habría podido hacer nada de esto, tan importante para mí, pues mis amigos me pueden pagar el pasaje y los gastos A MÍ, pero a nadie más. Y yo no tengo dinero para pagárselos a otra persona.

En cuanto a la fecha que me dices haber escogido me parece mala, por las razones que te doy arriba, es decir, la fecha en que a mi vez saldré yo. Yo debe salir el 2. Llegaré a Valera el mismo día, pero saldré hacia Mérida el 3. Allí estaré dos días por lo menos, tenemos ya 5. Saldré hacia San Cristóbal, trayecto que dura sobre diez horas, a donde llegaré el 6. Dos días allí o tres, tenemos 9. Entonces saldré hacia Bogotá, a donde debo llegar el 9 ó 10. Debes señalar fecha en la Pan American, pues, para el 12. (Salida de La Habana).

En esto de posponer pasajes no debes tener pena, y hacer como yo. Tengo el récord aquí, y ya se ríen en la oficina cuando me ven llegar. Este mismo viaje lo he pospuesto cuatro veces. Primero a Valera, y lo suspendí; luego, cuando pensaba dejar a un lado los actos de Mérida y San Cristóbal, lo fijé para Bogotá; después, al recibir confirmación de dichas ciudades, de nuevo a Valera,

pero para el sábado, y ahora, ya definitivamente, para el martes... ¿Vas a ser tú menos?

Inmediatamente después que llegue a Bogotá te pondré un telegrama. Supongo que recibirías mi carta diciéndome las cosas que quiero que me traigas. Si la máquina de escribir te aumenta el pasaje, déjala.

Recuerdos a Raque, y besos para ti.

Te quiere mucho,

Nicolás

5.8 BOGOTÁ ABRIL 20, 1946

Papel Timbre
República de Colombia
Cámara de Representantes
Privado
Bogotá, abril 20, 46.

Mi querida Rosa:

El martes llegué a Bogotá, en plena Semana Santa, lo cual en un país como éste significa llegar a un cementerio, pues Colombia es el paraíso de los curas. Pero antes de seguir, quiero contarte algunas de las peripecias de este viaje, en que recorrí en automóvil todo el inmenso territorio que va desde Valera hasta Cúcuta, pasando desde luego la frontera colombo-venezolana. Salí de Caracas hacia Valera (como te anunciaba en una de mis cartas) en avión. Cuando ya estábamos acercándonos, la cosa se puso fea, pues el avión comenzó a dar tumbos. La muchacha vino a avisarnos de que había mal tiempo, y que por tanto tendríamos que regresar, y así lo hicimos, aunque no a Caracas, sino a una ciudad llamada Barquisimeto, donde pasamos la noche. Al día siguiente se dio orden de partir nuevamente hacia Valera, y otra vez el mismo problema: entonces regresamos, pero a Maracaibo, donde también dormimos. Sólo al tercer día nos fué dable aterrizar en nuestro objetivo. Allí me encontré con que ya me estaba esperando una máquina, enviada

por el Presidente del Estado Mérida, para que me trasladara a dicha ciudad. Eran las tres de la tarde, y después de un breve descanso cogí el automóvil y partí, sin más compañía que el chofer, un andino de nombre Figueredo.

Tienes que saber que entre Valera y Mérida (en plena cordillera de los Andes) hay una gran zona de terreno elevadísimo (más de 5 mil metros de altura) conocida bajo el nombre de Los Páramos. Hacia allá partimos. Tan pronto desembocamos al páramo, nos dimos cuenta de que la aventura era seria, pero no hubo más remedio que seguir. Un frío bárbaro y además la niebla, que impedía ver a un metro de distancia. Llovía constantemente, lo cual hacía más peligrosa la pista, que bordea el abismo. A las siete y cinco de la noche —no olvido la hora— la cosa se puso seria de verdad cuando atravesábamos el sitio denominado Mucuchíes. Allí el automóvil cayó de pronto en un fanguero enorme, donde quedó apresado. ¿Qué hacer? Nada... No había por aquellas soledades ni un alma. El frío cortaba. Y además, la altura a que estábamos, cerca de los cinco mil metros, hacía la respiración fatigosa, próxima al «soroche», o mal de montaña, que produce vómitos, mareos y en más de un caso, la muerte. Por fortuna, el automóvil era nuevo y tenía los cierres bien ajustados, de modo que no hubo más remedio que permanecer en él, rodeados de fango por todas partes, y esperar lo que viniera. Lo que vino fué la cuadrilla de peones indios, ¡a las ocho de la mañana del día siguiente, y los cuales nos sacaron de aquel atolladero! Te aseguro que nunca he corrido peligro mayor ni me he visto en trance

más apretado. Pensaba mucho en ti, y me decía que tal vez no te vería más. Luego supe que el automóvil había caído en la boca de una quebrada, de modo que —según los peones— si hubiera llovido esa noche, al descender el agua de los Andes habríamos ido a parar en casa de yuca. ¡Y tú durmiendo, sin saber qué cosas hacía a esa hora el dueño de tu corazón!

Al mediodía llegamos a Mérida. Allí todo fué a pedir de boca. Di una conferencia en la Universidad, y me pagaron 500 bolívares (alrededor de doscientos pesos). Después seguí hacia San Cristóbal —también en automóvil— y hablé en el «Salón de Lectura» después partí por carretera hacia Colombia, cruzando el Puente Internacional a las 12 y 10 de la tarde del día 13 de este mes, en compañía del poeta Ramón Becerra, Francisco Guerrero Pulido, corresponsal de *El Nacional* de Caracas en San Cristóbal y del Dr. Gutiérrez Prado, Director de la Escuela Normal en dicha ciudad. Llegué dos horas después a Cúcuta, que es la primera ciudad colombiana que uno se encuentra, por el norte de Colombia, cuando se pasa la frontera. Pensaba salir en seguida, pero no había puesto en el avión sino hasta dos días después, de manera que tuve que permanecer en un hotel llamado «Palace», bastante bueno, y cuyo precio era de cinco pesos diarios (pesos colombianos). Al fin partí, y después de un viaje de dos horas o cosa así, aterricé en esta aburridísima, católica y fría ciudad de Santa Fe de Bogotá. Al llegar me estaban esperando muchos amigos, y entre ellos la hermana de Vieira (Viera no, pues anda de gira por el

interior) llamada Maruja, quien me preguntó en seguida «por Rosita». Es muy simpática e instruida: habla inglés, hace versos, lee mucho, etc. Partimos del aeródromo, rumbo a un hotel llamado Claridge, donde dizque me habían separado cuarto. Pero al llegar, resultó que habían dispuesto de él. Total: que me vi como a las 5 de la tarde, en plena Bogotá, sin tener donde poner las maletas, pues el problema del hospedaje aquí es muy serio, según me dijeron. La solución entonces fué la de irme a casa de Vieira,¹ donde he pasado dos días, durmiendo en su cama.

Hoy vine con un amigo mío alemán a esta casa de donde te estoy escribiendo. Es una familia hebrea, que tiene un piso, el 4º, de una casa de apartamentos, donde alquilan algunas habitaciones. La mía es muy ventilada y bien puesta, con un balcón a la calle, que tiene una vista deliciosa. Le dije que yo estaba esperando a mi mujer, y entonces quedamos en lo siguiente: mi amigo, que tiene un cuarto mucho más grande que el mío, en el mismo piso, y que se va el 3 de mayo, está dispuesto a cedérmelo en seguida, aún antes de irse él, para nosotros. El precio de mi cuarto, con el desayuno, nada más, es de ciento cincuenta pesos colombianos al mes, alrededor de cien

1 Gilberto Vieira White (1911-2000) destacado dirigente del Partido Comunista Colombiano. Entre 1947 y 1991 fue secretario general del partido. Autor de *Sobre la estela del Libertador*, importante revaloración desde las ideas de la izquierda del legado y la trascendencia de Simón Bolívar. Amigo de Guillén, le invitó a visitar Colombia en 1946.

dólares. Para dos personas será el doble. Quiere decir, pues, que esto está arreglado, y puedes venir cuando quieras, avisándome por cable a *Carrera 9ª. N.º 1792*, 4º piso, Bogotá, Colombia. (Advertencia: el 1792 de la dirección tienes que separarlo por un guión, así: 17-92).

Como habrás visto, la situación en Ecuador es muy grave: están persiguiendo al Partido, el Presidente Velasco Ibarra dió un golpe reaccionario, y va a ser muy difícil que yo vaya allá, a pesar de que ayer hablé con el Ministro (que renunció por cierto) Dr. Calderón, quien me dijo que tal vez sería bueno ir, jugando el todo por el todo, aunque las cosas allá están al rojo vivo, y se teme la caída del Presidente, mediante otro golpe revolucionario. Aquí en Bogotá yo creo que podríamos estar un mes o un poco más, pero lo grave es que no podríamos seguir, pues como supondrás no tengo dinero para eso. Yo entonces continuaría hasta Chile y Uruguay, y tú regresarías a La Habana, hasta mi vuelta que sólo tardaría un mes y medio más a lo sumo. Esta es la solución que yo he podido encontrarle a este problema. Regresar yo ahora sería una derrota, y me dejaría un complejo cuyas consecuencias preveo, nada agradables, y por otra parte seguir separados hasta que yo vuelva, es una cosa terrible. ¿Estás de acuerdo? A mí me parece que es la mejor solución, en la que yo he tratado de poner todo lo que esté a mi alcance, y a la cual debes contribuir tú también.

En Bogotá me han recibido de lo mejor. Ayer vieron repórters de todos los diarios y revistas de aquí, y me tuvieron gran tiempo haciéndome entrevistas y fotos.

Sin embargo, no veo la plata tan «clara» como en Venezuela. Por lo pronto, todos los gastos me caen encima, y la vida no es tan barata como me habían dicho. La ciudad es muy fría; llueve casi todos los días; casi nunca hay sol; el cielo es generalmente gris... La altura (mayor que la de México) me ha hecho algún efecto, sobre todo en cuando a la respiración: me paso todo el tiempo como si estuviera enfermo del corazón, acezando, y el menor esfuerzo me pone a morir. Ya podrás imaginarte como llego a mi cuarto, que está tan alto. Me dicen que eso durará algún tiempo, hasta que me acostumbre.

Aquí estamos en pleno período electoral. La agitación es tremenda, sobre todo entre los dos candidatos del partido Liberal —el cual se halla dividido— y que llegan a agresiones de todo tipo, incluso la colocación de bombas. Las elecciones serán el 5, y hay quien teme que estalle una guerra civil. ¿Qué te parece?

Yo sigo bien de salud, pero muy desfigurado por las manchas de las varicelas: parecen que me han salpicado de fango la cara, de tal modo se me ven los puntos negros de las cicatrices. Pero me dicen que esto acaba por irse. ¡Coño!

Supongo que no te podrás quejar, pues te he escrito un periódico.

Sin más, ya sabes cómo te quiere,

Nicolás

Cuando vengas tendrás que decirme quién fué el empleado del gobierno —y por qué lo hizo— que te dijo que yo andaba con una mujer en Venezuela, y también

el periodista que te metió esos chismes. Aunque lejos, luego me entero de algunas cosas. Esto tendrás que decírmelo, te lo digo seriamente.

5.9 CARTA A ROSA DE MARÍA TERESA

Caracas: 2 de enero de 1946

Querida Rosa:

Sin ningún protocolo; como si te conociera de toda la vida como me ocurre con Nicolás, quiero enviarte mis mejores recuerdos para el año que comenzamos.

Desde hace varios días deseaba enviarte este saludo ya que Nicolás me ha hecho conocerte y tomarte el mismo cariño que le tengo a él.

Hemos paseado mucho juntos y conversando aún más. En estos días con las fiestas navideñas, la nostalgia de ti no ha podido disimularla.

Precisamente por ello me he tomado la libertad de enviarte un pequeño recuerdo de nuestra tierra: unos zarcillos de cochano, del oro extraído de nuestra Guyana, que quizás puedas lucirlos y acordarte un poco de nosotros mientras Nicolás peregrina con su ancha risa y palabra emocionada y viva por este Continente.

Un felicísimo año te deseo, junto con mis expresiones porque muy pronto podamos darnos un estrecho abrazo de amigas

Tuya

María Teresa

6. ASOMO DE LA VOZ VENEZOLANA DE NICOLÁS GUILLÉN (A MANERA DE EPÍLOGO)

Apuntes a su identidad latinoamericana
Porque Nicolás Guillén, gentes de Venezuela,
es la voz de lo que no se ha hecho todavía.
Es la voz de lo que espera irredento, en las costas
sin descubrir del espíritu americano.
Allí están, bien marcados, los límites de su
imperio de poeta.
De ellos se alza, como el perfume
de las hondas florestas de América, la voz oscura
de los últimos.

ANDRÉS ELOY BLANCO

I

Suscribo lo que muchos críticos reconocen, y es la importancia de *El son entero* como el más latinoamericano de los libros de Nicolás Guillén, tanto por sus temas como por su relevancia e influencia en el contexto literario continental. Con el antecedente de sus poemarios anteriores y de sus relaciones con los escritores y artistas contemporáneos del hemisferio, se lanza a un largo periplo por el Caribe y Suramérica en los años 40, que constituye el caldo de cultivo de su unción poética: «¡Cante, Juan Bimba, / yo lo acompaño!». Evoca así el personaje popular de los llanos, que Andrés Eloy Blanco perpetuara en las letras venezolanas, equivalente al Juan Criollo o al

Liborio cubano.

Mariano Picón Salas, quien fuera un conoedor de nuestra literatura primigenia, consideraba como un desafío de las generaciones por venir, la profundización de los estudios latinoamericanos: «Ya las gentes del siglo XXI pondrán todo su énfasis en asuntos que a nosotros se nos escapan».² Sobre esa vocación del ensayista venezolano de explorar nuestro entramado identitario, Rivera-Rodas escribió: «[...] Picón Salas buscó el desarrollo de las ideas de la descolonización y una ética antimperialista, con una convicción afirmativa orientada al futuro».³

En consecuencia, algo en lo que hay que continuar profundizando es en la comunidad de origen y en los vasos comunicantes que nos entrelazan y que hacen que: «A pesar de las diferencias y de los contrastes telúricos, desde los días de la colonia la reacción del hispanoamericano ante el mundo tiene una identidad y un parentesco mucho mayor del que se supone».⁴

Acerca de estos presupuestos iniciales de nuestra cultura Guillén escribiría:

Pensamos en el descubrimiento de América... ¿Fue obra de una sola cultura, de una sola «raza»? ¿Fue obra exclusiva de España? Indudablemente no. Los conocimientos matemáticos indispensables para la navegación —de origen asiático— fueron introducidos en la penín-

2 Mariano Picón-Salas: *De la conquista a la Independencia*, Fondo de Cultura Económica, México, 1975, p. 16.

3 Óscar Rivera-Rodas: revista *Casa*, La Habana, no. 250, 2008, p. 31.

4 Mariano Picón-Salas: Ob. cit., p.17.

sula ibérica por los árabes muchísimo antes de que Colón naciera.⁵

Sobre esta mixtura de civilizaciones, que está en el sustrato mismo de la literatura que hoy nos es familiar, se encuentran múltiples ejemplos de ese proceso de imbricación de lo cubano y lo americano. José Antonio Portuondo, en su ensayo «Proyección americana de las letras cubanas», se refiere a la *Historia de la música colonial en México* de Miguel Saldívar, el cual estudia «que en 1776 comenzaron a circular en México unas coplas escandalosas que habían penetrado por el puerto de La Habana, traídas por las flotas: *Qué te puede dar un fraile / por mucho amor que te tenga / un polvito de tabaco / y un responso cuando mueras*». Portuondo, al referirse a alguno de estos ejemplos de la cultura popular tradicional, señala: «Aquí está ya, en germen, nuestra poesía mulata, la gran poesía de Nicolás Guillén: su alegre desenfado, la intención satírica, la musicalidad, la presencia de la muerte».⁶

Es una de las tantas evidencias de la fusión de elementos españoles y africanos que caracteriza gran parte de nuestra producción literaria, a la que, en el caso de Venezuela, se le añade la mezcla con lo indio. Uno de esos exponentes que ha llegado a nuestros días como música tradicional, en forma de canción anónima, es el golpe oriental conocido como «Pajarillo verde»: «Pajarillo verde, qué te

5 Nicolás Guillén: *Prosa de prisa*, t. III, Ed. Arte y Literatura, La Habana, 1975, p. 147.

6 José A. Portuondo: *Crítica de la época y otros ensayos*, Universidad

puede dar un indio / pajarillo verde, por mucho que tú lo quieras / pajarillo verde, una ensarta de cangrejos / pajarillo verde, y eso será cuando llueva».

Esa integración multirracial que distingue la poesía de Guillén es un elemento que ha incentivado la musicalización de numerosos de sus textos, siendo, cuando menos, el autor caribeño más llevado al pentagrama, tanto en la música popular, como en la llamada «cultura», término que, por cierto, al poeta no agradaba. Un ejemplo, que ilustra además su difusión más allá de la Isla, es la versión musical que hizo Amadeo Roldán de los Motivos de son, y que Guillén comenta en sus memorias: «Me parece que los cantó por primera vez la soprano cubana Lydia de Rivera en Caracas, Venezuela».⁷

La conjugación de esta magnífica soprano cienfueguera, tan celebrada por la crítica en París y solicitada por los compositores y músicos de más prestigio de la época, con el genio de Roldán y Guillén, sin dudas fue un gran regalo para quienes la escucharon.

II

Con Miguel Otero Silva lo une una fuerte amistad. En enero de 1946, en el teatro municipal de Caracas, comparte un recital con el propio Otero Silva y otros poetas, como Andrés Eloy Blanco y Vicente Gerbasi. Durante su

Central de Las Villas, 1965, pp. 168-169.

7 Nicolás Guillén: *Páginas vueltas. Memorias*, Ediciones Unión, La Habana, 1982, p. 84.

estadía mexicana de 1937, recuerda lo que tal vez sea su primer contacto personal con intelectuales venezolanos y, en particular, con el que sería su buen amigo, el ya citado Vicente Gerbasi: «En estos días mexicanos encontré allá, por cierto, a tres venezolanos de quienes quedé muy amigo: Oscar Rojas Jiménez, el poeta Vicente Gerbasi y Rolando Anzola».¹ Es el año en que el autor de *Mi padre, el inmigrante*, participaría en la fundación del grupo Viernes, al que pertenecen otros amigos del cubano, como el propio Rojas Jiménez.

Gerbasi en su recordado artículo «Nicolás Guillén, cónsul espiritual de los venezolanos en La Habana»,² evoca la génesis del viaje del autor de *Motivos de son*, cuando este «manifestó a Rojas Jiménez y a mí que desea venir a Venezuela. Es decir, que vendrá pronto. Lo esperearemos como a un hermano».

Recordemos que su difundido poema «Son venezolano» estuvo dedicado a Gerbasi; el de «Barlovento», a Rojas Jiménez; y quedará para siempre en la poesía amorosa latinoamericana su «Glosa a una copla de Andrés Eloy Blanco». «Tres sonetos en que se habla del Ávila», comparten dedicatorias su cofrade Miguel Otero, Eduardo Mandé, y el reconocido académico Juan Lizcano, gran amigo también de otros cubanos, como el matrimonio Carpentier.

Otero Silva le acompaña en sus andanzas caraqueñas y amazónicas; juntos van a Ciudad Bolívar, antigua

1 Ibidem, p. 116.

2 Periódico *Hoy*, La Habana, 22 de abril de 1945.

Angostura, y recorren el profundo Orinoco, viaje que tanto le impresionara. En sus crónicas y en su poesía vemos este encuentro con uno de los ríos madres de Suramérica, de cuyo delta partieron los primeros arahuacos que, subiendo por el rosario de las Antillas menores, fueran los pobladores originales de Cuba.

Su amigo justiprecia el tránsito venezolano de su colega cubano, y sus resonancias como ciudadano e intelectual de ideales cívicos en los diferentes contactos con estudiantes, obreros, círculos letrados y campesinos, cuando «se mezcló a la marejada popular y pronto logró ser átomo integrante de la colectividad que lo recibía».³

Nicolás es agasajado por sus correligionarios y amigos venezolanos desde los primeros momentos de su llegada. Es simpática la noticia que aparece en *El Nacional*, con fecha primero de noviembre de 1945, donde dice que el cortejo incluye una ternera con «el criollísimo aditamento» de casabe, guarapo y otros añadidos de la cocina vernácula. Amén de la música llanera y caribeña.

De estas múltiples atenciones da fe en su correspondencia con su esposa Rosa Portillo, cuando le escribe con fecha 23 de noviembre de 1945:

Llevo tres días aquí, y no puedes imaginarte el calor, la simpatía, con que he sido acogido. Ni una sola vez me ha faltado una invitación para almorzar o comer, ni un solo día los periódicos como verás por los recortes adjuntos

3 Miguel Otero Silva. Periódico *El Nacional*, Caracas, 21 de abril de 1946, p. 14.

no han dejado de referirse con el mayor cariño a mí. El hotel en que vivo, «El Guimerá», está constantemente lleno de personas. Dice Lilia que soy una «vedette».⁴

Comentarios parecidos se replican en todo el epistolario caraqueño con Rosa, tanto referente a los compromisos institucionales, como la solicitud de las amistades, particularmente de su principal anfitrión y amigo, Otero Silva:

[...] no sé con qué pagar las atenciones, cariños y delicadezas de Miguel Otero, que ha sido un verdadero hermano conmigo, ni el afecto que todo el mundo me ha dispensado y me dispensa a toda hora [...]

[...] No tienes idea de la bondad, de la simpatía, con la que me tratan todos los venezolanos. Son cosas que nunca olvidaré.⁵

Y ya desde la vecina Colombia, con fecha 2 de mayo del 46, escribe uno de sus varios balances epistolares de la estadía en tierras morochas:

[...] Venezuela donde me pasé cerca de cinco meses cuando iba por uno. Desde enero —el 10 fue la primera despedida— hasta muy mediados de marzo, he estado en trance de salir [...] para quedarme siempre. En realidad, el país es enormemente atractivo, y yo tuve grandes

4 Humberto Rodríguez Manso. *Guillén y Venezuela* (Ediciones Cauce, Pinar del Río, 2013, p. 42). Lilia es Lilia Esteban, esposa de Alejo Carpentier. Para esa fecha ambos radicaban en Caracas.

5 *Ibidem*, p. 45.

facilidades para recorrerlo desde el Orinoco hasta los Andes, desde Barlovento a Maracaibo [...].

A Otero Silva le dedicaría uno de sus grandes textos, «Elegía a Emmet Till», al aparecer por primera vez recogida en libro en *La paloma del vuelo popular*,⁶ edición de la que el venidero 23 de diciembre se cumplirán sesenta y cinco años de que fuera publicada en la argentina Editorial Losada. En varias compilaciones posteriores, como en la *Obra Poética*,⁷ impresa en 1972 por Arte y Literatura; o con posterioridad por Ediciones Unión,⁸ o hace una década en *Nicolás Guillén: las elegías elegidas*,⁹ edición conmemorativa de la Editorial de la Universidad de La Habana, no aparece registrada esa dedicatoria a su amigo venezolano. Ángel Augier, en sus notas a la edición del 72, acota con relación al poema: «...fue escrito en 1956 en París, según aparece al pie del mismo al ser publicado en el periódico argentino *Propósitos*, Buenos Aires, año V, n. 143, p. 3, 21 de agosto de 1956. En esa versión no se incluyó el epígrafe con la nota de la revista

6 Nicolás Guillén. *La paloma del vuelo popular*. Editorial Losada, S.A. Buenos Aires, 1958. pp. 121-124. Según reza en la página de créditos, se terminó de imprimir el 23 de diciembre de 1958 en los Talleres Gráficos Américalee, Tucumán 353 –Bs. Aires, y no el 28 de diciembre, como aparece en la, por demás, rigurosa cronología de la edición de 1972 de su *Obra Poética*, t. I, p. LXXVIII.

7 Nicolás Guillén: *Obra poética*, 2 t., Editorial de Arte y Literatura, La Habana, 1972, t. I, pp. 400-403.

8 Nicolás Guillén: “Elegía a Emmett Till”, *Obra poética 1920-1958*. 2.a edición, Ediciones Unión, 1974, t. I, pp. 409-411.

9 *Nicolás Guillén: las elegías elegidas. Edición conmemorativa*.

The Crisis, sobre la muerte de Emmett Till, ni aparece dedicado, como en (...) *La paloma del vuelo popular* (1958), a Miguel Otero Silva». ¹⁰ En las nuevas ediciones citadas, sí aparece el epígrafe, pero no la dedicatoria a Otero Silva. Desconocemos los motivos, tal vez una omisión que se fue arrastrando, pues hasta donde nos consta, incluido el testimonio de su nieto Nicolasito y lo que supe de viva voz del propio escritor venezolano, la amistad de ambos persistió hasta el final de sus vidas.

La afinidad entre ellos dos como grandes colegas, se identifica no solo en el plano personal, pues a la aproximación como grandes amigos se une la de un acercamiento similar a la patria bolivariana y a la literatura... Aunque el autor de *Lope de Aguirre, príncipe de la libertad*, sobresalió más como narrador, resultaron notables también sus incursiones poéticas, sobre todo, como el antillano, en la poesía de temática llamada «negra». Similitudes que podemos encontrar en uno de los textos más antologados del venezolano, *El corrido del Negro Lorenzo*: «Negra y rebelde es mi mano/ ¡yo soy el Negro Lorenzo! [...] Yo soy el Negro Lorenzo/ nieto y biznieto de esclavo,/ cruzado de cicatrices/ como negro tronco de árbol [...]. Noche con alma. Tambor/ dormido bajo mi pecho». ¹¹

Coedición de Editorial UH y la Fundación Nicolás Guillén, 2011, coordinadora Yanelis Velazco, pp. 171-173.

10 Nicolás Guillén: *Obra poética*. Editorial de Arte y Literatura. Ob. cit. p. 556.

11 José Luis González y Mónica Mansour: *Poesía negra de América*,

Esto nos recuerda, además, entre otros momentos de la obra guilleniana, el emblemático *El apellido*: «¿No tengo acaso un abuelo nocturno / con una gran marca negra / (más negra todavía que la piel) / una gran marca hecha de un latigazo?». Y más adelante el símbolo común de los ancestros africanos, hechos al sonido de la rebeldía: «¿no veis estos tambores en mis ojos?». ¹²

Otero Silva, que mantuvo hasta su muerte una cordial e intensa relación con su amigo, al que le gustaba llamar como muestra de afecto «el Negro», en una de sus cartas, fechada en Caracas el 27 de abril de 1948, le evoca el fin de su gira suramericana, de una parte de la cual sería importante protagonista: «No dudo que esta jira [sic] por América meridional así como tus anteriores migraciones por el viejo continente y por el norte helado te habrán servido para convencerte definitivamente de que Cuba es el mejor lugar del globo terráqueo». Con bromas y su cariño habitual le anuncia «mi arribo a la tierra esplendorosa de Emilito Roig y Rita Montaner». ¹³

Miguel lo tiene de colaborador durante varios años en su periódico *El Nacional*. Siempre mantuvieron una correspondencia fluida, chispeante y cálida. El autor de *Fiebre* (una de las muchas lecturas que hizo Nicolás de su

Biblioteca Era, México, 1976, pp. 184-185.

12 Nicolás Guillén: *Obra poética*, t. I, Ed. Letras Cubanas, La Habana, 1995, pp. 255-258.

13 *Epistolario de Nicolás Guillén*, selección, prólogo y notas de Alexander Pérez Heredia, Ed. Letras Cubanas, La Habana, 2002, pp. 159-161.

amigo), brinda este retrato del caribeño, no exento de su habitual sentido del humor:

Sonriente, campechano, optimista, pasó por esta tierra el gran poeta cubano Nicolás Guillén. Amaba a Venezuela mucho antes de conocerla, a través de la palabra de los venezolanos desterrados, que fuera, durante largo tiempo, la mejor manera de conocerla y amarla. Y ahora, cuando realizó su antiguo sueño de acercarse a nuestros ríos, a nuestro lago, y a nuestras montañas, duro esfuerzo le costó marcharse.¹⁴

Otra relación de interés con un intelectual venezolano es la que sostuvo con Andrés Eloy Blanco, a su vez muy permeado de todo lo cubano desde su primer viaje a La Habana, a mediados de los años 1920. Ilustrando, con el habitual tono humorístico de ambos, esa asimilación del cumanense, escribe el camagüeyano: «Acercas de la semejanza de aquello con esto, hay un poema de Andrés Eloy Blanco que ilustra lo que decimos: “Coja usted un pedazo de Venezuela, un poco / de nuestra dulce tierra con tres matas de coco, / unas piñas de Oriente, unas cañas de Aragua, / un par de caraqueños, y échelo todo al agua, / y tendrá entonces a Cubita la Bella, / que es más venezolana que el Pasaje Ramella”».¹⁵ Así lo resume el

14 *El Nacional*, 21 de abril de 1946, p. 14.

15 Nicolás Guillén: *Páginas vueltas. Memorias*, ed. cit., p. 138. Se refiere al poema de Andrés Eloy «Carta a Udón Pérez», escrito en 1925 a su paso por La Habana, e incluido en *Poda, Élite*, Caracas, 1934.

Andrés Eloy: ¡Ay, no saben lo bueno que es vivir en La Habana, / O en Caracas, haciendo lo que nos dé la gana.

Al presentar al cubano en Caracas en 1945, el autor de Vargas, albacea de la angustia, nos recuerda la conocida frase martiana de que «Bolívar tiene que hacer en América todavía», como desafío de la modernidad: «[...] porque Nicolás Guillén, gentes de Venezuela, es la voz de lo que no se ha hecho todavía. Es la voz de lo que espera irredento, en las costas sin descubrir del espíritu americano». ¹⁶ Este reconocimiento al poeta antillano como intérprete de los marginados de nuestras tierras, es algo que reitera su colega venezolano.

Ambos abordan la poesía de temática negra y connotación marcadamente popular. Nicolás lo glosa magistralmente y asume el personaje de Juan Bimba. En defensa del canon de belleza de origen africano, tan presente y sensual en la poesía guilleniana, y en particular la de carácter amoroso, encontramos naturales puntos de coincidencia. Veamos al cubano: «Signo de selva el tuyo, / con tus callados ojos, / tus brazaletes de oro curvo, / y ese caimán oscuro / nadando en el Zambeze de tus ojos». ¹⁷ Y Andrés Eloy: «Y todos, al mirarte, / dirán ¡Santa! tres veces y encenderán sus ojos / en Noremí, la musa de los contrabandistas / y enseñará los dientes, espantosa de

16 Nancy Morejón: *Recopilación de textos sobre Nicolás Guillén*, serie Valoración Múltiple, Casa de las Américas, La Habana, 1974, p. 329.

17 Nicolás Guillén: *Obra poética*, t. I., ob. cit., pp. 102-103.

gracia, / Noremí, la terrible negra de las Antillas».¹⁸

De esa amistad da fe el caribeño en una conmovedora crónica, «Andrés Eloy Blanco», aparecida en el periódico Hoy el 20 de enero de 1949, y en la cual recuerda cómo lo acompañó la generosidad del cumanense al abandonar Venezuela: «Todavía, ya en trance de irme, adelantó mi llegada a sus amigos de Mérida y San Cristóbal, junto a los Andes, allá en los lindes de Colombia, donde me recibieron y festejaron su nombre y autoridad».¹⁹

III

Hay un testimonio de Pablo Neruda, que data de 1947, y que recoge como pocos lo que la experiencia viajera de 1940 aportó al latinoamericanismo de Guillén:

Ahora, después de tus viajes atlánticos y pacíficos, vas de un lado a otro, por esta gran Patria nuestra absorbiendo la esperanza y la suavidad de nuestra geografía común. En algunos sitios te embriagó el azar o la racha mojada y penetrante del amanecer en el Orinoco, en otras partes salpicaron tu rostro moreno las gotas de sangre que aún saltan del cuerpo martirizado de América.

Después, en el alto Perú, recibiste el aire original de nuestro planeta americano, salido del ombligo enterrado, de la cultura del maíz; luego volaste sobre Bolivia país miste-

18 Andrés Eloy Blanco: *La Juambimbada*, Ed. Yocoima, Venezuela-México, 1959, p. 113.

19 Nicolás Guillén. *Prosa de prisa*, t. 1, ob. cit., p. 393.

rioso, profundo y metalúrgico que asoma las auroras de una conciencia popular. Por fin, llegaste a este áspero país austral, de nieve y océano, en donde ya te queríamos, Nicolás, y en donde te vamos a seguir recordando, con una tenacidad, en el amor que solo nosotros, en nuestra América, conocemos porque somos hasta el final un pueblo de raíces y de yacimientos, una patria de profundidades.²⁰

Le hemos citado en extenso porque este texto, de prosa tan auténticamente nerudiana, en la que los adjetivos son como océanos, nos conduce a las Coplas americanas, en que Guillén años después, ya triunfante la Revolución cubana, hace un recorrido por el continente, por sus penurias, sus signos de explotación y sus símbolos de rebeldía: «¡Padre! a Bolívar, ¡Oh padre!, / Martí llamó: Era una noche estrellada. / El viento lo repitió».²¹

Otro ejemplo de la síntesis caribeña y latinoamericana que distingue su poesía, lo encontramos en lo que para algunos es su obra principal: Elegía a Jesús Menéndez. La sexta parte de este poema está encabezada por una cita de Rubén Darío, cuya influencia en el cubano es tan notable: «Y alumbrando el camino de fácil conquista, / la libertad levanta su antorcha en New York». Estos versos del nicaragüense son repetidos en otras ocasiones por Guillén. El fragmento aludido de la elegía comienza en Cuba: «Anda por su Isla. . .»,²² para salir de ella en un gran barco de fuego

20 Nancy Morejón: *Recopilación de textos sobre Nicolás Guillén...*, ob. cit., p. 337.

21 Nicolás Guillén: *Obra poética*, t. II, ob. cit., p. 131.

22 *Ibidem*, p. 94.

y viajar por los sitios que le son familiares: Zulia, Tocopilla, Magdalena, Haití, Río de Janeiro, Centro América, hasta Estados Unidos. Bastaría revisar sus crónicas como por ejemplo su encuentro con los pozos de petróleo de Maracaibo, para asociar el pulso de la prosa al ritmo del poema.

Nicolás supo calar la historia, la sociedad y las figuras representativas de la cultura de la cuna de Andrés Bello. Una muestra es su texto «La vida intelectual»,²³ donde entre otros reconoce a ese comentarista imprescindible de la Venezuela del primer tercio del siglo xx que fue el periodista, humorista y dibujante Leoncio Martínez, sobre todo en las páginas de *El cojo ilustrado*.

Para los cubanos, por lo demás, Venezuela es una prolongación de nuestra sonriente Antilla. Salvo las provincias andinas, ya en los límites de Colombia, el resto es mestizaje atlántico, caribe; mulatez blanquinegra, en fin.²⁴

Tres años antes del natalicio de Nicolás Guillén, escribiría el poeta y publicista Isaac Carrillo y O'Farril en La Habana de 1899: «La intervención americana a la que por una parte debemos numerosos beneficios, ha creado por otra parte un orden de cosas tan anómalo que es fuente de constantes confusiones. Sabemos todo lo que queremos ser; pero ignoramos por completo lo que somos».²⁵

Y a casi veinte de la muerte del autor de *Motivos de son*, podemos leer el siguiente cable:

23 *El Nacional*, Caracas, 23 de abril de 1946.

24 *Hoy*, 20 de noviembre de 1946.

25 Marial Iglesias: *Las metáforas del cambio en la vida cotidiana*. Cuba 1898-1902, Ed. Unión, La Habana, 2003, p. 23.

CARACAS, 22 jun, 2008 (IPS). ¿Cuántos somos? Los afrodescendientes en Venezuela quieren dejar de ser estadísticamente invisibles [...] y, cifras en mano, proseguir la lucha por sus reivindicaciones y contra el racismo y la exclusión [...]. «Para reforzar nuestra demanda de reconocimiento, queremos saber dónde estamos. Quizá somos el 30 por ciento de los 27 millones de habitantes de Venezuela», dijo a IPS, Jesús García, líder de la Red de Organizaciones Afrovenezolanas.

Y en sus cartas, como en sus poemas y crónicas, en estos tiempos en que hablar de identidad o utopía puede sonar tonto o trasnochado en el mejor de los casos, el poeta reivindica lo que Andrés Eloy Blanco reconociera en él como «la voz oscura de los últimos»:

*[...] al modo del Caribe cuando toca,
con sus dedos sensuales,
en nuestras claras islas orquestales
vientres de musgo y roca [...]*
(«Epístola», 1958)

En el ámbito de la experiencia morocha, los testimonios de pertenencia aparecen en diferentes textos. Por ejemplo, en esta carta, le escribe desde Caracas a Ángel Augier,²⁶ el autor de *Uno*, el día de Nochebuena de 1945:

[...] Me regalaron, al partir, casabe, una fruta deliciosa

26 Las notas correspondientes a las cartas pertenecen al *Epistolario de Nicolás Guillén*, antes citado.

que se llama jobo (muy parecida al mango) dos pares de alpargatas venezolanas, que son fresquísimas, un pasapalo (como aquí le dicen al saladito nuestro), llamado «Uñaldiablo», amén de unos cuantos bloques de gofio, que, a pesar de su nombre, nada tiene que ver con el gofio de Cuba, pues se trata de una pasta hecha con casabe, miel, y otros ingredientes.

[...] El venezolano toma mucho, tanto como jugamos nosotros. (Entre paréntesis, el viernes último me saqué 150 bolívares, alrededor de 45 pesos, con unos billetes). La gente de posibles (o más propiamente dicho, la burguesía y la pequeña burguesía) toma whisky, cuyo consumo es enorme. El pueblo toma ron y caña blanca. El ron es inferior al nuestro. El mejor, llamado «Siglo xx» o también carúpano [sic], tiene un marcado sabor a azúcar prieta.

He empezado a hacer un son a Caracas,²⁷ que quizá me salga, si trabajo. Lo malo es que ya estoy con el pie en el estribo [...].

Tiempo después, Nicolás evoca su salida de la patria de Pérez-Bonalde por tierras del Táchira, en la frontera colombo-venezolana:²⁸

En una libreta de viaje donde se revuelven las más di-

27 Puede referirse al que luego tituló «Son venezolano», publicado en 1947 en *El son entero; suma poética 1929-1946*, Ed. Pleamar, Buenos Aires, 1947.

28 «Recuerdos colombianos» (fragmento), revista *Bohemia*, 26 de septiembre de 1948. Publicado en *Prosa de prisa*, ob. cit., p. 351.

versas apuntaciones, he encontrado la siguiente: «13 de abril de 1946, a las 12 y 10 de la tarde: paso la frontera de San Cristóbal a Cúcuta, acompañado del poeta Ramón Becerra, de Francisco Guerrero Pulido, y del doctor Gutiérrez Prado...», son líneas urgentes, escritas a salto de automóvil, pero que registran mi entrada por primera vez en la majestuosa patria de Santander.

Recuerdo que, charlando con aquellos amigos, un poco en broma, les hacía reparar en la inalterable unidad del paisaje, aún después de superado largo trecho el Puente Internacional, que une y separa a Colombia y Venezuela. ¿Notábase acaso alguna diferencia entre el nuevo suelo que íbamos atravesando y el de San Cristóbal —el del Táchira—, última presencia venezolana que acabábamos de dejar? No se notaba. La frontera tenía allí un valor político, no geográfico, y mucho menos racial. ¿Quién podrá saber nunca en qué parte está el límite verdadero de dos países contiguos, dónde reside la distinción fundamental entre dos pueblos próximos que se saludan de viva voz a cada instante y se ven las caras de contiguos, como huéspedes de una misma pensión?

Y en el soneto «Despedida a Caracas», nos lega estos conmovedores versos: «Vine, a Caracas, de mi amargo suelo, / para traerte una canción revuelta / con el azul que Cuba da en su cielo; / al aire puro en que te ves envuelta / triste paloma de asustado vuelo / hoy al partir mi oscura mano suelta».

Por esas coincidencias de la vida, regresa a la Isla al

triunfo de la Revolución cubana, después de varios años de exilio, justo el 23 de enero de 1959, en el primer aniversario de la victoria de la insurrección popular venezolana contra la dictadura de Pérez Jiménez. Aquellos tiempos que siempre se replican, como nos recuerda el escritor venezolano Luis Britto García al referirse a nuestro «fatalismo geográfico» regional, en que «el modo de vida de Venezuela era, como diría Carlos Monsiváis, “la catástrofe diferida”. Si no puedes cambiar tu geografía, prepara tu defensa». El reencuentro de Guillén con Cuba coincidía también, significativamente, con la histórica llegada de Fidel a Caracas, la ciudad que con calidez Nicolás llamara «sonora y sentimental».

Tras casi seis años de ausencia, vendría otra etapa de su vida, consecuente, como su poesía, con el ideario antillano y universal, porque al decir de Andrés Eloy Blanco: «Nicolás Guillén [...] es la voz de lo que no se ha hecho todavía. Es la voz de lo que espera irredento, en las costas sin descubrir del espíritu americano», predicción que encontrará su afirmación en otros tiempos y otras rebeldías.

Hubo otros dos viajes posteriores de Nicolás a la tierra de Bello y Gallegos, pero ninguno tuvo la impronta de aquel periplo de los 40. En su segunda visita, en abril de 1975, pudo cumplir la promesa pendiente de que su esposa lo acompañara, algo que se percibe en su añoranza de las misivas caraqueñas del 45 y 46. Fueron quince días intensos, atravesados de encuentros y homenajes como quien recibe después de larga ausencia al hijo pródigo. Con él estuvo su entrañable amigo Miguel Otero, y al-

guien muy identificado con Cuba y su revolución, como fue el poeta y autor humorístico Aquiles Nazoa. De esa segunda visita, merece destacarse su encuentro con la pequeña ciudad de Río Chico, localidad cercana a Caracas y que, fundada en el siglo XVIII, durante su mayor auge en el último tercio del XIX acogió al general tunero Vicente García y a varios de sus compañeros de armas, que fundaron allí una colonia cubana, siempre fiel al ideario independentista. Al morir el jefe mambí, asesinado por un espía español en 1886, cuenta José Martí que, rodeado por familiares y compañeros de armas, «se alzó sobre el codo moribundo [...] para legarles, con el último rayo de sus ojos, la obligación de pelear por su pueblo [...]».

A más de seis décadas de que recogiera en la hoy centenaria revista *Bohemia* su visión de aquella fructífera y recordada estancia en tierras venezolanas, cruzando el Puente Internacional, nos queda su obra, más allá de los rótulos con que se ha intentado etiquetarla, como una síntesis de la nación cubana y todo el mosaico caribeño y latinoamericano, no ya solo por los temas del mestizaje o el sincretismo bien visibles en sus páginas, sino por su lenguaje, el humor, la forma en que se acercó a lo social, su tratamiento del tema amoroso..., la suma de las esencias de nuestra cultura toda, expresada en su más alto nivel artístico y a la vez de manera íntima y orgánica, incluso en textos de prosa como su epistolario. No por gusto fue, ya antes de 1959 aun cuando la Revolución cubana contribuyó sustancialmente a su difusión el poeta cubano más divulgado, y una figura archiconocida en todo el ám-

bito hispano parlante y en otras latitudes idiomáticas, en donde cosechó numerosos amigos e interlocutores. De esa genuina condición de intelectual consecuente y ciudadano cosmopolita se nutrió su identidad latinoamericana, que, en el caso de su conjunción con Venezuela, integró también todo lo que de «sonoro y sentimental», y raigalmente genuino, encontramos en sus referentes venezolanos.

NORBERTO CODINA

El Vedado, febrero de 2023

CONTENIDO

PALABRAS AL LECTOR	7
GUILLÉN. CÓNSUL ESPIRITUAL DE LOS VENEZOLANOS	25
1. CRÓNICAS SOBRE VENEZUELA	
1.1 LA REVOLUCIÓN EN VENEZUELA. ENTREVISTA CON JÓVITO VILLALBA	31
1.2 CIUDAD EN CONSTRUCCIÓN	41
1.3 JUNTO AL ÁVILA (I)	45
1.4 JUNTO AL ÁVILA (II)	49
1.5 LA VIDA INTELECTUAL	53
1.6 PETRÓLEO VENEZOLANO	57
1.7 LAGUNILLAS	61
1.8 MARACAIBO Y LOS MARACAIBEROS	65
1.9 ANDRÉS ELOY BLANCO. TIERRAS, HOMBRES, PAISAJES	69
1.10 MANIFIESTO DE GUASINA	75
1.11 VENEZUELA LIBRE	81
1.12 VENEZUELA (I)	85
1.13 VENEZUELA (II)	89
1.14 VENEZUELA (III)	93
1.15 DE PELOTA...	99
1.16 HOMENAJE A VENEZUELA	103

2. CRÓNICAS PARA <i>EL NACIONAL</i>	
2.1 PROPAGANDA ELECTORAL	113
2.2 CÁNDIDO PORTINARI, EL GRAN PINTOR REPRESENTATIVO DEL PAÍS	119
2.3 UN AÑO QUE LLEGA Y UN TROVADOR QUE SE VA	131
2.4 CONFRONTACIÓN DIPLOMÁTICA EN EL CARIBE	137
2.5 PARÁLISIS PROGRESIVA DEL TRANVÍA	145
2.6 LA MUERTE DE UN SABIO	151
2.7 UN NIÑO PRODIGIO MÁS...	157
2.8 RIESGO Y VENTURA DE MARÍA BONITA	161
2.9 ELISEO GRENET	167
2.10 HERNÁNDEZ CATÁ	173
2.11 JOSEFINA BAKER EN CUBA	181
2.12 LA CARCAJADA DOLOROSA DEL TUERTO LÓPEZ	187
2.13 MONUMENTO INEVITABLE	199
2.14 REGRESO DE EUSEBIA COSME	205
2.15 TONGOLELE EN PERSONA	213
2.16 RÓMULO LACHATAÑERÉ	219
2.17 UN EXPRESIDENTE EN LA PICOTA	225
2.18 NÚÑEZ JIMÉNEZ, EL JOVEN DE ILUMINADA MADUREZ	231
2.19 AMÉRICA REVUELTA E INTRANQUILA...	237
2.20 UNA EXPERIENCIA	243
2.21 SANTIAGO DE CUBA	249
2.22 LOS DÍAS DE MARTÍ	253
2.23 PRESENCIA DE RAFAEL Y MARÍA TERESA	261
2.24 SOBRE CANDELARIO OBESO	265
2.25 PELOTA	271

3. POESÍA

3.1 SON VENEZOLANO	277
3.2 BARLOVENTO	279
3.3 GLOSA	282
3.4 TRES SONETOS EN QUE SE HABLA DEL ÁVILA	284
3.5 ROSA TÚ, MELANCÓLICA	287
3.6 SONETO FÁCIL	289
3.7 ELEGÍA A JACQUES ROUMAIN	290
3.8 NOCTURNO (ELEGÍA, CASI NOCTURNA)	298
3.9 ARTE POÉTICA	301
3.10 PANIMÁVIDA	303
3.11 UN POEMA DE AMOR	304
3.12 SANTA ROSA GUILLÉN	307
3.13 SONETO CONTRA MARTÍNEZ	308
3.14 A ÁNGEL MARTÍNEZ	309

4. EPISTOLARIO I CON LOS AMIGOS

4.1 MI QUERIDO AUGIER... (DE GUILLÉN. CARACAS, DICIEMBRE 24, 45)	313
4.2 MI QUERIDO NICOLÁS... (DE OTERO SILVA. CARACAS, 23 DE ABRIL DEL 48)	319
4.3 QUERIDO NICOLÁS... (DE OTERO SILVA Y NERUDA. PARÍS, 29 AGOSTO 1950)	323
4.4 QUERIDO NICOLÓ... (DE OTERO SILVA Y NERUDA. PARÍS, SIN FECHA 1950)	325
4.5 QUERIDO NEGRO Y DISTINGUIDO NICOLÁS... (DE OTERO SILVA Y NERUDA. CARACAS, 29 DE ABRIL 1959)	327

5. EPISTOLARIO II CARTAS A ROSA DESDE CARACAS	
5.1 CARACAS NOVIEMBRE 23, 1945	331
5.2 CARACAS ENERO 8, 1946	341
5.3 CARACAS ENERO 18, 1946	345
5.4 CARACAS FEBRERO 28, 1946	349
5.5 CARACAS MARZO 1.º, 1946	351
5.6 CARACAS MARZO 20, 1946	355
5.7 CARACAS MARZO 29, 1946	357
5.8 BOGOTÁ ABRIL 20, 1946	361
5.9 CARTA A ROSA DE MARÍA TERESA	369
6. ASOMO DE LA VOZ VENEZOLANA DE NICOLÁS GUILLÉN (A MANERA DE EPÍLOGO)	 371

Asono de la voz venezolana de Nicolás Guillén.
Apuntes a su identidad latinoamericana
se imprimió en noviembre de 2023
en la Imprenta Bicentenario de Carabobo
Caracas, Distrito Capital, Venezuela.
Son 1.000 ejemplares

El compromiso con la justicia social, los derechos civiles y la igualdad racial son temas que se reflejan en la poesía de Nicolás Guillén, convertida en un testimonio poderoso de las experiencias de la comunidad afrocubana. Esta temática, su espíritu revolucionario, su carisma y sensibilidad artística le permitieron relacionarse con los intelectuales de Cuba y América Latina. Es así como conoce, entre otras figuras venezolanas, a Miguel Otero Silva, con quien entabla una entrañable amistad. Este volumen está compuesto por artículos y poemas escritos por Guillén durante su primera visita a Venezuela, que fueron publicados en medios cubanos y en el diario *El Nacional* entre los años 1946 y 1960. Los textos, que posteriormente formarían parte de sus libros de poemas, demuestran la permanencia de su profundo vínculo de afecto y compromiso con Venezuela.

Norberto Codina (Caracas, Venezuela, 1951). Poeta y editor. Autor, entre otros libros, de los poemarios *Convexa pesadumbre* (Monte Ávila Editores, 2006) y *Lugares comunes y otros poemas* (El perro y la rana, 2021). Es coautor de la antología de Nicolás Guillén, *Donde nacen las aguas* (Fondo de Cultura Económica, México, 2002).

Nicolás Hernández Guillén (La Habana, Cuba 1951). Dr. en Ciencias Matemáticas, Universidad de La Habana, 1982. Durante más de 45 años ejerció como profesor de la Facultad de Matemáticas y Computación de esa Universidad. Es autor o coautor de diversas compilaciones de la obra de Nicolás Guillén. Desde 1996 preside la Fundación Nicolás Guillén.

